

Selecta

Mile Bluett

AMOR AMOR, 3

Una
MARQUESA
ENAMORADA

Una marquesa enamorada

Amor, amor 3

Mile Bluett

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis preciosas lectoras y amigas
que comparten conmigo este mundo de letras, sueños y amor.*

El amor perdura a pesar de todo.

Corintios 13

Prefacio

Amor:

¿Dónde te escondes? Sé que no soy merecedor de tus afectos, ni del más insignificante de tus pensamientos, pero te ruego desde lo más profundo de mi atormentada alma: perdóname. No me condenes a una existencia alejado de tus besos, no me digas que en este mundo no hay sitio para un sentimiento como el que nos quema, porque no podría esperar a otra vida para recuperarte.

Amor

Londres, Inglaterra.

Abril de 1859.

¿Cuánto puede latir un corazón por una pasión a lo largo del tiempo? Ella creía que el amor era libre, que no exigía sacrificios de los amantes, que de lo contrario perdería su esencia. Él pensaba que jamás se enamoraría.

Lord William Lovelace había aprendido a tomar de la vida lo mejor, mientras otros hermanos segundos o terceros envidiaban la suerte del primogénito por ser el que heredaría el grueso de la fortuna familiar, más en su caso, que provenía de un noble, él daba gracias por ser el hijo varón número dos. Mientras, el heredero tenía que ajustarse a las estrictas reglas del mayorazgo y de su padre, su excelencia el duque de Whitestone. Sus correrías no pasaban inadvertidas para el futuro cabeza de familia, quien trataba de entrarlo en cintura.

William admiró su frac negro impecable en uno de los espejos del corredor, llevaba prisa, pero eso no significaba que no se cerciorara, de nuevo, de que sus zapatos estuvieran lo suficientemente lustrados, que sus finas joyas estuvieran a la altura de su clase y que su atuendo combinara a la perfección, incluso con el aroma varonil de la pomada de bergamota con que se había perfumado su peinado y su pañuelo. Era aún más alto que su hermano mayor, con el cabello castaño y unos profundos ojos azules, que daban la impresión de parecer melancólicos, los que resaltaban en su tez color marfil. Esa era su arma más letal, porque en su corazón solo había cabida para la risa y la fiesta. Su mirada taciturna terminaba por capturar la atención de cuanta dama urgida de dar y recibir afecto se cruzaba en su camino. Era una versión más jovial y desenfadada de John, lord Godwine, su hermano mayor, con quien sus trucos seductores no funcionaban; a diferencia de con sus progenitores, quienes eran en extremo consentidores con su adorado Will.

—William, ¿a dónde vas? —inquirió el primogénito con el ceño fruncido, que le hacía verse aún más elegante y apesadumbrado. Eran casi dos gotas de agua, solo que John Lovelace, conde de Godwine por título de cortesía, sí era serio, responsable y consciente del legado que recaía sobre sus hombros.

—¿Ahora tengo que darte cuentas? —se quejó Will.

—Te aprovechas de los compromisos de nuestros padres para escabullirte. ¿Tras las faldas de quién andas esta vez?

—Un caballero no revela ningún dato que pueda comprometer el honor de una dama.

—¿Ni a su hermano?

—Absolutamente a nadie.

—Me han llegado rumores. Unos que me esfuerzo por desestimar. ¿Sabes lo que un escándalo significaría para nuestra familia que jamás ha dado de qué hablar? Debes enmendarte y estar a la altura del apellido.

—¿Para qué? Tú heredarás todo, incluso las responsabilidades.

—William, te lo advierto. No mantendré a un bribón cuando esté al frente. A nuestro padre le han faltado agallas para meterte en cintura, pero me encargaré de enderezarte. Como Lovelace debes respetar nuestro nombre y reputación. Solo espero que en tus juergas no perjudiques a una señorita de bien porque te haré responderle.

—Jamás he corrompido a una inocente. No puedo decir lo mismo de ti... —Bajó el tono en la última frase y terminó por tragarse sus palabras, no era educado recordarle sus faltas a su hermano mayor, unas que toda la familia se había comprometido a ocultar. Arrepentido y notando la angustia en la mirada de John tras casi sacar a relucir su más tormentoso secreto, trató de enmendarlo; aunque a veces lo desesperaba, lo amaba profundamente—. Lo siento.

—Solo quiero que no tengas que lamentarte cuando ya no haya nada que hacer.

—Golpe de moral que te ha llegado tras asumir tus responsabilidades. No es mi culpa que la vida te haya favorecido y que no puedas disfrutar a tus anchas como antes lo hacías.

—¿Me reprochas haberte conducido por el mal camino? Era joven e insensato.

—Eres joven —recalcó. William tenía veintinueve años cumplidos y su hermano solo lo aventajaba por uno—. Y te comportas como un sexagenario. ¡Déjame vivir!

—Ya te tocará sentar cabeza y pensar en el futuro, algún día tendrás que casarte y hacer feliz a una esposa.

—En eso te equivocas, el que se casará eres tú. Soy un espíritu libre y voy a disfrutar la independencia que me he ganado.

—Maldigo la hora en que mi necesidad me hizo presentarte a mis terribles amigos.

—Necesito de vuelta a mi hermano, antes nos divertíamos. Ahora te has convertido en un aristócrata estirado con exacerbada inclinación por la falsa moral, porque no me engañas, sé que, aunque quieras adherirte a la nueva versión de ti mismo, extrañas irte de juerga conmigo. Y para que la curiosidad no termine por atormentarte, te diré a dónde me dirijo; estamos en plena temporada, voy a la recepción de los condes de Huntington, donde aguardan nuestros padres.

—Acabáramos, por ahí hubieses empezado —manifestó sosegándose.

—¿No estabas incluido en la invitación?

—Llegaré más tarde, tengo asuntos de negocios urgentes que atender. —Lo miró como si su ausencia en cualquier evento social de renombre fuera posible, era uno de los solteros más codiciados de Londres.

—¿Y es que te ocupas de algo más últimamente?

—Pensé que huirías como de los tres últimos bailes. Arthur me ha dicho que te has encontrado a

solas con una dama cuyo esposo está en el continente por asuntos de negocios.

—Asqueroso traidor.

—Antes de ser tu amigo era el mío. No he podido dormir a mis anchas desde que tengo conocimiento de tu fechoría. ¿Quién es? ¿Me harás repasar la inmensa lista de amigos encumbrados cuyas damas asistan sin esposo esta noche? Porque de seguro ella acudirá, ¿o me equivoco?

—Deberías ocuparte de tus asuntos.

—Y es lo que hago, por eso tendré que retrasarme y en el peor de los casos excusarme por no ir. Nuestros padres y tú representarán a la familia, espero que tu comportamiento esté a la altura y sea digno.

—De seguro tu prometida no faltará. Su acaudalado progenitor tiene negocios con los condes de Huntington.

—Sé discreto, nuestro compromiso no es todavía oficial, estoy en una ardua labor de convencimiento para que nuestro padre acepte que la futura duquesa de Whitestone no es de nuestro círculo.

—Pobre Eloise.

—¿La cuidarías, entretanto, por mí?

William lo miró con desidia antes de desaparecer por la puerta abierta de par en par, mientras John negaba lleno de impotencia.

Arribó a la residencia en Londres de los condes de Huntington, con su fachada de piedra gris conformada por enormes terrazas a las que daba su nombre: Grey Terrace. Tras atravesar las amplias salas donde compartían los invitados, se aproximó al más grande de los salones: donde sucedía la acción. De inmediato fue descubierto por su compinche, lord Arthur Johnson, quien no tardó en ponerlo al tanto de las féminas que aguardaban impacientes. Pasó la vista disimuladamente ante las pobres chicas que nadie sacaba a bailar desde las dos últimas temporadas y sintió pena por ellas, casi todas de buen ver, pero sin fortuna. Pensaba que su género lo libraba de un destino similar, a pesar de su educación y las costumbres, creía firmemente que la vida era injusta con las mujeres.

—¿La has visto? ¿Ya ha arribado? —preguntó impaciente. No era necesario que le revelara quién.

—Creo que en verdad no vendrá, como te hizo llegar en la nota. Deberías dejar de procurarla, ya obtuviste lo que querías, su esposo llegará en un mes y las cosas pueden ponerse desagradables.

—No puedo, estoy obsesionado.

—¿Enamorado tal vez?

—El amor es un privilegio negado a hombres como yo, simplemente no me lo permito. He visto

los estragos que ha causado en John. ¿Por qué adherirme a un sufrimiento tal? Solo quiero lo que puedo tomar sin comprometer el alma, y ella es justo lo que necesito para sosegar mis más oscuras pasiones. Es la mujer perfecta para mí, y el juego del gato y el ratón lo hace más irresistible. No pretendo retirarme después de todo el camino avanzado.

—Lo mismo aseguraste de tu antigua amante, la que terminó por provocarte aburrimiento y terminó por regresar a los brazos de su marido.

—Es diferente y lo sabes, no la compares con ninguna otra, no lo permito.

Su amigo le hizo señas con discreción para que descubriera la revelación del año. William se volteó sin interés, las jóvenes casaderas no le resultaban atractivas.

—Es la hija de un difunto marqués español, viene de La Habana —especificó para despertar su curiosidad—. Su hermosura es exquisita.

William lo notó de inmediato, su rostro parecía haber sido labrado con el cincel de la perfección, su cabello cual cascada crecida parecía que explotaría en cuantiosos bucles de un momento a otro entre las horquillas que lo aprisionaban: tan lleno de vida, el tono castaño rojizo del pelo no pasaba desapercibido y la distinguía entre las de su clase. Sus ojos oscuros estaban abarrotados de espesas pestañas negras que parecían abanicar sus sonrosadas mejillas; eran sin duda sus más destacados atributos, podría perderse en la intensidad de su mirada. La delicadeza del talle era exquisita y aquellas curvas que se le antojaban por caderas permanecían ocultas tras la indumentaria sofocante y colorida que la hacía destacar como la única flor del jardín capaz de atraer su atención. Se quedó sin aliento.

—¡Dios bendito! —murmuró gratamente sorprendido cuando creía que ninguna de las debutantes podría lograr semejante efecto en él. Solían tener un aire combinado entre inocencia y necesidad que lo abrumaba, pero esta señorita extranjera dejaba entrever a través de su semblante y sus finas maneras que sabía lo que quería de la vida y algo le hacía sospechar que él estaba muy alejado de sus intereses.

—¿Maravillado?

—Más bien aturdido por la picardía que ni siquiera se esfuerza en ocultar, es despampanante.

—Hay tantas nubes de rumores encima de ella que solo logran aumentar el interés de los caballeros. Claro que su madrina, lady Huntington, se ha encargado de deshacerlas en el aire. Dicen que le está buscando esposo y que la señorita se aferra a su soltería como a su bien máspreciado.

—Eso sin dudas no la dejará bien parada, aunque me parece fascinante.

—Hay más. Tiene un can, un Cavalier King Charles Spaniel, su adoración, lo saca religiosamente a pasear todas las mañanas.

—¿En persona? ¿Por qué no envía a un sirviente a esos menesteres?

—No sería igual de efectivo el despliegue matutino de su efluvio. Los caballeros, esa horda de tontos que ves suspirando por sus favores, pasean por los lindes de los jardines de Grey Terrace suplicando tener la fortuna de apreciarla de lejos. Refieren que es como ver a un hada danzando

entre las flores.

—¡Por Dios! ¡Verdaderamente suelen tejer historias sobre los extranjeros, más cuando son tan encantadores como la señorita!

—Dicen que su familia, en el continente americano, posee esclavos.

—Lo que es abrumador, para nosotros la esclavitud ha sido abolida.

—Se ha atrevido a traer a su esclavita y se hace acompañar de ella a todas partes.

—¿La has visto?

—Tampoco ha sido tan osada como para traerla a los bailes. Dicen que es una mulata en edad similar a ella, una mezcla impresionante de la unión del negro y el blanco.

—Infeliz chiquilla. ¿Qué más se rumora?

—Que su colección de rechazos a propuestas matrimoniales en La Habana y España es digna de emular con el grosor de una enciclopedia. El difunto marqués era receloso de su primogénita.

—Yo también lo estaría. ¿Cómo puede una criatura terrenal ser tan desquiciante?

—Y prohibida. No te acerques con tus trucos de siempre que la condesa de Huntington, su madrina, y la abuela de la criatura no le quitan el ojo de encima, conscientes de la joya que custodian.

—No me explico cómo sigue soltera, solo la falta de dote podría explicarlo.

—Es muy rica, es lo que se esparce en el ambiente.

—Será por eso que su padre mantendría a los carroñeros lejos de su valiosa gema.

—Su dote te vendría de perlas.

—Si tiene todas esas virtudes y es tan bella, no se conformará con el segundo hijo de un noble, querrá un primogénito.

—¿Escuché bien? ¿La bella señorita extranjera te hizo pensar en matrimonio?

—Un pensamiento fugaz.

—No creo que necesite conformarse con el primer hijo de un noble, el marqués de Emerald no le ha quitado la vista de encima.

—¡Miserable! Si se empeña no dejará oportunidad para nadie. Es difícil competir con un título nobiliario —murmuró. Continuó deleitándose con la vista a distancia y con suma discreción.

No podía dejar de escrutarla. Poseía una piel tan blanca que dejaba traslucir sus venas azules y que contrastaba con sus ojos oscuros, como la noche y el día, con un efecto embriagador en los caballeros. Lo que William desconocía era que tenía un impetuoso carácter, que era dominante y que no se dejaba amilanar ante los convencionalismos sociales, lo que volvía cualquier propuesta de matrimonio temeraria. Fascinado por la novedad, intentó acercarse para propiciar que intercambiaran, aunque fuera por accidente, un par de palabras. Estuvo tentado, incluso, de pedirle a la condesa de Huntington que los presentara, pero al comprender que el marqués de Emerald la acechaba como a una presa y sabiendo que era un partido de más peso, desertó sin siquiera esforzarse.

Absorto en sus pensamientos, a la par que negaba para sacudirse cualquier idea fugaz sobre la

señorita que le diera vueltas en la cabeza, fue sorprendido por un revuelo de encajes que terminó por avasallarlo. Se descubrió en el área de baile, peligrosamente expuesto a ser atropellado por los danzantes, justo como había ocurrido segundos atrás. La dueña de sus reflexiones fue quien se estrepitó contra sí. Ella y su acompañante, el marqués de Emerald, se disculparon con un movimiento de cabeza y siguieron inmersos en el vals.

Él era quien tenía que pedir perdón por estar distraído y no fijarse hasta dónde había llegado a parar. Y sucedió de pronto, todos sus prejuicios acerca de lo que una joven casadera representaba colapsaron ante sus ojos. Volvió al lado de lord Arthur Johnson y exigió saber quién era la carabina de la recién llegada. Su amigo hizo un gesto en dirección de doña Prudencia y William se lamentó por tampoco haber sido presentados. La abuela de la señorita era una mujer entrada en años, que vestía con elegancia, pero sin llegar a los excesos; los tejidos y las joyas elegidas para el baile le daban un aire majestuoso, que era armonizado por un rostro dulce, que brindaba confianza. Se notaba que de joven había sido dueña de una belleza muy singular.

—Siempre puedes invitarla a bailar, el marqués es mejor partido que tú, pero no creo que los mueva el mismo interés. Tan pronto como suspiras por una dama la olvidas al día siguiente.

—El marqués está buscando esposa, por todos es sabido. Ha cumplido con el luto por su viudez y hace dos temporadas que no dejan de lloverle las damiselas que añoran convertirse en la marquesa de Emerald.

—Tal vez estaba esperando por una dama que tuviera una fortuna que le resultara motivante. La señorita Morell posee una cuantiosa dote, su cuñado es un duque muy dadivoso. Además, será la heredera de los bienes nada despreciables de su abuela en España y aquí en Inglaterra.

—No creo que su holgura económica sea lo que más motive al marqués —murmuró suspicaz.

—El león cree que todos son de su condición. Es un hombre práctico y ante todo un caballero. ¿La invitarás a bailar o no?

—No suelo venir a los bailes a zarandearme si no hay un objetivo en la mira, y en vistas de que el marqués ya ha puesto sus ojos en la novedad, mejor sigo buscando alguien que alivie el aburrimiento de mi absurda vida.

—¿Has visto a las señoritas que echan raíces al final del salón? Estarían encantadas de que corrompieras su honor.

—No suelo aprovecharme de las féminas desesperadas.

Pero nada lo hizo abandonar su actitud sigilosa, aunque otras damas de alcurnia lo envolvieron en hilarantes charlas, así como caballeros, no pudo dejar de seguirle la pista a la señorita Morell durante toda la noche. Lord Arthur Johnson no le quitaba la vista de encima, bastante intrigado y con cierta indignación, porque lo que sea que tenía obnubilado a su amigo también le estaba robando a él la diversión.

—Si esperas a que tome asiento para dignarte a acercarte me temo que no sucederá. Desde que llegué he advertido que no ha dejado de recibir invitaciones.

—Alucinas, de querer ya lo habría hecho.

—¿En serio? —lo desafió en busca de acción.

—¿Acaso lo dudas?

—Me intriga que acepte. El marqués la tiene acaparada, ha bailado con otros, pero con él ha sido recurrente. Los corazones rotos de muchas señoritas ya deben dar a ese pez gordo por perdido.

Con paso firme y dejando a lord Arthur Johnson con la boca abierta, se dirigió maldiciendo para sus adentros a la condesa de Huntington, la que lo recibió con una mirada conspicua. Era una mujer que ponía a temblar incluso a hombres que estaban acostumbrados a establecer una férrea autoridad. Su rostro estaba despojado de dulzura o alegría.

—Milady —pronunció seguido de una reverencia—. Sería muy dichoso si usted pudiera presentarme a sus ilustres invitadas.

—No me sorprende su interés. —Lo miró para nada incrédula y soltó un comentario muy impropio. William no terminaba de entender por qué nunca había sido del agrado de lady Huntington por más que se esforzaba por simpatizarle, siempre era tan cortante con él y lo peor era que no lo disimulaba—. Pero de una vez le advierto que pierde su tiempo, la señorita Morell ya ha atraído la atención del distinguido marqués de Emerald.

Deseó abofetearse mentalmente, sentía que quedaba en evidencia, que pisoteaba su orgullo de una manera ridícula. La dama, con su frase ensayada, le daba a entender que no reunía los méritos para competir con su oponente.

—Tan solo quería invitarla a un baile.

—Por supuesto, en cuanto el marqués nos la devuelva me dará gusto presentársela, pero ya que tiene tan acuciante motivación, ¿qué le parece si comenzamos con la señora de García de Lisón, mi ilustre prima?

—Estaré encantado —murmuró desayunándose que la bella joven estaba emparentada con la condesa.

Doña Prudencia fue amable con el joven que recién conocía, no le faltó astucia para entender el repentino interés de un caballero, en plena lozanía, por su persona. Más uno como ese, con unos rasgos tan atractivos, de altura considerable y con una mirada tan melancólica. Se preguntaba qué acongojaba su alma y quiso casi de inmediato socorrerlo.

—¿Ya había estado en otras ocasiones por estos lares? —trató de entablar una conversación con la señora.

—En varias, lord William Lovelace.

—¿Qué terrible que no haya tenido la oportunidad de conocerla!

Doña Prudencia sonrió disimulando la ternura que le inspiraban sus ocultos motivos, observó el rostro seductor del joven y su esfuerzo en hacer la conversación amena, con el afán de estirarla hasta que su nieta volviera a su lado y no le quedara otra opción más que presentársela. Lo que ocurrió en breve, de seguro calculó exactamente cuántos minutos le quedaban al vals. Cuando Altagracia volvió junto a su abuela y la condesa, no pasó por alto la presencia del fascinante

caballero que las entretenía con sus elegantes palabras. La condesa de Huntington tomó la delantera y como anfitriona hizo las presentaciones:

—Estimada, permítame introducirla al hijo del duque de Whitestone, lord William Lovelace. La señorita Altagracia Morell es la hija del difunto marqués de Morell de Santa Ana y nieta de mi querida prima, la señora de García de Lisón.

—Todo un honor conocerla —manifestó con una reverencia y aquella expresión taciturna que lo hacía lucir aún más atrayente.

Su encanto contradictorio y fulminante la tomó por sorpresa, casi olvida las reglas tan estrictas por las que se guiaba la aristocracia británica y estuvo a punto de ser totalmente transparente. Reconponiéndose de la impresión que le causó el joven lord, le dedicó unas comedidas palabras. Él, acomodándose un mechón inexistente, fuera de su perfecto peinado, le solicitó:

—¿Le gustaría acompañarme en alguna de las piezas?

Altagracia no se asombró por la petición, pero sí por lo repentino, apenas habían cruzado dos palabras y él había solicitado el baile. Miró su carné con gesto reflexivo y con algo de compasión le dio la ansiada respuesta.

—Me temo que he comprometido cada una.

El movió los labios, pero ni siquiera se atrevió a dejar aflorar una sonrisa.

—La temporada recién está empezando, en otra ocasión será —manifestó con pesar.

—Mi querida prima tendrá que poner remedio, creo que lord William Lovelace se merece una oportunidad —manifestó compadecida doña Prudencia.

—Si la señorita Morell no se opone, veré si está en mis posibilidades, aunque no lo puedo prometer —murmuró con los dientes apretados la condesa.

William dudó que aquella dama moviera un dedo para provocar aquel desenlace, si de ella dependía lo mantendría lo más alejado posible de la señorita.

Doña Prudencia, aún encandilada con los modales y el porte del hijo del duque de Whitestone, abogó por la solicitud del caballero. La condesa de Huntington se quedó perpleja ante la petición.

—Prima querida, ¿cómo reniega así de su suerte? —intentó entrarla en razón la condesa cuando el joven se hubo retirado—. Su nieta ha causado una grata impresión en el marqués de Emerald. Gracias a Dios su carné de baile está lleno. ¿Por qué tentar a la suerte solicitando una pieza más para que dance con lord William Lovelace?

—Una contradanza, es en la que mi nieta se luce más.

—¿Acaso no me escucha?

—Usted me lo presentó con toda formalidad y me pareció un joven educado. ¿Por qué ahora se opone a que baile con él?

—Su padre es un miembro distinguido y respetable de nuestra sociedad, no podía negarme. Pero si en verdad usted aceptó mi invitación para buscarle esposo a su adorada nieta, créame que lord William Lovelace no es el adecuado, es el segundo hijo del duque. Diferente fuera de ser el primogénito, tiene un carácter completamente distinto y además una herencia que lo respalda.

—¿Qué tiene su carácter? El joven es encantador. ¿Y quién habla de matrimonio? Solo quiere que le conceda un baile.

—Es resbaloso —susurró e hizo un gesto de pesar—. Haré lo que me pide, pero no le quite los ojos a su nieta de encima. El marqués de Emerald es un prospecto importante.

Altagracia giraba conducida de la mano del marqués de Emerald, era un hombre que recién había pasado los cuarenta años, pero lucía lleno de lozanía y con un físico varonil y saludable gracias a las actividades al aire libre que practicaba. Su rostro límpido se embellecía por dos enormes esmeraldas que refulgían a la par de su sonrisa. Su gallardía y conversación no dejaban de despertar su interés, aún más al notar el frenesí que causaba en las jóvenes casamenteras, lo que le dejaba en claro que era el partido más cotizado en aquel salón.

«Cuando menos lo imaginas llega la fortuna», pensó y recordó la carta que dio un giro trascendental a su vida. En aquel momento le había costado darle crédito a aquella invitación, pero fue su abuela, doña Prudencia, quien le confirió legitimidad.

Altagracia era la hija del difunto marqués de Morell de Santa Ana. En vida de su padre, sufrió al ver cómo a pesar de ser la primera en orden de nacimiento no heredaría la fortuna Morell. Las propiedades, el título y el dinero fueron a parar al único heredero varón de la familia. La situación le costó muchos sinsabores y la rivalidad con Hugo Buenaventura Morell y Sequeira, su primo, quien había suplido a su padre como poseedor del marquesado de Castilla llegado el día. Con el tiempo, logró la aceptación.

Cuando dejó de luchar y renunció a sus aspiraciones, la invitación de la prima inglesa de su abuela, para que disfrutaran de la temporada londinense, vino a rescatarla del hastío en que se habían convertido sus días. A su abuela, doña Prudencia, le pareció una buena oportunidad para que su querida nieta y ella misma cambiaran de aires. Además, que le venía como anillo al dedo. La herencia de su difunto esposo la había dejado en posesión de tierras e inmuebles en Inglaterra que ya requerían ser supervisados, pues llevaban desde su última visita por esos lugares a cargo de su administrador.

No tardaron en tomar un vapor y partir, raudas y veloces. A doña Prudencia se le había metido entre ceja y ceja que dotaría con dicha herencia, a su deceso, a su querida Altagracia, y era hora de ponerla al tanto de los pormenores. Fue así como Londres recibió a la señorita y quedó prendado con ella. Brilló con luz propia en los salones y captó de inmediato la atención de los jóvenes de ascendencia noble. A ese hecho contribuyó que su protectora, la prima de su abuela, fuera la condesa de Huntington, quien era conocida por socorrer a señoritas en edad de casarse. Altagracia ya tenía veinticuatro años de edad, suficientes para estar casada, y se convirtió en un asunto de vida o muerte para su benefactora. Las propuestas no dejaron de desfilar ante su puerta, todos estaban deslumbrados con su belleza, no solo era descendiente española, sino que venía de La Habana y eso le daba un morbo añadido a la curiosidad de los hombres.

Al único al que le aceptó los galanteos fue al marqués de Emerald, con quien se había permitido bailar más de una vez en los tres bailes a los que había asistido desde su arribo. Cuando la última pieza musical terminó, fue sorprendida por el inicio de una contradanza. Lord William Lovelace se le acercó y le extendió una mano. La tomó y sintió su tibieza incluso a través del guante.

—Parece que al final tendré el honor de acompañarla —murmuró acariciándola de una forma desconocida con la mirada.

Ningún caballero inglés había causado tal efecto en ella y tampoco se permitió demostrarlo. Sabía que las reglas eran muy distintas en esa tierra y que las mujeres procedentes del otro lado del Atlántico, como ella, eran sometidas a imperdonables escrutinios por los miembros más estirados de la aristocracia. Por eso se había sentido cómoda cerca del marqués de Emerald, quien la había tratado con el más absoluto respeto, y a pesar del almidonado carácter británico, había dejado entrever que era un hombre con miras en el progreso más que en las costumbres arcaicas.

Fue muy revelador para ella darse cuenta de que los prejuicios contra los que había luchado

toda su vida quedaban pequeños en comparación con la nueva sociedad que le abría sus puertas gracias al apadrinamiento de los condes de Huntington y al parentesco de su abuela con ellos.

Las notas musicales de la orquesta los envolvieron y comenzaron a danzar como dos ángeles sobre el firmamento. Notó que los presentes, aunque intentaron adherirse a sus asuntos, no les quitaban la vista de encima. Incluso le pareció ver de lejos a alguna señorita suspirar al creer que aún tenía esperanzas de pescar al marqués, al notar que el joven de los Lovelace había sido deslumbrado por la chica extranjera.

La primera impresión que Altagracia tuvo de lord William Lovelace fue diferente a la del marqués, no la hizo sentirse tan cómoda como lord Emerald, tampoco era como si caminara sobre un lecho de espinas ante su presencia. Era difícil de explicar. Solo podía sentirse: su pulso tenía un ritmo más acelerado que el habitual, sus mejillas ardían y estaba segura de que habían subido uno o dos tonos de rubor. Se habían apoderado de ella unas tontas ganas de reírse, las que reprimió por temor a parecerle desagradable. Toda su anatomía se vio alterada por el caballero alto de ojos azules y profundos que le clavaba aquella mirada llena de interrogación.

Su acompañante, por el contrario, tenía el rostro más pálido o taciturno que en el momento que había solicitado el baile, como si hubiera hecho un notable descubrimiento en los últimos segundos, uno que amenazaba todo lo que consideraba sólido en su vida hasta la fecha. Permanecía absorto mirándola como si todas las palabras se hubieran quedado atoradas en su pecho. Eso sí, se movía diestramente, como si su cuerpo hubiera sido creado para la danza, y agradeció su soltura.

Altagracia temió haber dicho algo que fuera la causa de que su interés se viera mermado, no entendía su silencio después de su insistencia en sacarla a bailar y de su elocuencia para inspirar la complicidad de su abuela para conseguirlo. La pieza culminaría y aquel anhelo que se le antojaba urgente iba a perecer con la melodía. Tenía que hablar antes que fuera demasiado tarde.

—Señorita Altagracia Morell —pronunció él, adelantándosele, con su marcado acento inglés que a ella le resultó de lo más encantador en la tesitura de su voz—. Es similar a Grace, pero con más fuerza: Altagracia —repitió mientras se le enredaba la lengua—. Jamás había escuchado su nombre. ¿Lo he pronunciado correctamente?

—Lo hace bastante bien —mencionó con una comedida sonrisa, habría sido feliz de escucharlo pronunciar su nombre cien veces más.

—Eso quiere decir que debo esforzarme —murmuró en español.

—¿Habla mi idioma? —preguntó en su lengua natal.

—No tan bien como usted habla el mío, pero he tomado clases —mencionó regresando al inglés, donde se sentía más confiado—. Pero usted puede hablarme en castellano si lo desea, puedo entenderla a la perfección y, con todo respeto, es agradable escucharla. Me dedico a traducir textos por diversión de uno al otro idioma, claro que es más fácil leerlo que pronunciarlo.

Le robó una amplia sonrisa con aquel elogio que murmuró con seriedad, sin una pizca de galanteo.

—Tampoco hablo inglés con sobrada soltura, hay términos desconocidos para mí, así como determinado lenguaje propio de una u otra zona que logra confundirme.

—Podríamos beneficiarnos mutuamente, así ambos podemos practicar el idioma del otro.

—Es toda una sorpresa, ya tengo con quien quejarme en mi lengua cuando esté desesperada.

—¿Tan mal la hemos recibido? ¿O es el clima al que no acaba de acostumbrarse? Porque ha venido en la época más cálida —murmuró compungido.

—Solo bromeaba —dijo aún sonriendo y logró robarle unas sonoras y deliciosas carcajadas.

—Es usted temeraria.

—Y usted convincente, persuadir a mi abuela para que tomara partido por un joven caballero con el propósito de invitar a bailar a una de sus nietas es toda una proeza.

—En ese caso, gracias por aceptar.

—Ha sido estupendo.

—Iré al baile de los marqueses de Ellis —dijo como un susurro antes de soltarle la mano mientras se despedían—. ¿Asistirá?

—Si la condesa y mi abuela no disponen otra cosa, tengo entendido que sí.

—Sería dichoso si reservara un espacio para mí en su carné de baile —suplicó con modestia.

—¿Alguna pieza en especial?

—La que la haga feliz.

Esa noche, antes de cerrar los ojos, comprendió que la invitación de la condesa había venido a darle un giro a su vida. La prima y mejor amiga de su abuela estaba encantada con ella y resuelta a buscarle esposo. Situación que estaba lejos de sus anhelos, solo quería disfrutar del paseo, conocer nuevas tierras, costumbres y personas. Hacía tiempo que el matrimonio había dejado de ser una de sus prioridades. Había crecido escuchando a sus padres hacer planes para casarla con Hugo Buenaventura Morell y Sequeira, el heredero de su padre, pero eso había cambiado cuando él eligió a su hermana menor, lo que la alejó de la posibilidad de volverse marquesa.

Pero su cuñado, quien no solo era el nuevo marqués de Morell de Santa Ana, sino que también ostentaba el título de duque de San Sebastián, le había otorgado una dote demasiado sustanciosa que ponía un elevado valor a su mano. Desde antes de tener edad para comprometerse observó la larga lista de pretendientes, movidos por su belleza y su cuna, desfilar ante su padre para pedirla en matrimonio. El difunto marqués rechazó a cada uno, dejándola a disposición de su heredero, tanto a ella como a sus hermanas, hasta que este hizo su elección y desposó a María Teresa.

Aquella libertad que le llegó cuando menos lo esperaba, al principio la asustó. Poco a poco, se adueñó de ella y decidió que no volvería a dejarla a merced de la decisión de un hombre. Era su momento de vivir para sus propios anhelos, su padre ya no estaba para dirigir sus pasos y con el viaje había puesto distancia entre las presiones de su madre y sus convicciones.

Su querida abuela, doña Prudencia Benavides viuda de García de Lisón, decidió nombrarla su

heredera, en la familia todos estuvieron de acuerdo. Los trámites quedaron asentados ante los notarios correspondientes y Altagracia Morell se convirtió en una rica sucesora que además tenía una jugosa dote. Su fortuna la puso de inmediato en la mira de cuanto caballero soltero y en edad de casarse estaba presente en la temporada londinense.

Los últimos acontecimientos no dejaron de tratarse, con suma discreción, en el saloncito privado de lady Huntington. Un sitio donde las damas podían tocar ese tema tan importante, reservado y delicado a la vez. La condesa bullía en ansias de encontrar esposo para la nieta de su prima, su condición de soltera a su edad se le hacía escandalosa. Su hija, lady Wilson, que estaba sentada en la butaca próxima a Altagracia, se había casado antes de llegar a los veinte como el resto de sus hermanas. Era una mujer de veintiséis años, dueña de la belleza clásica inglesa. Su madre se sentía orgullosa de cada una de sus hijas, Agnes no era la excepción; era la esposa de un barón y ya había encargado al heredero, al de reemplazo y a un par de gemelas que ahora tenían dos años.

Todas tomaban el té con singular gracia. La elegante porcelana francesa de los Huntington se veía adorable junto a las pastas. Altagracia no sentía fascinación por esta infusión, la había probado en distintas ocasiones, pero no era su bebida preferida, siempre que tenía la oportunidad elegía un refresco, la leche o incluso el café. Sonrió con picardía al recordar que, al zumo de naranja o limón, a veces le vertía, a escondidas de su madre, un chorrito de ron, y para los calores que hacía en la isla era refrescante. Observó a lady Huntington e imaginó su gesto reprobatorio ante ese hecho si se diera frente a sus narices. En Londres, sin embargo, el té tenía cierto protagonismo. Le llegó a tomar un gusto particular; incluso pensaba que si volvía con su familia ya no podría desairarlo tal cual era su costumbre.

—El marqués ha quedado deslumbrado con usted —le comentó la condesa a la espera de su respuesta.

—Es todo un caballero —se limitó a decir.

—Encabeza la lista de cada familia de abolengo que busca emparejar a su hija con un par del reino —intervino Agnes, lady Wilson.

—He notado el entusiasmo de las jovencitas ante su presencia. Yo lo he perdido. Mis intereses en concertar una boda ya no son idénticos al momento en que fui presentada en sociedad con esos fines. —No mentía, casarse había sido su anhelo años atrás, más cuando sintió la presión que ejercían sobre ella sus padres porque Hugo Buenaventura, el heredero al marquesado, la desposara. Después, cuando María Teresa hizo los honores, se sintió libre de los compromisos de su ascendencia noble y del poder de los hombres al que odiaba supeditarse.

—Tendría que ser su prioridad, cariño. Lord Emerald debe con urgencia encabezar su lista, está buscando esposa. Jamás lo vi tan solícito con otra fémica que no fuera la difunta marquesa. Presiento que le hará una propuesta —insinuó la condesa y evaluó la reacción ante sus palabras.

—Hay tantas bellas señoritas casaderas, de buena familia y educadas en las costumbres inglesas. ¿Por qué desviaría su atención hacia mí? —intentó ser modesta, pero también lo había

notado.

—Supongo que esa versión de esposa ya la probó en su anterior matrimonio. La difunta era una mujer con todas esas cualidades —apuntó lady Wilson.

—Se casó muy joven —musitó asombrada.

—Parecían felices, pero solo le dio una hija que ya tiene quince años —continuó lady Wilson aportando datos sobre el caballero—. Si procrean un niño podría ser el próximo marqués de Emerald, así que será un jugoso matrimonio si lo sopesa bien.

—El marqués, a pesar de su carácter reservado, no puede esconder su admiración. Me darías la razón, Agnes, de haber podido ser testigo de la situación. Hemos echado de menos tu presencia en los últimos bailes —apuntó la condesa.

—Mi esposo lo ha preferido así. No le agrada que frecuente ese tipo de ambientes cuando no puede acompañarme, pero pronto estará con nosotros y podré disfrutar de la temporada. No me he perdido de mucho —refirió la aludida.

Altagracia observó los esfuerzos de lady Wilson para justificarse, y el énfasis de su madre para desviar la atención sobre el barón que tenía por yerno. La condesa volvió al ataque con el asunto del que se había apropiado, lo capitaneaba con más ímpetu que su propia abuela.

—Lord Emerald siempre tuvo la suerte de su lado hasta que la viudez lo sorprendió antes de lo esperado. Es un hombre atractivo y usted, señorita Morell, tiene suficientes virtudes para despertar su interés. A su edad debe tomar una propuesta de matrimonio como cosa seria —presionó.

—A Altagracia nunca le han faltado pretendientes, todos muy bien plantados, con familia, título y fortuna —intervino doña Prudencia en defensa del retoño de su única hija—. Solo que ninguno fue suficiente para mi yerno, que en paz descansa.

—Prima querida, creo que deberíamos fijar esta temporada que recién empieza como el límite para encontrarle marido. —Lady Huntington no se andaba con medias tintas—. Se lo digo yo, que he casado satisfactoriamente a todas mis hijas y antes que superaran los veinte años.

—Loable, a diferencia del heredero del condado que sigue soltero.

—Mi único varón, mi orgullo. Después de tantas hijas creía que nunca llegaría. Gracias a Dios, fue el regalo de mi último alumbramiento.

—¿Lo echa de menos?

—Mucho, pero ha decidido por la vida militar y le va demasiado bien.

—Como futuro conde no necesita preocuparse por hacer carrera. ¿No debería apoyar a lord Huntington?

—Algún día no tendrá más remedio, mientras hay que darle libertades y dejarlo hacer su voluntad. Mejor pensemos en buscar un digno pretendiente para su nieta.

—¡No me emocione! ¡No tengo otra ilusión que ver a mi niña hermosa bien casada!

—¿Un esposo inglés? —indagó Altagracia y suspiró ante la expresión de algarabía de su abuela que parecía una niña entrando en una tienda de golosinas.

—Un lord —rectificó la condesa que no aceptaría menos—. No han cesado de llegar tarjetas para solicitar la presencia de ambas en cada una de las actividades de la temporada a las que hemos sido invitados.

—Es algo a lo que tendrán que acostumbrarse, es el efecto que Altagracia suele causar en sociedad —murmuró la abuela complacida.

—En verdad me sorprende. Ante la oleada de ricas herederas americanas que vienen a Europa a pescar esposo con título, nunca vi tanta disposición de nuestro círculo.

—Mi nieta es la hija de un marqués —dijo con orgullo la dama—. Además, el hecho de estar emparentada con usted le da un voto de confianza.

—Y su nieta está muy bien educada.

—Es la hija de un Grande de España —emitió con suficiencia en defensa de sus descendientes.

Tras la conversación, doña Prudencia, acompañada por Altagracia, recibió a su administrador en Grey Terrace, donde permanecían durante su estancia en Londres. Lo había mandado a llamar para que le entregara un balance de sus bienes y para finiquitar asuntos de negocios: la renta de unas tierras que supervisó a favor de la señora desde la muerte de su esposo. El conde de Huntington, a petición de su esposa, se ofreció a acompañarla, estaba al tanto de esos menesteres; había asumido las responsabilidades a favor de tan distinguida dama en su ausencia, pero se sorprendió de la habilidad de la señora para velar por su patrimonio cuando tomó el control de su herencia. Así que solo brindó su apoyo moral.

Doña Prudencia había sido de padre español y madre inglesa, y debido a su parentesco, tenía tierras y propiedades en las afueras de Londres, las que habían aumentado en extensión bajo la supervisión diestra del difunto señor García de Lisón, quien viajaba constantemente entre España e Inglaterra para atender sus negocios lejos de su hogar en Madrid. A su muerte, doña Prudencia, su viuda, se vio devastada y con una herencia difícil de mantener. Su única hija y su yerno habían decidido radicar en La Habana. Hubiera vendido los terrenos y las propiedades antes de que se perdieran, de no ser por el conde de Huntington que acudió a su rescate. Tras los años, la señora aprendió guiada por la habilidad para los negocios de su yerno y dio seguimiento a sus asuntos con soltura.

A doña Prudencia no le sorprendió recibir dos días después una invitación para la condesa de Huntington, con ellas incluidas, en la residencia de lady Black, para tomar el té.

—Más pronto de lo que me temía —sostuvo lady Huntington animada.

—Ya le había comentado que mi nieta suele causar ese tipo de efectos. De seguro lady Black tiene un hijo al que Altagracia le ha causado una buena impresión.

—La vizcondesa Black es la hermana de lord Emerald —aclaró la condesa—. Supe que su

esposo ha estado viajando para consultar un médico francés por sus problemas del corazón que no son secreto para nadie, situación que los ha mantenido alejados de los últimos eventos de la temporada.

—Pobre hombre. ¿Está grave?

—Lo sobrelleva, ha permanecido mucho tiempo así. Se cuida y lleva una vida calmada.

—¿Para qué nos estará invitando lady Black?

—A la vizcondesa de seguro le han llegado los rumores de la admiración que ha despertado la señorita Morell en su hermano y por eso quiere conocerla.

—Estará espantada o aliviada. Una dama inglesa no suele recibir ese tipo de noticias con mucha alegría. De seguro quiere valorar de cerca los modales de la señorita extranjera. ¡De La Habana! Ese particular destino le habrá causado un soponcio.

—Vacilaciones que se disiparán en cuanto tenga el gusto de conocerla. Necesitamos que esté de nuestra parte para que podamos atrapar al marqués. Su hermana suele ser muy celosa de la suerte de Emerald y su sobrina.

—¿Usted no se está adelantando? Altagracia aún no ha manifestado si le agrada lord Emerald.

—Prima, debería encargarse de que su nieta lo vea con buenos ojos, a esta altura aceptarle tantos bailes al caballero no será visto con buenos ojos si no terminan comprometidos.

Altagracia fue arrastrada por las damas a la morada de la vizcondesa Black. En cuanto supo de quién era hermana se puso reticente. La compañía del marqués le era agradable, pero de ahí a considerarlo un partido para ella o permitir ser examinada durante una tarde por la hermana del susodicho, iba un trecho muy largo. Arribaron y fueron recibidas con toda la solemnidad que su rango ameritaba. La morada era sobria pero elegante, ubicada en Greenwich, con los tonos más aburridos del marrón esparcidos por toda la decoración, que la hizo sentirse algo intimidada, a pesar de su carácter resuelto. Lady Black le causó un efecto completamente opuesto al que le había causado su hermano, todo en ella era frialdad, incluso los rasgos de su hermoso rostro. Era una mujer preciosa, dos años menor que el marqués, de una belleza altiva que no pasaba desapercibida, traía a colación el recuerdo de la reina de las nieves. Tan linda, pero inaccesible, sobria, congelada. Lo único que le daba cierta calidez a su apariencia eran sus ojos esmeraldas, idénticos a los del marqués.

La anfitriona se esforzó por ser amable, pero no podía ocultar las tres arrugas que surcaron su entrecejo en cuanto Altagracia Morell le fue presentada. Tal vez porque la joven resultó más agraciada de lo que le habían cotilleado, porque sus modales eran más que excelentes o porque venía adecuadamente respaldada por las dos damas. No tendría elementos para frenar los impulsos de su hermano, quien no se caracterizaba por tomar decisiones a la ligera y era lo que más le pesaba.

—Emerald me ha hablado tanto de usted que me sentí inclinada a recibirla y conocerla en persona —manifestó al fin.

Altagracia quedó con un suspiro atravesado al escuchar el motivo de su invitación. Las primas se miraron la una a la otra en señal de que el asunto iba por buen camino.

—Es un placer para mí conocerla, lady Black, y su hermano, lord Emerald, es un caballero muy educado.

—Viudo con una hija —atacó de inmediato con el dato que creyó que la haría huir despavorida.

—Tengo entendido que es muy joven aún.

—Quince años, una edad muy difícil de sobrellevar.

—Crecí con hermanas menores y una prima, estoy acostumbrada a tratar a las jovencitas y suelo tener buena relación con ellas. —Se sorprendió de sus palabras. Si lo último que pensaba era contraer matrimonio, y menos con lord Emerald, ¿por qué salía al paso con esa respuesta? Imaginó que era la costumbre.

—Mi hija, la marquesa de Morell de Santa Ana, educó muy bien a sus hijas. La mayor siempre fue un ejemplo para las siguientes —intervino la abuela.

—Pero no tuvo hijos varones, una pena —recalcó de manera despectiva lady Black.

—Mi yerno tuvo un heredero de la familia Morell de quienes todas estamos muy orgullosas. Lo apreció como a un hijo.

—Mi hermano debería estar pensando en fijar un compromiso para su hija, pero ahora está más ocupado en buscarle una madre de reemplazo —continuó lady Black.

—Imagino que la guía de una dama será reconfortante para su sobrina —manifestó doña Prudencia notando que el asunto de las nuevas nupcias para el hermano le desagradaba a la mujer, algo que alejaba a su primogénito del marquesado.

—Lady Arlene Haddon es el nombre de mi sobrina. En dos o tres años podría convertirse en una admirable esposa.

—¿Será que ese par de años le basten para enamorarse? —intervino Altagracia espantada de que estuvieran pensando casarla; su hermana menor también lo había hecho a temprana edad, pero estaba en desacuerdo con esa costumbre.

—Enamorarse no es del todo admirable, no es lo que traerá armonía a su hogar —remató su oponente devorándola con la mirada.

Altagracia tragó en seco y recordó los consejos compartidos por su abuela durante el largo viaje en vapor acerca del carácter y la sobriedad de la aristocracia británica. Cada una de las conductas que había prometido reprimir para encajar y tener una estancia agradable se estaban escapando de su control. Rápidamente notó que la vizcondesa no era amable, aunque se esforzara con creces en agradarla. Tan solo la había invitado para observarla de cerca, movida por el entusiasmo que había notado en el marqués de Emerald al hablar de su persona.

El ataque encubierto de lady Black, el sutil empuje de lady Huntington para que aceptara las atenciones del marqués, cada una de las frases que el viudo había proferido con el mayor de los respetos, pero sin ocultar su admiración, terminaron por aterrizar: lord Emerald la estaba evaluando como candidata para marquesa de Emerald. Tragó en seco, suspiró y se propuso

desalentar a toda costa los avances del noble. Por eso, cuando lady Black emitió el siguiente comentario, quedó pálida al sentirse abordada sin previo aviso para un asunto tan delicado.

—La verdad es que Emerald ha podido apreciar las virtudes de la señorita Morell, y cree que reúne todos los requisitos para una buena esposa. Me pidió acercarme a su abuela para saber, antes de proseguir con sus respetuosas intenciones, si la familia Morell estaría dispuesta a consentir una propuesta que traería consigo que su noble hija se quedara para ser desposada en estas tierras.

—Nos toma desprevenidas —murmuró doña Prudencia mientras su prima le lanzaba una mirada de suficiencia, la que languideció cuando la señora remató el ofrecimiento con una sinceridad apabullante—. No estamos cerrados a ninguna propuesta, pero mi nieta tendrá la última palabra y me temo que es bastante selectiva.

De regreso, durante el trayecto en carruaje, Altagracia tuvo que escuchar por minutos que le parecieron interminables la conversación de las damas sobre su futuro.

—Admito que al traer a mi nieta conmigo, lo hice con la intención de procurarle un buen matrimonio. Incluso sopesé vender todas mis propiedades en Inglaterra e irnos juntas a Madrid, para establecernos ahí y, como mi heredera, más su dote, buscarle un esposo acorde a su linaje — profirió doña Prudencia.

—¿Por qué deshacerse de sus posesiones? Rinden frutos y están bien cuidadas. Mejor buscarle un marido inglés a la señorita Morell y establecerse en Londres —increpó la condesa—. La progenie de su difunto esposo está bien plantada en sus tierras, es justo que la reclamemos de regreso a su verdadero hogar.

—La familia estaría muy dispersa. Mi hija y Úrsula en La Habana, los duques en Madrid y nosotras en Londres. No sé si sea prudente. Por un tiempo sería reconfortante, pero no lo había pensado para radicar indefinidamente.

—Quiero intentarlo —pronunció Altagracia.

—¿Qué? ¿Casarse con el marqués de Emerald si se lo propone? —atacó la condesa.

—Me refiero a quedarme en Londres, podríamos buscar una casa para mi abuela y para mí.

—¿Y el matrimonio, querida? —insistió la abuela.

—¿El matrimonio? —Se quedó sin respuesta.

—Tendrá que casarse tarde o temprano. ¿O tiene inclinaciones religiosas como su hermana del medio? —instigó la condesa para obligarla a decidir.

—¿Cuál es la prisa? Todos me han presentado como una rica heredera. No quiero tomar decisiones a la ligera, ni que mi esposo me elija no por amor y sí por la cuantiosa fortuna que le depara con mi dote y la herencia de mi amada abuela.

—Niña ingenua, con lord Emerald le esperaría un castillo, un marquesado, sirvientes, riqueza, hectáreas interminables —musitó la condesa—. ¿Cree que su dote y herencia es lo que lo motiva?

Lleva dos años buscando a la esposa indicada, no se lo había visto tan inclinado por una señorita hasta que usted arribó.

—En todo caso, esperaré a que se declare; de hacerlo, pensaré qué es lo más conveniente. Estamos haciendo conjeturas y tal vez las intenciones del marqués distan de nuestras suposiciones.

—Se le propondrá, estoy casi segura. Mi consejo, querida, es que piense qué le responderá — concluyó la condesa antes de llegar a su destino.

Cuando antes de partir a la fiesta de los marqueses de Ellis, Altagracia recibió una nota con una disculpa por no poder asistir al baile, así como un discreto y elegante arreglo floral de lord Emerald, sospechó que, de no haber tenido el contratiempo de negocios que le hizo partir de improviso a sus tierras, tal vez esa noche habría escuchado su propuesta. Sacudió esas ideas, no estaba lista para recibirla. Aunque el marqués era un hombre atractivo y de buen carácter, que como su difunto padre abogaba por el progreso y a quien en otra etapa de su vida no hubiera despreciado, al menos para conocerlo un poco más, había otro asunto atormentándola: lo cierto era que no podía sacarse del pensamiento a lord William Lovelace.

Era consciente de que ninguna joven casadera despreciaría a un marqués de buen ver, relativamente joven y acaudalado, por el segundo hijo de un duque con una belleza singular, tomando en cuenta que el grueso de la herencia Whitestone iría a parar al primogénito. Sin embargo, no podía detener el flujo de sangre que reverberaba en su interior y tintaba sus mejillas cada vez que recordaba el taciturno rostro de lord William Lovelace.

Altagracia respiró de alivio al sentirse libre del influjo del marqués y su carácter jovial que la había absorbido casi por completo en los primeros bailes. Desde que había llegado a Londres y había comenzado a frecuentar al círculo social de la aristocracia, donde la condesa de Huntington se sentía como pez en el agua, lord Emerald había sido una constante en cada visita o celebración. Incluso en la que había faltado, la invitación para tomar el té en la casa de lady Black, no se había hablado de otro tema que no fuera el marqués, para bien o para mal.

Lady Black seguía al pendiente de la salud de su esposo y no acudió al baile. La señorita Morell sintió alivio de no estar al acecho de la sombra de esa mujer. Echó de menos, de nuevo, a lady Wilson, solo las separaban dos años y aunque una estuviera sumida en sus responsabilidades de esposa y la otra no, era con la que se sentía más a gusto para conversar. Tomó asiento junto a otras señoritas que aguardaban porque algún caballero se dignara a invitarlas a bailar cuando vio aparecer a lord William Lovelace. Alto, vestido de negro, con el rostro taciturno adornado por sus dos luceros azules, enigmático y descomunalmente atractivo. Jamás creyó que un estirado inglés le hiciera cambiar por completo el concepto que tenía acerca de los británicos. El calor la invadió por completo cuando él se acercó con recato.

—Estimada señorita Altagracia Morell —musitó con su encantador acento—. No he podido dormir pensando cuál pieza musical ha reservado para su servidor.

—En realidad no creí que lo dijera en serio —mintió. Solo por orgullo se había rehusado a colocar su nombre sobre el papel.

—Me ofende, pero la perdono si me concede la primera, no puedo esperar un minuto.

—Está de suerte y ha llegado temprano, aún nadie me ha convidado a bailar.

Se dejó guiar por la seguridad con que le tomó la mano y se deslizó hasta el sitio más iluminado de todos. Giraron junto al primer acorde y volvieron a cruzar sus miradas, al punto que ella tuvo que apartarla al notar la fuerza que ejercía la del caballero, hasta incluso ponerla a temblar. Ambos se quedaron sorprendidos el uno por el otro. Altagracia, turbada, intentó alejar los pensamientos que se le suscitaban al sentirse llevada por aquellos brazos protectores y firmes, que la conducían como a una ligera pluma por el salón de baile. La profundidad del azul la hizo sumergirse de golpe en el deseo irrefrenable de que aquel instante fuera eterno, algo de lo que ni siquiera fue consciente, solo reconoció un palpito diferente en su corazón; hasta el momento

ningún hombre le había despertado un sentimiento tan contundente.

Cuando la música cesó, se quedaron tres segundos de más perdidos el uno en el otro, hasta que ella se percató de la situación y se recompuso.

—Me preguntaba si... su abuela viera bien que la visitara —indagó ante su sorpresa—. Tengo unos libros en castellano que llevo bastante tiempo traduciendo, pero hay expresiones o palabras que me dificultan avanzar en la lectura. Su autor proviene del Caribe, tal vez pueda ayudarme con expresiones propias de esas regiones.

—Podría usted comentarle.

Él suspiró aliviado, jamás se le habían dado con facilidad las artes del cortejo, siempre lo creyó inútil e innecesario, hasta ese día, en que estuvo tentado de recurrir a su padre o a su hermano para que lo instruyeran al respecto. Las mujeres de las que había recibido sus favores buscaban otro tipo de galanteo, más agresivo y directo, y en ello jamás le había fallado la táctica.

—Si me permite, lo haré en este momento.

Doña Prudencia sonrió ante el ofrecimiento y pensó qué diría su difunto yerno en una situación similar. De seguro se habría negado, tenía fascinación por espantarle los pretendientes a la bella muchacha. Aceptó a la primera, no pudo resistirse ante el encantador caballero. Después de todo, estaría ella para supervisar que jamás, bajo ninguna circunstancia, quedaran a solas.

Sin la sombra del marqués al acecho, Altagracia pudo bailar acompañada de otros galanes, pero con quien más compartió la velada fue con lord William Lovelace.

—¿Cómo es que una joven tan bella como usted, con todo respeto, no ha contraído nupcias con algún noble español? —le preguntó mientras ella estaba sentada a la vista de los invitados y él permanecía de pie a su lado, bajo las estrictas miradas a unos cuantos pasos de doña Prudencia y la condesa de Huntington.

—Los pretendientes siempre fueron azuzados por mi padre, quiero pensar que cegado por su amor parental. Creía que nadie era lo suficientemente bueno para mí —respondió para no meterse en los intrincados detalles de la situación de su familia: su padre la había dejado a merced de su heredero, obsesionado con mantener su linaje; y el joven, tras darse de largas, no la había elegido porque había encontrado el amor en la menor de las Morell.

—Tengo entendido que su hermana menor se casó con el heredero.

—Así es —confirmó al comprender que el interés que había despertado en él había sido lo suficiente como para investigar acerca de su familia.

—¿Cómo es vivir al otro lado del mar, justo en La Habana?

—Toda una aventura para quienes arriban. Los que estamos habituados a la temperatura y las costumbres de la isla las extrañamos cuando estamos lejos de casa. ¿Ha viajado a América?

—Estuve tentado a pasar una temporada en New York, pero desistí a última hora y decidí conocer el resto de Europa, África y Asia. Viví un par de años fuera, luego de concluir mis estudios, hasta que decidí volver al redil.

Su sinceridad la tomó de golpe, hubiera querido indagar más al respecto, pero no quiso pecar

de indiscreta.

—He viajado y conocido otros países, pero me temo que no tanto como usted. ¿Y qué lugar le ha impresionado más?

—Asia. Sus costumbres son tan distintas a las nuestras que a veces me pregunto para qué sirven, sino para dividirnos a los hombres.

Aquello sí no se lo esperaba, se sobresaltó. Su punto de vista era aún más escandaloso que el suyo mismo, y eso ya era mucho decir.

—Veo que tiene sus propias ideas.

—Cuénteme usted de La Habana. Quiero saber si es como me han contado. ¿Cómo es vivir en esa parte del mundo?

—El calor llega a ser un tanto insoportable, pero al final uno se acostumbra y se echa de menos. Los colores del cielo, del mar y la vegetación son muy nítidos gracias al fuerte sol, a tal punto que a veces te ciega tanto brillo. Usted ha hecho que la nostalgia se apodere de mí, he recordado a los míos.

—Perdone mi atrevimiento, permítame invitarla a bailar para devolverle el estado de ánimo alegre con que la he encontrado; pero antes le presentaré a mis padres.

—¿Justo ahora? —preguntó sintiendo que todo iba tan deprisa que su mundo comenzaba a girar.

—Al parecer lady Huntington los ha presentado a la señora de García de Lisón y todos miran en nuestra dirección. Será lo más adecuado.

Altgracia se acercó a su abuela, que conversaba con los duques. La condesa, que la vio llegar, no compartía el afán de los otros, como si aquel acercamiento no fuera de su agrado. Se hicieron las presentaciones y los duques de Whitestone fueron sumamente educados y amables con cada una de ellas. Hasta que la siguiente pieza los apartó del resto.

—¿Qué le han parecido mis padres? Su abuela parece encantada —murmuró mientras bailaban.

—Son atentos.

—Desde que la conocí en el baile de los condes de Huntington, no ha habido otro tema de conversación en la sobremesa de los duques. Mi hermano también está deseoso de conocerla. Él no suele perderse un baile, pero últimamente está muy ocupado.

—Siento que es un poco precipitado, ¿no le parece?

—Jamás una señorita me había impresionado tanto y me falta un año para cumplir treinta. Simplemente uno reconoce el momento cuando llega, no le mentiré. Me gustaría, si mis palabras no la abruman, que me permita un acercamiento.

—No me abruman para nada —se le escapó su pensamiento en voz alta.

Se reprochó por ello. Sabía que los estándares de una señorita se medían por su dulzura, virtud, reputación inmaculada, discreción y mesura, todo lo que le había faltado a su comentario. Titubeó por un segundo y se lamentó por tener que dejar de ser ella misma para continuar siendo del agrado de aquel joven que comenzaba a atraerle con tanta fuerza. El caballero lanzó unas contagiosas carcajadas como respuesta y ella suspiró de alivio.

—Es usted única —la premió y fue suficiente para sentirse liberada de cualquier coraza con la que su abuela o lady Huntington intentaran oprimirla—. Le ruego que reserve el primer baile para mí de la siguiente fiesta.

—Será un placer.

—Y particularmente, también la pieza que abrirá un baile muy especial que se celebra como dicta la tradición en un mes.

—¿De cuál habla?

—La invitación no tardará en llegar.

Los duques fueron magnánimos, como correspondía a sus excelencias. Intercambiaron una mirada suspicaz ante la reacción que su segundo hijo había tenido ante la señorita y suspiraron esperanzados, pero no demasiado, deseaban que el impulso durara lo suficiente para sacarlo de su perenne soltería.

Y la invitación de los duques de Whitestone no se hizo esperar para el banquete y baile que se celebraría en su mansión de Londres dentro de un mes. Cuando lady Huntington recibió la invitación en sus manos la miró con desafecto, se encontraba a solas con doña Prudencia tomando el té en su saloncito privado mientras Altagracia permanecía en la biblioteca sumida en los libros.

—Pues tendremos que ir —murmuró la condesa.

—¿Y por qué lo dice tan desganada? —inquirió su prima.

—Cada año asistimos a este evento y es muy satisfactorio, pero me temo que esta vez será diferente. Escuché que el marqués de Emerald regresará para esa fecha a Londres, imagino que retomará sus intenciones de acercarse a la señorita Morell, intuyo que aprovechará la ocasión.

—¿Qué insinúa?

—Lord William Lovelace no ha disimulado que también le ha simpatizado. ¿Qué ocurrirá en la recepción si los dos caballeros compiten por la atención de la señorita? Obviamente, uno de los dos declinará a favor del otro, es posible que lo haga el que se sienta en desventaja. ¿Le ha dicho su nieta si alguno de los dos le agrada de una forma especial?

—Ni siquiera me he atrevido a preguntarle. Es muy pronto para que su corazón sienta afecto por uno u otro caballero.

—Sería una pena si su nieta, obnubilada por los encantos del hijo del duque, deja escapar al marqués.

—Altagracia es libre de elegir hacia quien dirigir sus afectos, siempre y cuando respete las buenas costumbres. No puedo obligarla a decidir entre un caballero u otro. Hemos pasado por eso y ha sido devastador. Las jóvenes de hoy en día no son como las de nuestra época, ni siquiera como nuestras hijas que hicieron matrimonios con aquellos que sus padres escogimos.

—Debería continuar igual. Mis nietas mayores ya están casadas y son contemporáneas con las suyas. Aceptaron los consejos de sus padres a la hora de elegir esposos y ahora son muy felices en

sus matrimonios.

—Gracias a Dios, pero las mías no son tan dispuestas y menos Altagracia.

—Pero si parece tan dócil.

—Solo es atenta. Su padre la educó a sus anchas, solo le negó una cosa en vida que no le podía legar.

—¿Se refiere al título? —Doña Prudencia aceptó—. Con más razón debería desposarse con el marqués, tendría mejor posición.

—Nunca ambicionó ser marquesa por matrimonio, su mayor anhelo era serlo por derecho propio.

—No quiero inmiscuirme, pero ustedes han venido aquí por mi invitación y no quisiera que en algún momento de sus vidas lo lamentaran y me culparan por ello.

—¿Por qué tendríamos que hacerlo?

—Lord William Lovelace no es tan buen partido como el marqués —reveló a su pesar lady Huntington al verse acorralada, pero se sintió en el deber moral de advertirle a su prima.

—Lo sé, pero también tiene sus méritos, supongo.

—El día que su padre fallezca no heredará nada, todo pasará a su hermano mayor.

—Es una ley desafortunada que divide a los hijos.

—Él tuvo su propia fortuna, su abuelo materno la legó casi intacta en sus manos, pero se rumora, no me consta... que la despilfarró. Vivió dos años completos fuera de Londres en cuanto cayó en sus manos.

—Altagracia ya me había comentado acerca de sus viajes. ¿Pero no cree que somos muy duras con él si nos dejamos llevar por los rumores?

—Su nieta podría ser una tabla de salvación para él, todos saben de su cuantiosa dote, debe prevenirla.

—Mi nieta es muy orgullosa, que un caballero se acerque a ella movido por la dote y su herencia la haría trizas, aunque sé que tiene la fuerza suficiente para volver a levantarse.

—Debe ser sincera con ella.

—¡Y encima he abusado de su hospitalidad y he aceptado que la visite esta tarde para que lo ayude con unos textos en castellano! ¿Cree que estamos a tiempo de rehusarnos? —preguntó dubitativa.

Demasiado tarde, un criado avisó de la presencia de lord William Lovelace. Las damas se miraron como si fuera el principio de una hecatombe.

—Vaya a recibirlo, pero deberá hablar con su nieta antes que esto siga avanzando y deseche la oportunidad con lord Emerald. Sería un desperdicio. No le quite los ojos de encima, ni los deje a solas, bajo ninguna circunstancia debe verse comprometida o hacer algo que la aparte de la mira del marqués.

—Ni tiene que sugerirlo, soy una experta carabina —dijo recordando sus fallos en el pasado en esa función y temblando para sus adentros.

Se persignó y se enfrentó al lord encantador de ojos azules. Altagracia estuvo feliz de recibirlo y con todo decoro, en un salón propiamente iluminado. Lord William Lovelace pudo notar que los rumores acerca de la esclava, de belleza notable, y el perro mimado de pelaje blanco y castaño no estaban errados, solo algo sobrestimados. El can estaba arremolinado sobre su dueña sin intenciones de permitirle que centrara su atención en otra cosa que en las suaves caricias que la señorita le prodigaba sobre su lomo. Lo hizo bajar y, antes de que el recién llegado tomara asiento, el bribón de cuatro patas, de un brinco, le robó la silla.

—Lo siento —se disculpó Altagracia por los modales nefastos de su perro—. ¡Ares, baja de inmediato, niño malo! ¡A tu rincón!

—¿Ares? No quiero preguntar por qué un nombre tan inusual para un perro faldero.

—Creo, milord, que ya ha tenido muestras de su temperamento, tiene un carácter difícil de conciliar, solo conmigo se aplaca y únicamente cuando le place. Mi hermana fue estafada cuando le obsequiaron a este pequeño saco de pulgas, tan distinto de Simón, su hermano de camada, y tan distinto a los estándares de su raza. Quien se lo regaló en verdad quería librarse de esta diminuta peste.

—Palabras halagadoras para su mascota, suerte que no la entiende o no la miraría con tanto afecto.

—Él sabe a qué atenerse; cuando se trepó encima de mi equipaje resuelto a venirse conmigo en total complot con mi hermana Úrsula, sabía que no era santo de mi devoción —dijo recordando la complicidad de Úrsula con el cuadrúpedo para no permitirle marcharse sola con doña Prudencia. Volviéndose a Dorita, la supuesta esclava, ordenó en castellano—: Ocúpate de ese malagradecido.

Dorita, ataviada con un colorido vestido, collares exóticos y aderezada por su cadencioso acento yoruba sobre el castellano que hablaba, compartió una mirada cómplice con su ama acerca del caballero, justo cuando levantó al terco animal y lo colocó en un mullido cojín en un extremo del salón. William entendió a la perfección cuando le susurró algo acerca de su atractivo a Altagracia:

—Es de buen ver su merced.

El joven se sorprendió por el descaro, pero no le causó vergüenza, estaba acostumbrado a las atribuciones que se tomaban con su persona las féminas más atrevidas. Se limitó a sonreír con malicia y aceptar el cumplido. Altagracia previno a la muchacha:

—Nuestro invitado habla nuestra lengua.

Cabe mencionar que nadie hizo un comentario para regañar a Dorita, ni la señorita ni su distinguida abuela. La última ignoró su comentario y la primera se limitó a sonreír con una complicidad discreta.

—Dorita, no me hagas tocar la campana que atormenta mis oídos. Ve por unos refrescos y unas pastas para que suavicen el esfuerzo de los jóvenes en el arduo trabajo que les espera —mandó doña Prudencia. Así lo hizo.

Altagracia notó que William siguió discretamente con la vista a Dorita y que luego reparó en ella intrigado.

—¿También me tilda de esclavista? —preguntó con ironía.

—¿Yo?

—Dorita fue la esclava de mi padre, es cierto. Crecimos juntas y era algo así como una doncella para mí. Antes de venir obtuve su libertad, fue lo primero que hice cuando tuve los medios para ello. Ahora me acompaña por su libre elección y remunerero sus servicios. No quiso abandonarme y me siento complacida, también la echaría en falta.

—No se disculpe usted, no la he juzgado. Los rumores son estúpidos. Nadie debería...

Doña Prudencia carraspeó interrumpiéndolos para que pasaran al asunto que los atañía, así que sin más dilación comenzaron a resolver las dudas acerca del libro.

—Estaré feliz de ayudarles con las dudas, mi inglés es muy bueno, lo aprendí de mi madre —intervino la señora, que no dio oportunidad de que los jóvenes se quedaran ni por un momento a solas.

No obstante la presencia de la señora, la tarde pasó de prisa y fue agradable para los dos, quienes compartieron palabras amables y avanzaron con el cometido de la traducción de las palabras desconocidas para William.

—¿No es increíble que lord William Lovelace hable español con tanta soltura? —preguntó Altagracia a su abuela, quien no podía disimular su amplia sonrisa.

—Tanta que no entiendo para qué requiere de nuestro apoyo. Apostaría que su español es mejor que tu inglés —aprovechó la abuela recelosa tras los comentarios de su prima, buscando la forma de cortar los lazos que comenzaban a crearse.

—Razón de peso para que en otra ocasión sea él quien me apoye a aumentar mi vocabulario. ¿No cree? —dijo con ingenuidad ante la mirada preocupada de la señora.

—Será todo un placer —intervino el caballero—. Traducir libros de los idiomas que he estudiado al nuestro y viceversa es mi primera pasión, después siguen los caballos.

—¿Los caballos?

—Mi padre se dedica a la cría de purasangres por diversión. Ojalá algún día pueda mostrarles nuestras caballerizas y los potros tan estupendos que tenemos. De hecho, mi interés por los idiomas está intrínsecamente ligado a los caballos. Investigando sobre las razas y las técnicas de crianza, me topé con la barrera del idioma y estudié cuantos pude para no sentirme presionado por los límites. Mis viajes también fueron motivados por lo mismo. En Whitestone Palace, la propiedad de mi familia en Oxfordshire, tenemos variedades de corceles muy estimadas.

—También amo los caballos, mi padre tenía muchos de méritos loables, aunque nos obligaba a mantenernos alejadas.

—¿Aprendió a montar?

—Con suficiente soltura...

—Para una dama —la interrumpió la abuela que no les quitaba la vista de encima.

Encontrarse en las actividades del mes se volvió inevitable; a pesar de que William solía rehuir de los compromisos sociales que consideraba aburridos, no perdió ninguno con el afán de encontrarla. Siempre se las ingeniaban para compartir algunas palabras, ya fuera en una cena, un baile, la ópera, competencias deportivas o exhibiciones de arte. Una cosa llevó a la otra y doña Prudencia, movida por la simpatía que le despertaba el joven, pese al recelo de su prima, volvió a aceptar que las visitara en Grey Terrace para traducir los mentados textos.

La visita transcurrió idéntica a la anterior, la simpatía de doña Prudencia crecía por el joven, así como su pena ante su desventaja económica frente a lord Emerald que seguía sumido ante sus negocios.

La condesa continuó con sus recelos por aquel acercamiento, más porque lady Black, movida por la indicación de su hermano, las invitó en dos ocasiones más a tomar el té, la segunda aprovechó para presentarles a lady Arlene Haddon, la hija de lord Emerald. La chica poseía los mismos ojos distintivos de la familia, se comportaba según lo establecido para una señorita de su clase y fue muy amable con Altagracia.

Lady Huntington, consciente de las cartas que deseaba barajar y del naciente afecto entre su hija menor y Altagracia, presionó a la primera para que la ayudara en sus intenciones. La joven dama quiso negarse, pero su madre apeló a las buenas costumbres, al futuro y a la seguridad, tal cual hizo en el pasado para convencerla de tomar por esposo al barón.

—¿Qué le pareció la hija del marqués? —le preguntó lady Wilson a Altagracia dos días después.

—Puede llamarme Altagracia, somos primas.

—Solo si acepta llamarme Agnes —sugirió, se miraron con complicidad y sonrieron llegando a un acuerdo.

—Supongo, Agnes, que tu madre ha insistido en que me interrogues acerca de ese hecho.

—No te equivocas, prima, pero también acepto que la intriga me corroe, lo que no es una virtud de la que me sienta orgullosa. Mi madre está preocupada, piensa que tu interés en lord Emerald pueda mermar, tomando en cuenta el atractivo de lord William Lovelace y sus recientes atenciones.

—¿También te ha pedido lady Huntington que me interrogues a este respecto?

—Sutilmente, en lo que creo que he fracasado. Mi madre está preocupada, teme que el encanto de lord William Lovelace opaque ante ti las virtudes de lord Emerald. El primero es muy apuesto, pero también lo es el marqués. Cada uno según su estilo. El hijo del duque tiene un rostro casi angelical, nótese que digo casi, porque hay un brillo perverso en su mirada, perverso y melancólico a la vez.

—En mi familia tenemos muy bien definidos a ese tipo de hombres, los llamamos «alma turbia» o «demonios con cara de ángel». Sé que no es un santo por más que se muestre galante y sumamente educado. Reconozco a un cazador cuando lo tengo en frente.

—Me dejas pasmada, pensé que tendríamos que alertarte. Sin embargo, me ha llamado la

atención el hecho, referido por mi madre, de su insistencia por bailar contigo en más de una ocasión en los anteriores eventos. William —carraspeó—, lord William Lovelace no es de los que acuden a las temporadas con la esperanza de sacar a bailar a una señorita casadera, ni de los que envían poemas, flores o se molestan en hacer la corte, al menos no a una chica que tenga la esperanza de acceder a un matrimonio decente.

—Sigo fielmente las reglas del decoro, pero no me desvivo por encontrar un marido que resuelva todos mis problemas. Es más, ahora mismo estoy en una posición privilegiada, mi madre está lo suficiente lejos como para que sus prejuicios no me sofoquen, y Hugo...

—¿Te refieres al duque? ¿Tu cuñado? —Altagracia asintió.

—Hugo se siente en deuda conmigo y está particularmente complaciente. Podría tomarme el tiempo necesario para respirar sin sentirme agobiada... ¿Por qué tendría que atarme a un marido y a sus imposiciones?

—Me temo que tiempo es lo que no tienes. Solo soy dos años mayor que tú y ya tengo cuatro hijos.

—Agnes, si tú encontraste el amor, te felicito...

—No me refiero al amor...

—Lo siento.

—No conoces a mi esposo, aún. Espero que pronto regrese y pueda presentarlos. Tengo un hogar, herederos y estabilidad. Logré desposar a un barón cuyo patrimonio es tan elevado como el de mis padres. Si bien su título no es lo que mi madre hubiese querido, puesto que mis hermanas están casadas con nobles más jugosos, mi madre consideró que debía aceptar su oferta antes de que los años apagarán mi belleza y me convirtiera en una mustia florecilla.

—Entiendo tu punto, no solo tu madre está a favor, la mía piensa de forma idéntica. Es solo que estuve a punto de acceder a un matrimonio arreglado una vez, y ahora que soy libre de elegir, comprendo que el matrimonio es cosa seria, se trata de elegir a la persona con quien compartirás muchos años y procrearás hijos. No quiero amanecer de pronto y ver que he errado en mi elección, no deseo aborrecer mi vida.

—Me hubiese gustado conocerte antes, habrías sido muy valiosa como amiga —emitió y no pudo ocultar la tristeza en su voz, Altagracia había descrito su propia realidad.

—Tal vez he terminado de contaminarte con mis ideas...

—Cuando debí contagiarte yo con las mías o con las de mi madre. —Rio con pesar.

—No temas, que no caeré en las garras de ningún lobo con piel de oveja, lord William Lovelace y yo solo somos amigos. Reconozco que me simpatiza, pero no permitiré que juegue conmigo.

—¿Y lord Emerald?

—A su lado siento mucha paz, admito que lo he considerado para esposo, sí, pero si mi corazón no da muestras de poder enamorarse no aceptaré ninguna propuesta que me haga.

—Es muy atractivo, atento, magnánimo; si la vida me pusiera en tu lugar —se ahogó en un

gemido—, sería dichosa de aceptarlo.

Altagracia se compadeció, recordó por lo referido por su abuela que lord Wilson era quince años mayor que su esposa. Suspiró y se dijo que bajo ninguna circunstancia aceptaría un arreglo similar para ella.

—Con respecto a lo que me preguntaste de su hija —añadió para que Agnes dejara de pensar en su infeliz matrimonio—, lady Arlene Haddon es muy hermosa y educada, aunque algo intimidada por la presencia de la tía, la compadezco.

—Creo que lady Black causa ese efecto en todas, demasiado estirada, tanto que hace que el resto de los aristócratas se queden cortos.

Ambas rieron por el comentario mordaz y callaron de inmediato cuando apareció la condesa, seguida de doña Prudencia, para mostrarse satisfecha por las atenciones que tenía el marqués con Altagracia a pesar de su ausencia.

—Es estimulante ver la forma en que hace notar su presencia a pesar de mantenerse absorto en sus compromisos —espetó la condesa.

—Tiene razón, querida prima; pero no sé si sea adecuado que Altagracia siga recibiendo sus arreglos florales —mostró su recelo doña Prudencia.

—Discretos y apropiados arreglos florales que para nada ofenden la susceptibilidad de una señorita de familia —replicó la otra dama.

—Tal vez con la aceptación de las flores da por satisfactorios sus intentos de cortejo —dio en el clavo la abuela de Altagracia, para que su nieta entendiera las implicaciones de aceptar ese sutil signo de hacerle la corte.

—Cortejo que debe ser bien visto por los Morell —arremetió la condesa—. Lo que deberían parar son los encuentros accidentales con lord William Lovelace o las visitas para la traducción de esos textos que ya se han hecho interminables. Hemos sido prudentes, pero no sé con qué ojos lo vea el marqués de llegarle el rumor a sus oídos.

—Jamás se encuentran a solas y es una visita estrictamente de estudio. No podemos ser descorteses con los duques cuando la traducción de esos textos sobre la cría y doma de caballos es de vital importancia para su excelencia —dejó entrever a quien destinaba su lealtad doña Prudencia.

La condesa hizo un gesto de suficiencia para simular avalar la importante justificación de aquellos encuentros supervisados. No se dijo nada más al respecto, esa tarde el joven hijo del duque volvió y fue recibido. Pasaron a la biblioteca con la compañía de doña Prudencia. Su nieta y el caballero se pusieron de inmediato al asunto que los atañía, pero de vez en cuando se salían del tema y continuaban hablando sobre sus gustos, su infancia, sus motivaciones.

Doña Prudencia los vio reír, con bastantes puntos en común, y se lamentó por la poca fortuna del joven. No quiso continuar juzgándolo, en el pasado había sido muy dura con el duque de San Sebastián, y había terminado por enmendarse y se convirtió en un estupendo esposo. Sabía que el marqués era un candidato de más peso, como le había prevenido su prima, pero el joven Lovelace

y Altagracia estaban más cercanos en edad, ninguno había estado casado ni tenía hijos, lo que podía hacer aún más dulce el matrimonio. Sabía que un caballero de la experiencia de lord Emerald podía ser un marido más complaciente y lleno de paciencia, virtud que su nieta agradecería cuando su verdadero carácter impetuoso saliera a relucir, pero ¿le correspondía decidir? Se perdió en aquella reflexión, mientras disfrutaba de ver a su nieta y lord William Lovelace conocerse con el mayor respeto y darse cuenta de que encajaban casi a la perfección. En cada una de las visitas y los encuentros se habían conducido con decoro. Conmovida por ese hecho, les propuso:

—¿Qué tal si damos un paseo por el jardín? Llevamos bastante rato encerrados, nos vendrá bien tomar el tenue sol y respirar aire puro.

Enseguida le tomaron la palabra; la señora, a propósito, se quedó un poco rezagada para darles un supuesto espacio, pero sin quitarles la vista de encima.

—Mi bella señorita Grace —le dijo con familiaridad, a lo que ella no puso ningún freno—. Agradezco a la fortuna que haya aparecido aquella noche en el baile de los Huntington. Mi vida en Londres no podía ser más aburrida, estuve a punto de volver a desaparecer. Solo que...

—¿Qué lo detuvo?

—Mentiría si le doy una razón, tal vez no era el momento de partir. Pero ahora está aquí y me hace disfrutar de la más grata compañía. Hacía tiempo que no trataba con alguien tan sincera, con quien vale la pena conversar o reír. Soy dichoso por encontrar a una amiga como usted.

—¿Una amiga? —repitió tragando en seco.

—Mi querida amiga Grace —musitó mirándola al centro de los ojos y tomando un ramillete de violetas que crecía a la orilla del camino y depositándolo en sus manos.

—Esta flor me recuerda el perfume preferido de mi hermana menor e incluso de mi madre, es casi como estar en casa.

—¿Y cuál es el suyo?

—Definitivamente podría ser la violeta también, pero si me ponen a elegir entre su aroma y el de la vainilla no podría decidir. Son tan...

—Exóticos —terminó la frase.

—Iba a sugerir dulce.

—Cualquiera de los dos quedaría exquisito sobre su piel.

Escucharon unos pasos más atrás a doña Prudencia carraspear, y suavizaron el tono de voz.

—Creo que es hora de volver, mi estimado lord William Lovelace.

—William, o también puede llamarme Will. Ya he tenido el atrevimiento de llamarla Grace en dos ocasiones y no se ha incomodado.

—Imagino que lo ha hecho para no pasar tanto sofoco, su lengua padece cada vez que tiene que enfrentarse al sonido de la «r» en mi idioma natal.

—Me ha atrapado. ¿Entonces admitirá que la llame Grace y usted me honrará al llamarme William?

—Mi abuela se escandalizaría.
—Puede ser nuestro secreto.
Él intentó rozarle la mano por descuido, y doña Prudencia volvió a carraspear.
—Creo que es hora de terminar el paseo, mi pobre abuela...
—Se quedará sin garganta. —Rieron.
—Iba a decir que necesita descansar.
—No olvide reservar un baile para mí en Primrose Hall.
—¿Cuál desea?
—Pretendo abrir el baile tomado de su mano.

No hubo otra visita y la traducción quedó inconclusa. La condesa buscó el pretexto perfecto para evitar las reuniones entre los jóvenes, sumiendo a sus invitadas en cuanto compromiso social estuvo a su alcance. De todos modos, William, con su astucia, se las arregló para hacerle llegar un presente, sin que la carabina y la madrina sospecharan: un frasco finísimo de cristal, con dos ángeles grabados, cuya fragancia la envolvió por completo cuando la destapó. Era dulce, con la mezcla perfecta entre la violeta y la vainilla, algo totalmente embriagador sin llegar a ser empalagoso.

Así que, para la semana después, cuando el carruaje de los Huntington las llevó al baile de los duques de Whitestone, el corazón de Altagracia palpitó de júbilo ante la emoción de reencontrarlo, mientras el aroma a violetas y vainilla la trasportaba a su paraíso personal. También sería la ocasión en que la chica se volvería a ver con el marqués de Emerald, lady Huntington no dejó de repetirlo durante todo el trayecto. El conde llegaría unos minutos más tarde por asuntos de negocios, así que las señoras iban conversando a sus anchas, mientras Altagracia no podía de sí anticipando el reencuentro con William.

El carruaje siguió su camino con los ocupantes dentro, cuando en pleno corazón de Mayfair se detuvo delante de un palacio donde la piedra color mármol blanco era suavizada por innumerables primulas amarillas y otras tantas flores de diversos colores.

—Es imponente —pronunció la chica—. ¿Podría pedirle al cochero que se detenga un instante para admirar su majestuosidad?

Lady Huntington aceptó de inmediato y la observó con un brillo en los ojos recorrer la vista por tan hermosa arquitectura y jardines adyacentes.

—Es Primrose Hall, la residencia en Londres de los duques de Whitestone, bastante ostentosa para mi gusto, pero es sabido que al duque le encanta la opulencia.

—¿Aquí vive el encantador lord William Lovelace? —preguntó doña Prudencia que, a pesar de las reiteraciones de su prima acerca de la poca idoneidad del joven frente al marqués, no dejaba de parecerle agradable.

—El segundo hijo del duque —insistió la condesa que deseaba que ambas notaran ese detalle

para ella tan relevante.

—Me parece un muchacho tan educado, aunque algo melancólico. Tal vez le aqueja algún mal o está atravesando por alguna pena que justifique la desolación de su mirada —dijo compadecida doña Prudencia, pensó que tal vez su falta de herencia podría ser la causa.

—Que no te engañe, lord William Lovelace siempre ha tenido la misma apariencia desde que era adolescente. Ese gesto de pesar involuntario hace que las chicas suspiren por él al punto que olvidan que no es el heredero aparente. Esto que haré me avergüenza, pero me siento con el deber de dar mi consejo. Querida señorita Altagracia, sé que el joven le simpatiza; incluso a su abuela, que debería estar más alerta, le ha caído en gracia, pero no debe rechazar las atenciones del marqués por las de él.

—¿Lo dice porque no tiene fortuna, milady? —indagó entristecida—. Mi abuela me ha puesto al tanto de su conversación, pero no sé si sea suficiente razón para hacerle un desplante. ¿Se debe despreciar a un ser tan amable por las leyes absurdas acerca del número de nacimiento? —De inmediato se disculpó por su arranque, aunque pronunció cada palabra con la mayor suavidad el contenido de su discurso era lo suficientemente ofensivo.

—Sé por qué se apiada de él, entiendo que no fue fácil para usted aceptar que el patrimonio Morell fuera a parar a su cuñado.

—Eso ya está superado, el duque es más que merecedor de heredar a mi padre. Es una historia muy larga de contar y con muchas aristas. Solo que no me parece justo despreciar a lord William Lovelace por situaciones que al menos a mí no me corresponde juzgar. Tiene tantos talentos, es experto en caballos, habla varios idiomas, le interesan las ciencias.

—Pero no es el heredero —recalcó la condesa.

—Tiene habilidades sobradas para emprender un negocio y salir victorioso.

—No es una cualidad que se aprecie en un noble, al contrario. Lo más sensato para él sería que aplicara para la carrera militar, eso le daría un estatus digno. Pero no sería satisfactorio para usted, no querrá ser la esposa de un oficial cuando aspira a ser marquesa.

—Milady, entiendo el punto, sé que sus consejos son sabios y prácticos, pero...

—Tal como le sugirió lady Black, quien podría ser su cuñada, enamorarse no garantiza la armonía conyugal. Al contrario, las emociones que despiertan el amor pasional ennegrecen el alma. Nada de lo que le aconseje le hará cambiar de opinión, ya ha hecho su elección, incluso antes de que reciba alguna propuesta.

—Lo siento, en verdad no quiero apresurarme y no decidiré a la ligera, ni siquiera he sopesado si deseo quedarme para siempre en este lado del mundo —se sinceró Altagracia.

—Sé que usted cambiaría de opinión si supiera que tras esos ojos encantadores se encierran varios pecados. Y me siento mal por abrir la boca para prevenirla, pero soy responsable de su suerte luego de haberla invitado.

—¿Su reputación con las féminas está en entredicho? ¿Ha corrompido a alguna señorita honrada? ¿O por qué la desidia en su voz al referirse a su persona? —insistió doña Prudencia, los

comentarios desafortunados de su prima sobre el caballero cada segundo la ponían más nerviosa; quería terminar de desenredar la madeja de lo que la tenía tan reticente ante el acercamiento de su nieta con el hijo del duque.

—Rumores que han llegado a mí, aunque con la mayor discreción. No es un asunto que se ventile, pero tengo la desgracia de que los pasos en falso de la nobleza lleguen a mis oídos sin proponérmelo. No es el momento para comentárselos. Temo que tus castos oídos, querida prima, puedan soportarlo, pero no quiero profanar los de tu pudorosa nieta.

Eso solo consiguió acrecentar la curiosidad de Altagracia. ¿Qué secreto tan indecoroso guardaba sobre el segundo hijo del duque que no podía develar ante su presencia? Sintió un palpito en el corazón, uno doloroso.

—¡Qué pena! En verdad el joven me había simpatizado, incluso más que el marqués de Emerald. Se notó tan impresionado por mi nieta y se veían hermosos cuando danzaron juntos. Creo que en Altagracia causó muy buena impresión.

—Les conviene dejar de lado a lord William Lovelace sin importar lo fascinante que sea. Por supuesto que tiene su encanto, los dos hijos del duque heredaron el atractivo del padre, así como el exceso de libertinaje en su soltería. Hasta ayer el primogénito también daba de qué hablar, hasta que misteriosamente un año antes sufrió un cambio por completo.

—¿Se enmendó?

—Debo reconocer que sí y se rumora que está buscando esposa. Claro que toda chica casadera lo ve como un candidato succulento. Es heredero de una de las fortunas más prominentes de Europa. Eso sí con tanto lujo y derroche no se la han gastado ya. Su propiedad más extensa, donde fijan su residencia la mayor parte del tiempo, es un proyecto interminable.

—Volvamos al interesante lord William Lovelace —pidió doña Prudencia—, aún no tenemos la suerte de conocer al heredero. ¿Qué tan terribles son sus afrentas? Creo que Altagracia tiene suficiente talante para soportarlo. Es mejor saber de qué pie cojea el enemigo antes de lanzarse al ruedo. Si ha corrompido a una señorita decente es mejor conocerlo ahora antes que mi nieta vuelva a concederle un baile o aceptar intercambiar unas palabras con él. No quiero que se vea comprometido su honor.

—Espero que en verdad ese granuja no haya endulzado sus oídos con su labia azarosa, bella señorita Morell, pero más vale que se mantenga alejada de él. Esto no es algo confirmado, menos aún en boca de todos, solo un sector muy selecto se atreve a tocar el tema a puertas cerradas. Nadie osaría provocar al duque y menos injuriando a uno de sus vástagos. Se rumora que dio un mal paso con una joven plebeya, pero de familia honrada. Tal vez, incluso, tenga un hijo al que destine alguna compensación económica con tal de mantener a la familia de la madre con la boca cerrada.

—Lamentable hecho, un bastardo siempre es un asunto delicado —profirió doña Prudencia—. ¿Se sabe por qué no respondió ante la joven que corrompió?

—Supuestamente el duque lo prohibió por la diferencia de clase, refieren que estuvo a punto de

abandonar todo por ella.

—En ese caso, ¿quién tendría mayor culpa, el duque o su hijo? —desafió Altagracia.

—¿Nada será suficiente para hacerla entrar en razón sobre el pretendiente que debe tomar?

—Perdone usted. Me gustaría escuchar lo que lord William Lovelace tiene que alegar en su defensa.

—El caballero jamás reconocerá sus faltas.

Doña Prudencia comenzó a abanicarse profusamente, sintió los calores invadirla por tan desagradables revelaciones.

—Se lo conoce como el prostituto de la nobleza —terminó por revelar su más oscuro pecado lady Huntington, cubierta de vergüenza—. No me consta, son solo rumores, pero lo cierto es que jamás lo he visto con una señorita, ni interesado en cortejar a una; salvo, creo, una vez hace más de diez años. Se rumora que busca damas casadas, de buena posición, a las que seduce hasta corromperlas.

—¡Jesús, María y José! ¡Por todos los santos que son palabras mayores! —mencionó afectada doña Prudencia—. Creo que ha hecho bien en advertirnos, lo mejor es rescatar a mi nieta y mantenerla alejada de esa alma turbia. Me siento completamente defraudada, nunca había hecho tan mala lectura de un rostro. Parecía todo castidad, tan bello como un ángel, tan serio y responsable, y resultó ser un tarambana más.

Altagracia sintió una corriente fría recorrerle la columna vertebral y comenzar a extenderse al resto de su anatomía. Lo poco que había conocido de la estirada prima de su abuela bastaba para saber que no atentaría contra la reputación de un joven de no tener elementos suficientes para condenarlo. No se sentía lo suficientemente fuerte para enfrentarlo, menos si las acusaciones no contaban con pruebas que estuvieran delante de sus ojos. Fue presa de una profunda melancolía.

Primrose Hall abrió sus puertas para recibir a los invitados. Si su exterior había causado admiración en Altagracia, el derroche de buen gusto dentro la deslumbró por completo, pero nada la sacó de su agobio. No entendía por qué las revelaciones de la indecorosa vida de ese joven que conocía hacía solo un mes le causaban tanto desasosiego. Trató de concentrarse en la decoración de la mansión. Nada sobraba ni estaba abarrotado como en un inicio pensó. Los mármoles blancos brillaban de tan lustrosos y combinaban con una alfombra de un tono de azul con hilos dorados que le confería majestuosidad. La escalinata a los pisos nobles, las cortinas y el mobiliario eran de lo más exquisito. Cada estancia previa al salón de baile por la que se condujo estaba engalanada con distintas manifestaciones de arte, las más exquisitas eran las pinturas y las esculturas de artistas reconocidos.

Reparó en el rostro pálido de su abuela, de seguro atormentada por la conversación previa. ¿Cómo era posible que de tantos caballeros que se mostraron interesados en su persona desde su arribo a Londres, viniera a aceptar los galanteos de uno como él? Se lamentó al sentir que lo culpaba aún sin escuchar su alegato de defensa. Saludó a los anfitriones como autómatas, quienes con amabilidad le dieron la bienvenida. Finalmente conoció al heredero, quien, en efecto, era muy

parecido a su hermano menor y quien la examinó con disimulo, de seguro movido por algún comentario de uno de sus allegados sobre su persona.

Tomó asiento con miles de ideas desfilando aún en su mente. Por un instante, se sintió hastiada también de Londres, como otrora de La Habana, y se preguntó cuál sería su sitio en el mundo o si debía de una vez perseguir su felicidad con uñas y dientes. Mientras divagaba no notó al marqués de Emerald acercarse hasta que lo tuvo frente a sí. Las palabras de la vizcondesa Black aún la hacían sentirse incómoda ante su presencia, así como los consejos de lady Huntington. Más cuando lord Emerald insistió en que le concediera el vals más largo de la noche. Suspiró quedamente antes de aceptar y ponerlo en su lista, tras observar que el único nombre que permanecía anotado en su carné era el de lord William Lovelace, al que le había reservado la primera pieza y la contradanza más bonita, aunque el supuesto compañero de baile aún no había aparecido. Su abuela le había prohibido acercarse al joven, pero ella estaba decidida a pasar por alto su imposición con tal de obtener una explicación.

—Agradezco tanto a Dios por ponerla en mi camino —le reveló el marqués contento de volver a verla. Tras todos los elogios que lady Huntington prodigó a este último, se sintió mal por intentar hacerlo a un lado para aceptar los galanteos del granuja.

Ella correspondió con una sonrisa y, mientras la orquesta se preparaba para comenzar, distinguió a lord William Lovelace atravesar el umbral hacia el salón de baile. Se veía aún más atractivo que la vez anterior, todavía más alto y con una fuerza magnética en sus azules ojos que la empujaba a buscar en su dirección.

Los danzantes comenzaron a tomar sus posiciones. Intentó buscar una excusa para sacarse del medio a otros caballeros que pretendían invitarla a bailar y permaneció expectante, aguardando porque justo la pieza que estaba por comenzar era la que había reservado para él. Cuando sus ojos hicieron contacto de manera «accidental» y William dirigió sus pasos en su dirección, tembló como una frágil hoja de papel arrastrada por el viento. Le asustó no reconocer a esa nueva Altagracia.

Lord Arthur Johnson lo detuvo a medio camino y compartieron palabras que al parecer lo desconcertaron. Los tórtolos volvieron a mirarse y ella, apenada, bajó los párpados, aunque no perdió detalle con el rabillo del ojo. Lo vio devolverse sobre sus pasos después de hacer una mueca de fastidio y perderse tras unas cortinas. La orquesta comenzó y se rehusó a quedarse sentada en compañía de las chicas que no tenían pareja, menos cuando las invitaciones le sobraban. Se dijo que desentrañaría el misterio de una vez por todas, la revelación de la condesa la tenía con el alma en vilo.

William se dejó guiar por su amigo hasta una terraza apartada que permanecía en penumbras, mientras iban discutiendo por el camino.

—¿Entonces se ha dignado a aparecer? No entiendo. ¿Es que pretende hacerme la vida miserable? ¡Estoy verdaderamente harto de sus desplantes, sus arrepentimientos y sus persecuciones! Si ya tomó una decisión que la mantenga, no daré marcha atrás. Se supone que ya todo había concluido y que quería guardarle las formas a su marido.

—Me temo que le han llegado los rumores de tu acercamiento a la señorita Morell y los celos han provocado este desastre. ¡Y nada más y nada menos que la noche del baile en Primrose Hall!

—Convéncela para que se retracte. La señorita me espera para invitarla a bailar, no puedo hacerle ese desaire.

—¿Pretendes que me haga cargo de tus asuntos? Ni siquiera me ocupo de los míos. No tengo el don para hacer entrar en razón a una dama ofuscada. Solo te he avisado para evitar el escándalo, salvarte el pellejo y evitar la ruina moral de tu familia.

—¿Para qué quiero amigos como tú? No estás cuando te necesito y además le informas de mis asuntos privados a lord Godwine como si su fidelidad estuviera comprometida contigo. Olvidas que nos abandonó.

—Tu hermano es mi amigo, hasta donde sé también el tuyo. No sabía que tenías secretos con él.

—Desde que intenta convertirse en una versión de mi padre, prefiero mantener ciertos temas lejos de su alcance.

—Ahí está ella —dijo mostrándole a la dama—. Dice que solo desea conversar. Lo siento, nos vemos más tarde.

—¿Nos dejas a solas? —preguntó y el otro se alzó de hombros—. Si alguien nos encuentra nos veremos comprometidos.

—Mi presencia no ayudará. Debes resolverlo.

Se le acercó sigiloso luego de mirar a su alrededor para percatarse de que estaban solos. Cuando estuvo frente a ella, le susurró quedamente:

—¿Qué haces aquí?

—Recibí la invitación de tus padres como todo el mundo.

—Me habías asegurado que zanjabas lo nuestro. Estuve desesperado, me costó entenderlo, pero

tienes razón, debemos parar.

—¿Justo ahora?

—No quiero darles más dolores de cabeza a mis padres. Quieren arreglar un matrimonio para mí.

—¿Cómo te atreves a decirlo mirándome a los ojos? Entonces son ciertos los rumores. ¿Es por su dinero?

—Por supuesto que no, sabes que no me importan ni el matrimonio ni el dinero; pero la chica en verdad es encantadora, ni siquiera he pensado en el día de mañana, por lo pronto me siento a gusto cada vez que tenemos la fortuna de compartir el espacio.

—¿Quién mantendrá tus lujos cuando tu hermano sea el nuevo duque? Por eso lo haces.

—Siempre he salido adelante, no necesito la dote de una mujer para...

—No puedo renunciar a ti.

—Tienes a tu esposo y tus hijos. Yo estoy solo.

—Como siempre has querido estar, pudiste desposarme de haberlo querido.

—No era lo suficientemente poderoso, ¿lo olvidas? Tú estuviste de acuerdo con renunciar a mi cariño por un título.

—Eras joven e inconstante, no me ofrecías estabilidad.

—En ese instante no me importaba. Ya ha sido suficiente ir y venir. Jamás creí que podría decirte esto mirándote a los ojos, esa señorita es mi oportunidad de encontrarle razón a la vida que todos quieren. Nunca había visto a mi madre tan feliz desde que supo que me había agradado, está incluso dispuesta a pasar por alto que es extranjera. Lo siento, pero en verdad me gusta. Déjame libre, por favor, ya nos hemos atormentado demasiado. Creo que ha llegado el momento.

Ella lo vio tan resignado que no pudo rehusarse, lo abrazó largamente con un abrazo de adiós y él sucumbió a la despedida. La dama le robó un beso fogoso y apasionado, él solo se dejó hacer procurando que aquello aplacara sus ansias y le permitiera irse en calma; antes de que los impulsos de su corazón la llevaran a intentar retenerlo sin importar las consecuencias.

Al separarse, se quedaron atónitos al descubrir un par de ojos almendrados mirándolos con total decepción.

—¡Oh, por Dios! —murmuró él al saberse descubierto en una situación comprometedoramente por Altagracia Morell.

Altagracia no supo si acercarse para ver la cara de aquella mujer que permanecía oculta tras las sombras de la oscuridad de la noche. La amante salió huyendo en la dirección contraria protegiendo su rostro con un abanico, temerosa de que su identidad fuera develada.

—Lo siento, no sé cómo mis pasos me trajeron al sitio equivocado —mencionó con la voz temblorosa intentando asimilar.

—¡Oh, Grace! —imploró sabiéndose perdido—. Yo soy quien me disculpo, no tiene por qué hacerlo. Por favor, no malinterprete los hechos, déjeme explicarle.

—Mis labios están sellados, si teme que diga una palabra que lo perjudique a usted o a la

dama, no me conoce en absoluto. Jamás lastimaría a alguien, incluso aunque sus motivos no me parezcan honestos.

—No me juzgue sin darme la oportunidad de hablar.

—No pretendo juzgarlo, voy de retirada.

—Deténgase un minuto, por favor.

—Ni un segundo, no deseo que nos sorprendan en una situación que comprometa mi honor, usted no lo merece.

—Tiene razón, lamento que este imperdonable hecho destruya cualquier oportunidad de que usted me vea con otros ojos.

—¿Con otros ojos? Agradezco a Dios por abrírmelos a tiempo para conocerlo en realidad. ¿Cómo pretende que lo vea después de dejarme plantada para venir a besarse con su amante? Me arrepiento tanto de haberlo seguido, jamás me imaginé que al llegar a la terraza lo descubriría en los brazos de una mujer.

—Reconozco mi falta, pero son asuntos privados que habían terminado incluso antes de conocerla. Toda mi energía está ahora enfocada en usted, si aún me lo permite.

—¡No, no se lo permito! ¿También negará que perdió la fortuna que le legó su abuelo?

—¿Cómo está al tanto de...? No es un tema digno de mencionarse.

—¿O que tiene un hijo bastardo? —inquirió tomando aire para que el valor no le faltara.

—Veo que alguien ha conspirado en mi contra envenenándola contra mí.

—¿Envenenándome? Lo he visto y ha sido decepcionante. Aléjese para siempre, se lo ruego.

—Lo haré, no tiene que implorar. Soy un idiota redomado. —Ni siquiera tomó en cuenta que las acusaciones de Altagracia habían tocado temas muy delicados, que en su círculo no acostumbraban a tratarse mirándose a los ojos; era preferible morderse la lengua que escupirlos por más que la ponzoña de la información les quemara la garganta. Pero era lo que más admiraba de ella—. ¿Cómo pensé que podría...?

—¿Prostituto de la nobleza? Es un título muy llamativo. No quiero saber por qué se lo ha ganado, pero es escandaloso y mezquino. ¿Cómo se atrevió a acercarse e intentar aprovecharse de mi desconocimiento de su alma corrupta? Jamás vuelva a pronunciar ninguna frase de elogio hacia mi persona, no ose mirarme a los ojos como si tuviera el derecho de hacerlo, no me procure y jamás se atreva a volverme a pedir que sea su pareja de baile, ni en esta ni en ninguna otra temporada. Usted y su falsa moral me enferman —irrumpió en una ráfaga de prohibiciones, ni siquiera lo dejó terminar de hablar.

William la vio correr con el corazón en sus manos en una estampida de encajes producto de su decepción. Quiso seguirla, pero se detuvo al notar que el cuerpo tembloroso de Altagracia se estrelló contra el firme torso de un caballero que había presenciado la escena. Por su expresión compasiva imaginó que estuvo presente desde que la señorita había sorprendido a los amantes.

—¡Tranquila! La tengo —le dijo con dulzura el marqués de Emerald y William tuvo que tragar su propia hiel.

—No es lo que imagina —intentó defenderse Altagracia.

—La seguí y observé el incidente. ¿El caballero la ha corrompido de alguna manera?

—No, fue muy correcto conmigo, tan solo me hizo creer que... Soy una ilusa, ¿cómo y por qué me creería?

—Me basta con su palabra. Perdóneme, la estoy agobiando con mis interrogantes. ¿Qué puedo hacer para que recupere su sonrisa?

Lord William Lovelace intercambió una mirada desafiante con el marqués, quien sin proponérselo ganó la partida.

Cuando meses después, tras sus intentos frustrados por volver a toparse de frente para ofrecer sus disculpas y una explicación, William supo de su compromiso, no la culpó por rendirse a las atenciones de otro caballero, ni por acceder a ser su esposa dominada por la decepción y el orgullo. Comprendió que, como estaban las cosas, sería lo mejor para Altagracia Morell, el marqués de Emerald podría cuidarla con mayor esmero.

Altagracia creyó que un par de meses le serviría para ordenar sus ideas, mientras dejaba de fondo los reiterados consejos de doña Prudencia que la abrumaban sobre las costumbres inglesas, tan distintas a las suyas, y lo que traería aparejado casarse con un par del reino. La señora la sacó de sus pensamientos, allí en el saloncito privado de la condesa, que se había vuelto el centro de operaciones para todo lo que concernía a la boda.

—Hija mía, lamento interrumpirte, sé que estás ocupada con los preparativos de la ceremonia, pero hay algo urgente que debes saber.

—No interrumpes, estaba... —No terminó la frase, alzó la vista y se topó con la incertidumbre reflejada en el rostro de su querida abuela. Dejó la lista en las manos de Dorita y le pidió que diera continuidad a sus menesteres para brindarle su entera atención a la dama.

Al verla tan ensimismada, la señora hizo un gesto de pesar y no pudo evitar intentar hacer que cambiara de opinión.

—No sé si pueda quedarme contigo para siempre. No tomes una decisión tan apresurada por despecho.

—No puedo estar despechada por un hombre con quien solo compartí unas lecturas, unos cuantos bailes, un paseo por el jardín y escasos eventos sociales.

Altagracia se acercó a su perro Ares que descansaba y le acarició la cabeza, la sedosidad de su pelaje lograba relajarla. A la par que lo hacía entendió el motivo por el cual su hermana Úrsula la había persuadido de llevarse a Ares. Aunque el perro había nacido en Londres y había llegado a la isla en un barco de vapor, había terminado de madurar a la sombra de la familia Morell. Tenerlo a su lado le recordaba el calor del hogar, era como haberse llevado un pedacito de su casa. Su abuela le susurró algo que la descolocó:

—Tus ojos no brillan igual al contemplar al marqués de Emerald que al mirar a lord William Lovelace.

—Y eso me salva de caer en un abismo, abuela. Emerald es un caballero, es amable conmigo y le he tomado afecto. Ya no soy una niña, cumpliré veinticinco y sigo soltera —mencionó levantando a Ares y acunándolo.

—¿Ahora el matrimonio es importante para ti? —Hizo hincapié para recordarle sus anteriores ansias de libertad.

—Todos van haciendo su vida, Úrsula tiene sus planes, María Teresa su familia. Yo las tengo a usted y a mi madre, pero después me quedaré sola. Quiero tener hijos para el día de mañana — mencionó con suavidad sin pretender herir los sentimientos de su interlocutora.

—Hablas y tu discurso parece el de mi prima. La condesa te ha cambiado.

—Me ha hecho volverme más práctica y poner los pies sobre la tierra. Mis teorías sobre el amor están donde deben quedarse, en los libros. Los que gracias a María Teresa conocí y son un escape para mi alma; pero no todos tenemos la dicha de mi hermana de vivir un amor tan grande y apasionado.

—¿Entonces aceptas que no amas a lord Emerald?

—Con él me siento tranquila, ninguna de sus atenciones me desagrada, es de apariencia agradable, aprecia mis ideas y compartimos la misma visión de cómo podría mejorar el mundo. ¿Qué mujer no se sentiría dichosa de desposarlo?

—Es cierto, y admiro la madurez que veo en ti. Por un momento temí que lord William Lovelace te abdujera y fuera imposible rescatarte del influjo de su alma turbia. Creo que a fin de cuentas has tomado la decisión más acertada, sin embargo, no logro quitarme la angustia del pecho, la de un mal augurio.

—Esos tiempos para nuestra familia no volverán, cálmese.

—No puedo seguir insistiendo.

—¿Qué es aquello tan importante que vino a decirme?

—Tu cuñado ya ha llegado, ni siquiera desea reponerse del viaje, quiere hablar contigo de inmediato.

—¿Está enojado? —preguntó tragando en seco.

—Ya lo conoces, es impetuoso, ha venido tan desatado como un huracán. Al ama de llaves casi le da un patatús al escuchar su exaltado vocabulario. Gracias a Dios los condes están fuera y no se lo han topado. Por favor, no lo provoques, viene decidido a llevarte de regreso con él a Madrid.

—Pierde su tiempo, jamás lo obedeceré, no tiene derechos sobre mí.

—Tu padre le encargó velar por cada una de sus hijas a su muerte y para él es una deuda de honor. No olvides que tiene potestad sobre tu dote y que tu madre, desde que Hugo heredó el título, sigue fielmente sus designios como si fueran los de tu difunto padre.

—Para mí es irrelevante, mi marqués me ha asegurado que con dote o sin ella me quiere como esposa.

—Tu dote es tu seguridad en el matrimonio. ¿Cómo osas decir esa barbaridad? Por favor, sé juiciosa, dos voluntades como la de Hugo y la tuya me ponen ansiosa antes de verlas chocar. Sabes que puedes contentarlo sin renunciar a tus deseos, tan solo cede un poco: pide su bendición.

El duque de San Sebastián y marqués de Morell de Santa Ana apenas se quitaba la capa tras el largo viaje cuando se introdujo en el saloncito privado. Todos los motivos que ponían a Altagracia del otro lado de la contienda del dueño de los labios carmesíes se desplomaron cuando su rostro familiar la inundó de recuerdos de su infancia, su adolescencia y la dolorosa pérdida del

difunto marqués que enfrentaron junto al resto de la familia. Hugo le traía el recuerdo de su padre, con una fuerza tan poderosa, que no pudo evitar que dos lágrimas se asomaran a sus ojos. Se estrecharon en un largo abrazo, tras el que se miraron sin atreverse a abrir la boca y escupir lo que los devoraba por dentro.

—¿Cómo está María Teresa? ¿El clima le ha asentado? —preguntó por su hermana, trajo a colación sus problemas de salud respiratorios para desviarlo del asunto que en ese instante le robaba la paz.

—Gracias a Dios muy bien, tomando sus remedios del médico belga.

—¿Y doña Alma y Margarita? ¿Se han adaptado al palacio que recibiste con el ducado?

—Mi madre y mi hermana están encantadas, sobre todo esta última ha encajado mejor que yo en los nuevos círculos sociales.

—Extraño a Diego —dijo para referirse a su sobrino.

—Cada día más grande y llenándome de orgullo.

El recién llegado tomó asiento tras la invitación de su cuñada. La puso al tanto de los pormenores de su familia en Madrid y de las últimas cartas intercambiadas con su madre y su hermana. Ella hizo lo propio porque también era vasta su correspondencia. Una cosa llevó a la otra y Hugo soltó lo que le quemaba la garganta, pero sin la irritación con la que había arribado.

—Tu madre no te perdonará que te cases sin tomar en cuenta su opinión —murmuró en tono bajo fulminándola con sus ojos casi negros de tan oscuros.

—Me caso con un marqués, creo que es lo que siempre soñó. Sé cómo van las cosas en La Habana, no quiero obligarla a tomar un vapor y que tenga que dejar a Úrsula.

—Ahora Úrsula la necesita —concordó—, tendrás que conformarte con doña Prudencia. Mi madre podría venir a apoyarte si lo requieres.

—No es necesario. Mi abuela y yo estamos bien —suspiró, creyó que su ofrecimiento venía de la mano con su resignación—. Ni sé por qué te hizo venir.

—Porque sigo siendo el cabeza de familia y deberías pedir mi autorización para desposar así sea a un rey. —Aunque el tono de su voz no era exaltado su mirada fue despiadada.

—Hugo, nuestra historia se vuelve confusa si para desposar a un hombre tengo que pedirte permiso. Tan solo quiero que me felicites y me apoyes.

—Es lo que estoy haciendo, pero antes quise hacerte desistir. Estaría más tranquilo de saberte en La Habana, con tu madre; o en Madrid, a nuestro lado.

—No sucederá.

—Sé cuán testaruda eres, por eso ya he hecho los arreglos para que el marqués de Emerald me pida formalmente tu mano, que ni doña Prudencia ni lo condes de Huntington tienen derecho a suplirme mientras esté vivo. —Alzó un poco la voz asustando a las criadas que habían traído el té.

—Terminarás por crearte la fama de ogro ante la servidumbre, no eres así. ¡Sosiégate, por Dios!

—¡No me lo permites! ¡Úrsula y tú se han convertido en mi dolor de cabeza! ¡Pero ninguna de

las dos acabará con mi paciencia ni hará que le falle al difunto marqués!

—¿Y qué ha hecho mi hermana, si es un alma de Dios?

—Centrémonos en ti.

—Claro, Úrsula es intocable, tu ángel. De seguro a ella no le recriminarías con igual soberbia. Lo puedo entender, no te robaría el sueño, en verdad es la más sensata de las tres hermanas Morell.

—Con las Morell la palabra sensatez desaparece de nuestro léxico, pero en dado caso que quede un poco sería Úrsula la única capaz de llevarla al cabo.

—Agradezco tu sentido del humor y que hayas venido para facilitar los trámites de mi pedida de mano, pero mi futuro esposo estaba dispuesto a ir a visitarte para arreglarlo.

—Aguarda a conocer la propiedad y el balance de los bienes o deudas que pueda tener lord Emerald antes de aceptar convertirte en su esposa. ¿Y si las deudas son mayores que los beneficios? —insistió el duque.

—Ya no soy una niña, he tomado mis decisiones y mis providencias.

Lo miró inusitadamente y él tuvo que aceptar su elección. Se hicieron los arreglos para el matrimonio y el duque le prometió:

—Volveré para la ceremonia con mi esposa, mi madre y mi hermana. Yo te entregaré en la iglesia, como me corresponde.

Él supo que no podía arrancarla de Londres y obligarla a acompañarlo a Madrid, ella quería huir del pasado y de las imposiciones de su madre, y esta nueva vida le daba la oportunidad: el duque no podía negárselo. La besó en la frente, le dio su bendición como el jefe de familia y le concedió el espacio que necesitaba.

Nada detuvo la inminencia de la ceremonia. En la mansión Huntington todo resplandecía, los sirvientes parecían tener alas en su afán de que todo estuviera dispuesto y reluciente para el siguiente día. Los condes de Huntington sentían como si entregaran a una de sus hijas en matrimonio con lord Emerald. La familia de la novia ya había arribado. Eran tantos los Morell y sus títulos rimbombantes de Castilla, con sus costumbres tan diferentes a las británicas y sus exigencias exóticas, que la servidumbre no se daba abasto.

Las orquídeas habían llegado un mes antes, desde el invernadero que el duque San Sebastián tenía en España, donde albergaba las especies más hermosas que crecían en sus terrenos en Vuelta Abajo, en la isla de Cuba. Estaban empezando a florecer, como si hubiesen calculado su floración. Había infinidad de ellas de toda la gama de colores como blanco, rosado, rojo y morado.

El duque agasajó a su futuro concuñado y al conde de Huntington con lo más selecto de su cosecha y manufactura de tabaco, y ambos se sintieron complacidos al degustarlo, elogiándolo sobremanera y sintiéndose felices por emparentar con el dueño de tan exquisitas plantaciones.

El vestido de la novia llegó directamente de París, quien como distinguida habanera seguía los estrictos lineamientos de la moda francesa. Un día antes de la boda, Altagracia se probaba el vestuario y sus complementos delante de un espejo de cuerpo completo, mientras Dorita la ayudaba a colocarse los pendientes de diamante que luciría.

—Se ve preciosa, niña —le mencionó la muchacha.

—Si se supone que estoy haciendo lo correcto, ¿por qué tengo este dolor en el pecho que me atraviesa como una filosa daga?

Se puso de pie y tomó a Ares en brazos, lo acarició buscando esa calma que provocaba ese acto en ella y el can travieso le dio un lengüetazo en la mejilla robándole una fugaz sonrisa.

—No se deje atormentar por el recuerdo de ese demonio con cara de ángel, no olvide lo que le hizo. Pero si no quiere casarse con el marqués, está a tiempo de huir. Usted me dice y secuestro un carruaje, cogemos a Ares y desaparecemos —conspiró Dorita contra la boda.

—Casi cumplo veinticinco. Más de la mitad de mis pretendientes de antaño ya están casados. El marqués es el tipo de persona que deseo como esposo. Es galante, afectuoso, encantador, atractivo...

—Pero no lo ama.

—Me ha besado dos veces y no sentí ni siquiera la mitad de las cosquillas que sentí cuando Mariano me besó, aquel joven gallardo que me pretendía.

—Lo recuerdo, su padre le cortó las alas y terminó casándose con una de sus amigas. ¿Y esa alma turbia sí la hizo sentir mariposas en su interior?

—Tan solo con mirarme. ¿Por qué somos tan tontas y terminamos por enamorarnos del hombre equivocado?

Los ladridos de Ares las pusieron sobre aviso, un intruso se coló dejándolas boquiabiertas. Lord William Lovelace se las arregló para aparecerse mientras ella se probaba el vestido de novia.

—¡Calle a ese demonio antes que alerte a toda su familia! —la increpó.

Sin recuperarse de su asombro le ordenó al animal hacer silencio, el que, desobedeciendo su mandato, como de costumbre, enfiló una mirada retadora contra el intruso y, enseñando los filosos dientes, le gruñó enfurecido.

—¡Basta, Ares, o no habrá más paseo matutino! —lo amonestó.

El perro cerró el hocico sin dejar de tener en la mira al caballero, como si fuera su rival.

—No sabía que este saco de pulgas también se había aliado con Emerald —musitó desenfadado el recién llegado.

—No se atreva a llamar así a mi perro.

—No era mi intención, pero hace más escándalo que una cacatúa.

—Por favor, Dorita, llévatelo de aquí o terminará por atraer a toda la servidumbre y será mi perdición.

—Pero, niña, ¿se quedará a solas con el caballero? —replicó temblorosa la aludida, pero obedeció.

Altagracia sintió la sangre arremolinarse en sus venas en un maremoto frenético hacia sus zonas altas, amenazando con aglutinarse en su cerebro hasta hacerla colapsar. Definitivamente su cuerpo completo irradiaba luz y calor al contemplarlo. William era soberbio, su cabello estaba un poco más largo y extrañamente la barba había comenzado a emerger, de seguro llevaba un par de días sin rasurarse. Su varonil rostro se hacía aún más masculino con aquella sombra castaña dorada que lo salpicaba. Sus ojos brillaban como dos zafiros en bruto recién descubiertos en un yacimiento.

Al quedarse a solas, William enmudeció por unos segundos, reparó en lo sublime que se veía Altagracia con aquellos metros de encaje que se ajustaban a unas partes de su cuerpo como guantes y que de otras caían en exuberantes cascadas. Tanto blanco era cortado de cuajo por la oscuridad de sus ojos, un contraste que se hacía más exquisito por lo cobrizo de algunos de sus mechones que no habían logrado incorporarse al peinado y se enroscaban en la piel nívea de su garganta.

—¿Cómo pudo atravesar el portón? —le reclamó como si fueran antiguos amantes, sacándolo de su embeleso.

—Mi cordura ha pasado a mejor vida desde que supe que pretende casarse con el marqués.

—No pretendo, mañana será la boda.

—Por eso me he visto en la urgencia de venir ante su presencia. Entendí su negativa al principio, pero si con este matrimonio intenta castigarme, creo que ha sido suficiente. Aprendí mi lección, ahora retráctese. ¡Por el amor de Dios! —Y no fue una súplica, casi lo ordenaba.

—¿Alguien lo ha visto? No quiero que me comprometa y arruine mi futuro —dijo pasando por alto su ataque de frustración.

Ofuscado al verla preocupada por salvar los futuros lazos que la unirían con Emerald más que en prestar atención a sus palabras, decidió actuar. Sin darle tiempo a reaccionar se le acercó iracundo, le arrebató el velo y las joyas que pretendía usar en la boda y las apartó de ella como a la peste. La habría desnudado e incinerado el vestido de no constituir una afrenta mayúscula. Se contentó con abrazarla con todas sus fuerzas. Intentó apoderarse de su boca como si de ello dependiera su capacidad de llenar los pulmones y de que su corazón continuara latiendo, a la par que le susurraba cerca de los labios:

—¿Qué me ha hecho, Grace? No puede casarse con otro hombre, yo la a...

—¡No se atreva! —lanzó tratando de mantenerse inmune a su fresco aliento sobre la tersura de sus labios que ya temblaban ante el deseo de un inminente roce—. ¡Miente! Nada que salga de su boca tiene asegurada su permanencia en el tiempo.

—Se lo juro, jamás había sentido algo similar —murmuró con gravedad aproximándose hasta límites indecentes. Se adueñó con sus grandes manos de cada centímetro de su piel y la acarició apretándola, renuente a que fuera de otro.

—Pasará tras los primeros meses de casados, usted es inestable.

—¿Le consta? —la desafió.

—Lo sorprendí en plena ligereza de cascos, ¡maldito infeliz! —espetó empujándolo lejos de sí. Un minuto más respirando su mismo aire y caería rendida en sus brazos.

—Todo tiene una explicación, una que pretendo darle.

—No la quiero. —Se giró de espaldas, no podía continuar sumergida en la profundidad de ese mar.

—¡Por Dios, Grace! ¡Déjeme dársela! No nos condene a convertirnos en lo que nunca seremos.

—Lo siento —dijo también experimentando el terror de dejarlo atrás. Ya no pudo ser fuerte. Dos lágrimas surcaron sus mejillas.

—Me asfixia la imagen de Emerald posesionándose de su cuerpo.

—Son celos.

—Unos celos despiadados. Perdóneme. Ahora sé cómo se sintió aquella noche.

—¡Váyase de una vez! —Ya no lo ordenaba, lo suplicó llorando.

—Llevo días insoportables. No puede entregarse a él. Sé que siente algo por mí. Lo veo en sus ojos.

—¡Primero muerta que caer en su juego! —acalló un grito en un suspiro.

—¿Por qué Dios le dio esa boca impetuosa? ¡Haga silencio, mujer, basta ya de improperios! ¡Es que no le han enseñado a respetar a un caballero! —ordenó resolute, la tomó del talle y la volteó frente así, castigándola con sus dos llamaradas azules. Suavizó el tono para revelar—: La quiero. Me ha costado aceptar cada uno de los sentimientos que se agolpan en mi pecho, pero estoy seguro de que es la única que puede calmar mi afiebrada existencia.

—Lo último que necesito es un «trota alcobas» corrupto y mezquino.

—No puede ser de otro, antes me muero... —emitió casi sobre sus labios, verdaderamente desquiciado, como si su desprecio lo hubiera marcado para siempre, como una oveja descarriada que volvía al rebaño ante la mirada autoritaria del pastor.

—No perderé mi tiempo con usted, milord. —Lo empujó para evitar que la besara.

—No ama a Emerald —la retó.

—Tampoco a usted.

—¡Pero podría! Déjeme arreglar las cosas.

—¿Quién es ella? ¿Su amante? —soltó lo que la estaba quemando desde la noche en que lo sorprendió abrazado a otra, con su boca sobre la suya.

—¿De qué habla?

—¿Quieres solucionar las cosas? ¿Dar explicaciones? ¡Comience por revelar la identidad de la libertina que se atrevió a encontrarse a solas con un hombre de tan dudosa reputación!

—No puedo, no puedo decirlo... Le hice una promesa a...

—¡A su querida!

—Está terminado.

—Mientras no sepa de quién tengo que cuidarme las espaldas no estaré tranquila, si no me revela de quién se trata ni siquiera lo dejaré explicarse. ¿Pretende que deje a Emerald por un libertino?

—No, quiero que lo abandone por mí —rogó.

—¿Me pide matrimonio? —observó enfurecida por la forma tan poca ortodoxa de realizar su propuesta.

—Le doy todo lo que tengo y lo que soy con tal de que no se entregue a un hombre por el que no siente más que agradecimiento; si casarse conmigo la aleja de él, casémonos.

—¡Me ofende! Viene a rogarme que abandone al marqués y ni siquiera desea casarse conmigo.

—Le he asegurado que si para que desista y me escoja necesita tener la seguridad de mis afectos firmado por todas las leyes, estoy dispuesto a abandonar mi soltería. Jamás había considerado ser el esposo de nadie. ¿Acaso no vale todo lo que estoy dispuesto a sacrificar?

—¡Es incorregible, milord! ¿Y así procura convencerme de correr a su lado? ¡No! Mi sensatez me previene de amarrarme a un infeliz calavera que me traicionará a la primera oportunidad. Ni siquiera tiene la decencia de revelarme la identidad de ella. No estoy dispuesta a desposarme con usted y vivir sin saber de quién protegerme la espalda, mientras la dama misteriosa permanece en las sombras acechando a mi marido.

—Eso seré, su marido, y le juro que esa mujer está fuera de mi vida para siempre —murmuró seductor, abrazándola hasta quemarla con la proximidad de su tórax.

—Me ofende su desfachatez, su atropello...

Un ruido los sacó de su conversación. Percibieron una voz cantarina de manera inoportuna fuera del recinto.

—¡Salga! —le imploró Altagracia—. Si lo hallan aquí será mi ruina. Emerald no lo merece, usted me lo debe, no arruine mi futuro. ¿No es suficiente con haberme arruinado el alma?

Le tomó la mano, decidido, y abrió de golpe la puerta para toparse con la recién llegada. A lady Wilson estuvo a punto de darle un síncope, pero se recompuso a tiempo para empujarlos dentro de la habitación antes de que su madre y doña Prudencia, que pasaban cerca, los descubrieran juntos.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Qué significa esto? —pidió cuentas alarmada.

—¡No digas nada, Agnes! ¡Te lo suplico! —pidió Altagracia.

—Hable, lady Wilson, llame a todos —imploró William con descaro.

—¿Y arruinar a mi prima por tamaño insolente?

—Tiene el deber moral de dejar en evidencia a esta fruta corrompida —insistió William señalando a Altagracia—. ¡Vamos! ¡Avisé a todos! Yo me haré responsable por deshonrarla.

—¡Usted no tiene decencia! —manifestó lady Wilson con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Nos ha encontrado en esta situación comprometedor y debe alertar a la conciencia colectiva de la sociedad londinense: su madre. Estoy listo para reparar el honor de Grace y convertirla en mi esposa.

—¿Grace? ¿Cómo se atreve a tratarla con esa familiaridad? ¡Insolente!

Agnes lo tomó de la solapa y lo condujo a la puerta mientras él intentaba deshacerse de la pérfida brujilla que parecía haber tomado el papel de la madre.

—Altagracia, ¿eso quieres? ¿Casarte con este engréido? —preguntó lady Wilson. La aludida quedó en silencio lo suficiente para que el caballero le guardara rencor por no sucumbir ante el acto descabellado que consideraba una muestra de su amor—. Tu silencio indica que...

—Ayúdalo a salir sin ser visto, lord William Lovelace y yo no tenemos más que hablar, ya se dijo suficiente —musitó la futura novia.

Lo vio salir precedido por su orgullo pisoteado, ni siquiera se volvió para mirarla una última vez. William se reprochó una y mil veces por la estupidez que estuvo a punto de cometer. Y mientras se quejaba por su desatino, lady Wilson lo condujo por el pasillo de la servidumbre, tomando todas las precauciones para que no lo descubrieran. Tras recriminarle con una sarta de reprimendas, volvió con una regañina ensayada para condenar la ligereza de Altagracia; pero al verla tan desconsolada no dijo nada, hasta que la otra le habló:

—Amiga mía, insiste en que me case con lord Emerald, vuelve a recitarme sus innumerables bondades y no dejes de recordarme que sería una tonta si creo en las palabras de ese tarambana, tan efímeras como el entusiasmo frugal que siente por mí.

—Grace, te ha llamado Grace —mencionó con la mirada perdida—. Está loco por ti,

completamente desquiciado. Jamás lo había visto sucumbir ante ninguna mujer. Dice que quiere ser tu esposo. —Agnes no salía de su asombro, pensó que no viviría para escuchar esas palabras de uno de los solteros más empedernidos de Londres—. No sé qué tan duradero sea el ardor que siente, pero ya quisiera yo entregarme a una pasión abrasadora, aunque sea breve, nunca había sentido tanta necesidad de quemarme por dentro. Quiero que me amen así. Te mira con tanto deseo y tú a él... ¡Por Dios! ¿Estás segura de desposar mañana a lord Emerald? No te culparía si dudarás.

—Déjame sola, por favor, Agnes. Tengo mucho en qué pensar y tus consejos me están haciendo titubear.

—Definitivamente, creo que no soy buena compañía. ¡Dios se apiade de ti!

Londres, Inglaterra.

Abril de 1862.

Los rumores de la llegada de la nueva marquesa tras dos años y medio de ausencia a su castillo en Dorset no se hicieron esperar, había cumplido sus cuatro períodos de luto y se esperaba que volviera a reintegrarse a la sociedad. Lord William Lovelace quiso hacer oídos sordos, su familia y sus amigos se sentían en la obligación de informarle los pormenores que habían acontecido en la vida de la distinguida dama después del frugal momento que habían tenido, cuando casi la breve cercanía que los unió dio a entender que se le declararía. La primera en alimentar las habladurías en torno a lady Emerald fue su madre, la duquesa de Whitestone.

—¿Recuerdas a esa hermosa señorita extranjera que logró robarte los sentidos tras uno o dos bailes en la temporada de hace tres años, la que te rompió el corazón al casarse con el marqués de Emerald? —Por supuesto que él calló la parte de la historia en que la señorita lo encontró besándose con su antigua amante.

—Sí —respondió de manera cortante, por supuesto que la recordaba, se sintió terrible durante meses tras los límites que Altagracia trazó ante ambos, cerrando todas las puertas a su paso y negándole la oportunidad de brindar una explicación para lo que a sus ojos parecía injustificable. Ni siquiera había probado sus labios antes de caer rendido, ni ese recuerdo se permitió obsequiarle y le guardaba rencor por ello, por no haber sucumbido a sus encantos. «Si tan solo hubiese sido mía me la habría sacado del pensamiento, no es amor, es deseo de lo que se me hizo inaccesible», se consolaba con ese pensamiento. Así intentó aligerar la carga y quitarle la importancia que tres años antes le había otorgado.

—Ha regresado a Inglaterra —dijo con seriedad su excelencia, aplacando la emoción que ese hecho le producía.

—Algún día tenía que volver.

—Lady Black ya se creía dueña y señora de Emerald Haven, incluso imagino que intentará tomar el control sobre su sobrino como ya lo ha hecho con lady Arlene Haddon. Cuando murió el marqués de Emerald —agregó con pesar—, la vizcondesa creyó que el título pasaría al mayor de sus hijos. Casi le da un soponcio cuando tras esperar el tiempo de rigor descubrió que la joven marquesa estaba embarazada. Por suerte para lady Emerald, los condes de Huntington, sus

parientes, estuvieron a la orden del cañón para velar por sus intereses. La pobre viuda, tan jovencita, quedó sumida por el dolor, y de no ser por sus protectores, la otra arpía —carraspeó por la dureza del calificativo— habría colocado al primogénito de sus honorables —agregó despectivamente— como el nuevo marqués de Emerald.

—Recuerdo que ya me lo había comunicado usted con lujo de detalles.

—Su niño ya debe tener dos años y medio, tan pequeño y con tanta responsabilidad sobre sus hombros.

—Es una pena todo lo sucedido, muy lamentable. Espero de todo corazón que se haya resignado a tan dolorosa situación.

—Ella podría volver a casarse, es tan joven y hermosa.

—Podría si lo quisiera.

—¿Te gustaría volver a visitarla? Tal vez vuelvas a parecerle agraciado.

—Madre, no creo que sea santo de la devoción de la marquesa.

—Su situación ha cambiado.

—Olvidelo, por favor.

—Ninguna fémica te ha causado tan buena impresión, solo quiero que seas feliz.

—Y lo soy a mi manera.

—Estoy orgullosa de ti, eres un buen hijo y un mejor hermano. Solo te falta una esposa para que pueda quedarme tranquila y saber que he cumplido contigo.

—Usted no necesita demostrar nada, es una madre estupenda.

La dejó con un beso en la frente y partió a sus asuntos.

Tres días después fue Lord Arthur Johnson quien le llegó con los rumores sobre la preciosa marquesa que había arribado a su castillo en el condado de Dorset.

—¿Recuerdas a la marquesa de Emerald, la descendiente española de belleza sumamente exótica que además proviene del Caribe, específicamente de La Habana, hija de nobles españoles, cuya fama, por lo bella y enigmática que es, la ha vuelto la comidilla de la corte?

—No necesito tantas señas para recordar a Altagracia Morell.

—Lady Emerald —lo corrigió.

—Acabáramos.

—Ahora en su situación de viuda del difunto y pudiente marqués es una joya para nada despreciable. Todos han enfocado sus perros de caza en su dirección.

—¡Detestable! La fortuna es del marquesado, le pertenece a su hijo.

—Por supuesto, pero alguien debe velar por los intereses del menor mientras crece, por eso la marquesa requiere del apoyo de un caballero de noble cuna lleno de desinterés.

—Alucinas.

—¿Olvidas la jugosa dote de la marquesa, la que debe estar esperando intacta, y la prominente

herencia que recibirá cuando su santa abuela abandone este mundo?

—Eres muy sórdido y mezquino.

—Solo repito los planes maquiavélicos de tus otros amigos. El difunto lord Emerald era tan honrado que no debe haber tocado ni siquiera un chelín de la fortuna de su esposa.

—Prefiero cambiar de tema, no me interesa nada que tenga que ver con la dama.

—No imaginas en lo que te verás envuelto; bueno, si deseas entrarle al reto. Hemos hecho una apuesta para ver quién de nuestros amigos solteros pesca a la rica marquesa.

—¿Y qué ganarán?

—Ella y su fortuna. ¿Se necesita más incentivo?

—¡Malditos perros!

—Si no nos la quedamos nosotros, otro truhan se llevará la gorda recompensa.

—¿Te has atrevido a participar en la apuesta sabiendo de mis intenciones para con ella en el pasado? ¡Valioso amigo!

—Siempre infravalorándome, Will. Me he aventurado en tu nombre. Tú competirás contra los crápulas de nuestros amigos por quedártela.

—¿Y quién te ha dicho que pretendo intentarlo? No es un objeto o premio para lidiar con la finalidad de obtenerlo.

—Si no lo haces la dejarás a merced de nuestros compañeros de juergas, y sabes de qué pie cojea cada uno. Ninguno tan honrado como el difunto marqués para merecerla. Los que la han visto dicen que no tiene nada que ver con la dama de hace tres años.

Mientras lord Arthur Johnson describía con lujos de detalles la forma en que su cuerpo se había redondeado y vuelto más voluptuoso, William se sintió sorprendentemente arrastrado por la lujuria tras la descripción de sus encantos. La curiosidad de averiguar el sabor de aquellos labios que se le escaparon lo hizo agudizar sus sentidos en su dirección, pero no atraído como el resto de los pretendientes por probar suerte con la acaudalada heredera; quería saber si aún su corazón volvía a latir desenfrenado al tenerla en frente.

Sus ojos se habían secado de tanto llorar la pérdida de su esposo, el dolor también la había abandonado. Y aunque la severidad de lady Black le reprochó al arribar a Emerald Haven con los ánimos renovados, ella no se dejó arrebatar la tranquilidad que tras el largo período de duelo había podido conseguir.

Notó que, aunque los condes de Huntington habían velado por sus intereses y los del pequeño sucesor de Emerald, Evan Haddon, lady Black se había metido en las propiedades del marquesado hasta la médula. Lo mismo se encontró en Haddon House la semana que permaneció en Londres, cuando la servidumbre no quiso mover un dedo para contrariar las órdenes dejadas por su cuñada sobre el manejo y administración del inmueble. Tuvo que amenazar con despedir a quien no le guardara fidelidad para que los criados reaccionaran y comprendieran que ella, a pesar de ser extranjera, era la marquesa viuda de Emerald.

Cuando arribó días después a su castillo en Dorset la situación estaba aún más fuera de control, los honorables hijos de su cuñada pululaban a sus anchas, casi sintiéndose dueños y señores. Con el pretexto de velar por los intereses de sus sobrinos, en especial los de lady Arlene Haddon, quien residía en la propiedad bajo la supervisión de su tía, la vizcondesa se había trasladado con sus retoños a la propiedad.

El ama de llaves entró en conflicto al ver a las dos damas desafiarse con la mirada ante el arribo de la marquesa.

—¿Por qué los sirvientes no han salido a darnos la bienvenida a mi abuela, mi hijo y a mí? —exigió la marquesa.

—No estábamos seguros de la hora de su arribo —intentó justificarse lady Black.

—Que no vuelva a ocurrir —indicó con seriedad al ama de llaves y al mayordomo, pasando por alto la presencia de su cuñada—. Lady Black, agradezco las molestias que se ha tomado en nuestra ausencia, pero hemos vuelto y todo volverá a ser como antes.

—¿Pretende reinsertarse en sociedad como si nada hubiera pasado?

—Pues hasta donde sé, la reina está conforme con mi retorno, y aún sigo gozando de sus favores tras mi presentación ante ella. Su majestad fue muy amable y me envió una carta para darme las condolencias tras la muerte de mi esposo.

—¿Quién iba a decir que tiempo después su majestad también iba a enviudar? —se lamentó al

recordarlo.

—Cosas inexplicables del destino. A pesar de su situación, me ha enviado una notificación para comunicarme su agrado ante el regreso del legítimo dueño del marquesado a sus dominios.

—¡Como si no hubiera salido huyendo a España dejándonos con el dolor de la pérdida de mi hermano!

—¿Pretende contradecir a la reina?

—A los condes de Huntington debe agradecer la proeza. Nos quedaremos un tiempo, debo velar por los intereses de los hijos de mi difunto hermano. No sé cuáles son sus intenciones para con los pequeños.

—Recuerdo que usted estuvo a punto de dejar al hijo de «su hermano» sin su herencia al pretender que su primogénito sucediera a Henry —dijo con angustia para referirse a su esposo, le causaba un fuerte estrago recordar aquella época dolorosa de su vida.

—Usted se fue y se olvidó de sus responsabilidades con Arlene y que mi difunto hermano la desposó para que fuera una madre para mi sobrina. La pobre niña tuvo que refugiarse en mí, al quedar huérfana de padre y madre.

—Y lo lamento tanto, jamás debí dejar que el dolor me nubilara al punto que olvidara mi deber con Arlene.

—¡Valiente madre le buscó!

—Estoy dispuesta a enmendarme si me da la oportunidad. Ahora sí, le pido a usted y sus hijos que preparen el viaje para que a la brevedad posible abandonen Emerald Haven. Arlene puede quedarse y tendrá todos los privilegios que le corresponden como hija de Henry. Deseo que los lazos se estrechen entre ella y su hermano, como su padre lo hubiera querido.

—Aún nada me quita de la cabeza que usted se embarazó a propósito de algún arribista para aferrarse a unas tierras que no le correspondían.

—Lady Black, su hermano debe estar observándola desde el más allá con mucha decepción. ¿Cómo osa poner en entredicho la legitimidad de su único heredero? Henry hubiera querido que la avaricia no la cegara y fuera un apoyo para nosotros.

—Pretende ser la heroína de la historia, cuando huyó despavorida como si temiera que sacáramos conclusiones acerca de la paternidad de su hijo.

Altagracia, lady Emerald, tomó a su hijo de los brazos de Dorita y lo aproximó a su cuñada. La mujer se tragó de golpe todas sus acusaciones cuando observó el rostro del pequeño intrépido, era muy parecido a su padre; pero lo que le hizo tragar en seco y quedar pálida de un tirón fue constatar el color verde intenso de los ojos de Evan que refulgían de manera idéntica a la mirada esmeralda de su difunto padre.

—Señora Hoffman, disponga de inmediato el equipaje de lady Black y su media docena de honorables hijos —le indicó al ama de llaves—. Es una pena que no puedan quedarse para que convivamos unos días después de tan larga ausencia, pero tienen motivos urgentes. Lord Black ya les echa de menos y deben abandonar en este instante Emerald Haven.

—¿Cómo se atreve? —musitó lady Black casi sin aliento. Acostumbrada a la frialdad y mesura de las inglesas, no se esperó un acto tan contundente de su cuñada. Renegó una vez más de la elección para esposa del difunto marqués. Con un hilo de voz y sin lograr ocultar su desesperación llamó a su sobrina—: ¡Arlene! Es hora de irnos, ordena a las doncellas que preparen tu equipaje para una larga temporada.

—Lady Arlene Haddon se queda —emitió Altagracia—, ahora es mi responsabilidad.

—No lo considero prudente, apenas si se conocen.

—En los pocos meses que convivimos tuvimos un excelente entendimiento, creo que nos podemos acoplar a la perfección.

—Deseo quedarme —espetó con alivio la muchacha de dieciocho años que ya estaba harta de las imposiciones de su tía—. Agradezco su invitación, lady Emerald.

—No hay nada que agradecer, esta es tu casa. Y puedes llamarme Grace, cariño. Quiero ser como una madre para ti, pero sin borrar el recuerdo de la verdadera.

Todo caía por su propio peso. Al fin sentía la calma. Viendo a Dorita correr tras Evan que perseguía a Ares por los jardines próximos a su extenso bosque, el aire les devolvía la vida y el niño sonreía ajeno a los disgustos familiares. Su pequeño hijo, tan inocente y con el peso del marquesado sobre sus hombros. Velaría por cada uno de sus intereses hasta que tuviera la edad suficiente de tomar las riendas de su patrimonio.

Grace respiraba henchida de paz. Justo cuando renunció al título que por azares de la vida no pudo heredar de su difunto padre, la suerte, Dios o la providencia le había enviado la invitación de la condesa de Huntington a Londres. Luego, su corto y tranquilo matrimonio con lord Emerald. Los breves meses que compartió con Henry fueron serenos, se consideró bastante feliz y encontró calma a su lado. Después, su sorpresiva muerte, la desesperación; así como las disputas por el marquesado que quedaron como una cruel broma del destino de fondo a su dolor. Si los condes de Huntington no la hubiesen tomado de la mano para guiarla, quizás hubiera perdido todo. El aturdimiento que deja el dolor, la agonía por el padre que jamás conocería a su hijo, el sufrimiento por aquel niño que crecería sin un padre, la amenaza de lady Black de apoderarse del destino del pequeño que creía un bastardo. Por eso huyó, necesitó el calor de los suyos para fortalecerse.

La amalgama de las fuertes personalidades de los Morell la sacaron a flote, hasta que consideró que debía luchar con todas sus fuerzas por lo que le pertenecía a su primogénito. Descansó cuando fue proclamado como legítimo heredero del marquesado de Emerald, antes de que quedara en litigio por varios años debido a las infructuosas acusaciones de lady Black que pretendía colocar a su honorable hijo de advenedizo, al que quería dotar con el título, el dinero y las tierras. Pero un portavoz, auspiciado por la corona, había comunicado que era Evan Haddon, el único pariente de sangre en la línea directa, al que le correspondía suceder a su padre.

Doña Prudencia fue, una vez más, la designada por la familia Morell para acompañarla en

aquel viaje a Inglaterra.

—¿En qué piensas, mi dulce niña? —le preguntó doña Prudencia cuando los Black se hubieron marchado.

—Ya no soy una niña, debo hacer lo mejor para Evan —dijo posando los ojos en el pequeño de dos años que daba sus primeros pasos—. Espero que haya sido lo mejor volver a Inglaterra.

—Todo estará bien. Sabes que me quedaré contigo, que no te dejaré sola.

—Por favor, no tiene que quedarse para siempre. Ya le he quitado tanto tiempo, tampoco acepté la compañía de mi madre, preferí que siguiera al lado de mi hermana Úrsula ahora que está embarazada.

—Si soy para ti una carga, me quedo en España.

—No lo diga ni de broma, abuela querida, usted es una bendición para nosotros.

—¿Tienes listas las tarjetas que enviarás a las familias avisando de tu regreso?

—Las tengo. Habría preferido esperar unos meses más.

—Debes enviarlas cuanto antes, ya te quitaste el luto y sería de mal gusto que aparezcas en algún evento social si antes no les indicas a las familias de nuestro círculo que ya estás lista para recibir visitas e invitaciones.

—Lo haré, pierda cuidado. Aunque lo que más me apetece es enterrarme en Emerald Haven con mi pequeño.

—No será posible, tienes obligaciones.

—Lo sé.

—Es grato para mí volver a Emerald Haven, no hay un sitio en la tierra más hermoso que este, con perdón de tantos otros lugares maravillosos a los que hemos llamado hogar.

—Usted tiene razón, es nuestro paraíso en la tierra. Tenemos bosque, lagos e incluso mar. Y este hermoso castillo que no he terminado de recorrer. Tal vez ahora, con más tiempo pueda inspeccionar hasta el último recoveco. Pretendo hacer actualizaciones en la propiedad.

—¿Lo crees necesario? Tengo entendido que uno o dos años antes de casarte tu esposo había modernizado los servicios y varias estancias.

—Pero quiero hacerlo mío al menos hasta que su legítimo dueño tome posesión, y para sentirlo mi hogar debe tener mi sello personal. Bueno, hasta que Evan tenga edad suficiente para hacerse cargo.

—¿Y a qué más dedicarás tus días? Además de ser madre de un niño y una jovencita, ocuparte de remodelar el castillo...

—Y la casa de Londres.

—Eso, además de lo mencionado y los muchos compromisos sociales que vienen aparejados a tu rango...

—Los que trataré de evitar al principio.

—Te recuerdo que son importantes para tu hijo y para procurarle un buen matrimonio a lady Arlene Haddon.

—Me esforzaré por estar a la altura del marquesado y las responsabilidades.

—¿Qué más harás?

—Deseo escribir.

—¿Cómo así?

—Leer ya no es suficiente aliciente para mí, he devorado todo lo que ha caído en mis manos, pero siento que tengo mucho que decir. De hecho, he terminado una historia de amor, es triste, pero inspiradora. María Teresa la devoró antes de que abandonara España. Dice que es exquisita y que debería intentar publicarla.

—Acabáramos, ese sí será el principio de nuestra ruina. No creo que a los aristócratas ingleses les agrade una marquesa que escribe.

—Ha sido nuestro secreto por este par de años. Echaré de menos el ánimo que me daba mi hermana, más ahora que estoy por terminar mi segunda historia y no la tengo aquí para que me dote de sus consejos tan certeros sobre mi escritura. Me ha obligado a mandarle en cartas los últimos capítulos so pena de negarme la palabra.

—¿Y esta segunda historia es más animada?

—Es de amor y sí tendrá final feliz.

—Podría ayudarte dándole una ojeada si no sientes vergüenza de que tu abuela, quien te triplica la edad, meta las narices en temas tan privados.

—Será raro, pero puede ser divertido. ¿Qué tan abierta de mente puede ser usted?

—¿Tengo que preocuparme por esa pregunta?

—Si soporta leer a una protagonista algo inconforme con los convencionalismos sociales y el papel relegado a un rincón que tenemos las mujeres, podría convertirse en mi nueva lectora designada.

—Pensé que me escandalizaría al leer sobre un beso o dos y me sales con ideas progresistas acerca del lugar de la mujer en la sociedad. Te recuerdo que hay damas poderosas, para empezar, te nombro a la reina.

—Excelente ejemplo, aunque el poder le vino de nacimiento.

—Pero no es fácil mantenerlo.

—Pensé que se iba a referir a usted misma o a su prima la condesa, la cual es todo un ejemplo a seguir.

—Sé que la admiras y no me pongo celosa. Gertrude es muy decidida y sabe cómo mover sus cartas. Le estoy tan agradecida a ella y a su esposo por defender tus intereses, pero sé que fue ella quien no dejó que el conde de Huntington cejara en el impulso.

—A usted también la admiro con demasía —le susurró mientras le depositaba un abultado tomo de hojas encarpetadas en piel con una elegante caligrafía en castellano.

—No sabes lo honrada que me siento, que antes que a tu madre te dignaras a mostrarme algo tan personal.

—A mí madre no podría, su excelencia Lucrecia de la Concordia García de Lisón marquesa

viuda de Morell podría morir de un infarto solo de repasar las páginas de la literatura a la que me indujo la menor de las Morell.

—La duquesa. ¡Qué manera de gustarle las novelitas románticas a María Teresa! Por suerte para ella, Hugo la ha dotado de una biblioteca exclusiva para su uso.

—Una maravillosa joya de la literatura.

Doña Prudencia repasó los ojos sobre cada una de las líneas con avidez, cada vez más interesada y así permaneció por horas devorándose el contenido. Altagracia tuvo que regresar a sus obligaciones y no la vio hasta la mañana siguiente después de la hora del desayuno. Preocupada por no hallarla a la mesa, y más por la excusa acerca de un malestar que la aquejaba, decidió acercarse a su habitación.

Con los ojos enrojecidos, la señora la recibió y le lanzó una mirada desdeñosa mientras una doncella le servía un té.

—¿Cómo puedes ser tan cruel, nieta mía? —la increpó.

—¿Qué le he hecho, abuela querida? —preguntó la aludida espantada por el arranque de la dama.

—¿Cómo el conde pudo abandonarla justo cuando más lo necesitaba?

—Era necesario para mantener su honor a salvo —contestó recomponiéndose al notar que los reclamos venían dados por la lectura de su libro.

—¿Cómo puede una cabeza tan bella estar repleta de ese tipo de ideas y entrelazarlas unas con otras hasta dejarme sin aliento?

—No puedo creer que haya terminado de leer. ¿Es que acaso no pegó un ojo en toda la noche?

—No podía, no sin saber qué destino le aguardaba a la pobre Antonia. —Las bolsas inflamadas debajo de sus ojos tras leer a la luz de las velas eran suficiente evidencia de su testimonio—. Aunque creo que era mejor quedarme con la duda que vivir con ese desenlace en mi conciencia.

—¿En su conciencia? Pero si usted no es responsable de las decisiones del conde ficticio.

—Tal vez yo no, pero conozco a la que ha urdido tan enmarañado final. Exijo que les des una segunda oportunidad de salvar el tan abnegado amor que los une. No pueden vivir toda una vida con ese dolor sofocante asfixiándolos en secreto.

—¿Es que acaso iría usted a exigirle a Shakespeare que reviviera a Romeo y Julieta?

—Tentada he estado, ese es otro final del que no consigo recuperarme, dos jóvenes en la flor de sus vidas.

—Ahora entiendo de dónde ha heredado mi hermana menor la afición a la lectura.

—¿Le darás una segunda oportunidad a Antonia y al conde?

—Podría intentarlo, si es tan vital para usted, una vez que termine la obra que estoy escribiendo.

—Insisto en que algo tan bello debe ser publicado.

—¿Está segura? Hasta ayer se oponía rotundamente.

—Claro que deberás adoptar un nombre artístico que permita que tu identidad se mantenga en

secreto. Antes debes traducirlo —dijo la señora animándose.

—No sé si mi inglés sea suficiente para escribir en ese idioma.

—Debes buscar un letrado discreto, que los traduzca con magnificencia para ti. Al fin y al cabo, dinero nos sobra.

Lord William Lovelace cabalgaba con lord Arthur Johnson pisándole los talones. Aún no sabía cómo se había dejado convencer primero por su amigo y luego por su madre para semejante tarea. Sabía los motivos ocultos de uno y otro, estaba al pensar que se habían confabulado para lanzarlo a cometer un acto completamente vergonzoso. Respiró hondo y apuró el paso. Ya habían arribado a una posada en Dorset y habían descansado toda una noche, para arribar a Emerald Haven frescos y rozagantes. Aunque sin importar cuánto se esforzara, dudaba de si la marquesa se dignaría a recibirlo. Suspiró.

«¿Prostituto de la nobleza? Es un título muy llamativo. No quiero saber por qué se lo ha ganado, pero es escandaloso y mezquino. ¿Cómo se atrevió a acercarse e intentar aprovecharse de mi desconocimiento de su alma corrupta? Jamás vuelva a pronunciar ninguna frase de elogio hacia mi persona, no ose mirarme a los ojos como si tuviera el derecho de hacerlo, no me procure y jamás se atreva a volverme a pedir que sea su pareja de baile, ni en esta ni en ninguna otra temporada. Usted y su falsa moral me enferman».

¿Por qué lo había llamado así sin siquiera una gota de pudor al pronunciarlo? Recordó cada una de las prohibiciones lanzadas en su contra y debatió de nuevo con su conciencia si debía traspasar los límites que lady Emerald le había impuesto cuando aún era la señorita Altagracia Morell.

Y mientras su caballo atravesaba el amplio portón de la propiedad, el que cerraron tras su paso, se adentró rumbo a la entrada del castillo que lo desafiaba a lo lejos con sus cuatro imponentes torres. A medio camino se detuvo y le manifestó a su amigo:

—No puedo.

—Hombre, que no se diga. Ya has llegado hasta aquí.

—Ella me advirtió en el pasado que no quiere volver a verme —indicó desviando su caballo del sendero principal y dirigiéndolo detrás de unos setos, por donde otro camino de proporciones menores los conducía hasta los lindes del espeso bosque.

—Tras una desafortunada confusión. Es cierto que te sorprendió besándote con lady..., con ella; pero lo de ustedes había terminado. En verdad y para mi sorpresa tenías toda la intención de cortejar a una señorita por primera vez en tu vida.

—Segunda.

—En fin, dejemos fuera el tema de la otra conspiradora que no ha hecho más que torcer tu

camino cada vez que ha intentado enderezarse. ¿No te preguntas qué habría sido de tu vida si lady Emerald no te hubiese sorprendido besando a...?

—Me da miedo hacerme esa pregunta, tampoco soy bueno en las relaciones. Tú mismo has dicho que olvidó a una dama con la misma facilidad con la que pierdo la medida por correr tras sus encantos.

—Culpemos por ello a lady...

—¡No! La responsabilidad de mis decisiones y mis actos solo me compete a mí. Nadie es lo suficiente poderoso para hacerte morder el polvo si no le das autorización para ello.

—Entonces espero que esa arena te haya sabido a gloria —espetó negando—. Volvamos a lady Emerald y los desoladores meses que viviste tras su renuencia a permitirte explicarte.

—Es cierto que mi corazón nunca había latido con igual ritmo que cuando bailamos esa preciosa contradanza, ni que otros ojos me han transmitido tanta calidez, por eso me he dejado imbuir en este plan disparatado.

—¿Y qué me dices de tu odioso estado de ánimo tras su boda? Solo un amigo leal como yo podía soportarte.

—Tendrías que haber observado la altivez en su mirada cuando me sacó casi a patadas de Grey Terrace cuando cometí el más estúpido de los actos: ir a rogarle que no se casara.

—¿Tú suplicar? De seguro tu arrogancia la hizo echarle lejos.

—Estaba dispuesto a sucumbir ante las garras del matrimonio con tal de alejarla de Emerald.

—Muy romántico; lo que toda joven casadera, que sueña con el amor incondicional, anhela escuchar.

—No puedo quedarme, debo alejarme a toda prisa. No haré de idiota por segunda vez en mi vida. Mi instinto me previene de huir antes de cometer una estupidez.

—Su excelencia, la duquesa de Whitestone, sigue creyendo que aún tienes esperanza de redimirte si la marquesa se digna a volver a girar en tu dirección.

—No puedo culpar a mi madre por ello. Si he venido no es por asuntos inconclusos personales. He dejado el rencor atrás, me duele que su matrimonio haya terminado abruptamente con la pérdida de Emerald.

—Claro, Emerald fue una pérdida para todos. Uno de los pocos hombres de palabra que quedaban.

—No le deseaba ningún mal y aunque tardé en hacerlo, comprendí que el marqués podía darle un hogar, cosa que a mi lado tarde o temprano se habría vuelto un infierno. No me veo cumpliendo con el papel de esposo.

—En eso tienes razón.

—Lo que en verdad me mueve es acercarme a lady Emerald para prevenirla del peligro que la acecha. Bajo ninguna circunstancia debe aceptar las atenciones de los bribones que la persiguen por su dinero.

—¿Y crees que te escuche?

—No sé si al escuchar mi nombre me dé la oportunidad de abrir la boca, por eso debo ganarme de nuevo su confianza antes de venirle con mis advertencias. No soy el ejemplo más indicado y me temo que no dé crédito a mis palabras.

—Para la marquesa estuviste tentado a cometer la misma fechoría que los bribones a los que hoy acusas.

Unas risas joviales los sacaron de su discusión y encontraron a lady Arlene Haddon corriendo con el pequeño Evan de la mano detrás de unas mariposas, con Ares, Dorita y dos doncellas más, mientras llamaba a voz alzada:

—¡Grace! ¡Grace! ¡Mira estas qué hermosas, son tan doradas que parece que les hubieran esparcido polvo de hadas!

—¡Enseguida! —contestó la aludida sin siquiera levantar el rostro de lo que la mantenía tan ocupada.

En dos sillas dispuestas sobre la franja que bordeaba el lago, lady Emerald y su abuela permanecían absortas en alguna faena. La primera con un manojo de hojas cremas en las que plasmaba con pasión unas letras, y la segunda, recibiendo cada hoja que la otra escribía para sumirse en la lectura. Volvió a escuchar a la muchacha referirse a ella como Grace y eso le dio un vuelco en el corazón, recordó que así la había llamado en su poco duradera complicidad.

—Disculpe, milady —la interrumpió una de las doncellas acercándosele—, parece que tiene visita.

—Ha de ser el maestro de letras que estabas esperando para ayudarte a traducir los textos —murmuró emocionada doña Prudencia poniéndose de pie para quedar frente a los caballeros que ya habían desmontado y se aproximaban al lecho del lago.

Cuando la efigie de lord William Lovelace se definió y quedó iluminado por los tenues rayos de sol, en toda su excelsitud, la señora tuvo que depositar las hojas que sostenía sobre la silla, incapacitada de transmitir palabra.

—¿El maestro? —musitó Altagracia entusiasmada y también se puso de pie.

Los ojos de ambos se toparon, los de ella, más oscuros por la impresión, si se podía; los de él, con un azul más intenso, como la parte más honda del océano que había podido vislumbrar Altagracia desde el vapor que la trajo de La Habana hacía tiempo. Se detallaron por un par de minutos en que nadie se atrevió a interrumpir la corriente que se apoderó de ambos. Él ya había cumplido treinta y dos, ella tenía veintisiete. Y en cada uno los rasgos se habían acentuado, resaltando la belleza con que la naturaleza los había dotado. Lady Emerald vestía aún más sencillo que antes de ser marquesa, su piel era cubierta por metros de muselina rosada muy tenue que la hacían parecer una ninfa a los pies de la cristalina agua. Sus negras pestañas abanicaron sus mejillas y sus voluptuosos labios se despegaron lo mínimo dando la impresión de que estaba lista para decir algo que rompiera la desmesurada quietud.

Unos ladridos estridentes los sacaron de su embeleso, Ares se lanzó contra William al reconocer a su antiguo adversario. El recién llegado dio dos pasos hacia atrás para proteger sus

tobillos del ataque del pequeño truhan. Y Dorita se abalanzó a cargarlo antes de que el episodio terminara con los colmillos del can insertados en las pantorrillas del rival. Aún en sus brazos le gruñía a William clavándole una fiera mirada de advertencia. La marquesa le hizo una señal a Dorita para que se lo llevara de allí e intentó salir de su mutismo.

El elegante caballero, vestido del mismo tono del añil de sus ojos, se adelantó:

—Perdone usted... —murmuró las palabras que se habían quedado atoradas hacía tres años al clamar una disculpa que nunca llegó—, por interrumpir de esta forma tan impropia. Esa furia de Ares por lo visto no me ha olvidado y seguimos tan amigos como antes.

—¿Qué hace aquí?

—Me ha traído un asunto de suma importancia, soy el mensajero de su excelencia la duquesa de Whitestone.

—Su madre —aclaró restándole solemnidad a su misiva y temiéndose lo peor.

—En efecto —sostuvo con propiedad sin dejar de avasallarla con la arrogancia de su gesto.

—¿Acaso no disponen de sirvientes suficientes? ¿Por qué necesitó emplear a su heredero de reemplazo para enviar su correspondencia? —No quería humillarlo, pero cuando se dio cuenta las palabras ya habían salido disparadas de su boca.

—Mi madre deseaba cerciorarse de que el mensaje fuera dado con exactitud y que la respuesta fuera transmitida con cada sílaba, punto o coma.

—Hable usted.

Doña Prudencia azuzó a las doncellas para que se llevaran a Evan y Arlene, ella se quedó al lado de su nieta para que la situación no resultara comprometedor.

—No sé si sabe que estamos en plena temporada.

—Lo sé.

—Y no la hemos visto en ningún evento social desde su regreso.

—Mi situación es reservada, los motivos los conoce de sobra.

—La duquesa cree que su luto ha sido más que satisfactorio y que por lo tanto no le ofenderá su invitación.

—¿Invitación?

—Como sabe, cada año mi familia da un baile en honor a un personaje ilustre de nuestro círculo, usted ha sido la elegida por mi madre para el más próximo si se digna a aceptar. —La noticia la sorprendió en demasía—. Tras la tragedia que ha embargado su corta estancia en Inglaterra, mi madre pretende ser su soporte, tal cual lo ha sido la condesa de Huntington, para que vuelva a reintegrarse en sociedad.

—¿Que su madre qué? —Tosió—. Agradezco la bondad de su excelencia, pero no puedo aceptar.

—No me haga portavoz de esa misiva. Su excelencia, la duquesa de Whitestone, es capaz de venir en persona con tal de salirse con la suya. La última vez que estuvo usted en Primrose Hall se fue muy temprano, mi madre teme que haya sido porque algo en la atención que le dispensamos no

estuvo a la altura y quiere componerlo.

—Su excelencia puede estar tranquila, no me retiré por algo que sus padres o su hermano hayan hecho o dejado de hacer. —William lo sabía, más que de sobra.

—Le ruego que acepte, será una oportunidad para que usted y yo limemos asperezas si considera que debe hacerse por algún malentendido del pasado.

—¿Malentendido? —Tragó en seco—. No puedo aceptar.

—Nieta, será bueno para lady Arlene Haddon, ya tiene dieciocho años y ha sido presentada en sociedad, es hora de que asista a la temporada. No he hecho otra cosa que oírle emocionada por ir a alguna de las tantas actividades cuyas invitaciones nos llegan y no haces más que acumular. Como su nueva madre, debes velar por su bienestar. No le reclamaste su custodia a lady Black para dejarla marchitarse en el castillo.

—¡Oh, abuela querida! Me pone usted en un aprieto.

—Este año, tras el baile de gala en Primrose Hall, partiremos un día después por una semana a Whitestone Palace —explicó lord William Lovelace—. Mi hermano acaba de comprometerse y mi familia quiere festejarlo por una semana con cenas, bailes y actividades al aire libre. Toda su familia está invitada. Los condes de Huntington han confirmado su asistencia, así como los vizcondes Black.

—No puedo responder a la ligera, debo pensarlo.

—Pretendo quedarme en Dorset el tiempo que considere necesario. Puede mandarme a un jinete con la respuesta cuando se sienta en posición de hacerlo.

—Nieta querida —intervino doña Prudencia—, ¿no invitarás a los caballeros a tomar un refresco o una taza de té, después de todas las molestias que se han tomado? Imagino que están exhaustos por la cabalgata desde el pueblo.

—Claro, pueden acompañarnos —musitó aún confundida tras la intromisión de los visitantes.

La hora del almuerzo estaba cercana y doña Prudencia ejerció presión para que los invitara a acompañarlos.

—Abuela, no hace honor a su nombre —le susurró a solas—. ¿Es que ha olvidado toda la nebulosa de rumores que se ciernen en torno a lord William Lovelace?

—No creo que un simple tarambana se tomara tantas molestias como dar un baile en tu honor para aprovecharse de ti. Tal vez se ha reformado.

—¿Sabe lo que pienso? Que es un arribista, que ha visto que soy viuda rica y ha venido tras la miel del panal.

—Se te olvida que hablas del hijo de un prominente duque. Whitestone Palace tiene suficiente riqueza como para que su segundo hijo no tenga que ir detrás de un matrimonio arreglado.

—No he visto más que matrimonios arreglados a mi alrededor.

—El caballero sigue agradándome a pesar de que considero que no es apropiado que te

relacionen con alguien de tan terrible reputación, aunque sea a puertas muy cerradas. Aún tienes el peso de lady Black tras de ti y lo último que deseamos es que sospeche de algo turbio donde no lo hay y vuelva a crear cizaña sobre la legitimidad de mi bisnieto.

—¿Entonces concuerda conmigo? No debo asistir.

—Creo que debes, la alianza con los duques es necesaria para que te mantengas a flote en esta selva de civilización, sobre todo por Evan y Arlene. Un desaire a la duquesa tras sus atenciones no será bien visto y necesitas amigos más que enemigos, ya con la vizcondesa tenemos bastante. Pero si lo haces debes mantenerte en el extremo opuesto de manera radical a donde se encuentre lord William Lovelace, para que nadie ose relacionarte con él.

—No me quedará más remedio que aceptar, pero mantendré las garras de ese halcón lo más lejos posible de mi carne. Lo pondré en práctica justo en este momento. Sea usted la anfitriona del almuerzo, dígame que acepto la invitación de su excelencia y dispéñeme ante los invitados a la mesa alegando algún mal pasajero. Tomaré mi alimento en la biblioteca y así aprovecho para continuar con mi manuscrito.

—Es la solución más astuta para no desairar a la duquesa de Whitestone y poner en su lugar a ese par.

Su abuela había sonreído al creer que la solución encontrada era la más adecuada, ella, sin embargo, aún sentía los sentidos embotados al saber que lord William Lovelace merodeaba por el castillo. No estaría tranquila hasta que los sirvientes le aseguraran que él y su compinche habían partido.

Entró a la biblioteca atestada de libros antiguos, la mayoría colocados en los extensos estantes que tapizaban las cuatro paredes del recinto. Eran un tesoro invaluable a pesar de que los intereses del difunto marqués eran muy dispares a los suyos. Así y todo, le faltaba algo para identificarse por completo con la estancia. En su corto matrimonio, no había tenido la oportunidad de que Emerald Haven se sintiera como su hogar. Los nobles ingleses tenían costumbres muy arraigadas y su marido no le había dejado disponer ni siquiera de la ubicación del mobiliario. Por más que quiso establecer el orden a su antojo, ninguno de los sirvientes se atrevió a pasar por alto las indicaciones del dueño del castillo en cuanto a cuestiones domésticas. Suspiró. Se había propuesto que, en la remodelación de los interiores del castillo, acondicionaría un área similar al acogedor saloncito de lady Huntington que le sirviera como estudio para sus letras, para guardar los libros que adoraba leer. Había decidido que elegiría cada detalle, desde el tapiz hasta las alfombras serían acomodadas según sus designios.

Al acercarse al escritorio de cedro en el que solía sentarse a escribir, la enorme silla se apartó dejando al descubierto al intruso.

—¡Grace! —murmuró dando un brinco al ser atrapado *in fraganti*.

—¿Lord William Lovelace? —emitió impactada. El corazón le dio un vuelco y las rodillas amenazaron con no soportar su peso. Necesitó mucho aplomo para que la irreverencia de su gesto no la dominara por completo.

—¿Ya no soy Will para usted? —preguntó mostrándose ofendido.

—¿Cómo se atreve?

—Su abuela nos permitió dar un recorrido por la propiedad para conocerla en lo que llegaba la hora de pasar al comedor, no creí que esta área estuviera vetada. Sabe de mi interés por los libros. Quise echar una ojeada a algún material en castellano, pero solo encontré estos escritos. Estaban a la vista de cualquiera que pudiera entrar, no pensé que fueran privados. ¿Usted es la autora? —recordó su afición por las letras.

—No sé qué pretende conseguir con su visita, de una vez le advierto que acepto mi condición de viuda y no tengo intenciones de desposarme a futuro. —Obvió su interrogante, seguía pasmada por encontrarlo allí con su gesto de no romper ni un plato.

—¿Qué le hace pensar que yo...?

—En todo el tiempo que estuve casada jamás se mostró interesado en reconstruir los lazos de nuestra efímera amistad.

—Porque en verdad no era una simple amistad lo que me hizo interesarme en su compañía —soltó compungido. La gravedad del tono de su voz arremetió con derroche de sensualidad, provocando que la atmósfera se volviera íntima de golpe, como si fueran dos antiguos amantes que se encontraban después de muchas vicisitudes. Él estiró un poco el silencio que la sorpresa por la aparente sinceridad de sus palabras desencadenó—. Sentía vergüenza...

—No creo que sea capaz de ni siquiera conocer el significado de la palabra, tras mi compromiso regresó a sus habituales correrías —atacó provocada por la misma furia que sintió la noche que lo sorprendió besándose con una dama.

—No entiendo quién y con qué propósito se ha empeñado en ensuciar mi nombre frente a usted.

—¿Niega que desde su incursión infructuosa con mi persona ha tenido amantes?

—¿Qué hombre saludable no las tendría?

—Es usted nefasto.

—Solo quiero hacer las paces.

—¿Con qué propósito?

—Usted es una de las amigas más sinceras que he tenido, no quiero perderla.

—Me provocará un ataque de risa —murmuró incrédula, y luego con severidad le exigió—: Por favor, váyase. Si tiene un poco de decencia tome a su compinche y dé una excusa a mi abuela para desaparecer de inmediato.

—La señora de García de Lisón me ha invitado al almuerzo, no pretendo ser descortés, ya he aceptado. Su abuela también me simpatiza. Nos ha prometido hablarnos de La Habana, sabe que siento curiosidad por esa parte del mundo.

—Entonces tome un vapor y esfúmese a donde quiera, no me venga con cuentos baratos.

—¡Grace! Esos no son los modales de una dama —la sermoneó con el entrecejo fruncido.

—Y usted es cualquier cosa menos un caballero.

—¿Por qué me llamó «prostituto de la nobleza» y quién osó calumniarme de ese modo? ¿Sabe a qué se dedica un hombre que ostente dicha profesión?

—Es un libidinoso que se cuele bajo cuanta falda logra levantar.

—Pero un prostituto cobra por sus favores, no estoy tan desesperado y tampoco soy tan fácil como para estar regalando mis atributos a cualquier señora. También tengo decencia y honor.

—Váyase, se lo ruego. Pretendo tocar la campana para pedir que me sirvan mis alimentos mientras trabajo, no puedo hacerlo si continúa aquí. Podría comprometer mi honor si alguien del servicio nos sorprende hablando a solas.

—En ese caso debe buscar mejores criados que aprendan a mantener la boca cerrada y no ventilar los asuntos íntimos de la familia a la que sirven.

—¡Como si fuera tan fácil! Usted no ha logrado que sus intimidades no anden de boca en boca.

—Rumores que intentan destruirme. Le ruego que me dé su fuente, pretendo reunir los elementos suficientes para desentrañar tan absurdas calumnias.

—¿Niega usted haber tenido aventuras indecorosas con ciertas mujeres?

—Me niego... a responder si usted no revela su fuente.

—Con eso me basta para sopesar qué tan ligeros son sus cascos.

—¿Acaba de compararme con un caballo?

—Y uno de muy poca monta.

—En eso se equivoca rotundamente, de ser un corcel sería un purasangre inglés.

—Animal, al fin y al cabo, con instintos muy básicos.

—¡Grace!

—Lady Emerald para usted, milord, y por favor márchese.

—Estoy muy tentado de hacerlo —dijo con los dientes apretados, dispuesto a desaparecer.

Al intentar cruzar bajo el umbral de la puerta, ella ya había tomado la delantera completamente indignada y masculló mientras se alejaba:

—Me temo que ya que insiste en quedarse la que abandonará el recinto seré yo.

El movimiento a la par de ambos precipitándose para salir por la estrecha abertura enmarcada en roble provocó un choque y quedaron atrapados en la boca de la puerta. Los metros de muselina terminaron causando un tumulto al terminar desperdigados contra la vestimenta varonil. Sus tórax quedaron enfrentados. Sin la barrera del corsé y el exceso de prendas, él sintió la urgencia de sus senos apretados contra su carne, ella comprobó acalorada la dureza de sus pectorales. Intentaron moverse a la vez y fue peor, se atoraron más y la pierna del caballero quedó entre los trémulos muslos de la azorada marquesa. Él jadeó sin vislumbrar aquel delicioso desenlace, ella suspiró sorprendida de hasta dónde su fibra sensible podía retorcerse bajo los efectos del influjo de William. Se quedaron inmóviles, callados, pero no podían ocultar sus carnes palpitando ante la urgencia. Como hechizado por aquel olor que gracias al incidente podía apreciar más cerca, aproximó su nariz a la garganta de la marquesa y emitió quedamente:

—Vainilla... y violetas, es exótico, pero tierno a la vez. ¿Cómo logró que tras casi tres años la fragancia permaneciera con idéntica intensidad?

—No sé de qué me habla, milord —negó avergonzada. No admitiría que antes que la última gota de aquella loción se terminara, había corrido a un experto perfumista francés para que lograra la mezcla idéntica y que la había repuesto cada vez que estaba próxima al fin—. Ahora tenemos otro problema mucho más urgente que resolver.

Señaló las capas de muselina peligrosamente enredada con las afiladas hebillas de oro del pantalón de William.

—Tiene usted razón —murmuró sonriendo, ella seguía oliendo a aquel perfume que él creó para

agasajarla y aquello lo llenó de esperanzas—. Quédese quieta, me esforzaré en liberarla.

Sus fuertes pero ágiles dedos tomaron la tela y se esforzaron por soltarla sin rasgarla, pero era una tarea complicada, hacia cualquier dirección que tirara amenazaba el desastre. Ella se quedó como una liebre temblorosa frente al lobo acechante. Él puso a prueba todo su autocontrol. El pecho de Altagracia subía y bajaba al ritmo de su acelerada respiración. Aquella vista exuberante tan cercana y la suavidad de la carne femenina aprisionada contra la dureza de su torso lo estaban matando. Su hombría palpitaba dentro de sus pantalones y suponía un esfuerzo que no se elevara como un mástil y terminara por encañonar a la dama. No quería quedar como un púber que no sabía dominar sus instintos primarios.

—Concéntrese —lo apremió ella, porque, aunque tratara de desenganchar la tela de la hebilla, parecía perdido.

—Lo siento, lo estoy intentado —gruñó, más preocupado por disimular su excitación que por zafar el lío de sus prendas.

—Déjeme tratar a mí.

—Puedo hacerlo, es solo que no quiero rasgar su vestido.

Demasiado tarde, ella se separó de golpe y el ruido de la tela al romperse fue inevitable. Altagracia levantó la amplia cola de su vestido para cubrir el desastre frontal que había quedado en su hermosa vestidura, por donde en unos cuantos y diminutos orificios se mostraba la tela de sus enaguas.

—Que tenga buen provecho, milord —dijo emprendiendo la huida como la estampida de la fauna salvaje de África.

William quedó con dos palmos de narices y sin derecho a réplica, inspirando profundamente para atrapar las partículas de la violeta y la vainilla que quedaron desperdigadas por el pasillo como un efluvio dulce, tierno y exótico.

Grace indicó a la doncella cómo quería el recogido de su cabello que luciría para acompañar el vestido color ciruela con holanes que la hacían lucir no solo hermosa y elegante, también majestuosa. Cuando fue requerida por las joyas y le acercaron las opciones, le vino a la mente el recuerdo de la hebilla de oro de William que se había quedado prendida peligrosamente a la muselina de su vestido. Desvió los ojos al cofrecito de porcelana con ribetes dorados donde la había depositado, ni siquiera se atrevió a destaparlo, pero la intimidad que le confería haberlo mantenido en su poder la hizo temblar. Estaba decidida a devolvérsela a la brevedad posible, no quería verse implicada.

—Los diamantes negros —decidió al fin y sacó ese asunto de su cabeza. Tenía la necesidad de resplandecer, no solo el baile era en su honor, estaría frente a la sociedad londinense por primera vez tras los funerales de su difunto marido.

Cuando todo en su apariencia estuvo acorde a sus exigencias, acudió a supervisar a lady Arlene Haddon. La chica ya estaba lista, con una tierna vestimenta de encajes vaporosos color melocotón que realzaba su dulzura. Grace suspiró al verla y al pensar en su nuevo papel de carabina, no deseaba convertirse en una odiosa, así que intentó mostrarse amigable con la jovencita, quien ya le había tomado cariño. Se notaba agradecida de haber sido rescatada del influjo de lady Black.

Arribaron a Primrose Hall en compañía de doña Prudencia. Los anfitriones los recibieron con toda solemnidad, cada uno vestía de gala, con sobrada finura y distinción. Los duques de Whitestone les dieron la bienvenida, fueron tan solemnes como ameritaba el protocolo, pero el brillo en la mirada de la duquesa no le pasó desapercibido, se preguntaba si su esposo estaba al tanto de sus motivos ocultos.

—Permítame volverle a agradecer, lady Emerald, por aceptar que este baile fuera en honor a su persona —admitió la noble dama.

—Excelencias —musitó e hizo una reverencia—, como ya les expresé en mis letras el honor es todo mío. Agradezco sus muestras de gentileza.

Y tras compartir unas amenas palabras, continuó adentrándose. Primrose Hall jamás dejaba de sorprenderla, no había mansión entre todas las visitadas con anterioridad que hiciera idéntico

despliegue de lujo y sofisticación, incluso los miembros de la familia real se pondrían celosos de los excesos de los duques. Los mármoles lustrosos, las telas importadas, las obras de afamados escultores y pintores, así como los ornamentos valorados por su exquisitez hacían pensar que se encontraban en un ala del palacio real. Siguió adentrándose con la esperanza de encontrar a lord William Lovelace atendiendo a sus invitados. Tuvo que enfrentarse a viejos conocidos, unos gratos y otros más interesados en ponerse al día con los rumores que se cernían en torno a ella. Sin duda, lo más irritante fue lidiar con el asedio de los caballeros que de pronto tenían más interés en la joven y rica marquesa viuda que en las señoritas casaderas que se distinguían por su candidez y jovialidad. Ambos atributos de los que carecía, incluso desde su época de soltería. El hecho de ser el centro de atención no la intimidaba, en absoluto, tan solo era que tras el deceso de Emerald y los sucesos que acarreó solo quería sumirse en sus libros y la quietud de Emerald Haven; pero sus compromisos sociales, también en pro de su hijo, la habían hecho abandonar su refugio muy a su pesar.

Al aproximarse la condesa de Huntington, notó que su prima lejana se tomó como tarea primordial ser la madrina de Arlene, con la intención de buscar entre los jóvenes solteros uno con el que pudiera comprometerse. Se acomodaron en una salita mientras compartían unos refrigerios y se ponían al día de todo lo que no pudieron aterrizar en la corta visita que le hicieron desde su arribo a Inglaterra.

—Debemos buscarle un joven de familia a lady Arlene Haddon, un lord —sugirió la condesa al corrillo conformado por su prima, Grace y a la que deseaban casar.

—Esa historia me suena familiar —refirió Grace al recordar el ímpetu desplegado por la condesa hasta que consiguió que se uniera en matrimonio con el marqués.

—Está en buena edad, si se apegan a mis consejos estará casada antes de los veinte y con un partido inmejorable. Desde que mi estimada prima me puso al tanto de las intenciones para lady Arlene Haddon, me tomé el atrevimiento de confeccionar una lista con los jóvenes solteros de buena familia.

Cuando la sacó disimuladamente, Grace la revisó y comentó espantada.

—No me convencen, son buenos candidatos, pero un poco mayores para la chica. —La aludida palideció ante las maquinaciones de la condesa para conseguirle marido, Grace no lo pasó por alto y se dispuso a defenderla para que aquel baile al que había acudido tan emocionada no terminara por ser una pesadilla.

—El mayor solo la supera por diez años, es una buena edad y siguen teniendo cosas en común. Reservé otros prospectos si estos no dan resultado, incluso de más edad si fuera necesario. — Grace arrugó la nariz ante la sugerencia y la condesa decidió ignorar su gesto reprobatorio.

—No es obligado que fije un compromiso en esta temporada, ni siquiera la siguiente. Mis planes para Arlene incluyen al inicio de la lista el no presionarla.

—Entonces no será la indicada para velar por el futuro de su hijastra: para esos efectos me tiene a mí, querida. La presión y la mano firme con las jovencitas son necesarias. Yo logré casar a

todas mis hijas antes de los veinte y con partidos inmejorables.

—Usted pretende convertirme en una versión de las pérfidas madrastras de las historias de hadas y eso está muy alejado de la visión que tengo para guiarla.

—Ahí viene lady Black. —Las previno doña Prudencia y las damas dejaron de divagar sobre el futuro de la joven descendiente del difunto marqués.

Lady Black, con una sonrisa helada que la hacía lucir aún más fría y perversa, se acercó a saludarlas como si Grace no la hubiera sacado literalmente de Emerald Haven la última vez que se vieron. Lucía un imponente vestido de seda de amplia falda y de color verde bosque que resaltaba su inmaculada belleza y que dotaba de más intensidad a su mirada esmeralda. La marquesa pudo escuchar figuradamente el crepitar de las partículas de humedad esparcidas en el aire congelarse ante su avance. La reina de las nieves intercambió palabras amables con cada una y fue un poco más efusiva de lo usual con Arlene.

—¿Cómo has estado, pequeña? —le preguntó simulando un tono afectado, pero ni así su congelado rostro transmitió calidez; solo logró que a Grace se le erizaran los vellos de la nuca—. Te hemos echado mucho de menos.

—Estoy bien, querida tía. Lady Emerald y doña Prudencia son muy hospitalarias conmigo.

—Al fin y al cabo, estás en los designios de tu hermano menor. Me agrada que estreches lazos con él.

—Es un niño muy educado y...

—Como se espera para su rango —dijo sin dejarla terminar de hablar—. Es bueno que estés cerca para supervisar que crezca conforme a nuestras costumbres.

Nadie se atrevió a refutarla, al parecer las presentes sabían que la mejor respuesta a sus ataques furtivos era ignorarla. Todas a excepción de Grace que mantuvo un férreo silencio, se esforzaron por ser amables con la vizcondesa, aunque estaban deseosas porque fuera a esparcir su veneno a otra parte.

—Pude alcanzar a escuchar el asunto que las atañía justo a mi arribo —musitó lady Black con un tono que volvía gélido el ambiente.

—¿Perdón? —inquirió lady Huntington, quedó sorprendida porque habían hablado en voz muy baja y, salvo que lady Black fuera bruja, no entendía cómo las había escuchado.

Grace, que entendió el motivo del sobresalto de la condesa, desplegó una sonrisa, estaba segura de que su cuñada o tenía pacto con el diablo o llevaba más tiempo del que suponían acechándolas y por eso había captado cada frase desafortunada.

—Me parece bien que mi sobrina tenga una madrina de su rango y experiencia, lady Emerald no tiene tantas conexiones como usted, lady Huntington.

—Muy pronto las tendrá —defendió a su nieta doña Prudencia.

—Pero lady Huntington logró casar a cada una de sus hijas antes de los veinte, y con partidos prominentes. Una proeza como esta en tiempos en que las señoritas extranjeras llegan a acaparar a los pretendientes es digna de admirar. —Tosió y Grace nuevamente se mostró impávida ante su

intromisión descarada en sus asuntos.

—Todas mis hijas están muy bien casadas —presumió la condesa al recibir el halago en el punto débil de su ego.

—Se echa de menos la presencia de sus hijas en el baile, lady Huntington.

—La mayor está de viaje en el continente y la que le sigue descansa tras el alumbramiento de mi último nieto.

—Imaginé que algo así sería porque no suelen faltar. ¿Y lady Wilson? ¿Su esposo no es muy afecto a los bailes? Casi nunca me topo con ella en eventos.

La condesa tragó en seco y tembló solo de pensar qué decir, creyó que definitivamente lady Black era una bruja que encima había olvidado todos sus modales al increparla con tal desfachatez. Todos sabían que el esposo de su hija menor era mayor que ella y que no se inclinaba por la diversión, y lo que era peor y se cotilleaba a puertas muy cerradas, su hija y su esposo estaban pasando por una crisis disimulada con ímpetu para que nadie se percatara que vivían en residencias diferentes; o lo que era peor, la había mandado a su casa de campo con sus hijos menores y allí la tenía olvidada.

—Mi hija se ha retirado a su casa de campo por cuestiones de salud, la vida en un entorno más natural le ha venido de maravillas. Está tan feliz que se ha negado a regresar.

—Como tía de Arlene debo supervisar esa lista —dijo lady Black cambiando el tema y tomándola desprevenida.

—¿Cuál lista? —musitó lady Huntington tras palidecer aún más, había sido en extremo reservada y no deseaba ser enfrentada así por aquella mujer.

—No es necesaria ninguna lista —espetó Grace—. Lady Arlene Haddon no precisa que nos preocupemos en exceso por su futuro, es muy joven y no le faltarán admiradores. Bajo mi tutela podrá elegir al esposo que sea de su agrado.

Todas arrugaron el entrecejo a excepción de doña Prudencia.

—Lord William Lovelace sigue soltero —murmuró lady Black con tal malicia que Grace sintió sus palabras como dagas envenenadas directas a su corazón. No obstante, al sentirse puesta en evidencia aguantó con estoicismo e ignoró la estocada, no se dejaría provocar por lady Black.

—Lady Arlene Haddon puede aspirar a un lord con título nobiliario —se limitó la condesa a mencionar.

—Solo menciono que es un buen partido, soltero y de buen ver: agradable a la vista para una señorita. Un pez más en este estanque al que no hay que quitarle el ojo de encima.

Todas suspiraron cuando se alejó del grupo, cada una por sus propias razones; pero Grace sin dudas fue la más preocupada. «¿Por qué lady Black quiere a entusiasmar a Arlene con William? ¡Oh, por Dios! ¿Lo hará por lastimarme tomando en cuenta los sentimientos que nos unieron en el pasado? ¿O será que sabe de su visita a Emerald Haven? Su insinuación solo tiene sentido si sospecha que la breve ilusión que nos unió en el pasado fue tan fuerte como para aún robarme el aliento», pensó agobiada.

Con miles de ideas, Grace se alejó de las damas de su familia al ser requerida por los anfitriones, le presentaron a la prometida del futuro duque y a su familia. Para su sorpresa la señorita destinada a ser la futura duquesa de Whitestone no pertenecía a la nobleza y además, como ella, no había nacido en Inglaterra. Ese hecho le llamó bastante la atención, tomando en cuenta lo arraigados a sus costumbres que eran los pares británicos. Ni siquiera el hecho de conocer la opulencia de la familia de la chica resolvió su duda. Se suponía que los duques no necesitaban anclarse a un buque lleno de oro para mantener su estilo de vida.

La señorita Eloise Foster era la hija mayor del acaudalado empresario naviero norteamericano Joseph Foster, quien la saludó tratando de emular los modales de la aristocracia. El señor Foster había acudido con su esposa y sus dos únicas hijas, la primogénita y Josephine, únicas herederas de su vasto imperio, y se sentía parte de la nobleza por estar a punto de emparentar con el duque. Acostumbrado a ser reverenciado por su estrato social, no era consciente de que jamás le iban a dar el trato de su consuegro. Lord Godwine, el heredero al ducado, se veía bastante encandilado con la hermosa americana, sus atenciones y sus ojos estuvieron sobre ella toda la noche.

A quien aún no había visto era a su hermano, se le hizo raro, llevaba más de una hora en la recepción. Recordó la hebilla dorada y se lamentó por olvidarla con las prisas, decidió que se la entregaría al llegar a Whitestone Palace. Solo con pensar en los días que permanecería en la propiedad de su familia, con él cerca, teniendo que verlo a diario y con tantas personas a su alrededor que podrían notar que algo inusual sucedía, se exasperó. Debía mantenerse alejada de William a toda costa, había demasiado en juego.

Compartió con algunos invitados de elevado rango en el trayecto a la seguridad de las damas de su familia, se entretuvo observando a Arlene bailando con un joven de buen aspecto y elegantes maneras. Pero no pudo quedarse quieta en su sitio, los galanes no tardaban en aparecer y envolverla con sus discursos ensayados. Se hizo el firme propósito de hacer una lista al estilo de la de lady Huntington, con los nombres de cada uno de los depredadores que estaban detrás de su dinero y de sus dotes femeninas a los que debía mantener alejados. En eso William había dicho la verdad; por una razón que no le pasaba desapercibida, notó que ciertos caballeros habían empezado una carrera hacia la meta, donde el trofeo era su persona.

Continuó desplazándose por el salón para escabullirse de un posible pretendiente que ya comenzaba a ser molesto, hasta que en medio de la marejada de encajes, abanicos, acordes y fracs, se descubrió acechada por unos ojos azules desde un rincón. Le hizo una reverencia con la cabeza, que más que pretender saludarla u honrarla tenía un reproche implícito, algo que se asemejaba a «recuerde que le avisé». ¿Cuánto tiempo habría permanecido en las sombras? ¿Por qué la seguía tan absortamente con la vista? ¿Acaso no era consciente de que podía comprometerla? Decidió huir, esconderse donde sus dos zafiros no fueran una contundente evidencia del lazo que una vez los unió, el que no terminó de cerrarse y fue disuelto sin lograr su cometido.

Sus pasos agitados la llevaron a la terraza, justo a la misma área donde años atrás lo había

sorprendido besándose con una mujer a la que no había podido develarle el rostro. ¿Quién sería? ¿Estaría bailando impunemente en el salón? Trató de recordar algo que le diera una señal sobre la identidad de la dama misteriosa. Pero solo había podido vislumbrar la amplia falda de su vestido color borgoña que parecía casi negro por las sombras de la noche. Él le había cubierto la cara para besarla y desde el ángulo de Grace no había podido descubrir sus rasgos. Y luego, ella se había tapado y había huido protegiéndose con éxito. Caminó hasta el barandal y apoyó las manos. ¿Qué tan diferente habría sido su vida si no hubiera descubierto su infamia y hubiera rechazado los avances del marqués?

Una lágrima silente se escurrió por su mejilla, no sabía el motivo de la opresión que sentía en su pecho. No era menos cierto que el recuerdo de Emerald aún dolía, pero por su calidez humana, por su abrazo protector, pero el fuego en su interior solo había sido provocado por el hijo menor de los duques de Whitestone. Se aferró a la baranda, la apretó hasta que sus dedos le reclamaron castigados. El sonido de unos pasos hizo que sus ritmos cardíaco y respiratorio se ralentizaran, agudizando el oído para captar la profundidad de cada pisada, o alguna seña particular que revelara la identidad del recién llegado.

Su corazón no la engañaba, no podía ser otro que William, la había asediado como un lobo hambriento cuando deambuló ajena a su presencia por los salones de Primrose Hall. Ella había cometido un descuido, se había lanzado a la soledad y la negrura de la terraza delante de sus ojos. Suspiró a la par que se giraba buscando la frase correcta entre el maremoto de palabras que se agolpaban en su cabeza para escabullirse de aquella encerrona que ella misma había provocado. La mirada inquisitiva de una dama la tomó desprevenida.

—¿Con quién pretendías encontrarte? ¿Con él? —la interrogó lady Wilson.

—¿Tú qué haces aquí? ¿Cómo pudiste burlar la vigilancia de tu esposo?

—No me has respondido.

—Ni tú tampoco.

—Conoces de sobra todo lo que está en juego. Llevo días intranquila, desde que supe de la invitación de los duques. ¿Irás a Whitestone Palace? Debes encontrar una excusa, una creíble, que no suene a desaire, pero que sea contundente para que te puedas retirar con clase. Si das pasos en falso, lady Black puede sospechar que algo se traen y se las arreglará para enturbiar el futuro de tu hijo.

—No nos traemos absolutamente nada y no tienes derecho a reclamarme.

—Entonces te lo imploro. Es por tu beneficio y el de la familia, sobre todo por el pequeño.

—Soy viuda y no ofendo a nadie con mi conducta. No es un delito tener amigos.

—Ese hombre no es tu amigo, nunca lo ha pretendido.

—Jamás he sido inocente o lo fui hace tanto tiempo que me sobran las maneras para cuidarme. No necesito que intercedas, ni que me salves. A lo mejor debí aceptar aquel día que me imploró no casarme con Emerald. Estaríamos mejor todos.

—En el supuesto que pudieras volver el tiempo y tomar la decisión, ¿estarías dispuesta a dejar

lo vivido por lord William Lovelace?

—Sí, estuve muy tentada a hacerlo. Si no hubieras llegado, muy probablemente habría quebrado mis defensas y ahora estaríamos juntos y Emerald vivo.

—No vale tanto, espero que seas sensata y no arruines todo por lo que hemos luchado. En vista de que nada te saca de tu obcecación, me marchó; arriesgué demasiado para intentar detenerte, pero lo que veo en tu mirada, Grace, no me gusta nada. En Whitestone Palace no estaré para abrirte los ojos.

La vio escabullirse e intentó seguirle los pasos, odiaba perder una discusión y no tener la última palabra; pero al traspasar el vano de la puerta la figura alta y taciturna de William le cortó el paso orillándola a volver a refugiarse en las penumbras de la terraza. Caminó de espaldas hasta toparse con la baranda. William no le dejó escapatoria. Tembló. Reparó en sus manos grandes, imaginó que la abrazaban y apretaban con fuerza hasta fundirla con la dureza de sus pectorales, la que desde el encuentro en la biblioteca la había atormentado. Sin darle tiempo a que notara su desconcierto y su urgencia, quedó seria para disimular el efecto estremecedor que le causaba.

—¿Por qué me sigue? Estoy sola.

Él continuó acercándose a ella hasta que los holanes del bajo de su vestido rozaron la punta de los zapatos de él. Estaban muy juntos y él no tenía intención de detenerse. Le clavó la mirada hasta lo más hondo de sus pupilas, como si quisiera atravesarlas y desnudarle el alma para apoderarse de todos sus secretos.

—¡Grace! —La nombró en un susurro gutural que expresaba deseo y necesidad.

—¡Alto! Ni un paso más. Terminará por comprometerme.

—Si deseaba mantener su honor a salvo, ¿qué hace en la parte más apartada y oscura de la terraza? ¿No ve que es una invitación para que algún truhan que desee aprovecharse de su belleza la acorrale y la seduzca?

—Como está haciendo usted.

William no respondió y con ello le dio la razón. Parpadeó obcecado por la voluptuosidad de sus labios rebeldes que solo se abrían para disparar palabras, aquellas que más que herirlo o alejarlo incrementaban sus ansias de poseerla, como una cuenta pendiente que reclamaba ser saldada con urgencia.

—Siga adelante, la escoltaré al salón para que esté usted a salvo. —Irónicamente desconocía que era la única persona capaz de causarle un daño o afrenta irreversible.

—No soy una damisela en apuros que necesite ser rescatada, lo dejo en este sitio en compañía de su soledad donde puede recordar viejos amores. —Dio un golpe bajo para traer al presente su traición.

—Jamás pierde la oportunidad de lanzar una estocada, pero ya no me afecta. No volveré a intentar explicarme, menos a justificarme. En el aquel momento tuve mis motivos, los que quise exponerle en sobrados momentos; usted jamás quiso escucharlos, así que ya es demasiado tarde para réplicas. Avance y aléjese de los sitios oscuros, no vaya a ser que termine protagonizando un

escándalo, algo que sin duda no querrá añadir a su repertorio de desgracias.

Su arrogancia, su sobrada vanidad logró exasperarla, lo fulminó con la mirada para abrirse paso lejos de allí y él se mostró educado a la hora de despejarle el camino.

—Es una pena que su excelencia se angustie pensando que alguna situación a su alcance provocó que años atrás me retirara temprano de Primrose Hall, cuando fue su hijo quien conspiró a nuestras espaldas. Nada me daría más gusto que poder prescindir de su presencia. Mientras estuve casada con Emerald tuvo la dignidad de hacerse a un lado, no sabe cuánto lo agradecí. No piense que ahora que mi difunto esposo no está cambiará nuestra situación, me place tenerlo lo más lejos posible.

—Será usted la que vendrá rogando para que la escuche, suplicará que exponga lo sucedido con esa dama para que se sosiegue su corazón y no sé si estaré con la buena disposición que tuve hoy de negociar, la que terminó haciendo trizas.

—Verdaderamente es muy atrevido.

—Nos veremos las caras.

El viaje en carruaje se le hizo efímero hasta el condado de Oxfordshire, tenía un palpito que no la abandonaba. Las exigencias de Agnes, por un lado, poniéndola sobre aviso y abogando por los intereses de la familia. La condesa y su abuela se habrían subido al mismo bote y habrían remado a la par que lady Wilson, solo que, con esta, las máscaras habían caído hacía tiempo de una forma más irreversible.

Miró a su abuela a su lado y fue suficiente para que volviera a abrir la boca para quejarse del vaivén del carruaje.

—Ya no estoy para estos trotes.

—Le dije que se quedara en Emerald Haven, así estaría con Evan y yo estaría más tranquila.

—Tiene un séquito de sirvientes que no dejarán que nada le pase.

—Si no fuera por Dorita que me juró protegerlo con su vida, jamás lo habría dejado.

—Si yo a mi edad resiento las consecuencias de andar de aquí para allá, qué queda para una criatura y sus necesidades.

—Ya falta menos.

Compartieron una mirada cómplice que fue suficiente para manifestar lo que temían, no lo expresaron en voz alta por respeto a Arlene que las acompañaba. Las tranquilizaba que la arpía de lady Black había aceptado acudir a Whitestone Palace, con tal de vigilar a su sobrina.

—Sé que temen por los intentos previos de mi tía de reclamar el marquesado para su hijo mayor, tal vez las tranquilice escuchar lo que me dijo antes de marcharse de Emerald Haven —intervino Arlene.

—Habla, por favor —la animó Grace, cada día la chica se ganaba un trozo de su corazón. A pesar de ser educada bajo las más estrictas costumbres inglesas, debido a la supervisión de lady Black que siempre estuvo como águila al acecho, Arlene poseía una fuerza de carácter de la que había dado muestras al desafiar a su tía para quedarse con la viuda de su padre.

—Me pidió que cuidara a mi hermano y me habló del color de sus ojos que es del tono exacto de los de mi padre, mi tía y los míos. Mencionó que es un tono de verde muy particular que le heredamos a mi difunta abuela, que en paz descansa. Ni siquiera mis primos tuvieron la dicha de tenerlos. Está convencida de que es un Haddon.

—¡Ave María purísima sin pecado concebida! ¡Quien diga lo contrario ofende la memoria del

marqués de Emerald y la honorabilidad de su esposa! —expresó doña Prudencia.

—Tranquila, Arlene, no te agobies con esos asuntos. Disfruta de las oportunidades que tiene esta invitación para ti —señaló Grace para zanjar el asunto.

Cuando arribaron y pudieron observar desde lejos Whitestone Palace como si de un cuadro al óleo se tratara, quedaron conmovidas por la magnificencia. Grace pidió al cochero que apresurara el paso, con la mano en el corazón por la sensación que le provocaba estar allí. En el pasado, William le había hablado de la hermosa experiencia que había sido crecer en ese inmenso lugar rodeado de la naturaleza y sus caballos.

La residencia era aún más imponente de lo que le habían comentado. Daban la bienvenida exuberantes jardines con un paisajismo cuidado y artístico, que eran aderezados con lagos artificiales y fuentes de agua cuyos chorros danzaban invitando al espectador a probar su frescura. Era un palacio enorme de más de cien hectáreas y era extraño que fuera considerado como tal y no perteneciera a la realeza. Su magnificencia daba cuenta de la importancia de los duques y de su poderío. Su exterior manifestaba el estilo barroco inglés; pero al adentrarse en los salones descubrió que no había un estilo definido. Cada salón tenía identidad propia y se ajustaba a distintos períodos arquitectónicos. Sin importar que la pesquisa se hiciera dentro o fuera de Londres, no había otra mansión que fusionara de manera tan magistral diferentes modalidades. Había áreas con predominancia victoriana, otras georgianas, así como del período de los Tudor, e incluso más antiguas. Se le hizo difícil entender el motivo de elegir semejante decoración, y que no pareciera más que un capricho de sus dueños por demostrar su opulencia o por vivir rodeados de ella. Cada estilo se superponía con tal estudiada simetría que el ambiente no se sentía sobrecargado.

Agradeció que los aposentos dispuestos para su abuela no fueran sombríos y rogó porque los propios también mantuvieran idéntica distribución de la luz. Antes de retirarse a su habitación para recuperarse del viaje, doña Prudencia se le acercó con una petición.

—Espero que este sitio tan impresionante te ayude a recuperar la inspiración que has perdido y puedas trazar unas letras para mí. Sigo con el Jesús en la boca por saber si el señor Peterson podrá explicarle a Jane que todo es un malentendido —suplicó que continuara escribiendo su segunda historia, la que le había compartido a la par que la creaba.

—No traje el manuscrito.

—En eso te equivocas —murmuró con picardía doña Prudencia solicitándole a su doncella que le extendiera el conjunto de hojas que había traído consigo.

—Lo intentaré, pero no le prometo nada —musitó tomándolo—. Mi cabeza en estos momentos solo tiene espacio para extrañar a Evan, para pensar en los asuntos financieros y lidiar con los compromisos que trae aparejado venir a Whitestone Palace.

—¿Lo dices por lord William Lovelace? Cumplió su palabra de mantenerse alejado de ti a la vista de todos.

—¿Se atrevió usted a exigirle algo así?

—Fue la condición que le puse para no oponerme a que aceptaras la invitación.

—¡Ahora entiendo!

—¿Qué?

—Ni siquiera se acercó para saludarme cuando arribamos a Primrose Hall y ahora tampoco vino a darnos la bienvenida con el resto de la familia. —Omitió los detalles del encuentro en la terraza.

—Su hermano y sus padres han sido muy hospitalarios. ¿Para qué necesitas al menor de los Lovelace?

—Para nada, evidentemente, olvide mi comentario.

—¿Para cuándo unas páginas que calmen el corazón agitado de tu abuela? —insistió palmeando el manuscrito a medio terminar.

—Haré espacio, se lo prometo.

—No escribes desde que el hijo del duque nos visitó. ¿Acaso te robó la inspiración?

—No es tan importante —murmuró con la mirada altiva—, tan solo quise dejar el libro en pausa para ocuparme de los preparativos del viaje.

Grace no deseaba admitirlo, pero no había podido escribir desde que volvió a ver a William, no entendía por qué, no le hallaba sentido. A pesar de que era cierto que tenía muchos asuntos pululando en su cabeza, el reencuentro había sido fulminante para su concentración. Acarició la gruesa carpeta de piel y, por costumbre, reacomodó las hojas que amenazaban con salirse y explotar ocasionando un caos literario. Buscó la última hoja escrita, no pretendía sentarse y ponerse a escribir con el cansancio del viaje, pero estaba dispuesta a releerla. Quería recuperar la emoción que sintió cuando plasmó las últimas líneas. Volteó las páginas, escudriñó aquí y allá, tan solo para aceptar antes de arder de coraje que no la tenía.

—¡Oh, por Dios! Perdí la última hoja. ¿Se fijó usted si se habrá caído por accidente cuando empacó?

—La doncella lo hizo bajo mi estricta supervisión, sabes que ese libro es sagrado para mí. Juro que no extraviemos nada. O tal vez sí porque es un hecho que falta —añadió titubeando—. ¿Habrá quedado en la biblioteca? Pero miré sobre el escritorio y no quedó nada más que el pisapapeles.

—De seguro la guardé en una de las gavetas, la encontraré, no se angustie —dijo apretando los dientes y recordando la amenaza de William donde le aseguraba que ella lo procuraría con desesperación. «¡Maldito infeliz!», pensó segura de que había robado la hoja aquel día que lo sorprendió en su biblioteca, pero no quiso alterar la paz de su abuela y omitió sus sospechas. Más bien, pidió a la doncella que prepararan un baño para doña Prudencia, para que se librara del cansancio.

Incapaz de relajarse y descansar, una vez instalada en sus habitaciones, tomó la hebilla dorada de William y salió a hurtadillas de su habitación, con la intención de escurrirse por los rincones de la propiedad hasta hallar al mentecato e intercambiar sus objetos personales. Pero fue una tarea agobiante, el palacio estaba lleno de salones, salitas y pabellones, así como diversas

construcciones en el exterior que aún no había tenido la oportunidad de identificar. La mayoría de los invitados estaban descansando en sus recámaras o desperdigados en las terrazas en mesas dispuestas para compartir el té o dando un recorrido por los famosos jardines diseñados por uno de los más afamados jardineros de la nobleza. Algunos todavía continuaban llegando y supuso que sería el caso de William porque solo eso podía explicar su ausencia.

Tras una inquietante espera, constató que no llegó a la cena de bienvenida. Tras su recuento al indagar con lady Huntington, al parecer todos los invitados habían arribado. Nadie ofreció una excusa por la ausencia de lord William Lovelace y ella no se atrevió a pedirla, se habría visto totalmente fuera de lugar. Tras los exuberantes alimentos, los más jóvenes se dispusieron al salón de juegos de mesa. Su abuela le hizo señas para que acompañara a Arlene.

—Confío en ella —le susurró su escueta respuesta para que nadie pudiera escucharlas.

—Como su carabina debes estar al pendiente. Las señoras van a una sala y se distraerán con los cotilleos de la semana, los caballeros hablarán de política mientras beben y disfrutan del tabaco. En una mansión con tantos recovecos, incluso secretos, es muy fácil corromper a una dulce jovencita sin los cuidados necesarios.

—Arlene es astuta y hemos tenido una charla bastante profunda sobre qué esperar o no del cortejo de un posible pretendiente. Sé que no se dejará embaucar. Quiero darle la libertad para que se divierta sin sentirse perseguida.

—Lady Black no opinará igual, solo espera un resbalón de tu parte para echártelo en cara.

En ese instante, lady Huntington, que había alabado sus dotes para tocar el piano delante de la duquesa, provocó que más de una de las damas la apremiaran para que las deleitara con una pieza. Doña Prudencia la animó para que las complaciera y se tomó el papel de vigilar la buena conducta de Arlene a regañadientes de Grace. Las señoras estaban sentadas en pequeños grupos según el apellido. Ella estaba rodeada por sus allegadas. A su derecha estaba lady Huntington, ninguno de sus hijos había podido asistir. Al otro lado tenía a su cuñada; los Black, para su desgracia, no se habían abstenido a presentarse, para estar al pendiente de la evolución de lady Arlene Haddon con respecto a algún pretendiente. Pero solo su abuela le recordaba su verdadero hogar, echaba de menos a los suyos.

Se sentó al piano, suspiró al recordar cómo la condesa le hizo saber a la anfitriona acerca de sus dotes en ese instrumento, asegurando que eran muy elevados, la perdonó a pesar de sus intentos por no hacerlo público. Eligió aquella pieza que no lograba sacarse de la cabeza, la que le recordaba a Hugo, Úrsula, Margarita y María Teresa. Y mientras los ojos atentos de todos parecían volar sobre las teclas a la par que sus ágiles dedos, una sombra taciturna se apareció a medio cuerpo junto al marco de la puerta, sin atreverse a seguir avanzando. Sintiendo su mirada más que la del resto continuó tocando, finalmente se había dignado a aparecer. Y aunque la tentación con William paseándose impunemente por los corredores iba a ser desgarradora, no podía negar que una parte de ella, la menos sensata, resplandecía como una moneda de oro a la orilla de un lago, descubierta por los rayos del sol. Whitestone Palace habría sido una tortura sin

tener a ese atractivo ingrediente para hacerle la estancia algo soportable.

Notó cómo la miró embelesado, suspirando con cada nota y sin salir de las sombras. Las damas permanecieron ajenas al encantador Lovelace que había acudido a disfrutar de la interpretación. Grace se adentró en la pieza y sintió la música fluirle por las venas, sus ojos acariciaron las teclas hasta que la melodía llegó a su fin. Entre el estallido de aplausos dirigió la vista a la puerta para volver a toparse con la intensa mirada del caballero, necesitaba provocar un encuentro con urgencia, debían intercambiar objetos personales. Se encontró con el inminente vacío que William había dejado.

Como pudo se libró de las señoras y recorrió la estancia en una búsqueda silenciosa y paciente. No lo halló en el salón donde los jóvenes se divertían, ni en el de los señores, había asomado con disimulo la cabeza en cada sitio y no hubo rastros de él. Pensó que seguramente había acabado de arribar y por eso no se había presentado entre los invitados. Se alejó a la terraza y esperó unos minutos, él tenía la extraña habilidad de aparecerse justo cuando ella se acercaba a un entorno comprometedor, pero tras un cuarto de hora decidió refugiarse en la calidez de la biblioteca, otro de los sitios que debían estar en su alta estima; tras reflexionar concluyó que de seguro después de su arribo había llegado cansado y se había retirado de la algarabía de los invitados.

Sabía que todos estaban ocupados y que sería una buena oportunidad para encontrarse a solas, decidió adentrarse al área privada de los Lovelace en el ala oeste. Pensó que tal vez se encontraba en una sala privada, recostado en un sillón, mientras se recuperaba. Sabía que su intromisión era imperdonable, pero la urgencia que ardía en su pecho por reclamarle el hurto le dio el valor para ser osada. Mientras revisaba las estancias para dar con William, escuchó la voz de su excelencia, el duque de Whitestone.

—Hijo, prometiste que no darías más dolores de cabeza y que harías un último sacrificio por la familia. —Su voz era grave, cargada de autoridad.

Grace palideció, el pasillo que recorría estaba repleto de columnas laterales y ventanas de un lado, y del otro, de cuadros pintados al óleo donde se retrataban diversos pasajes de la historia de los Lovelace. El pasillo tenía tres puertas, la última permanecía entornada, de la que provenía la voz. Los sirvientes habían sido explícitos en cuanto a que era un área reservada para la familia, así que si su excelencia la descubría ahí iba a ser perturbador. Mientras se debatía en huir despavorida o inventar una excusa para justificar su presencia, la hoja de la madera crujió, era obvio que una persona la sostenía con la intención de abandonar el recinto. Las pisadas la hicieron detenerse y mirar a su alrededor. Quería escabullirse y que el duque y su hijo no la encontraran. Habría sido verdaderamente vergonzoso. Atribuyó al regaño del padre la ausencia de William, de seguro lo amonestaba por su tardanza, por su falta de atención con los invitados y con...

—Lo debes al título —exigió el duque.

—Lo sé, pero esta vez me rehúso. —La voz de lord Godwine la sacó de su error, el duque hablaba con el primogénito. En ese justo momento, Grace debió desaparecer sin hacer el mínimo

ruido; pero había aprendido, en sus propios dramas familiares, que escuchar detrás de la puerta aportaba evidencia sumamente interesante. Sus pies se quedaron pegados al suelo alfombrado.

—¿Pensaste que sería fácil?

—Jamás, padre, y lo sabe. Sé el motivo por el que terminó de aceptar mi compromiso, pero en verdad la quiero y no deseo que dude de la honestidad de mis sentimientos.

—Son cursilerías que no puedes permitirte. ¿Para qué crees que planeo esta semana en nuestra residencia?

—Un derroche innecesario en nuestra situación. Sus excesos nos están conduciendo a un túnel sin salida.

—¿Mis excesos? ¿Y quién crees que pagaba tus excentricidades, las de tu madre o tu hermano?

—Tenemos numerosas obras de arte que podemos subastar para pasar la crisis.

—Eso nunca, quedaríamos en evidencia. Debemos buscar una solución a nuestra altura y es lo que estoy planeando.

—Le juro que si me da carta blanca en los negocios puedo sacarnos a flote.

—Demasiado tarde. Debes seguir mis instrucciones, no hay otro camino. La semana en Whitestone, los invitados, las actividades, los lujos tienen un propósito.

—¿Dar un golpe a nuestras arcas cuando más liquidez necesitan?

—Pretendo que tu futuro suegro vea solidez en nuestras finanzas para que te haga su socio.

—Ni siquiera nos hemos casado, tal vez después de la boda...

—No podemos esperar tanto y no te casarás si ese pez gordo no nos asegura poner buena parte de su fortuna a merced de mantener Whitestone Palace, Primrose Hall y el poderío de los Lovelace.

—¡Padre, por Dios! Eloise vino a Londres arrastrada por su padre para conseguir un matrimonio arreglado con un marido con título. Esa idea la tenía sumida en un abismo de desesperación, ella solo quería un hombre que la amara. Conmigo se sintió a salvo, nos enamoramos sin mediación de casamenteras ni padres. Usted ni siquiera estaba de acuerdo al principio, por su origen y su falta de linaje.

—Sueños de una jovencita ingenua. Ya hiciste de Romeo lo suficiente, es hora de que actúes como el futuro duque de Whitestone.

—Ya una vez me lo quitó todo, no permitiré que quiebre la confianza de la mujer que amo.

—Entiéndelo, John. No tenemos otra salida.

La madera crujió y Grace se llevó la mano al estómago por el sobresalto, miró a todos lados sin hallar una salida hasta que la primera puerta del pasillo fue su única salida, corrió sin que sus zapatos repiquetearan, como si flotara por la superficie y rogando porque el picaporte cediera ante su presión, se coló en la habitación y cerró, justo cuando lord Godwine pasó por fuera. Necesitó tomar una amplia bocanada para recuperar el ritmo de su respiración. Miró a hurtadillas donde se encontraba, pero solo halló oscuridad, lo que evidenció que la habitación estaba vacía. Suspiró de alivio. Pegó la oreja a la puerta hasta que los pasos del primogénito se dejaron de

escuchar. Volvió a oír la puerta y escuchó al duque marchar rechinando los dientes en la dirección opuesta. Volvió a suspirar, estaba vez con más soltura.

El corsé la estaba matando, su corazón dentro parecía una avecilla enjaulada rebotando contra las ballenas como si fueran las varillas de una jaula. Se juró que era la última vez que se metía en problemas de esa índole. Dispuesta a salir de su escondite, entornó levemente la puerta, apretó los dientes ante el leve crujir y se esforzó por reducirlo lo más posible. Antes de abrir lo suficiente para que su prominente falda cupiera, una mano empujó la puerta contra el marco con tal fuerza que hizo temblar los goznes. «Es mi fin», pensó Grace atormentada.

Respiró hondo y le ordenó a su cuerpo dejar de temblar. Su mente ágil ya urdía una excusa bastante intrincada para justificar su presencia en aquel sitio. Un hombre alto, cubierto por las penumbras, la detuvo.

—¿William? —El aludido negó.

Ambos se fueron sorprendiendo a la vez de la identidad del otro. Se negó a sentirse avergonzada o en falta. El hombre joven dio unos pasos hacia atrás y encendió una vela, con la que se ayudó para iluminarle el rostro. Ella hizo un mohín con la boca, estaba decidida a no dejarse intimidar por quien la había descubierto en plena fechoría.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó lord Arthur Johnson.

—Pregunto lo mismo.

—No tendría que responderle, pero lo haré porque estoy muy interesado en su respuesta. Como sabe, tengo un estrecho vínculo con la familia Lovelace, he llegado hoy en compañía de William, y mientras él fue a dar una vuelta por los salones para discretamente saludar a los suyos, me tomé la libertad de descansar en este salón. No pretendía acostarme temprano y lo esperaba para atender nuestros asuntos.

Grace descubrió guiada por la tenue iluminación que había una sala contigua al fondo, donde dos amplias puertas permanecían abiertas de par en par. Había un amplio sillón a cuyo lado había una mesa provista de dos copas y una botella de brandy, así como otros refrigerios.

—¿A oscuras?

—Solo iluminado por una palmatoria. Deseaba descansar, pero cuando me sorprendió el sueño la apagué para dormir un rato sobre el comfortable sillón, lo más natural luego de una cabalgata.

—No sabía que sus lazos eran tan cercanos al punto de tener acceso al ala oeste como parte de la familia.

—¿Conoce que es el área reservada a los Lovelace? Suelen recibir mucha visita y aquí mantienen su privacidad. Esta habitación es exclusiva de William.

—¿Es su dormitorio? —preguntó estupefacta, había alcanzado a ver el sillón, un escritorio y otros muebles, pero no vio una cama. Estiró el cuello para ver si la divisaba.

—No. Aquí guarda sus más atrevidos e inocentes pecados. ¡Ja, ja, ja, ja! —Su risa fue descarada, Grace notó que pretendía escandalizarla—. ¿No me diga que el impío osó citarla aquí,

lady Emerald? Me sorprende que haya aceptado.

—¿Cómo se atreve a insinuarlo? —preguntó contrariada—. No piense que puede hablarme en esos términos por encontrarme en el lugar equivocado.

—¿Entonces a qué debo su presencia? ¿Por qué ha perturbado mi descanso?

—Buscaba algo y me he perdido, al notar que estaba en el área equivocada me he asustado y he entrado en la primera puerta que tuve en frente. ¡No se atreva a juzgarme! No se lo permito.

—Temo saber qué la ha asustado. Estaba husmeando y ha escuchado la conversación entre el duque y lord Godwine. ¡Eso es inaceptable!

—¿Escuchado? ¿A su excelencia? ¿Y usted? Porque eso justificaría que se encontrara en penumbras, agazapado. Ya entiendo, el león cree que todos son de su condición —dijo con tono acusatorio—. Yo estaba aquí por error, pero usted de seguro...

—Al duque no le importa que yo esté rondando o escuchando, me considera de la familia. Sabía que estaba descansando aquí. No puedo dejarla salir de la habitación sin informarle a su excelencia de lo sucedido, se lo debo.

—¡No!

—Le soy leal, guardar semejante ataque no sería decoroso —dijo sumamente serio—. No puedo permitir que salga de aquí y cotillee con otras damas las intimidades de la familia de mi amigo.

—Usted no puede retenerme, inténtelo y se arrepentirá tan rápido como esa idea absurda. Ningún hombre me ha subyugado y usted no será el primero —indicó poniendo en alto su dignidad.

—Si quiere salirse con la suya, milady, tendrá que ofrecerme algo a cambio.

—¿A qué se refiere? —interpeló indignada.

—Lo estoy pensando, hay muchas cosas de usted que me interesan.

La puerta cedió tras ellos y alguien más se coló en la estancia. Ella quedó sonrojada. Lord Arthur Johnson rio sarcásticamente al descubrir a su amigo, al que había esperado por un rato y llegaba justo a tiempo.

—Estás negociando con la persona equivocada, Arthur, terminará obligándote a cumplir sus más inconsecuentes caprichos. Lady Emerald suele ser muy voluntariosa —pronunció William, recién llegado, con una voz gutural sumamente irritada. Grace se sobresaltó al observarlo bajo el vano de la puerta.

—Escuchó la conversación de tu padre y tu hermano.

—Déjanos a solas y cierra la puerta. Es un asunto familiar, me haré cargo.

El otro obedeció con malicia, pero antes de irse intercambió en susurros algo que Grace no pudo escuchar, de seguro lo puso al tanto de lo sucedido. Notó en el semblante de lord Arthur Johnson cómo le divertía que William se hiciera cargo, más que finiquitarlo en persona. William se adentró en su estudio y se apoderó del aura del lugar.

—¿Qué le dijo ese mequetrefe? —atacó Grace resuelta a no dejarte amedrentar por aquellos

dos.

—Me puso al tanto de la conversación de mi familia que se atrevió a husmear.

Ella tragó en seco y se guardó una maldición para el hocicudo. Se miraron largamente.

—Por favor, tome asiento. Perdone los modales de Arthur. —Él se limitó a ofrecerle una amplia butaca y ella se quedó de pie, negada a considerar sus atenciones.

—No pretendo tener una charla amistosa con usted, menos en penumbras.

—Creo que las luces están mejor apagadas, no quiero que me encandile el rojo de sus mejillas.

—Ella hizo un mohín con la boca ante su encubierto ataque, William no podía ocultar que adoraba molestarla.

—Se equivoca si cree que estoy avergonzada. Usted es quien debería.

—¿Qué hacía en esta área del palacio? Es lógico pensar que si andaba usted en la zona privada de la familia terminaría por toparse con intimidades que debían permanecer como lo que son.

—No pretendía escuchar de más, pensé que todos estarían con los invitados —se excusó con sinceridad.

—¿Entonces qué tramaba?

—Lo buscaba a usted —soltó casi en un grito, harta de aquella situación en la que primero lord Arthur Johnson y luego William querían acusarla y exponerla.

—Eso sí no me lo esperaba. Pudo pedirle a un sirviente...

—Por supuesto que no, no deseo testigos, ni ningún tipo de evidencias que me relacionen con su nombre.

—Interesante tomando en cuenta que la he sorprendido a solas con mi mejor amigo en un cuarto casi a oscuras, y Arthur no se destaca por tener una reputación repleta de virtudes.

—Su amigo...

—Me contó el incidente por el que usted entró a este salón de mi exclusivo uso para que mi padre y mi hermano no la encontraran en el pasillo curioseando una conversación muy privada. — De pronto, la mención a la «exclusividad» del aquel sitio le trajo a la mente de Grace los secretos a los que hizo alusión lord Arthur Johnson. Aquello motivó de manera creciente su curiosidad. William comenzó a encender otras velas en la estancia hasta que la oscuridad dejó de ser incómoda—. ¿Para qué me buscaba?

—¿Es que acaso no lo adivina?

William arrugó el entrecejo, a pesar de la oscuridad Grace pudo verlo con facilidad.

—Estoy cansado del viaje desde Londres, pero si se niega a sentarse me obligará a permanecer de pie. ¿Podemos acomodarnos y tomar una copa de vino mientras arreglamos nuestros asuntos?

—Primero muerta, diré a lo que he venido y desapareceré por esa puerta como si este encuentro jamás se hubiera producido. Usted no es santo de mi devoción, hace mucho dejó de serlo, así que sus intentos por recuperar la confianza que en algún momento le tuve están de más.

—Altagracia... —intentó fraguar una frase, pero se quedó hipnotizado por la fuerza con que ella sostuvo su reclamo.

Le sorprendió que él emitiera su nombre, había un encanto especial en el sonido que producía al enredarse tratando de rescatar los fonemas que se utilizaban en el castellano. No permitió que su esfuerzo la enterneciera, sabía que con William debía mantenerse firme.

—Le devuelvo su hebilla. Quedó por accidente prendida en la tela de mi vestido. No me di cuenta hasta después.

—No lo dudo, quedó usted muy turbada —susurró con ánimo de seducirla.

—No quiero nada que nos relacione o nos comprometa. Ahora, usted haga lo propio y devuelva lo que no le pertenece. Tengo prisas, mi abuela echará en falta mi ausencia —expresó abriendo la mano y mostrando el accesorio dorado. Él separó aún más sus párpados y el azul de sus ojos se apoderó de todo.

—Pensé que la había perdido.

—No fui la única que salió con las vestiduras destrozadas cuando tropezamos en Emerald Haven.

—Un desastre insignificante, uno mayor me hubiera hecho más feliz.

William casi nunca sonreía abiertamente, por eso aquella sonrisilla pícara que se dibujó en sus labios lo hizo parecer aún más bello y seductor, mandando frenéticos disparos de sangre desde el centro hasta las extremidades del cuerpo de Grace. Ella tragó en seco y se rehusó a seguir mostrándose afectada por sus encantos. No podía sentirse así, como poseída por sus dotes masculinas, no podía y no quería. Lo miró desafiante.

—¿Dónde está mi documento? Imagino que si este es su estudio debe tenerlo escondido en uno de sus muebles.

—Mi estudio —reiteró con propiedad—, en el que ha irrumpido, justo cuando más interesado estoy en que volvamos a tropezar e irnos de bruces juntos contra alguno de los sillones.

—Su vocabulario me avergüenza. Es bueno que se presente así frente a mí, no queda nada del tierno William de antaño. ¿Cree que ahora que soy viuda puedo caer tentada ante su ligereza de cascos? Casi me dejé envolver en su telaraña, agradezco que lady Huntington me abrió los ojos a tiempo y que lord Emerald me rescató de los efectos devastadores de su traición.

—¿Entonces fue la condesa? Al fin revela la identidad de quien osó ensuciar mi imagen frente a usted. Lo suponía, nunca le he caído en gracia.

—No siga cambiando de tema, no lo dejaré escabullirse por las ramas, la hoja del libro. ¡Ahora! —exigió acercándole la palma de la mano.

Con gesto taciturno, William observó la hebilla y admiró su forma de herradura.

—No era necesario que me la entregara, podía conservarla, podría darle suerte.

—No la necesito.

Grace trató de desembarazarse de aquella mirada, que bullía como la de un lobo hambriento, llena de necesidad de tomarla para aplacar ese apetito antiguo de poseerla, lejos de la vista de todos. William, sin coger el objeto, sacó una llave del bolsillo de su chaqueta y se la extendió. Ella depositó la pequeña herradura de oro sobre la superficie plana de la mesa. Él no le quitaba la

vista de encima. Grace estiró los dedos para apoderarse de la llave, sus manos se tocaron y con aquel simple roce comenzó a arder. Su gesto adusto no desterraba de la profundidad de su mirada, ni de lo agitado de su respiración, su súplica implícita: «¡Aléjate!», imploraban sus ojos con sus labios sellados. «¡Aléjate porque no quiero perderme en tus brazos!».

Disimulando los temblores producto de la fuerte tentación que William representaba en aquella cálida habitación, se dirigió al escritorio sin darle más importancia a su sugestivo tono, no era difícil comprender que William se moría por comprometerla, por aprovechar la oscuridad y la soledad que los envolvía, implorándoles que no la desaprovecharan. Al ver que cada una de las gavetas tenían cerradura, le hizo un gesto para que soltara de una vez en cual de todas había metido el papel. Él, con un movimiento de la cabeza, le indicó que en la primera. Ella coló la llave por la cerradura y la giró, se quedó boquiabierta al descubrir su hoja aún más delgada de tanto repaso, seguramente por parte del ladrón.

—Espero que haya tenido la decencia de no haberlo compartido con ese rufián de lord Arthur Johnson —manifestó rescatando su voz del silencio autoimpuesto que la gobernó por algunos segundos.

—Mi amigo —lo defendió—. Y no, no le he revelado la pasión que usted puede transmitir a través de las letras. Me lo he reservado solo para mí. No quiero despertar su apetito voraz, de todas maneras, solo le haría daño desear lo que jamás podrá poseer.

—Ni él, ni ningún otro.

—¿Pretende serle fiel hasta su muerte a la memoria de su difunto esposo? Es una viuda demasiado joven para enterrarse en vida. Aún puede...

—Ha perdido la cordura si cree que un tema tan delicado lo compartiré con usted.

—Me carcome la duda, me pregunto: ¿tan romántico y apasionado era el marqués que le ha despertado esa sed insaciable de castigar con palabras el intelecto y el alma de quien ose leerla?

—No he dicho que soy la autora.

—¿De quién es? —demandó.

—Debería estar más preocupado por su excelencia y su hermano y la fechoría que pretenden cometer.

—Eso —dijo negando. Conocía a su padre y que, la mayoría de las veces, John Lovelace, lord Godwine, terminaba por obedecerlo, aunque fuera a regañadientes.

—Su familia no tiene derecho a aprovecharse de la buena voluntad del señor Foster.

—Por favor, Grace, es un tema vergonzoso que no estoy dispuesto a sacar a colación. Son asuntos privados de los Lovelace.

—Pero el duque ha montado esta farsa con un sinfín de invitados rimbombantes para sacar un beneficio económico de los Foster. Pretende cegarlos con sus conexiones y alcurnia.

—El señor Foster vino a Londres a pescar un marido noble para sus hijas, al menos con la señorita Eloise ya lo consiguió. ¿Cree usted que no sabe él que por ello hay un precio que pagar? Este tema no es propio para que lo estemos tocando.

—Usted recuerda ser un caballero cuando le conviene. ¿O es que está lleno de prejuicios y me había vendido una imagen más sosegada de quien en realidad es?

—Podría acusarla de lo mismo. ¿Dónde está la dulce Grace? Su lengua últimamente está muy afilada.

—Sé que es desagradable hablar de dinero, pero mi conciencia no estará tranquila con este exceso de información.

—Tal vez no debía estar husmeando por las áreas privadas.

—¿Husmeando? —preguntó sumamente ofendida por su falta de cortesía, y más viniendo de William, que a pesar de su reputación siempre fue galante con ella—. Lo buscaba para recuperar mi propiedad, la que robó de mi morada y ahora se atreve...

—Perdón, no quise utilizar esa palabra. Le suplico, por favor, que no interceda.

—Quiere hacerme cómplice de la comisión de un delito.

—¿Un delito? Mi padre jamás caería tan bajo, son negocios y temas que no debería discutir con una dama. La señorita Eloise y mi hermano se quieren. No permitiré que estos asuntos de segundo plano interfieran en su felicidad. El afecto de lord Godwine no se opaca por las ideas de mi padre.

—No lo sé, pero sí me ha quedado claro que su hermano es inocente.

—No olvide que habla usted de mi padre.

—No tengo intenciones de ser irrespetuosa con su excelencia, pero...

—Usted no debía escuchar. ¿Podría olvidar que lo ha oído y yo desconoceré que ha escrito esos textos? La veo muy interesada en mantener el secreto.

—¿Me chantajea? Es un ofrecimiento tan descortés.

—No me malinterprete, solo intento darle algo significativo a cambio de su silencio, algo lo suficientemente tentador para que no destruya con una palabra los lazos que unirán a mi hermano y su prometida. Se aman, aún no sabemos si John sucumbirá ante las exigencias de mi padre.

—¿Hay otra salida para las dificultades del duque?

—¡Por Dios! —Hablar sobre el tema monetario de su familia lo colocaba en un sitio intermedio entre la vergüenza y el enojo, menos con ella, que no solo era una dama, era la que se le había escapado.

—No lo presiono, discúlpeme. No diré nada, no me incumbe y creo que su excelencia buscará el camino para encontrar una solución digna para sus problemas. Si puedo ayudarlos, no dude en recurrir a mí.

—No lo mencione, no es necesario, faltaría menos —señaló orgulloso y aún presa de la vergüenza, una emoción que no estaba acostumbrado a sentir y que le resultaba incómoda—. ¿Puedo hacer algo para resarcirla por su discreción?

—No hace falta, aunque hay algo, pero no me atrevería a pedirlo.

—Dígalo.

—Necesito de los servicios de un traductor.

—¿Desea que le recomiende uno? —Ella negó con la cabeza—. ¿Entonces?

—Es un asunto privado. Prefiero que se encargue alguien cercano.

—¿Reconoce que son sus escritos?

—¿Podría usted traducirlos? Haríamos un contrato y remuneraría cada minuto de su tiempo invertido. No es el único libro.

La miró perplejo, en verdad Grace deseaba ayudarlo, pero con aquel ofrecimiento no se daba cuenta de que lo terminaba por ofender, o tal vez no era el hecho en sí. Su orgullo jamás le permitiría aceptar.

—Puedo traducirle el manuscrito, pero no necesita establecer un contrato y mucho menos pagarme.

—No puedo obtener su apoyo si no acepta el pago por los servicios que prestará. No será una tarea sencilla, absorberé su tiempo.

—Nuestra situación no es tan desesperada para que necesite emplearme en algo por debajo de mi condición, menos que necesite el auxilio de una dama —masculló entre dientes.

—No fue mi intención ofenderlo. Hacer dinero de una forma honrada no nos hace menos dignos, no es el único que ha tenido que buscar formas alternativas de vivir que esperanzarse en las rentas de la tierra. Mi padre, en determinado momento, dio un giro a su vida, decidió comerciar en varias ramas de la economía. Diferente hubiera sido su situación si tan solo se hubiera limitado a sus ingenios y la producción de azúcar. No hubiera llegado tan lejos.

—¿Pretende que me haga rico como traductor? —se mofó ante su rostro—. Su padre tenía acciones en una naviera, fábricas de tabacos, ingenios azucareros, son palabras mayores.

—Pues bien podría seguir los pasos de mi difunto padre, ahora que la economía se ha diversificado y más en este país.

—Agradezco su interés y sus consejos no solicitados. Ahora, concentrémonos en la traducción de sus textos y en su promesa de mantener cerrado el pico con respecto a la situación de mi familia. ¿Puedo contar con su discreción?

—Por supuesto, me ha convencido. Creo que el padre de la prometida de su hermano es lo suficientemente astuto como para saber qué obtener de ese arreglo matrimonial. No me necesita para cuidar sus espaldas. ¿Usted traducirá mis libros en el más absoluto secreto? ¿Incluso de su amigo, lord Arthur Johnson?

—Lo haré. Traduciré sus escritos cursis de enamorados y galanteos con tal de que deje de torturarme con sus ideas de cómo mantener un patrimonio a flote. No necesito sus recomendaciones.

Ambos se desafiaron con la mirada. William le dio la espalda con la intención de servirse un brandy que calmara sus nervios crispados. En verdad, esa mujer lograba desesperarlo. Ella lo miró con desdén, ya no se sentía intimidada, más bien sentía el fuego arderle por dentro, llenándola de impotencia ante la dura pared que se había erigido entre los dos. Odiaba que le llevaran la contraria y más cuando era un hombre que intentaba hacer prevalecer sus ideas por

encima de las suyas.

—No lo continuaré sofocando, pensé que era más abierto de mente. Ya veo que piensa como...

—¿Me dirá que pienso como un retrógrado y estirado inglés?

—Iba a decir como un hombre cegado por su propio concepto de masculinidad.

—¡Lo que me faltaba!

—Será usted remunerado —dijo disponiéndose a marcharse y dispuesta a salirse con la suya.

—Ni se le ocurra, me ofende usted. Véalo como un obsequio de mi parte.

—Un regalo que no puedo aceptar.

—En el pasado aceptaba mis flores y ese perfume que cada vez que vuelvo a oler en su piel termina por desquiciarme, como ahora. Creo que por ello ando balbuceando estupideces.

—El perfume fue algo excesivo, pero las flores fueron aceptables. Traducir mis textos es extraordinario, no puedo aceptarlo sin verme comprometida.

—¿Quién ahora es retrógrada y apegada a conservar las costumbres?

—Si lo fuera no estaría aquí hablando a solas con usted. Necesito un contrato, nadie puede saber que yo... he escrito esos textos.

—Finalmente lo admite —dijo con picardía y su sonrisa cómplice de los pensamientos más pecaminosos volvió a aflorar—. Si lo que le preocupa es que mantenga la boca cerrada, le doy mi palabra de caballero, o la que le queda a este «prostituto de la nobleza».

—Se los haré llegar esta misma noche con una doncella, milord.

—Espero que elija una lo suficientemente reservada para que cumpla su cometido sin husmear de más, milady —arremetió con una pequeña reverencia mientras la veía marcharse.

Era tradición en las visitas a Whitestone Palace pasear en los extraordinarios caballos purasangre propiedad del duque; servía a dos propósitos: exhibir sus bellos sementales y yeguas, así como deleitar a sus huéspedes con las hectáreas de la variada vegetación y los campos que rodeaban el palacio. Grace no pudo rehusarse, su habilidad en una montura era aceptable y debía acompañar como carabina a lady Arlene Haddon. Aunque a diferencia de la tía de la chica no la presionaba para que encontrara esposo, su hijastra estaba emocionada y no era para menos. Las familias más prominentes de Londres se habían dado cita en la residencia del duque de Whitestone y habían traído a sus atractivos hijos solteros.

Grace dejó a su abuela en compañía de lady Huntington, tomando un té mientras conversaban con otras señoras en una de las espléndidas terrazas con vistas al florido jardín, y siguió a los que disfrutarían de la cabalgata matutina. Lord Godwine, seguro de sí mismo, como una gema de incalculable valor para su familia, se puso a dar las instrucciones para el paseo. Dispuso la distribución de los caballos y las rutas, todo con perfecta sincronía, dando cuenta de sus dotes de anfitrión, como heredero. Grace agradeció por la hermosa yegua andaluza cuyas riendas le entregaron, era tan blanca como la nata y sus crines se extendían briosas y suaves dejándose mover al antojo de la brisa y los movimientos del animal.

—Espero que sea mansa, no queremos que la marquesa viuda se caiga y en un desafortunado accidente se rompa el cuello. ¿Quién se haría cargo de su inocente lord? —Aquellas palabras cargadas de cizaña de lady Black le calaron hondo, aquella fría mujer no podía dejarla disfrutar de un minuto de paz.

—No soy tan hábil amazona como usted, pero jamás he titubeado encima de un caballo —mencionó y se volvió para mirarla, lucía despampanante sobre su montura.

—Mi hermano me comentó que su difunto padre, el marqués de Morell de Santa Ana, no soportaba la idea de ver a sus hijas encima de un corcel.

—Pese a eso todas aprendimos lo suficiente como para mantenernos en la silla, pierda cuidado. ¿Y el vizconde Black no la acompaña al paseo?

—Su excelencia lo ha invitado a una partida de naipes con lo más selecto de los señores, de seguro hablarán de negocios.

Grace sabía que el vizconde seguía aquejado de problemas de salud que le impedían montar y

practicar actividades intensas que terminaran por fatigar su débil corazón. Los Black habían tratado de ocultarlo, pero lady Huntington ya la había puesto sobre aviso.

El arribo de una dama de porte elegante, exuberante belleza y maneras refinadas las interrumpió. Lord Godwine no tardó en presentársela a la marquesa, jamás se habían visto antes. Grace intentó ser amable, como solía ser ante una recién conocida, pero no recibió igual trato, la dama no solo fue seca con ella, sino que tuvo el descaro de mirarla como si valorara una joya y demeritara su valor. Fue así como conoció a la condesa de Bridgewater, lady Morgan, una mujer que disimulaba a la perfección sus cuarenta años recién cumplidos, aparentaba diez menos. Su cabello rubio platinado contrastaba con el gris de sus ojos y su pálida piel, dándole la apariencia de la reina de las nieves y casi derrocando del título a lady Black. Ambas tenían una belleza muy fría. Las diferenciaba el color de los ojos: en una eran verdes y en la otra del color de la tormenta.

La recién llegada desvió las miradas de los presentes hacia su persona. Todos la conocían, porque se deshicieron en saludos, halagos y reverencias. Grace decidió continuar con lo suyo y no perder un segundo más con aquella engreída mujer que se comportaba altiva con cada invitado, pero no había sido tan descortés con los otros como lo fue con ella y con su cuñada. Como al menos tuvo la delicadeza de disimular su falta de simpatía, prefirió ignorar su comportamiento.

Lady Black tampoco se molestó en saludarla, habían sido hechas por el mismo molde. Arlene la saludó con amabilidad y la condesa de Bridgewater le correspondió. Cuando se apartaron de su presencia, su cuñada masculló la palabra «zorra» entre dientes para referirse a la condesa y siguió a lo suyo. Grace no pudo estar más de acuerdo, no conocía los motivos de aquel comentario, pero aquella mujer no le gustó nada. La actitud de lady Black ante la antipática mujer tampoco la acercó a ella, simplemente le dejó de manifiesto que lady Black era de armas tomar y que debía cuidarse sus espaldas. Lo comprobó cuando al iniciar el paseo en los corceles, se colocó a su altura y retomó el tema que la llegada intempestiva de la condesa había interrumpido.

—¿Qué tal la yegua andaluza? Creo que suele ser brava. Lord Godwine quiso ser amable con usted al ofrecerle un animal que le recuerde sus raíces, pero quizá termine sellando su desafortunado destino.

No le contestó, lo único que deseaba era emprender el galope y perderse de su vista. Cada día la detestaba más. Jamás había sido una persona que tuviera enemigos, su carácter era impetuoso, pero eso no le había granjeado enemistades, porque también era alegre, bondadosa y hábil con las palabras. Todo cambiaba ante la presencia de su cuñada. Había intentado con creces agradarle, pero su afán terminó cuando tras la muerte del marqués de Emerald atacó abiertamente a su hijo. No pudo volver a mirarla con los mismos ojos, ni tenerle paciencia ni esperanzas de resolver sus diferencias. Su instinto le advertía que era una amenaza no solo para ella y Evan, incluso para Arlene. No estaba dispuesta a dejarla salirse con la suya. Esa mujer siempre al acecho, recordándole que un paso en falso le haría caer en un nido de víboras. Para colmo, la vizcondesa se les unió, se atrevió a sumarse a la comitiva. No se les despegó ni un minuto, poniendo en dudas las facultades de Grace para cuidar a Arlene. Grace, al darse cuenta de que aquella mañana sería

incapaz de librarse de la experta, bella y fría amazona Black, prefirió quedarse rezagada a propósito o estallaría en su contra. Su mente le sugería que debía ser tan fría como ella para mantenerla aplacada.

Al hacerlo, su montura quedó cercana del purasangre inglés de lord Arthur Johnson. Cuando este le dirigió unas palabras desde atrás con la intención de colocarse a su altura, puso los ojos en blanco. La condesa de Bridgewater y lady Black habían aderezado su mañana. Para terminar de decorar el pastel, el irreverente amigo de William la obligaba a soportar sus afiladas frases.

—¿Qué le ha parecido la yegua? —preguntó con intenciones de no callarse por largo rato.

—Es preciosa.

—Y mansa, a pesar de su dueño. Es la preferida de lord William Lovelace, en verdad esos dos se aman el uno al otro. Si Luna fuera mujer, sería una compañera perfecta para él.

—¿Es suya? —El otro asintió.

—Es hermosa, ¿verdad? Jamás me ha dejado montarla y llega usted y, sin siquiera pedirla, la pone a sus pies.

—No me siento bien de privarlo de su montura. ¿En qué va él?

—No nos acompaña. Al parecer está muy ocupado en un asunto que tal vez usted me podría aclarar. Empiezo a sentir celos del vínculo que los une. Primero le da su montura y segundo me oculta información. ¿Me podría revelar qué trato mantiene con mi estimado amigo? Su amor a los caballos se ha visto doblegado por un proyecto que lo ha absorbido desde anoche. Lo dejé encerrado en su estudio y me ha vedado la entrada.

—¿Por qué cree que tengo una respuesta para su pregunta? Desconozco a qué se refiere.

—William se quedó trabajando hasta tarde, hoy despertó muy temprano, tomó el desayuno en su estudio y continuó enterrado en un manojo de hojas.

—¿Y usted desconoce de qué se trata?

—Jamás me oculta nada, sin embargo, cuando indagué sobre qué lo ocupaba con tanta urgencia se negó a darme detalles. Supuse que usted sabría algo al respecto porque tuvo esa larga conversación con él a puertas cerradas.

—No puedo ayudarlo —murmuró y sonrió para sus adentros. Le daba satisfacción que se hubiera interesado en empezar tan pronto, que lo hiciera con tanto ímpetu y que mantuviera su palabra de no divulgar la procedencia del manuscrito.

—Para colmo, la condesa de Bridgewater ha tenido la osadía de presentarse, justo en estos momentos que la situación está tan tensa. William debería estar aquí para neutralizar cualquier incidente... —mencionó y al darse cuenta de que hablaba de más terminó por dejar a medias su intervención.

—¿Por qué no es apropiada la presencia de la condesa? ¿Acaso no fue invitada como el resto?

—Olvide mis palabras, estuvieron de más.

Tras insistir en interrogarlo y comprender que no diría más de lo mencionado por descuido, Grace tragó en seco, recordó la efigie borrosa que conservaba de la dama que había visto besando

a William en la terraza de Primrose Hall cuando aquel encuentro torció el rumbo que había fijado previamente. Tras una corta sonrisa dirigida a su acompañante, apresuró el paso, dejó atrás a Lady Black boquiabierta y a una Arlene feliz y continuó hasta que su yegua se emparejó con el caballo de la condesa. La miró con la misma altivez con que la observaba lady Morgan y, pese a todo pronóstico en una situación similar, le dirigió la palabra. Debía descubrir si era ella la amante misteriosa.

—¿Cómo no tuve la oportunidad de conocerla antes?

—Tal vez nadie consideró relevante que usted me debía ser presentada —contestó con indiferencia.

—O al contrario —arremetió.

Ambas apresuraron el paso con la intención de dejar a la otra atrás, pero solo consiguieron acalorarse y cabalgar a toda prisa mientras se pisaban la una a la otra los talones. Los cascos de los caballos repiqueteando, los corazones acelerados, los pechos subiendo y bajando, las respiraciones entrecortadas y las actitudes desafiantes. Grace la miró fijamente y cada rasgo de su belleza le caló hondo. Se veía todavía más hermosa mientras intentaba ganarle la partida.

—¿Pretende correr contra mí? —inquirió cortante la condesa—. ¿Ignora que nadie me gana en esta ni en ninguna otra lid?

—Entonces ya somos dos —dijo temblando de coraje—. No estoy acostumbrada a perder.

Ambas apresuraron el paso sin siquiera establecer las pautas de la carrera, dejando atrás a los jinetes que las aventajaban y que iban a paso lento con los rostros perplejos.

—¿Hasta el roble viejo al final del camino?

—Y de regreso a las caballerizas o sería demasiado corto para mí. ¿O acaso no tiene mucha resistencia?

—Me habían advertido del carácter de las españolas, no había tenido la oportunidad de toparme con una.

—Soy de Las Antillas, solemos ser aún más apasionadas.

—Ya le he dicho que nadie se atreve a superarme en nada, ninguna dama osaría retarme si pretende no terminar ridiculizada.

El resto de los invitados se percataron de la rivalidad que fue surgiendo entre las dos. Grace solo tenía cabeza para imaginarse a esa mujer en una situación comprometedoramente con William y aquello hizo que perdiera los estribos. Las imágenes de los dos besándose o pasando a escenas mucho más enternecedoras o íntimas la obnubilaron por completo, agitó a la yegua y se lanzó como poseída hacia el árbol al final del camino. Con su oponente cabeza con cabeza, rodeó el árbol cuyo enorme tronco se había engrosado por los años de antigüedad que lo habían visto madurar. Grace ni siquiera reparó cuando volvió a pasar por al lado de lady Black, que seguía pasmada por la conducta atolondrada de su cuñada. Lady Arlene Haddon se atrevió a animarla ante la mirada reprobatoria de su tía, que intentó aplacar su entusiasmo.

—Haz silencio, por Dios. ¿Cómo se te ocurre? ¿Y todavía te atreves a despreciarme para vivir

bajo la tutela de esa mujer? ¿Qué ejemplo puede ser para ti? Lo único bueno que podrá sacar de esta carrera es dejar a tu hermano también huérfano de madre, para que alguien más sensato se ocupe de su crianza.

Grace tampoco se percató de la risa cínica con la que divertido observaba la escena lord Arthur Johnson. Todos abandonaron el paseo para seguirles el paso a las damas y no perderse el glorioso final, aunque en verdad lo que más curiosidad les daba a los espectadores era el motivo de aquella rivalidad y muestra de efusividad. De la condesa no les sorprendía, no solía reprimirse como el resto de sus iguales, pero de la marquesa de Emerald, cuya conducta había sido comedida hasta ese instante, les llamó la atención en demasía.

Ambas damas continuaron con la vista puesta en el final, ninguna se percató de la cara de asombro con la que lord William Lovelace las miraba desde la meta. Grace apretó las riendas y no se detuvo hasta convertir a Luna en vencedora ante la expresión estupefacta de la condesa, que aún no aceptaba que todo había acabado y que le habían arrebatado la victoria. La condesa de Bridgewater se bajó del corcel injuriando a los mozos que se ofrecieron a ayudarla y despotricando acerca de las habilidades de su montura, a la que le atribuyó su fracaso.

Grace continuó erguida sobre Luna, mientras le acariciaba el cuello y le susurraba unas palabras dulces para felicitarla por el esfuerzo desplegado. La yegua se mostraba complacida por sus muestras de afecto. Lord Godwine intentó redirigir a los jinetes hacia la ruta marcada, con lord Arthur Johnson apoyándolo en la labor. Grace, que continuaba disfrutando las mieles del éxito, pretendió seguir a los demás invitados, hasta que se percató de la mirada reprobatoria de William enfocándola.

Notó cómo la condesa de Bridgewater le pasó por delante a William y, en total falta de educación, ni siquiera volteó a mirarlo cuando él le hizo una reverencia para saludarla. Obviando el desprecio de la dama ofendida, el caballero se le acercó a pie a Grace sin disimular su indignación. Ella tragó en seco y él le tendió la mano para obligarla a extenderle las riendas.

—Debo seguir al resto de los invitados —murmuró con la voz agitada por la cabalgata.

—No en mi yegua —terminó William por decir con los dientes apretados, para no explotar delante de los mozos de cuadra, el resto ya había partido—. Le cedo a Luna para asegurarme que tenga un paseo seguro y placentero y termina por exponerla. Esta parte de la propiedad es más accidentada, no es para correr, pudo provocar que perdiera una herradura o que se lesionara alguno de los tendones. Es usted una irresponsable. ¿Se imagina qué habría pasado si cae y se quiebra alguno de sus huesos? ¿Por qué esa absurda carrera?

—¿Me ayuda? —Estiró la mano para pedirle apoyo para descender de la silla.

—Por supuesto. Me sorprende su conducta, estaré esperando explicaciones cuando se considere lista para darlas.

—Lady Morgan fue demasiado arrogante en su trato conmigo —admitió mientras él la ayudaba a descender—. No la soporto.

—Lo es con todos, pero no puede caer en su juego.

—¿Con todos?

—Nadie la soporta tampoco, salvo mi padre, quien por cierto ya fue avisado del incidente. Me alegra que alguien la ponga en su lugar, pero no debió arriesgarse, ni a Luna. ¿Acaso pensó en su criatura?

—Tiene razón, no debí hacerlo. —La marquesa recordó las palabras de su cuñada previas al paseo y se lamentó por casi cumplir sus augurios.

William acarició a su preciosa yegua, la que le devolvió sus afectos y la llevó hasta los establos mientras la dama caminaba a su lado y continuaban enfrascados en la discusión.

—Espero que no se haya lesionado. Le dejo algo valioso para mí en sus manos y no es capaz de cuidarlo.

—¡Por Dios, ha logrado hacerme sentir culpable! Ahora necesito aún más que usted saber que Luna estará bien.

Uno de los mozos se ofreció para hacerse cargo del animal y lord William Lovelace se rehusó, pidió que lo dejaran a solas tratando de mantener bajo control su frustración, la que le había provocado la mujercita que tenía a su lado sin dejar de lamentarse y parlotear. Los mozos de cuadras desaparecieron de su vista al notar que el caballero no estaba de humor. Bastante había soportado sin estallar, al conocer que la lady Emerald había abusado de su confianza y extenuado a Luna.

Tras darle una corta caminata y lograr sosegarla, introdujo a la yegua en su cubículo. Se quitó la chaqueta y la colgó en un gancho en uno de los postes. Grace intentó apartar la mirada del hombre remangándose la camisa, pero dejando su pudor a un lado se fijó en sus fuertes brazos y el suave vello rubio que los recubría. Tragó ante el deseo que la embargó, que aquellos la estrecharan con fuerza. Él ni siquiera se percató de la reacción que su parcial desnudez provocaba en la marquesa. Estaba preocupado por Luna. Con destreza le recorrió con sus manos la musculatura, mientras Grace intentaba cerciorarse que su arranque no había traído consecuencias para la hermosa yegua blanca.

—Estará bien —murmuró aliviado—. Dejémosla descansar.

—Gracias a Dios —suspiró—. Quedaré en deuda con Luna de hoy en adelante, me cuidó y fue excepcional conmigo, no debí exponerla.

—Ni exponerse. ¿Qué pretendía conseguir con ridiculizar a la condesa de Bridgewater? Nadie jamás la había puesto en su lugar. Ha ganado una enemiga de cuidado.

—No se haga el desentendido. Esa mujer me robó la posibilidad de... —No pudo continuar.

—¿Qué insinúa?

—No niegue que es ella su amante.

La expresión de William cambió por completo, pasó de enojada a divertida. Incluso esbozó una sonrisa y dejó escapar unas sonoras carcajadas, las que le conferían mayor atractivo.

—Claro, supongo que los rumores en mi contra eso le han hecho suponer. ¿También se lo informó lady Huntington?

—No, lo deduje.

—¿De veras? —dijo divertido—. Usted es fascinante. ¿Sabe lo que me provoca verla ardiendo de celos?

—¿Celos?

—¿Por qué otro motivo se enemistaría con una de las damas más poderosas de Inglaterra? Debería aprovechar que estamos solos y hacerla mía. Tal vez así desterraría esas ideas extrañas que la han seducido por un instante.

—¿Ideas extrañas? Tiene el descaro de ofenderme mientras su amante, una dama casada, mayor de edad que usted, se pasea impunemente por la propiedad de sus padres. Solo falta ver si el conde de Bridgewater también está entre los invitados.

—Eso, mi marquesa celosa, tendrá que averiguarlo en persona, porque ni yo lo sé. La presencia de lady Morgan también es una sorpresa para mí.

—¿Acaso no la invitó su familia?

—Siempre la invitan, no es común que termine por acceder, solo cuando le place, y esta parece ser una de esas excepcionales ocasiones. Ahora que usted la ha humillado no sé si sea de su agrado permanecer. Si se marcha le habrá provocado una pena profunda a mi padre, aprecia en demasía a la condesa.

—Todavía no me saca de mi duda. ¿Es ella la dama misteriosa?

—Si ha sacado sus propias conclusiones, ¿por qué me interroga? He aprendido que no vale la pena esforzarse por acallar los rumores ni las demandas suspicaces de una mujer. Me basta con mi verdad, pero ese soy yo, la sociedad es más dura juzgando.

—¿Niega sus correrías y que he descubierto la identidad de su amante?

—Salga ya, no quiero que los que urden historias se atrevan a enredarla en uno de sus cotilleos.

—¿Me está echando?

—No deseo que termine comprometida por estar a solas con este hombre de tan marcada reputación.

Lo miró ofendida, no podía quitarle la vista de encima y debía buscar un pretexto para justificar su insistencia: su indignación le pareció suficiente. Ella desconocía que su mirada desafiante era la preferida de William, como más adoraba recordarla. Grace seguía perdida en la imagen que la tenue luz que se colaba en el establo le devolvía del segundo hijo del duque. Se veía tan gallardo en mangas de camisa, con la expresión surcada por el deseo, al que se resistía a entregarse: su orgullo solía inundar su vanidad. El labio inferior carnoso como una jugosa fresa le temblaba, las líneas firmes de su mandíbula se contrajeron. No era una invitación a dejarse abrigar por sus brazos, era una advertencia.

William sabía que estaban a punto de perderse el uno en el otro, Grace aún creía que podía correr. Si perdía un minuto más deleitándose en su hombría, él la atraparía en el aquel juego seductor cuyo final era muy incierto. Un relincho de la yegua blanca los sacó del aletargamiento y ella, advirtiendo la ferocidad de la lujuria que tomaba forma en el pecho de aquel hombre, decidió

huir, mientras quedara un segundo para hacerlo.

No pudo quitarse de encima las interrogantes de su abuela acerca de la carrera, tampoco sus impresiones acerca de la condesa de Bridgewater y su abrupta llegada y partida. Doña Prudencia sabía que Grace estaba más involucrada en el asunto de lo que debería y escarbó tan profundo como pudo hasta sacarle todo, el motivo para dejarlo de lado cuando lo había considerado como pretendiente por encima de lord Emerald en el pasado y las sospechas de que esa mujer diabólica era su amante.

Doña Prudencia tuvo que abanicarse profundamente ante las revelaciones.

—Ya no sé si los problemas me siguen a mí cuando estoy de tutora de una de mis nietas o son ustedes las que terminan por meterse en problemas, pero ya salí airosa de los líos en los que me metió María Teresa en el pasado, contigo no fracasaré —dijo resuelta.

—Abuela, ya no necesito tutora, soy viuda.

—De un marqués. También eres madre y parece olvidar.

—Evan estará bien.

—Si su madre echa por tierra el buen nombre de Emerald, también el peso recaerá sobre el futuro de tu promisorio hijo.

—Él no debe verse inmiscuido, es solo un niño.

—Creo que también deberíamos abandonar Whitestone de inmediato. Lord William Lovelace es una tentación demasiado grande para ti. Sabes todo lo que está en juego. Lady Black no deja de vigilarte, segura de que te verá caer. Prometiste que harías lo que sea por mantenerte a flote, no solo por ti, lo juraste también por Evan.

—Evan es mi hijo, por él haré cualquier sacrificio.

—¿Estás segura?

—¿No lo he hecho ya?

—Me temo que pueden venir pruebas aún más difíciles. ¿Amas a lord William Lovelace?

—¡Por Dios, abuela! ¡Qué pregunta!

—Ni siquiera lo niegas. ¡Jesús misericordioso! Estamos perdidas. No puedes sucumbir ante él. Es astuto, puede atar cabos —intentó prevenirla.

—¡Cálmese!

—Te pedí mil veces que no aceptaras el ardid de mi prima, no lo necesitabas.

—Quise hacerlo, por amor a Emerald y por Evan, él lo es todo para mí. Es mi futuro.

—¡Válgame Dios! Si esa es tu elección aléjate de ese caballero, no es como Emerald, no tiene sus principios, su rectitud, su palabra.

—Sabe que no lo hice a un lado por ser el segundo hijo del duque, no me importaba su herencia.

—Pero no nos consta que el motivo para acercarse a ti no fuera tu dote.

—Eso alegó lady Huntington, ella deseaba que me casara con el título de Emerald.

—Lord William Lovelace es inconstante. No confío en sus sentimientos. ¿Por cuántas habrá perdido el corazón?

—William es bueno, solo está un poco confundido.

—¿Estás segura?

—No nos marcharemos, no podremos parar las murmuraciones en torno al motivo de nuestra partida, con lo de la condesa tenemos suficiente.

—Entonces mantente alejada de él.

Durante la cena el duque disimuló su aflicción tras la partida de lady Bridgewater, pero Grace sabía que sus aventuras sobre la competición habían llegado a sus oídos y que conocía que eso había dado pie a que la condesa se marchara. William nuevamente faltó a la cena, sus padres lo justificaron y, aunque el motivo que dieron parecía convincente, ella se debatía entre dos posibilidades: la promesa que le había hecho a doña Prudencia de mantenerse alejado o que había corrido tras los brazos de su fugitiva e indignada amante.

Los deseos de volver a su hogar y de tener en sus brazos a Evan la invadieron por completo. Solo quería que la semana terminara, que aquel teatro donde los duques de Whitestone demostraban su poderío delante de sus futuros consuegros americanos llegara su fin, cualesquiera que fueran los tratos que cerraran los patriarcas de ambas familias. El señor Foster y su esposa estaban maravillados con el despliegue de suntuosidad y de las maneras de cada estirado de sangre azul que los rodeaba.

Grace suspiró cuando el último plato desfiló ante los comensales y las damas se dispusieron a trasladarse al salón. Se quedó rezagada a propósito, no estaba para tolerar la conversación con ninguna. Menos consciente de que reprochaban su comportamiento durante la carrera con la condesa, aunque no se atreverían a mencionar una palabra al respecto.

—Lady Emerald —le susurraron a su espalda. Era la dulce Eloise.

Al tenerla muy cerca pudo apreciar sus rasgos a profundidad. Cuando las presentaron, o las escasas veces que habían compartido palabras, no había podido fijarse a detalle. Era hermosa y poseía cierto magnetismo. Entendía por qué lord Godwine había sucumbido ante sus encantos. Incluso ella se sentía impresionada. No era una belleza exquisita como la de lady Black, una que de tan impersonal se volvía fría; ni era una hermosura frívola e insinuante como la de la condesa de Bridgewater. Eloise era linda, tierna y con un aura tan transparente que se escapaba por sus ojos. Le prestó atención, no podía ser poco amable con ella.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Quería agradecerle por la carrera, fue lo más emocionante que ha ocurrido en Whitestone. Ya me estaba inquietando, ¿sabe? Aunque adoro a John, su familia, sus amigos, a veces me asustan.

—¿La asustan?

—Son tan rígidos que a veces dudo que sean de carne y hueso. Quiero a lord Godwine y es un buen hombre; pero no deseo volverme una acartonada y convertirme en una de esas mujeres sin alma que posan en las pinturas familiares que los Lovelace usan para decorar su enorme palacio.

Grace la miró sorprendida, ese comentario era impropio; pero al notar la sinceridad en el rostro límpido de Eloise tan solo pudo apiadarse de la chica. Se notaba que amaba a lord Godwine, pero que su contexto la abrumaba. Su familia poseía mucho dinero, su padre era el hijo de un doctor que, con estudios y gran habilidad para los negocios, se volvió un joven burgués con un patrimonio envidiable. Uno que al parecer había terminado de convencer al duque de apoyar aquel matrimonio; aunque la prometida de su heredero no tenía una alcurnia acorde a sus expectativas, sí podía salvarlos del atolladero al que lo había conducido su estilo de vida.

—Tiene razón, pero no se deje intimidar, su sangre es tan roja como la nuestra, solo que se resisten a demostrar su mortalidad.

—Esa mujer, la condesa de Bridgewater, ya merecía que alguien la pusiera en su lugar.

—¿La conocía usted? —Eloise asintió.

—Del círculo cercano a su excelencia es la que más me aterra, odio que me clave su mirada gélida. No entiendo por qué no acabo de agradarle, aunque me esfuerce y elija los modos más refinados para dirigirme a ella.

—No pierda su tiempo, hay rumores de que no le agrada nadie. También me detesta.

—Los hijos del duque le agradan, créame, más de lo que deberían. Tal vez no concuerda con sus excelencias en que yo deba emparejarme con John.

—Solo lord Godwine tiene derecho a elegir esposa y si su padre lo apoya debe sentirse bendecida.

—Ha sido grato conversar con usted —reveló con una sonrisa.

—Igualmente, querida.

Eloise se alejó con una clara sonrisa y se dirigió hasta su prometido que ya la reclamaba. Grace sonrió, negó con un gesto y, en vez de tomar asiento entre el concurrido corrillo de mujeres, se alejó con discreción hacia la terraza. Se deleitó en la brisa nocturna que venía de rebotar con las hojas de los árboles cercanos, aquel olor a bosque le recordó los alrededores de su castillo, su amado hogar. La simpleza de la forma de amar de Eloise le robó una carcajada silenciosa. Sabía que se terminaría en cuanto se desposara con el futuro duque y tuviera que asumir las responsabilidades de su posición, pero era lindo verla amar sin ataduras.

Hubiera deseado ser cortejada así, con el pecho henchido de amor. Siempre se había negado a casarse sin amor y había terminado enamorada de un hombre y desposando a otro. Suspiró. La sinceridad dolía. Emerald había sido el esposo con que había soñado, pero no había terminado de

corresponderle. Su corazón había decidido amar, como Eloise, a un «buen muchacho» de ojos encantadores que la hizo ilusionarse y experimentar un amor bonito como el de las novelas que solía leer.

Luego todo se volvió turbio, cuando la indiscreción o la advertencia de lady Huntington desvaneció la cortina de humo y pudo ver la cara que William no le había mostrado, más doloroso fue sorprenderlo con la dama misteriosa en una situación delicada. ¿Y si su abuela tenía razón? ¿Y si William solo quería acercarse a ella por su dote? Más jugosa era la tentación en ese instante, era la rica viuda de un marqués, con un heredero tan pequeño e indefenso como Evan.

Respiró hondo. Siempre se había propuesto ser la mejor versión de sí misma y bajo ninguna circunstancia permitir que un hombre, sea quien fuera, rigiera su destino. Había tomado una decisión. Al fin se sentía libre para dar rienda suelta a su anhelado sueño: leer, escribir y publicar los manuscritos terminados. Londres le ofrecía oportunidades de realizar sus anhelos. Mantendría con William solo un trato profesional, se exigió únicamente tomar de él lo que necesitaba: la traducción de sus textos y ayuda para pulir su inglés hasta que fuera posible prescindir de su apoyo. No quería buscar los servicios de otra persona, así ya no tendría que revelar su talento a alguien más. Ambos tenían varios secretos que guardarse, sobre todo aquel lazo que un día los unió y terminó por volverse inexistente. ¿Quién mejor que él para guardar lo que no debía salir a la luz?

Los días en Whitestone Palace fueron largos, saturados de compromisos que no podía eludir. No volvió a verlo, partió a Londres. Su amigo tampoco se quedó y lo prefirió, no quería humillarse al verse obligada a preguntarle sus motivos. Seguía empeñada en creer que había corrido a sanar el corazón humillado de la condesa. Respiró profundamente aliviada cuando llegó la hora de regresar a casa.

La sonrisa de Evan y su abrazo apretado hizo que todo valiera la pena. Los saltos y los ladridos de Ares llenos de efusión, así como los paisajes, la hicieron sentirse en casa. Dorita la puso al tanto de todos los pormenores en su lengua natal y fue agradable poder hablarla después de tantos días entre ingleses y norteamericanos. Lo primero que hizo fue liberarse del asfixiante corsé, el ama de llaves quedó boquiabierta por sus modales, pero era una mujer discreta y no se atrevió a opinar ni torcer el gesto. Emerald Haven era su refugio, su pequeño paraíso.

De inmediato se concentró en la redecoración del castillo, necesitaba que aquel sitio fuera acogedor para su pequeña familia, y aunque era hermoso con su diseño antiquísimo, Emerald no había sido muy abierto a que Grace emitiera su opinión. Doña Prudencia también se dejó imbuir por el espíritu de renovar. Lady Emerald caminó por todo el castillo, con el ama de llave, el mayordomo, un séquito de tres doncellas, Dorita, su abuela y su perro Ares detrás, ordenando, disponiendo y especificando dónde quería acomodar, hacer cambios, deshacerse o introducir nuevos ornatos o muebles.

—El estudio de mi difunto esposo será para mi hijo, que nadie ose tocarlo, cambiarlo o usarlo hasta que tenga la edad suficiente para tomar posesión. —Su orden fue sellada por un ladrido de Ares. Lo miró con el entrecejo fruncido para indicarle guardar silencio y consiguió un gruñido como respuesta.

—Pero ¿quién se ocupará de los asuntos y los tratos que deben cerrarse? ¿Qué lugar ocupará para esas funciones? —preguntó el señor Thomas, el mayordomo.

—Lord Huntington y por supuesto yo, necesitamos un sitio para esos menesteres. Busquen una habitación bien ubicada, en el primer piso, donde se pueda recibir visitas y tratar los asuntos financieros sin interferencias.

—Está el estudio de la difunta madre de su señoría —dijo para referirse a su fallecido patrón.

—Guíeme para conocerlo.

La comitiva, comandada por el señor Thomas, se dirigió al ala oeste de la propiedad, la señora Hoffman sacó la llave que solo se usaba para el día de la limpieza, la colocó en la cerradura y la giró. La puerta a dos hojas se abrió de par en par y solo se vio oscuridad.

—Está en buen sitio —sugirió Grace valorando su idoneidad.

—Tiene su propia entrada, una puerta que da a la terraza, podría servir cuando desee recibir a

alguien con suma discreción.

—Interesante —sostuvo Grace—. Abran las ventanas, no puedo percibir su potencial.

—Habría que trasladar los muebles o reemplazarlos, son muy antiguos. A no ser que desee conservarlos en esta área —apuntó el señor Thomas.

—Y tiene una salida oculta, da al jardín secreto, de donde a su vez hay otro pasadizo que conduce al bosque. Uno de los antiguos marqueses lo fabricó para tiempos de guerra o situaciones de riesgo.

—Como ama de llaves usted está muy bien informada.

—Me entrenó mi antecesora.

Corrieron la primera capa de cortinas de seda tupida color verde bosque, dejando al descubierto las cortinas interiores de muselina, de un blanco suave como la nata y tan transparentes que permitieron que la tenue luz que resbalaba por entre las ramas y las hojas de los fresnos florecidos se colara a través del cristal. Lo imaginó en otoño, cuando el fresno alcanzara su mayor esplendor, y su pecho se colmó de dicha.

—Abran las ventanas —exigió.

Cuando abrieron las enormes ventanas de doble hoja, que casi llegaban al techo de puntal muy alto, la brisa matutina hizo revolotear en un vaivén suave y cadencioso la muselina. El papel tapiz marrón con un tenue brillo dorado de base y salpicado de margaritas blancas le dio un encanto a la estancia que dejó a Grace sin palabras. La transparencia del cristal, los marcos blancos color marfil levemente desgastados por el paso del tiempo, los muebles de madera negra, esculpidos por el más creativo ebanista, y aquellos libros antiguos que aún olían a magia, a historia, a épocas de ensueño, le susurraron que lo había encontrado. Tenía un enorme diván con una mesa lateral debajo de los descomunales ventanales, un librero a cada lado de un secreter de patas torneadas con motivos florales que se usaba como escritorio. La silla a juego estaba tapizada en terciopelo marrón dorado. En el centro había una coqueta mesa redonda donde se antojaba tomar el té o tener una charla confidente con una amiga. Todo estaba limpio, el aroma de la vegetación externa se colaba dentro inundando el salón. Era sencillamente perfecto.

Grace lo atravesó de largo hasta las puertas a dos hojas que daban a una terraza privada cuyas escaleras conducían al jardín, fuera también había otra mesa idónea para tomar un desayuno, con las espléndidas vistas hacia el frente de los rosales, los setos podados en formas caprichosas y una de las fuentes de agua. En el lateral, justo en el linde de la edificación, habían sembrados fresnos y ofrecía un escenario completo para pasear o meditar.

—¿Desea que hagamos cambios? Modificar la tonalidad de las paredes, los muebles —preguntó el mayordomo.

—No toquen nada, es ideal para mí. Este será mi estudio particular. Tiene todo lo que necesito, una bella mesa para tomar el té con esa espléndida vista. No sé por qué antes no se me avisó de este sitio perteneciente a la antigua marquesa, pudo haberme hecho muy feliz.

—El difunto lord Emerald era muy celoso de esta área, tras la muerte de su madre jamás lo

visitó y nunca decidió qué destino darle. Su primera esposa tampoco pudo ocuparlo.

—Tal vez le dolía estar aquí y recordarla —pensó Grace en voz alta.

—Tampoco se dignó a pisarlo en vida de la difunta marquesa viuda —aclaró la señora Hoffman.

—¿Era su madre muy reservada?

—No, se dice todo lo contrario.

—¿La conoció usted?

—Ya en sus últimos años, pero era una persona agradable y feliz.

Grace no quiso reparar en los motivos del hermetismo del sitio, quiso adjudicárselo al dolor de la pérdida de la madre para su querido Henry.

—Señor Thomas, ya sabe las premisas a seguir para encontrar la habitación idónea para el despacho donde trataremos los asuntos de negocios.

—¿Yo? Pensé que ocuparía esta habitación.

—No, no deseo contaminar este recinto de paz. Necesitamos algo más sobrio, que incluso pueda ocupar lord Huntington cuando arribe. Pretende apoyarme en la administración de los bienes de Evan y, aunque no es necesario, no quiero ser descortés, ha sido muy amable con nosotros. ¿Puede encontrar un sitio para ese menester?

—Es que ese tipo de decisiones las tomaba el marqués. Pensé que ahora que no está, usted...

—He dispuesto que se encargue. Pueden seguir todos, me quedaré con la señora Hoffman para darle unas indicaciones. Luego los alcanzamos.

Todos obedecieron, salvo doña Prudencia, que se quedó intrigada por lo que sea que estuviera tramando su nieta. Tras la salida de la comparsa de renovación, Grace alzó a Ares y lo colocó sobre el diván para que no hiciera travesuras, luego le preguntó al ama de llaves:

—¿Dónde está la puerta que conduce al pasadizo?

La mujer le mostró presta el primer estante, de los que eran, que estaba a la izquierda del delicado secreter. Grace dio unos pasos y accionó el mecanismo, maravillada tras el crujir del mueble que se abrió. Ares no pudo contenerse, intentó colarse por la abertura en la pared y, temiendo que desapareciera, su dueña lo alzó en brazos para retenerlo.

—Perro malcriado, podrías perderte y pasar un mal rato. Ya tendremos otra ocasión para explorar. —Se volvió al ama de llaves y añadió—: Quiero que esta área sea confidencial, que nadie se atreva a entrar sin mi permiso. Escoja una persona de confianza para que se ocupe de su limpieza y verifique con alguien discreto que el pasadizo esté en óptimas condiciones para su uso cuando sea necesario. Nunca se sabe cuando tengamos una urgencia.

—De acuerdo, milady.

—Ahora sigamos con los otros, antes de que una tarea sencilla como escoger un lugar termine por sacar humo de la cabeza del señor Thomas.

—¿Algún cambio para su nuevo estudio?

—Déjelo todo como está, solo traigan mis efectos personales que están en el escritorio de la

biblioteca.

De camino para alcanzar a la comitiva, se encontraron con Arlene, Grace leyó en su rostro la preocupación, así que le sugirió al ama de llaves y a su abuela que se adelantaran y que se llevaran a la mascota. Una carta había llegado para lady Arlene Haddon, era de su tía que no se había cansado de persuadirla durante su estancia en Whitestone Palace para que regresara bajo su tutela. La joven se la mostró a Grace, no quería tener secretos con ella.

—Sabes que eres libre de vivir con lady Black o conmigo.

—Deseo quedarme, quiero estar con mi hermano. Mi tía quiere aprovecharse del incidente de la carrera en Oxfordshire para persuadirme a regresar a su lado. Insinúa que su comportamiento alejará cualquier pretendiente de mí.

—Si deseas seguir a nuestro lado, no tienes que preocuparte.

—Temo que se salga con la suya. Se ha aliado con mis tías por parte de mi madre, moverán cielo y tierra para sacarme de aquí. Las ha convencido de que usted no es buena influencia.

—Debemos invitar a tus otras tías para que se convenzan de lo contrario.

—No será tan sencillo, siempre han obedecido a la hermana de mi padre. No tomarán en cuenta otra palabra. Se conocen desde niñas, tienen lazos estrechos. Mis tías sienten celos de usted, de que ahora sea la marquesa, un sitio que habrían querido para mi madre.

—No soy responsable de su pérdida. Tu madre ya no estaba entre los vivos cuando arribé a Inglaterra.

—Sospechan que enfermó porque mi padre tenía una amante.

—¡Por Dios!

—Lady Black se las ha ingeniado para que desconfíen de usted.

—Es ridículo, para ese entonces vivía en La Habana y no tenía siquiera la idea de trasladarme a esta parte del mundo. El difunto Emerald y yo no nos conocíamos.

—Nada las convencerá de lo contrario. Han confundido el dolor con el rencor, y ya tienen hacia quien dirigirlo. Dicen que mi padre no dejó escriturado que usted fuera mi tutora.

—Hoy mismo le escribo al conde de Huntington, nos remitiremos a la ley. Ya tienes edad para elegir, o eso creo —dudó.

En su nuevo estudio, con los efectos personales que hizo traer, redactó una carta dirigida a su protector para ponerlo al tanto de las intenciones de la vizcondesa, su cuñada. Tras terminar y ordenar su envío de manera urgente, comenzó a colocar sus utensilios para escribir a su antojo. Un par de sirvientes salían y entraban sin parar trayendo otros objetos de la marquesa que antes estaban en la biblioteca, o en sus habitaciones, que le ayudarían a personalizar su estudio.

El antiguo secreter era precioso, de elaborados trazos en la madera de ébano. Lo acarició con la yema de los dedos para deleitarse en su suavidad. Comenzó a colocar sus efectos en los diversos compartimientos hasta que se topó con que algunos estaban cerrados herméticamente.

Hizo traer al ama de llaves y esta le entregó el juego de llaves que correspondía al mueble, el cual estaba oculto en una de los entrepaños del librero. Grace fue abriendo uno a uno develando el misterio. Todo permanecía vacío. Se desilusionó, habría querido husmear en el pasado de la madre de su difunto esposo. Se reprendió por ello.

—Fue vaciado por orden del difunto, todo lo que se encontró como correspondencias personales fue quemado. Lo de valor fue conservado por lord Emerald.

—Supongo que le habrá dado el uso pertinente.

—El marqués estuvo enfrascado en la búsqueda de una joya familiar de inestimable valor, un anillo de esmeralda atado al marquesado. Uno que formaba parte del patrimonio familiar y debía transmitirse de generación en generación.

—¿Y qué sucedió?

—No pudimos dar con él. La marquesa madre lo usaba hasta que un día dejó de hacerlo. Lord Emerald pidió razones, pero era muy joven. Su madre nunca satisfizo su curiosidad.

—La joya le pertenecía, entiendo que indagara al respecto.

—Le atormentaba legar el patrimonio a sus sucesores con un faltante: una de las joyas más importantes del patrimonio familiar. Una que había sido orgullo de cada marqués Emerald por generaciones.

—Pobre de él.

—Cuando murió su padre él era pequeño, su madre, como hace usted hoy, se encargó de velar por sus intereses. Es una pena que una joya emblemática del marquesado se haya extraviado, ahora le pertenecería a su hijo.

—¿Hubo alguna teoría al respecto?

—El marqués no sospechó de ninguno de los sirvientes, para el momento del deceso de la marquesa ya había sido reportada su desaparición. La dama jamás se quejó de que alguien la hubiera sustraído.

—Toda una incógnita que no develaremos tampoco. Usted es la verdadera joya en esta familia, señora Hoffman.

—Exagera usted, milady.

—Todas esas historias que le transmitió su antecesora, así como las vividas, debe compartírmelas. Necesito que mi niño crezca escuchándolas, para que nunca olvide lo que significa ser un Haddon y la historia del título.

—Si me permite el atrevimiento, su hijo se parece demasiado a su padre. Son como dos gotas de agua.

—Mi querido Henry era muy atractivo, mi Evan heredó su gallardía, espero que también tenga un espíritu tan firme como su padre —murmuró con una sonrisa en los labios mientras seguía revisando las gavetas de distintas formas y tamaño. Hasta que al final de una puerta encontró un compartimento secreto. De no haber estado con los sentidos agudizados hubiera permanecido oculto a la vista. Probó con las llavecitas minúsculas y ninguna se coló por la cerradura.

—Falta una llave —aseguró.

—Es todo lo que hay. ¿Se imagina que ahí esté oculto el anillo de esmeralda?

—¿Cómo podríamos abrirlo?

—No hay llave para él, no quedará otra opción que vulnerarlo.

Grace repasó la vista por encima del secreter, tan antiguo y tan bien conservado que no pudo simplemente romperlo.

—Será mejor buscar esa llave, debe estar en algún sitio.

—Puedo mandar a traer un cerrajero.

Grace meditó.

—Está cerrado por una razón.

—¿Y si dentro está el anillo?

—La llave debe estar en algún sitio. Revise las pertenencias que queden de la antigua marquesa. Solo traeremos un cerrajero si no queda otra opción.

Lord William Lovelace regresó a Whitestone Palace tras la partida de los invitados, trajo consigo el manuscrito traducido, lo había hecho en un tiempo récord. Las palabras de Altagracia lo habían seducido por completo. Estaba sentado en su comfortable sillón, en mangas de camisa, enfundado en una comfortable bata y con un trago de brandy en una mesa próxima, al que recurría para calmar su sed. Repasaba su trabajo con peculiar interés.

Lord Arthur Johnson, que se encontraba frente a él, ocupando el lugar principal en el escritorio de su amigo, mientras giraba una copa de vino en su mano, no le quitaba la vista de encima a su compañero de juergas, quien en las últimas semanas se había vuelto extrañamente aburrido.

—¿Por qué sonríes y pones esa cara de lerdo mientras lees?

—Puedes verlo por ti mismo, hay una copia sobre el escritorio.

Arthur lo tomó e hizo una mueca de fastidio al notar que estaba escrito en castellano, idioma que no dominaba.

—No sé por qué no me quito de la cabeza que lady Emerald tiene que ver con tu secuestro mental.

—¿Secuestro mental?

—Tu cuerpo está aquí, tu mente anda rondando por los alrededores de Emerald Haven. ¿Qué se traen ustedes dos?

—Asuntos privados.

—Jamás hemos tenido secretos.

—Pues será la primera vez, lo siento, amigo. He empeñado mi palabra de caballero.

—¡Bah! Solo estás pensando con el individuo que habita en tus calzones, no me vengas con cuestiones de honor. Deberías estar más pendiente de la situación de tu familia y dejar de deshojar margaritas con la marquesa.

—He colaborado de la forma en que me lo ha pedido mi padre, sin reservas. Él siempre se las arregla para salirse con la suya.

—Lo sé, pero ahora mismo quien más me preocupa es tu hermano.

—El trato se cerró exitosamente con los Foster, el norteamericano solo espera a que la boda se haya efectuado para ayudar a salvar el patrimonio del ducado.

—Solo que el señor Foster no sabe que la situación es desoladora y que las deudas consumen a

su futuro consuegro.

—Mi padre y mi hermano debieron sincerarse con él.

—Tu padre quiso, notó que el interés del señor Foster de emparentar con ustedes y su distinguido nombre es grande, sabe que las cuestiones económicas no lo echarían para atrás. A toda costa quiere que su hija sea la próxima duquesa.

—¿Entonces?

—John no quiso develarlo, está consumido por las dudas. La señorita Eloise le reveló en un momento de confianza que le daba mucha tranquilidad saber que los Lovelace poseían una fortuna sólida.

—Eloise jamás se casaría con mi hermano por su herencia.

—No, pero ella le reveló a John que se sentía en paz al saberlo solvente, le aseguraba que no se casaba con ella por su fortuna. Refiere que en el pasado huyó de varias propuestas amorosas donde el interés principal era el patrimonio Foster.

—¡Oh, por Dios! John es muy orgulloso, jamás aceptará nuestra situación, menos si con ello Eloise duda de la sinceridad de sus sentimientos.

—John no solo es orgulloso, carga con demasiada nebulosa del pasado.

—Lo sé, también es mi cruz.

—Pero tú, aunque no lo parezcas, eres más fuerte. John está muy dañado, su corazón se ha desgastado, y más ahora al encontrarse entre su orgullo y el amor. Tu padre tampoco se la hace más leve, lo presiona demasiado con ese asunto, con las deudas, con que busque el dinero para salvar el patrimonio.

—¿Por qué se ha sincerado contigo? No hay secretos entre los dos. ¿Por qué ha recurrido a ti?

—Porque sabe que si él no busca una solución, su excelencia comenzará a aplastarte a ti hasta que busques un modo de saldar las deudas. John no quiere exponerte, bastante culpable se siente ya.

—¡No es justo! Mi padre es quien nos ha llevado a tocar fondo con sus excesos, ahora nos quiere responsabilizar.

—John no está bien, anda muy preocupado. Es como si solo viera a través de un túnel y no tuviera la capacidad de notar la inmensa cantidad de posibilidades que lo rodean.

—Hablaré con mi hermano, no está solo, debe dejarme ayudarlo.

—En verdad no sé cómo podrías.

William tomó el manuscrito y lo envolvió en un sobre, escribió una nota y dio la orden de enviarlo de manera confidencial a Emerald Haven y entregarlo en persona a la marquesa antes de acudir a conversar con su hermano mayor.

Grace tomó posesión de su nuevo estudio y lo inauguró al recibir correspondencia de lord William Lovelace. Ares tomó posesión del diván, renuente a separarse de su dueña. Ella le palmeó la cabeza en sentido de aprobación y el can se regodeó por la caricia.

—Deberías ir a jugar con Evan y Dorita y en cambio te encierras aquí conmigo. Pequeño huraño, sé que extrañas nuestra casa en La Habana y a tu hermano y a Úrsula. Pero este es nuestro nuevo hogar. Tal vez podamos visitarlos un día.

El perro gruñó de satisfacción tras los afectos mostrados por su dueña. Luego se puso en guardia cuando uno de los sirvientes los interrumpió. Grace se sorprendió cuando un paquete cuidadosamente envuelto llegó a sus manos. Tembló de imaginarse su contenido. En la parte frontal venía una carta firmada por lord William Lovelace.

Lady Emerald:

Fue grato poder zambullirme de lleno en esta tarea. Me llevé varias sorpresas: la primera, poder entrar en la mente de una mujer, entender su forma de percibirnos a los hombres y su manera particular de ver el mundo; la segunda, que ese mundo al que pude colarme por una puerta y quedarme maravillado fuera el suyo. Encontré palabras de uso coloquial que resultó toda una hazaña hallar su significado, le agradezco por el reto. De haber trabajado juntos, habría sido más sencillo, usted me hubiera aclarado las dudas. He ampliado mi vocabulario en castellano y estoy feliz, cuente conmigo para futuras traducciones.

Sinceramente y con afecto,

Lord William Lovelace

Grace quedó maravillada al leer su manuscrito, aunque era suyo, aquella traducción hecha por un caballero le había dejado impresa su esencia, en algunas palabras, que la hacían sentirse muy familiar. De inmediato redactó una carta de agradecimiento y ordenó que le llevaran la correspondencia incluido el pago por los servicios prestados.

Estimado Lord William Lovelace:

Su trabajo es magnífico. Me alegra saber que contribuí a enriquecer su vocabulario y que no se dejó vencer ante el reto que le supusieron las palabras coloquiales de mi lengua materna o de uso en mi lugar de crianza. Espero que haya concluido que la mente de una dama y un caballero no son tan diferentes, son las reglas, quienes las dictan y quienes nos hacen supeditarnos a ellas, los que nos sitúan en opuestos lugares de la balanza. Le envío la remuneración ofrecida, espero que sea lo suficientemente generosa y que no le cause agravio, simplemente no puedo aprovecharme de su buena voluntad y generosidad.

Inmensamente agradecida,
Altagracia Haddon, marquesa viuda de Emerald

Releyó con mucha paciencia el manuscrito y, tras quedar conforme, lo envió con un seudónimo que escondiera su identidad a través de un intermediario para que viera la luz. Y mientras continuó avanzando con el siguiente manuscrito, buscó argumentos sustentados, de hecho y de derecho, para mantener a las tías de lady Arlene Haddon lejos de hacerse con la tutela de la señorita. También se esmeró en los cuidados de su adorado Evan y esperó por la ansiada respuesta del editor.

Mientras la espera era larga y llena de sobresaltos, llegó correspondencia del segundo hijo del duque de Whitestone.

Mi querida lady Emerald:

Me ha ofendido muy seriamente con su misiva, no solo en mi honor como caballero, sino también en mi hombría. Jamás una dama me ha ofrecido un pago por tener una atención que solo persigue el objeto de agradarla. Habíamos acordado que la traducción sería un regalo y su retribución excesiva me ha disgustado a tal grado que no sé cómo nuestra relación no pueda verse afectada. Mi estimada marquesa, le devuelvo el monto intacto, si no lo desea de vuelta haga una obra de caridad en mi nombre, de esa forma me sentiría menos resentido. Ahora bien, deme noticias de sus avances. ¿Ha conseguido publicar? Tengo buenos contactos que podrían ayudar en ese menester.

Quedo de usted,

Lord William Lovelace

La lectura de la carta le hizo poner los ojos en blanco y luego suspirar. Sentía que el orgullo de William era una barrera inquebrantable. Hizo lo segundo y destinó aquel oro para los niños pobres de Dorset. Y, justamente, llegó la ansiada respuesta. Se alegró, justo cuando William le preguntaba, tendría algo que responder. Pero el resultado no fue el esperado, toda la ilusión que albergó durante la espera se hizo trizas ante el primer rechazo.

Lord William Lovelace:

Lamento que se haya ofendido, jamás fue mi intención. Hice lo segundo y en su nombre he donado el dinero a quienes lo necesitaban. Es usted muy generoso. Le externo el agradecimiento de los beneficiarios. Sigo pensando que es excesivo que se ofenda por mi remuneración, entiendo su punto, pero creo que no obedece a justificaciones con un sustento concreto. Su honor de caballero es un tema que no deseo discutir. En cuanto a su hombría no he tenido ninguna intención de ponerla en tela de juicio, que Dios me libre de hacerlo. Su resolución tan solo se basa en ideas, costumbres y reglas que un día no muy lejano, se volverán obsoletas. Con respecto a mi libro no tengo buenas noticias; pero tengo confianza en que el panorama mejorará. Agradezco el ofrecimiento de sus contactos, pero prefiero labrarme mi propio camino.

Con respeto,

Altagracia Haddon, marquesa viuda de Emerald

Sin dejarse derrotar, citó a su intermediario y le pidió repetir la operación anterior en busca de un editor que accediera a publicarlo, sin permitir que los obstáculos en el camino quebraran su

esperanza, y solo consiguió acumular rechazos. Cuando más frustrada estaba recibió la contestación de William.

Lady Emerald:

Entiendo su punto. Sin embargo, es injusto que defienda su postura de remunerar mis «servicios» y se niegue a aceptar mi ayuda para que le sea más fácil publicar. ¿Ahora quién es intransigente? Sin afán de ofenderla, ¿no es un caso similar? Es injustificable que me ofrezca un pago por algo que está por debajo de mi condición y que además he decidido obsequiarle voluntariamente. Pensé que me tenía en más estima, como a un viejo amigo, y que podía permitirse aceptarlo sin dar pie a sentir comprometido su honor. ¿Quién sigue reglas obsoletas? Aún deseo ayudarla a publicar su libro y los siguientes, si cambia de opinión.

Escríbame, aunque solo sea para demostrarme su animadversión, llevarle la contraria es un deporte interesante y no deseo quedar sin entrenamiento.

Echándola de menos en Londres,

Lord William Lovelace

Cuando más desanimada estaba por la frustración de no ser publicada, recibió la carta de William. Tomó la pluma y a punto de hacer un coraje que rayara en un berrinche infantil, le escribió. Repasó sus letras y se avergonzó de ellas. No era bueno escribir con los nervios crispados. Hizo una bola con la hoja y la tiró sobre la superficie del antiguo secreter. Su abuela apareció cuando más desconsolada estaba.

—¿Con quién te escribes tanto? Las cartas no han parado de llegar.

—Son asuntos de negocios, es el traductor —carraspeó.

—Lord William Lovelace —dijo con un gesto de suficiencia.

—Se ofendió porque quise pagar sus servicios y es más terco que una mula.

—Y tú eres una hogaza de pan. Es lógico pensar que se ofendiera.

—No quiero quedar comprometida si acepto sus favores.

—Entonces no los aceptes, busca a otra persona. Creo que ese trato que mantienen es algo escandaloso. Él ya tiene cierta reputación, no queremos que tu nombre se vea perjudicado.

—Intento mantenerme alejada, pero él es insistente.

—Por eso te has encerrado en Emerald Haven en plena temporada.

—Sabe que no es el único motivo. Desde el fallecimiento de Henry mi vida cambió demasiado, tengo mucho en qué pensar. Creí que los libros serían un refugio, que le darían sentido a mi vida, pero tampoco he logrado salir adelante. Tal vez no son tan buenos —le reveló finalmente a doña Prudencia que la miró con pesar.

—Aleja ese pensamiento. Son hermosos, cargados de emociones intensas, llenos de amor. Algunos de esos editores ni siquiera se dignaron a leer tu libro, lo devolvieron con la envoltura intacta. Estaba convencida de que lo aceptarían. Podría ser el seudónimo, nadie conoce a la tal Marianne Hyatt, si supieran que tras ese nombre artístico se esconde lady Emerald estoy segura de que reaccionarían diferente.

—Me rechazan por ser mujer.

—Una de tantas, pero hay otras mujeres que lo han logrado, no puedes darte por vencida al comienzo de la batalla.

—No sé qué haré, abuela. De momento me concentraré en Evan, siento que he dejado de lado sus cuidados por sumergirme por completo en los libros.

—Eres una madre estupenda. Evan no puede tener más amor. También eres una tutora afable con lady Arlene Haddon, se ve feliz y, para mi asombro, tomando en cuenta tu falta de experiencia, la estás guiando por buen camino. No tienes esposo, ni otros pasatiempos o distracciones, es justo que al menos tengas tus libros, o tus obligaciones y compromisos te borrarán por completo la sonrisa. ¿Y si nos vamos a Londres? Desde allá pueden ser más fructíferos nuestros intentos.

—Ansiaba volver a Emerald Haven y ahora que tengo este hermoso rincón para mí me siento realmente en casa. Arlene está contenta y Evan tiene una mejor vida aquí. Al menos sin tantos compromisos puede disfrutar más de su madre.

—Lady Arlene Haddon no lo dice porque te admira y respeta, pero la temporada no ha acabado, de seguro desea brillar en los salones de Londres. Está aquel joven que se mostró interesado en ella. Lady Black ha usado de pretexto el que la tengas encerrada en la mejor época para buscar esposo como un punto de flaqueza en tu papel como tutora.

—Arlene está muy joven para casarse, sé que es la costumbre, pero deseo que viva, gane experiencia y disfrute de conocer nuevas personas antes de tomar esa decisión.

—¿Y cómo lo hará encerrada en Emerald Haven? Estaría bien para el invierno o incluso el otoño, pero ahora todas sus amigas están en Londres.

—Usted piensa igual que lady Black. ¡Soy una pésima influencia! ¿Y si viajan ustedes a Haddon House y disfrutan de las invitaciones que no han parado de llegar? Le vendrá bien tener cerca a su prima, la condesa de Huntington, siempre tienen tema de conversación.

—No quiero dejarte sola.

—Tengo a Evan, a Dorita y un séquito de sirvientes. Además, a veces la soledad es buena compañía.

—Eres incorregible, lo pensaré por unos días.

Ya más tranquila, tomó la carta que había escrito para William y que no se había atrevido a mandar. Se esforzó en alisar la hoja arrugada. Repasó su contenido.

Lord William Lovelace:

Exijo que sea más respetuoso en sus palabras, olvida que habla con una dama y por momentos se dirige a mí con el mismo lenguaje que usa para tratar a su «amigote» lord Arthur Johnson. ¿Qué puedo esperar de un «caballero» cuya reputación está totalmente corrompida? No quiero su ayuda para publicar, sé que puedo lograrlo. Solo lucho contra las barreras del género. De haber llegado firmado bajo el nombre de un caballero, seguramente, al menos se habrían molestado en leerlo. En cuanto a Londres, no creo que pueda quedarme demasiado tiempo, más que visitas breves para asuntos puntuales no podré extenderme más. Ahora estoy ocupada en mi siguiente manuscrito, en cuidar a mi hijo y velar por sus intereses. Lamento

defraudarlo si no cumplo sus expectativas. No soy como otras damas aristocráticas que pierden sus días en asuntos superficiales y galanteos. Tal vez debería apuntar sus cañones hacia otro objetivo.

Algo hastiada de este intercambio inextinguible de cartas, no espero su respuesta.

Altagracia Haddon, marquesa viuda de Emerald.

—Será mejor no enviarla —pensó en voz alta—. Solo daremos pie a una correspondencia interminable que termine por comprometernos más. Además, es demasiado descortés, bien pude decir lo mismo con palabras más sutiles. Debo cortar el nexo y dejar de escribirnos.

Y mientras lo afirmaba con seguridad, sin siquiera pestañear, terminó de estirar el documento, lo dobló, le colocó el sello y ordenó que lo mandaran a lord William Lovelace. La respuesta del otro lado no se hizo esperar.

Grace:

Dejaré de lado los tratamientos, aunque me condene por ello. Si su propósito es crispar mis nervios, sepa que solo ha conseguido dibujar una sonrisa en mi rostro. Disfruto de verla perder los estribos. Mis expectativas han sido más que satisfechas y usted responde tal y como me lo esperaba. Es más, me complace lo que con unas palabras puedo conseguir. Me dolería más la desidia, pero avivar el fuego en su interior es indescriptiblemente placentero.

Me conduelo de la hoja, ¿por qué se ha ensañado de tal forma con ella que ha llegado a mis manos en un estado tan deplorable? Haré caso omiso a ese detalle, imagino que su temperamento está pasando por un momento difícil. Volviendo al tema de interés, me pregunto: ¿por qué es tan deliciosamente complicada? Le recuerdo que usted calificó las reglas del cortejo y de cómo deben tratarse un caballero y una dama como obsoletas. Usted deseaba ser tratada como una igual y solo me he dedicado a complacerla. En cuanto a mi objetivo no lo cambio, ahora estoy más convencido de luchar por conseguirlo. Y no le apunto mis cañones, no, tengo un ejército completo apostado en sus inmediaciones esperando una señal de su parte para conquistarla. Aún no puedo conformarme con que en nuestra historia se escriba solo lo que no seremos.

Expectante de su siguiente carta,

Will.

Se quedó sin palabras, quiso quemar aquel documento, pero no pudo. Su corazón galopó agitado dentro de su pecho. Como si despertara con fuerza todo el afecto que quedó dormido en el pasado. No podía negar que su alma estaba llena de las cenizas producidas por el fuego que había ardido en su interior. Recordó a la Altagracia Morell que había brillado temporadas atrás con el corazón lleno de ilusiones. También se acordó del apuesto caballero lord William Lovelace que captó su atención rogándole un baile, uno que incluyeron especialmente para los dos, para que aquel encuentro fuera inolvidable. Su presente le vino de golpe, William formaba parte de una historia que no recuperaría. Era un hecho que lo dejaría esperando una respuesta. Si le enviaba otra misiva le daría carta blanca para que viajara a Emerald Haven a enfrentarla. Pero debía ponerle un alto: su lenguaje, sus atribuciones ya eran suficientes libertades. No podía permitir que se sintiera con la propiedad de dirigirse a ella en esos términos, menos que la cortejara impunemente.

Releyó el principio mientras buscaba una forma de acallar su petulancia: «Dejaré de lado los tratamientos, aunque me condene por ello. Si su propósito es crispar mis nervios, sepa que solo ha conseguido dibujar una sonrisa en mi rostro. Disfruto de verla perder los estribos».

—Ya sé qué haré para que disfrute en grande, querido Will —mencionó en voz alta—. Veamos si ahora le quedan ganas de seguir riendo.

Y como había tomado la decisión, continuó con su pequeña treta con afán de darle un escarmiento.

Días después, su abuela decidió brindarle la oportunidad a lady Arlene Haddon de participar en el resto de las actividades de la temporada. La joven marchó escoltada por la marquesa viuda y su abuela a Grey Terrace junto a los condes de Huntington. Allí se quedarían doña Prudencia y Arlene. La condesa era una madrina perfecta y tenía dotes suficientes como carabina. Grace solo permanecería una semana por asuntos que requerían su presencia, luego regresaría a casa con su pequeño Evan.

Lady Black no tardó en enterarse y en mostrarse ofendida porque su sobrina recibiera el apoyo de los condes en vez del propio. No tardó en aparecerse y comenzar a presionar con tal de anular la autoridad de lady Emerald.

—Si no tiene el tiempo de ocuparse de mi sobrina como se debe, no la retenga más. Puedo dedicarme en persona a buscar un arreglo matrimonial para ella.

—¡Dios me libre! —susurró Arlene y solo Grace que estaba muy cerca de ella pudo escucharlo. Comprendió el horror de la chica al pensar que su futuro quedara supeditado a los designios de lady Black.

—Debería sentirse honrada, como nosotras, de saber que lady Arlene Haddon cuenta con el apoyo de lady Huntington. Fue mi madrina y en solo una temporada logré hacer un matrimonio estupendo. ¿Por qué tendría que ser diferente con su sobrina? Además, es tan jovencita. No pretendo casarla a los dieciocho años. Solo quiero que disfrute de convivir con personas de su edad. Si aparece un pretendiente, podemos fijar un compromiso largo, hasta que tenga mínimo veinte años y esté más madura para el matrimonio.

—Su proceder no es adecuado, si mi sobrina sigue sus consejos podría quedarse solterona.

—En ese caso, si ella piensa diferente me lo hará saber y tomaré en cuenta sus deseos.

—¡Lo que faltaba! ¿Y si Arlene se inclina por un partido poco favorable le daría su aprobación solo por complacerla?

—Creo que nuestros planteamientos son apresurados, esperemos que aparezca el pretendiente.

—Lady Emerald tiene razón —espetó la condesa. Hasta Grace se sorprendió, sabía que aquella apostaba porque una señorita contrajera matrimonio cuanto antes. Sucedió que los Huntington ya habían tomado partido y por eso la defendió con firmeza.

—No sé qué le ha prometido esa arribista española para que luche a su lado como si fuera... —

Lady Black hizo silencio y trató de calmar el ritmo acelerado de su respiración. Solía mantener la calma y ser fría en su trato, odiaba lo que esa mujer le había hecho: perder los estribos.

—Mi familia. —Lady Huntington terminó la frase de la vizcondesa. Grace mantuvo la boca cerrada. Ya sabía lo que opinaba su cuñada de su persona, pero no quiso rebajarse y dar continuidad a su falta de modales; sin importar su vocabulario, no la dejaría salirse con la suya—. ¿Olvida usted los lazos de sangre que nos unen?

—Lejanos —aclaró lady Black tratando de recomponerse.

—Se equivoca, mi prima y yo hemos sido muy unidas, casi como hermanas hasta que cada una nos casamos y la vida puso distancia de por medio. Fuimos las mejores amigas en nuestra juventud.

—Como si eso pudiera ocurrir, dos jóvenes casaderas son rivales en busca de un buen partido.

—Tal vez usted se aprecie de esa forma, quizá nunca ha experimentado lazos auténticos con otra persona que no sea su ascenso despiadado en sociedad.

—Provengo en línea directa de un marqués. No lo olvide, estimada condesa.

—Sé que el título de su padre está por encima del que ostento, pero no le quito el valor al propio, su título no tiene la historia ni la antigüedad del que poseemos los condes, lo que es todo un honor para mí. Lamento que no esté feliz con la fortuna que le ha dado la providencia. Debe aceptar a lady Emerald como lo que es: la marquesa viuda de su hermano y la madre de su sobrino —sentenció abriendo los ojos desmesuradamente y dando por concluida la discusión.

Tras el incidente con lady Black, su abuela se negó a dejarla partir sola. Después de todo, lady Arlene se había quedado bajo la protección de los condes de Huntington y estaría resguardada de cualquier afrenta de la inconforme lady Black. Continuó un mes de paz y sosiego. Lady Black estaba aplacada por los condes. William no volvió a importunarla con sus cartas subidas de tono, la indiferencia aparentemente había funcionado, y como el viento se volvió favorable para sus escritos, continuó trabajando en el siguiente proyecto llena de ilusión.

Y mientras escribía y utilizaba los compartimentos del secreter, volvió a observar el cajón secreto. Para ser Altagracia Morell y García de Lisón, en su nombre de soltera, ahora conocida como Grace Haddon, lady Emerald, ese asunto del secreter y el compartimento cerrado había tardado mucho en develarse. En el pasado había sido más insistente cuando se trataba de develar un misterio. Se puso de pie e hizo venir a la señora Hoffman.

—¿Revisó las pertenencias de la antigua marquesa?

—Sí, milady. Hace tiempo, cuando usted lo ordenó. No encontré la llave, no le dije nada porque coincidió con su último viaje a Londres. De haberla hallado le hubiera avisado a su regreso. Tal vez no hay nada dentro y nos hemos preocupado en vano.

—¿Mi esposo supo del compartimento?

—Él ni siquiera se inquietó por ningún mueble del estudio de su difunta madre, solo ordenó que le llevaran toda la documentación que encontráramos y, tras revisarla, ordenó que la quemaran.

—Interesante.

—¿Puedo ayudarla en algo más? ¿Ha decidido que traiga al cerrajero?

—Creo que sí. Es la mejor forma de ver si hay algo dentro. Así esté vacío deseo poder utilizarlo.

—Como ordene.

Antes de que el ama de llaves se retirara, un sirviente fue a avisar de una visita. Al escuchar el nombre de lord William Lovelace sintió un vuelco en el estómago, como si le hubiera pateado un caballo. Doña Prudencia llegó como enviada del mal y abriendo desmesuradamente los ojos intentó interrogarla al respecto. Todo había sido quietud hasta que la presencia del antes

mencionado opacó la tranquilidad de Emerald Haven.

La marquesa tomó asiento en el diván y le comunicó a su sirviente que allí recibiría al recién llegado. Doña Prudencia negó con la cabeza, Grace ignoró su resquemor y ordenó a su doncella que cubriera el diván con la amplitud de la falda de su vestido de muselina y que abriera del todo las ventanas para que la luz fuera suficiente.

—¿Por qué no lo recibes en el salón? Sería más apropiado.

—De seguro viene a hablar asuntos de negocio, este es mi estudio, aquí lo atenderé.

—Es más privado y se supone que es lo que intentas evitar a toda costa.

El ama de llaves intentó escabullirse por el grado de intimidad de la conversación entre la marquesa y su abuela. Grace la retuvo.

—Quédese, señora Hoffman. No hay ningún secreto y aún tengo una indicación que darle. —La abuela abrió los ojos más si se podía, al ama de llaves no le pasó desapercibido y bajó la cara llena de vergüenza—. Confío en cada sirviente del castillo, el que no me sea completamente leal estará fuera. En especial requiero la fidelidad de mi ama de llaves, si no puede cumplir con ese requisito no me sirve. ¿Está de acuerdo, señora Hoffman?

—Milady, he servido en el castillo desde muy joven, soy leal a los patronos y la discreción es mi mayor muestra de lealtad. Igual puede confiar en el mayordomo.

—Lo sé, me consta, fue extremadamente discreto con Henry.

—Perdónelo usted.

—No le reprocho y el señor lo sabe. Ahora deben ser fieles a mi hijo, a mi abuela y a mí. —El consejo sobre la lealtad de los sirvientes que en determinado momento le había dado lord William Lovelace le había servido. No había conservado a los que eran incondicionales de lady Black.

—Perdone, señora Hoffman, mi desconfianza —intervino doña Prudencia—. Sé que usted es reservada. Pero tampoco hay tal asunto por el que debamos preocuparnos. Atendamos al visitante y despachémoslo con prontitud.

—Señora Hoffman, haga venir a Dorita. Con urgencia, por favor. Y con respecto a la visita del hijo del duque, quiero absoluta discreción al respecto.

—Enseguida, milady.

La señora salió y Grace se dirigió a doña Prudencia, que aún estaba nerviosa.

—Abuela querida, el caballero viene por su revancha.

—Tal vez, si no lo hubieses provocado...

—William se ha comportado arrogante en repetidas ocasiones, es justo que alguien le dé un escarmiento. De seguro ha destrozado corazones a su paso en sus correrías. Como dijo lady Huntington, su expresión de no romper un plato es su arma más poderosa para hacer caer a cuanta dama repara en sus encantos.

—¿Y por qué nos atañe juzgarlo?

—No jugó limpio conmigo.

—Eso nunca lo sabremos, sus intenciones parecían sinceras. Hasta el hombre más canalla se

enamora algún día.

—¿Y ahora es su defensora? Usted me enseñó que no debemos dejarnos engañar por los hombres con rostro de arcángel y alma sumamente turbia. Como buena discípula suya aprendí la lección.

—¿No te habría gustado saber qué habría sucedido de haber seguido adelante con el cortejo de lord William Lovelace, años atrás?

—Después de que lady Huntington me aclaró de su liviandad con las mujeres y lo sorprendí besándose con la dama misteriosa, créame, abuela, hubiese sido una tonta de permitirle seguir adelante. Habría llorado demasiadas lágrimas. He luchado para librarme del poder masculino, ¿por qué caería en las garras de uno peor que los hombres de mi familia?

—Eres dura con él.

—Y usted se ha ablandado.

—Emerald tampoco era perfecto.

—Evidencia de que es mejor seguir sin compañía masculina.

—Un esposo te daría seguridad y otras satisfacciones, pero ya tomaste tu decisión, es tarde para dar marcha atrás.

Dorita llegó antes que el sirviente que anunció a lord William Lovelace.

—Por favor, abuela, déjenos solos. Prefiero ponerlo en su lugar sin testigos.

—Sería muy comprometedor —se rehusó la señora.

—Ya no soy una muchacha soltera. Soy una viuda...

—Pero son muy jóvenes y tienen un pasado... No es correcto.

—¿Quién lo sabrá? Usted puede fingir desconocerlo.

—¿Los sirvientes?

—Me cercioré de quedarme solo con los leales. Y no estaremos solos, no quiero que le dé un patatús. Dorita hará hoy el papel de carabina, aunque en mi condición ya no necesito una.

—Preferiría estar presente, pero te daré el espacio que pides. Dorita es una buena alcahueta, entiendo que la hayas elegido. Sean juiciosas.

Doña Prudencia tragó en seco, saludó al joven al toparlo en el umbral de la puerta y siguió a sus habitaciones.

Grace lo miró introducirse con la mandíbula apretada. Estaba tenso y todo en su cuerpo lo evidenciaba. Ella llevó a sus labios un dedo, lo observó con una sonrisa en los ojos mientras se preguntaba: «¿Quién ríe ahora?». Era el mismo lobo hambriento que había jugado a seducirla la temporada que lo había conocido, solo que venía herido. Tal vez le fallaron las expectativas, quizá la consideró menos osada. Ella, sin dudas, no era la misma chica que había vibrado al compás de una contradanza guiada por sus fuertes brazos, ardiendo ante el cúmulo de emociones que la habían dominado.

La marquesa se veía hermosa, un halo de luz la coronaba. Los metros de muselina blanca que la vestían la hacían verse angelical, a ella que era como la pólvora. Tras su espalda los fresnos se

mecían por la suave brisa, la que se colaba en la estancia y alborotaba los mechones de cabello que se escapaban de su larga y gruesa trenza. Se veía hermosa, y mientras sus labios permanecieran sellados, se veía delicada, pero él no se engañaba, ya había aprendido que no era una damisela en apuros y que no necesitaba que un caballero la rescatara. A su lado, permanecía Dorita con su tez bronceada y su hermosura mirándolo como una doncella inglesa jamás se habría atrevido a hacerlo. Era una amenaza, como una serpiente que estaba dispuesta a saltarle a la yugular si tocaba tan solo una hebra de cabello de la marquesa.

William tuvo el descaro de ordenarle a Dorita que se fuera, Grace accedió con un gesto a que se retirara mostrándose serena. Dando a entender que no le daba miedo quedarse a solas con él, que no temía al escándalo. Dorita le pasó altanera por al lado, William ignoró su afrenta. Supo en la mirada de la bella mujer que Grace y ella no tenían secretos, se sintió más humillado aún y eso acrecentó su ira.

Cuando la puerta estuvo cerrada y ambos se quedaron completamente solos, él no pudo seguir callando.

—¡W. Lovelace! ¡Quiero saber por qué hay un escrito con mi nombre! —exigió desafiándola con la mirada.

—Lo dice como si usted fuera el único poseedor de dicho nombre y apellido en el ancho e inmenso mundo.

—¿No se le hace mucha casualidad que usted haya intentado publicar su manuscrito y que le hayan cerrado las puertas de cada sitio al que llegó? Ese manuscrito que me ofrecí a traducirle desinteresadamente y que incluso corregí con ahínco en cuanto a detalles del idioma.

—Cuyos servicios remuneré. Recuerdo que usó el dinero para hacer una loable obra de caridad. —Le clavó sus grandes ojos y él terminó por gruñir bastante afectado.

—Usted ha sobrepasado mis expectativas, pero no me sorprende.

—Lo siento, fue una terrible confusión y una cosa llevó a la otra. —Rio por lo bajo, conmovida por su arranque—. Además, no es tan obvio. Es W. Lovelace, podría ser otra persona.

—Es mi apellido e inicial, así podría firmar mis cartas.

—Salvo cuando se toma un exceso de confianza y prefiere ponerse Will.

—Tuve que enterarme por la insistencia de las risitas y las miradas de las señoritas en mi dirección.

—Tendrá más admiradoras, las féminas adoran a los hombres románticos.

—Quedaré avergonzado ante la sociedad londinense cuando sospechen que yo he escrito esas cursilerías sentimentales muy alejadas de lo que significa ser un hombre.

—¿Teme que sea afectada su masculinidad? —indagó con impudicia.

—Por supuesto que no.

—Le ofrezco un trato: usted me cede su nombre que, en realidad, está disimulado, y a cambio le ofrezco una suma considerable que le ayude a sopesar algunos baches familiares.

—¿Ha enloquecido? ¡No buscaba ofenderme, quiere humillarme! ¿Cómo se atreve? Grace, por

lo único que me acerqué a usted fue por...

—Mi dinero.

—¿De dónde saca esas ideas? —bramó desquiciado.

—He recibido tantas propuestas de matrimonio desde mi regreso a Londres que no lo dudaría también de usted.

—Ofende mi hombría.

—Definitivamente tiene problemas con ella, porque hombre que se aprecia de serlo no la ve tan constantemente amenazada.

—Ya entiendo. Agradezco que haya abierto las cartas del juego. ¿Eso quiere? No sabe de qué material estoy hecho. Si juega con fuego terminará incendiada.

—Inténtelo —lo desafió con voz apacible, decidida a demostrarle que no perdería la compostura.

—Entiendo que con ese nombre tan peculiar haya decidido usar uno más atractivo. William suena mejor que Altagracia —dijo y se le enredó la lengua—, definitivamente su familia no la quería, debieron sentirse muy decepcionados cuando usted llegó a este mundo y por ende la dotaron con ese nombre tan feo.

—Es usted detestable y no tiene noción de cómo comportarse delante de una dama, me dieron el nombre de mi abuela paterna.

Él soltó una carcajada y no disimuló su emoción al conseguir fastidiarla.

—Una terrible costumbre.

—Sus modales no son los del hijo de un duque.

—A veces me tomo ciertas libertades, más cuando estoy en confianza.

—¿En confianza?

—Ordene que preparen una habitación para que pueda quedarme.

—¿Está demente?

—Usted acaba de contratarme como traductor de su nuevo manuscrito y usará mi nombre para ello, debo revisar hasta la última palabra para cerciorarme de que no me deje en ridículo. Empiezo ahora mismo.

—¿Cómo se atreve?

—Usted me provocó, debe atenerse a las consecuencias. Si mi presencia en Emerald Haven le molesta puedo quedarme en el pueblo, pero definitivamente debemos estar cerca, así podemos trabajar sincronizados.

—Su presencia en el pueblo será un foco que atraerá a los propagadores de rumores, me comprometerá.

—Puedo quedarme aquí en Emerald Haven. Nadie tiene que saberlo, podemos ser discretos. Si alguien indagara de más, tan solo descubrirá que nos atañe un negocio, del que no estamos obligados a dar los detalles.

—Sea por asuntos de negocios o no, su sola presencia corrompe el honor de una dama.

—¿Usted lo desea? Solo eso me basta. Podemos tomar todas las precauciones pertinentes. No tardaremos más que un par de meses, aunque estaré disponible por más tiempo si lo requiere.

—¿Y sus obligaciones?

—Imagino que para un «prostituto de la nobleza» encontrar un trabajo remunerado menos escandaloso que el anterior es una forma de redimirse. Mi padre estará encantado de ver que me ocupo en algo menos vulgar —se burló.

—No puede aprovecharse de la situación para salirse con la suya —dijo, y ahogó la última palabra en un suspiro.

—Usted logrará enderezar mi rumbo. Es muy caritativa.

—Mi abuela no lo permitirá, lo siento. Debe desistir.

—Su abuela se sentirá orgullosa si usted me da clases de buena conducta, estoy ansioso de aprender con su ejemplo. Además, no es usted una niña, se las arreglará para buscar una explicación. No puede romper el contrato después de haberme ofrecido tan loable empleo.

—Calle.

—Es eso o aclaro públicamente que esos escritos no me pertenecen, pero que los he traducido para una hermosa marquesa cuya lengua materna es el castellano.

—Sospecharían de mí. ¿Se atrevería? Me prometió que guardaría silencio.

—Pero no a cambio de que usara mi nombre.

—No es el único W. Lovelace del mundo.

—Ni usted la única marquesa que habla castellano.

—De acuerdo. Acepto.

—La próxima vez que desee burlarse de un W. Lovelace se lo pensará dos veces.

—Pero no puede instalarse en Emerald Haven, sin embargo, lo espero todas las mañanas en mi estudio para trabajar.

—¿No cree que en el pueblo despierte más curiosidad sobre mi estancia en los alrededores?

—Hay una cabaña en el bosque. Era de mi esposo, es muy confortable. Podrán quedarse usted y su ayuda de cámara.

—He venido solo, no necesito más.

—Le enviaré un sirviente discreto.

—Odio cenar solo.

—Discúlpeme, no puedo hacer más. Ahora necesito retirarme. Mi hijo me espera.

William salió con una sonrisa en los labios por la victoria. Al pasar por la salita contigua se topó con doña Prudencia y a su lado Dorita. La dama de edad, al saber que su nieta se había quedado completamente a solas con el caballero, no había podido retirarse a sus habitaciones por la inquietud que le provocaba.

—Doña Prudencia —dijo él en castellano y continuó hablando en ese idioma—, su nieta y yo hemos llegado a un arreglo de negocios. Me verá por aquí con frecuencia. Espero que pueda seguir contándome de las islas caribeñas. Sus aportes a mi bagaje cultural son muy preciados para

mí.

—¡Jesús, María y José! —se lamentó y tuvo que abanicarse.

—Esperaré con impaciencia su invitación para un almuerzo de su madre patria, me lo ha venido ofreciendo desde hace años y tengo predilección por la comida hispana. La sazón es inigualable.

—¿Ha perdido usted el buen juicio?

—El caballero ha perdido otra cosa y ha venido muy lejos a recuperarla —soltó Dorita con picardía.

—Tu señora te da demasiadas libertades, muchacha —la retó William aún en español—. Al principio sentí pena por ti. Creí que eras su esclava. Tonto de mí. He descubierto que son aliadas.

Se despidió con una reverencia, dejando a la señora sin palabras y a Dorita con una expresión irreverente. Doña Prudencia se persignó antes de introducirse en el estudio de Grace. La encontró absorta en sus pensamientos. Dorita le siguió detrás.

—Nieta, ¿qué has hecho?

—Ha sido un desastre, abuela. No he podido hacer otra cosa. Él amenazó con delatarme. No me importaría asumir mis escritos, pero no puedo hacer nada que atraiga la mirada de la sociedad hacia Evan. Pretendo que disfrute del mismo respeto que su padre.

—Esto no se hubiera salido de control de no haber utilizado el nombre del hijo del duque. Te dije que era una afrenta que no dejaría impune.

—Se alojará en la cabaña de Henry. Trabajaremos en mi siguiente manuscrito. Somos algo así como socios. Él me cede el nombre, traduce el manuscrito y yo remuneraré sus servicios.

—Es deshonroso.

—¿Porque somos un hombre y una mujer?

—¿Sabes que persigue un final muy distinto a una colaboración por los libros? Él quiere convertirte en su esposa por tu fortuna.

—Ya no estoy tan convencida. Tal vez lo haría para agradar a su padre, pero no tiene usted de qué preocuparse; jamás aceptaría a un hombre que no me ame desinteresadamente.

—Lord William Lovelace es enemigo del matrimonio —intervino Dorita para aclararle el punto a la señora—. Solo está aquí para saldar una vieja deuda, la desea y no soporta que se le haya escapado. Él solo quiere conocer sus aposentos.

—¡Lo sé! —se quejó Grace ante la mirada exaltada de la abuela.

—¡Madre Santísima! —Se lamentó doña Prudencia—. ¿Y consciente de ello lo aceptarás, Altagracia?

—Me ha dejado sin otra alternativa. Intenté desecharlo como a otro arribista más, pero él se las ingenió para hacerse útil y no ser descartado.

—Sus intenciones distan de querer desposarla —arremetió Dorita—. Conozco a los de su calaña. No importa que tan estirados sean, ni de qué lado del charco se sitúen.

—Escúchala, Altagracia. Dorita tiene razón, aunque me pese. Debes buscar la forma de echarlo. Me llegaron rumores de que ciertos caballeros han hecho una apuesta que versa en

conquistarte. ¿Será que el joven ha entrado en esa lid?

—Me advirtió de la apuesta, supuestamente para que no me dejara seducir por ningún canalla.

—¡Como si tuvieras ojos para otro caballero!

—¡Abuela! Jamás desposaré a otro que no sea Henry y él ya está muerto. Quede tranquila. Lo dejaré jugar y cuando se canse tendrá que regresarse con la cola entre las patas.

—¡Niña ingenua! Venga o no por esa detestable apuesta, él no está dispuesto a perder.

El cerrajero llegó temprano guiado por el ama de llaves y abrió el compartimento secreto, ante los ojos asombrados de Grace y la señora Hoffman. Ares, que ocupaba su sitio en el diván, levantó las orejas y emitió un ladrido corto y poco escandaloso, percibiendo la tensión en el ambiente. Tras despachar al artesano que cambió la cerradura, Grace y el ama de llaves se quedaron mirando cómo la pequeña puerta cedió ante sus ojos. Un envoltorio de seda verde apareció. Grace lo tomó decidida. Ares quiso acercarse, pero con una orden tajante su dueña le exigió quedarse en su lugar.

—Parece que develaremos el misterio —emitió la marquesa.

—La dejaré a solas —dijo la señora Hoffman que se caracterizaba por su discreción y su prudencia, acto seguido le entregó la nueva llave para que la custodiara en adelante.

—Quédese, usted ha sufrido tanto como yo por la curiosidad. Veamos si aparece el anillo —le comentó recibiendo la llavecita.

Grace apartó la tela del contenido y dejó a la vista un libro marrón de tapa de piel con ribetes dorados. Era lo único en el interior del compartimento y del envoltorio. Abrió la primera página y pudo leer:

Diario de la marquesa de Emerald

Mi vida ha quedado destinada a transcurrir en la más absoluta quietud dentro de los muros de Emerald Haven. Espero que no sea aburrida y que la aventura me sorprenda.

—Solo es algo inocente. Es tan solo un diario, al parecer unas memorias de la antigua marquesa.

—¿Quiere que haga algo con él?

—Tal vez lo lea, puede que arroje alguna señal del paradero del anillo de esmeralda.

—Creo que es sensato, espero que no se aburra demasiado.

—¿Tenía conocimiento de la afición por la escritura por parte de la antigua marquesa?

—La antigua marquesa jamás expresó nada al respecto. Por la cantidad de libros en los estantes podríamos asumir que adoraba leer. El marqués no solía hablar mucho de su madre y no deseaba que nadie lo hiciera. Así que en ese tema dudo que pueda servirle de ayuda. Ahora regreso a mis ocupaciones.

—Vaya, si aparece algo, llamaré a mi cómplice en estos menesteres. Todo sea por cuidar la historia y patrimonio de mi hijo.

La señora salió y cerró la puerta tras de sí. Grace tomó asiento y reposó los brazos sobre el secreter, lo que permitió que Ares se relajara y desmadejara su cuerpecito sobre el diván, con los párpados pesados en señal de sueño. Grace se dispuso a husmear dentro del diario de su difunta suegra para esperar a lord William Lovelace y, mientras tanto, por inercia, dio la vuelta a la siguiente página.

Porque nadie puede arrebatarme el sentimiento del alma, por más cadenas que intenten atarme, yo sé quién soy y a quién deseo entregarle mis afectos. Un matrimonio no dicta a quién le perteneces.

Diario de un Amor.

Altagracia dio un brinco sobresaltada, y Ares, que lo notó, levantó la cabeza sin dejar de mirarla, quedó en guardia vigilando las reacciones de su dueña. Volvió a releer la segunda página y se dio cuenta de que no había entendido mal. Dio vuelta con urgencia a la siguiente y se quedó estupefacta. Tal vez acababa de descubrir uno de los secretos mejor guardados de Emerald Haven, uno que justificaba que Henry, difunto lord Emerald, hubiera quemado todos los escritos de su madre a su muerte, uno que justificara que la marquesa hubiera fijado su estudio en esa habitación que tenía un pasadizo escondido que guiaba a un jardín secreto y de ahí por otro pasaje oculto al bosque, uno que explicara que la llave de ese compartimento estuviera extraviada al momento de su deceso: ¡la marquesa había tenido un amante!

La identidad del hombre quedó resguardada bajo el seudónimo de Zorro. Comenzó a leer cómo se conocieron y el candente cortejo que vivieron antes de dar paso al primer encuentro. Todos los subterfugios para evitar que alguien descubriera sus faltas. Grace se sirvió de inmediato una copa de vino y la bebió como si de agua se tratara. No quería juzgarla, podía entender su frustración por quedar atrapada en un matrimonio por conveniencia siendo muy joven, pero no aprobaba su conducta. Necesitó el abanico para echarse aire profusamente ante las letras que bailaban delante de sus ojos. Si aquello salía a la luz, podían poner en evidencias la legitimidad de su esposo y por ende la de su hijo. Trató de sacar cuentas, pero las fechas eran borrosas.

Se tranquilizó hasta más adelante que pudo leer que la marquesa no había comenzado sus andanzas hasta darle un primogénito al marqués, con lo cual consideraba que había cumplido con el cometido de su matrimonio y de su título. Después había seguido los designios de su corazón. Pensó en lady Black, respiró hondo y siguió leyendo. La duda la carcomió de inmediato y se lanzó a buscar evidencias. La calmó recordar que tanto la bruja como Arlene habían mencionado en repetidas ocasiones que poseían los ojos de los Haddon, tal como Henry y su hijo. Un rasgo característico que alejaba la posibilidad de que Zorro fuera el padre de la vizcondesa. Suspiró.

Al año cumplido de la niña de la familia Haddon, murió el marqués de Emerald dejando a su esposa viuda muy joven, con dos hijos pequeños y toda la responsabilidad del marquesado. Los encuentros con el amante se intensificaron. Grace volvió a servirse otra copa de vino ante los

detalles y la tomó a sorbos, era muy temprano en la mañana y no quería marearse. El pasadizo al bosque y la cabaña como nido de amor quedaron evidenciados. Los ardientes instantes que compartían, seguidos de su soledad en Emerald Haven. Las palabras cargadas de amor de Zorro, podría decirse que la amaba.

No entendía por qué la lectura de las travesuras de la anterior lady Emerald le aceleraba el pulso. Una cosa era leer las novelas en las que se había sumergido desde varios años atrás, con escenas que podían hacerla ruborizar, pero esto iba más allá de lo que su mente ágil pudiera procesar. Resultó que por momentos se sintió muy identificada. Ambas eran marquesas que enviudaron muy jóvenes y enamoradas de alguien prohibido. «¿Por qué Zorro era prohibido?», se preguntó de pronto. Si la dama era viuda, ¿qué inconveniente impedía el matrimonio? No había datos al respecto, solo detalles extensos de su acalorado romance. Su lectura era más gratificante que cualquier libro que jamás hubiere llegado a sus manos y aportaba datos casi palpables de lo que podía ocurrir entre dos amantes experimentados y llenos de pasión. Grace atesoró aquel diario, se volvió su más atractiva fuente de documentación sobre las relaciones carnales y el placer.

Un sirviente la interrumpió cuando más interesada estaba leyendo para anunciar la llegada de lord William Lovelace. Ella carraspeó, como si la hubieran descubierto haciendo algo impropio, y lo hizo pasar. Escondió el diario en uno de los compartimentos con llave. En cuanto Ares percibió al visitante apretó los dientes y comenzó a gruñir haciendo caso omiso a las indicaciones de su dueña de tener una actitud más amable. William decidió ignorarlo por completo, pero no podía ocultar su vieja rencilla con el posesivo can.

—Estoy listo para trabajar, milady —comentó con tono sarcástico.

—Tendrá que usar la mesa, yo ocupo el secreter.

—Prefiero el diván —dijo, y se acercó a Ares que no dejaba de gruñir, lo alzó por el tórax y el perrito dejó de emitir su feroz sonido y metió la cola entre las patas—. Es seguro que perro que ladra no muerde, señor Ares. Hora de buscarse otro sitio para acomodar sus pomposas pulgas.

Grace ni siquiera reparó cuando William dejó al perro en el suelo y lo animó a buscar otro lugar. Ella aún estaba sobresaltada con una imagen mental, la de la figura varonil de William recostada frente a sus ojos. Por un segundo la obnubilaron las descripciones de los encuentros amorosos de la anterior marquesa y Zorro en el mismo diván. Carraspeó de nuevo, pero la incomodidad de su garganta no la abandonó. Terminó por toser y ruborizarse.

—¿Está bien, milady?

—Perfectamente.

El perrito fue buscando el apoyo moral de su ama, ella le ofreció un cojín ante su mirada ofendida y llena de resentimiento contra William, quien lo había bajado del trono. Una vez instalado en el cojín sobre una poltrona, no dejó de mirar al intruso y gruñirle enseñándole sus blancos dientes.

—Compartiría el diván con Ares si no me tuviera en tan mala estima.

—Discúlpelo, suele seguir su instinto.

—Me pregunto si con Emerald también era tan belicoso.

—En verdad, a pesar de su genio, suele ser comedido con otros, pero ante usted no puede contenerse.

—¡Menuda rata de alcantarilla!

—Tal vez si dejara de ofenderlo le caería mejor.

—Quizá si deja de mirarme con esos pequeños ojos insolentes y amenazarme con clavarme sus filosos colmillitos, podríamos hacer las paces.

—Es un animal, usted es el ser pensante.

—Es un demonio disfrazado de oveja. Lo miras y parece tierno, con su pelaje sedoso y su diminuto cuerpo, hasta que empiezan a salirle rayos y centellas por los ojos y espuma por la boca. ¿Está segura de que no tiene un pacto con el diablo?

—Así usted jamás será santo de su devoción. Puede ocupar la mesa o el diván, lo que sea de su preferencia. A no ser que desee un salón privado para usted.

—Dije juntos, usted puede seguir escribiendo, Grace, mientras doy una primera leída recostado en el confortable diván. Siempre leo antes de comenzar a traducir. Cuando tenga que escribir, usaré la mesa redonda.

—Como desee.

—¿No rebatirá? La veo algo distante, consternada; como si tuviera la cabeza en otra parte. — Por supuesto, la lectura de las peripecias de la marquesa fallecida aún no la dejaba pensar con claridad.

—Asuntos familiares. Tenga los primeros tres capítulos.

—Espero que no le incomode que lea un contenido tan íntimo cerquita de usted.

—Adelante. Yo seguiré trabajando.

Mientras simulaba escribir lo vio tumbarse cuan largo era en el diván. Por suerte su abuela se había resistido a acompañarlos, se habría escandalizado. Se notaba que era lo que pretendía el libidinoso, sobresaltarla, pero los textos de la marquesa lo dejaban muy por debajo de las turbaciones que había experimentado esa mañana.

William era muy varonil, exudaba masculinidad por los cuatro costados. Grace tuvo que poner todo su empeño para concentrarse y poder adelantar el siguiente capítulo. Los gruñidos, las interjecciones y las explosiones de risa de William mientras leía acaparaban toda su atención. Era como si desde que entró en el pequeño estudio hubiera decidido dejar fuera su fachada de inglés frío y estirado. Esa nueva faceta desinhibida y descarada le gustó todavía más. Sintió celos de imaginar que así se comportara con sus amantes.

—Estas novelas para señoritas son divertidas. ¿Cómo no se me ocurrió antes echarles un vistazo?

—¿Las que llamó cursis?

—Lo sigo creyendo, son tontamente cursis, románticas rayando en lo inverosímil y llenas de

florituras que un varón que se respete jamás pronunciaría. Pero tienen una virtud, en manos del hombre adecuado pueden ser una herramienta de seducción. Retratan a los caballeros como ustedes quieren que sean, por ejemplo: en la escena en que se conocen, un hombre no reaccionaría así.

—¿Y cómo reaccionaría? —indagó enarcando las cejas.

William se puso de pie y Ares irguió su cuerpo listo para la batalla. El estupendo varón caminó con su glorioso porte hacia ella, justo en la mitad del salón le clavó sus dos luceros azules y le susurró:

—¿Recuerda el día en que nos conocimos y las primeras palabras que cruzamos? Sería lindo que escribiera nuestra desafortunada historia. —El tono de su voz era grave, seductor.

—¿Una en que un canalla intentó aprovecharse de una dulce señorita? —Se puso en guardia, no estaba dispuesta a dejarse seducir.

—Rectifico, el canalla creyó que nunca vería comprometidos sus sentimientos con tanta fuerza, hasta que conoció a una señorita temeraria llena de resoluciones que le hizo añicos el corazón.

—Es un final feliz, el canalla no midió el potencial de su adversario y recibió su merecido. Espero que haya aprendido su lección.

Él detuvo su elegante andar a medio camino, decidido a regresar a su lugar. Antes de girar sobre sus pasos, para dirigirse nuevamente a su diván, un sirviente anunció la llegada de doña Prudencia. Tras saludarla con una reverencia, escuchó a Grace ofrecerle asiento. La señora se negó.

—Solo he venido un minuto, quería ver que todo estuviera en orden y avisarle a lord William Lovelace que todos los platos del almuerzo de hoy son de mi tierra natal, está cordialmente invitado. Espero que podamos complacer su paladar acostumbrado a sazones diferentes.

—Señora mía, es usted muy amable. ¿Cómo puedo agradecer ese gesto?

—Respetando esta casa y a sus moradores. Así como la memoria del difunto marqués. No toleraré escándalos, ni rumores. Bastante indecente es ya que trabajen juntos en el proyecto.

—Abuela, por favor, me avergüenza. Esté tranquila, lord William Lovelace es un caballero —admitió ruborizada ante el otro que las miraba de reojo.

—Doña Prude —arremetió con dulzura William, con su adorable acento al decir la palabra doña; estaba decidido a volverla su aliada.

—¡Corrójase! ¡Doña Prudencia o señora de García de Lisón para usted! —De haber tenido más confianza lo hubiera reprendido dándole un coscorrón con el abanico, estuvo tentada de hacerlo, pero se contuvo.

—No me increpe, que soy incapaz de mirar a su nieta con otros ojos, a mi trabajo me remito —se defendió el varón.

—Conozco a los de su calaña, que la niña no está sola —lanzó con una mirada amenazante.

Él adoraba como la señora mezclaba el inglés y el español y como la llamaba «niña», cuando Grace era una damisela bien formada, con redondas y desquiciantes curvas que no podían ser

disimuladas por el más severo corsé.

—¿Me cree capaz de un acto poco decoroso? —indagó William.

—Mi nieta tiene un honor que mantener a salvo, el único hombre que tiene mi permiso de entrar a la residencia es usted y conozco su secreto. Si la perjudica, lo obligaré a casarse con ella. — William quedó perplejo ante la amenaza—. Lo que no dudo será satisfactorio porque saldría ganando.

—Por supuesto que saldría ganando —recalcó.

—Pero usted no es el partido que quiero para mi niña, de volver a casarse.

—Abuela, usted sabe que no me volveré a casar. Me dedicaré a Evan —intervino Grace apenada.

—Si le toca una hebra de cabello, haré venir al duque de San Sebastián y marqués de Morell de Santa Ana a retarlo a duelo, y le advierto que se enfrentó en uno y fue el único sobreviviente.

—Señora mía, quede en paz. Puede venir a supervisar cuantas veces lo considere y verá cómo trabajamos en armonía. Sería incapaz de irrespetarla. Además, con tan feroz guardián no me atrevería acercarme a un metro de distancia —dijo para referirse al perro que lo seguía con la mirada como a un jurado rival.

—Me ha dado su palabra, espero que sepa honrarla. Habrá condiciones para este arreglo al que nos hemos visto obligados: la puerta del estudio no se cerrará jamás con cerrojo por dentro. ¿Entendido?

La señora salió sin siquiera esperar la respuesta. Grace se lo quedó viendo a William. Él aún asimilaba la avanzada de doña Prudencia. La muchacha lo miraba inusitada, su rostro se veía aún más seductor con la sombra de la duda.

—¿Pensó que sería diferente? —lo interrogó.

—Su abuela me aterra. Se comporta como si usted no fuera una mujer que ya pasó por el matrimonio y ahora está en la viudez. Digo, es usted la marquesa de Emerald y la trata como a una jovencita que requiere una carabina.

—Aún puede retirarse, si tanto le asusta la ferocidad de una abuela española.

—Me ha costado mucho encontrar una forma para que tenga que soportarme y está ese libro que requiere urgentemente ser traducido. Las lectoras de W. Lovelace esperan por otras de sus historias. No deseo decepcionarlas.

—Entonces continúe con su labor, yo seguiré con la mía. Debemos adelantar, tenemos un almuerzo al que asistir.

La siguiente mañana llegó temprano al estudio. Se sentía en desventaja frente a William, para cada palabra suya había tenido una insolente respuesta. Estaba cansada de su arrogancia. Durante el almuerzo del día anterior tuvo que soportar su petulancia mientras usaba su astucia para ablandar a doña Prudencia. Se preguntaba cómo era posible que su abuela no se diera cuenta de su estratagema, bastó que elogiara cada plato, del primero al postre, para que se la echara dentro de la bolsa. Solo quería una cosa, darle su merecido, que entendiera que si deseaba jugar con la marquesa de Emerald no escaparía indemne.

Tras encontrar el diario de la antigua marquesa donde relataba sus amoríos con su candente amante, algo se encendió en su interior. Comenzó a notar la falta de un compañero en su vida, uno que encendiera la hoguera de la pasión. Al convertirse en viuda creyó que los hombres ya no serían un mal necesario en su vida. Estaba lejos de la rectitud de su madre que le recordaba las reglas del difunto patriarca de los Morell, las que ya no seguía. Y su cuñado tampoco podía tener injerencia sobre ella desde otro territorio y menos porque vivía supeditada a otras leyes. Pero la presencia de un portentoso varón sobre su diván, meciéndose cadenciosamente mientras se reía de su estilo romántico de escritura, no la dejaba indiferente. Menos tras la lectura subida de tono de las travesuras de la difunta marquesa.

Rica y con una imaginación desbordante, Grace no toleró más la risita de su contraparte. Planeó a detalle cómo vengarse del libidinoso y a su vez ser escuchada por este. Observó los capítulos restantes y, antes de que William los tomara para su lectura, le puso un alto.

—No están listos.

—Pero si aquí los veo.

—Así como usted da una primera lectura antes de comenzar a traducir, también tengo mis manías. Esto solo son bosquejos, el siguiente estará listo para mañana.

—¿Y qué haré el resto del día?

—Contraté sus servicios para traducir mi libro, no soy dueña de su vida. Haga lo que le plazca.

—¿Qué se puede hacer en Emerald Haven?

—Suelo pasear al perro todas las mañanas tras desayunar. Después disfruto de observar a mi hijo jugar con Dorita, al aire libre en esta época. Nos gusta aprovechar los meses de buen clima. Escribo, leo y exploro el jardín y partes aledañas. Henry disfrutaba de pescar, cazar, atender a los

arrendatarios y sumirse en sus negocios. Aún no he tenido tiempo de buscar actividades de ocio, apenas me estoy asentando luego de mi regreso.

—¿Amigos? —indagó esperanzado.

—Todos en Londres disfrutando de la temporada.

—¿Deportes?

—Solo disfruto de pasear a caballo.

—Suena tentador.

—Ares estará encantado de estar un rato con usted, más si lo lleva a pasear —sugirió para fastidiarlo.

—Ese pequeño demonio no me tolera, ¿cómo insinúa que me quede a solas con él? —William hizo un sonido sordo con la garganta para quejarse.

—Así podría ganárselo.

—¿Me permitiría usted conocer formalmente a su hijo?

—¿A mi Evan? —Grace lo miró de reojo, era su tema sagrado.

—La condesa de Huntington alabó su belleza y su gracia. Dijo a mi madre que a pesar de sus escasos años es muy hábil. En el lago, la otra vez, solo pude verlo fugazmente.

—No entiendo su afán.

—Es muy pequeño para no tener un padre. Aunque a veces cometen errores, las figuras paternas son indispensables —manifestó recordando al suyo.

—Creo que ser madre o padre es algo que no terminamos de aprender, puede usted reprocharles a los suyos, pero hasta que se encuentre en sus zapatos verá cuán poco preparado se está para esa tarea, no importa el afán que se ponga para ello.

—¿Lo dice por usted? ¿Le ha sido difícil?

—Es un tema muy privado.

—Yo le hablé de los míos.

—Mi niño es lo más importante que tengo en la vida, siempre creeré que no soy suficiente, que debería poner más empeño. Tenerlo en mis brazos me cambió por completo.

William se le acercó más, le quitó las hojas y la pluma de las manos y las dejó sobre el secreter.

—Debería usted presentarnos.

—Pero tengo que continuar el capítulo y dejar listo el material.

—Puede hacerlo más tarde. Me animaré a visitar el pueblo.

—Si me demoro afectaré su estadía. No querrá quedarse en Emerald Haven más del tiempo estipulado.

—¿Acaso hemos pactado cuánto permaneceré?

—Lo suficiente para terminar el libro.

—Pensé que nuestro trato era para cada volumen.

—Venga, lo llevaré ante su presencia. Espero que tenga mejor tino con los niños que con los

canes.

—Le aseguro que los perros de mi familia me adoran, el señor Ares me tiene una inquina particular.

—¿Lo culpa usted de su conducta? Estoy segura de que su actitud hacia él provoca su rechazo.

—Si solo fuera eso, ese saco de pulgas espera que me descuide para clavarme los dientes.

Con Ares siguiéndoles a unos pasos llegaron hasta el sitio preferido de Evan, el suave pasto recién cortado de los lindes del río. Mientras corría intentando atrapar un grupo de libélulas que revoloteaba en la orilla, con Dorita a su cuidado, su madre lo llamó por su nombre. El rubicundo niño de dos años y medios corrió hasta abrazarse a su falda. Ella lo levantó susurrándole tiernas palabras en castellano, le besó ambas mejillas mientras el pequeño le clavaba sus dos bellas esmeraldas y carcajeaba, lleno de felicidad. Entre las palabras que ya pronunciaba, se destacaba «madre», la repetía con ahínco y aquello le hacía aflorar una amplia sonrisa a la marquesa, y más allá, lograba que sonoras y dulces carcajadas brotaran de su garganta.

Luego, poniéndolo en el suelo, le dijo con formalidad:

—Querido hijo, voy a presentarte a alguien.

El aludido se ponderó para saludarlo con todos los honores, pero el pícaro de ojos verdes lo desafió a unas carreras. William terminó por aceptar, negarse hubiera sido descortés. Grace los miró sonriente hasta que se topó con el rostro serio de Dorita.

—¿Qué pasa?

—No quiero a ese caballero cerca de mi niño, ¿qué tal si se encariña con él? ¿Qué pasará cuando se vaya?

Grace solo la miró y no dijo nada. Entendía su naturaleza protectora y por ello perdonó su tono de voz y el contenido de su queja. La química entre William y Evan fluyó; incluso motivado por la algarabía del menor, Ares fue tolerante y se unió al juego. Y mientras corrían, ante las atentas miradas de las dos mujeres, el ambiente se tornó placentero.

—El distinguido y pequeño lord reclama a su madre —mencionó William trayéndolo de la mano y acercándose a Grace.

—¿Qué le ha parecido mi hijo? ¿Hizo honor a los halagos de la condesa de Huntington?

—Con creces.

Cuando el sol calentó un poco más, Dorita indicó que el pequeño debía pasar a tomar su merienda, tomó al niño de la mano y caminaron al interior del castillo. Ares les siguió detrás con la promesa de recibir un bocadillo.

La marquesa le anunció a su invitado que retomaría sus labores.

—En ese caso iré a los establos, me dará gusto sacar a correr un rato a Luna, la he tenido abandonada desde mi arribo.

—¿La yegua andaluza? Pensé que era su preferida y no la usaba como montura para viajes.

—Creí que le agradaría verla de nuevo, protagonizaron una aventura memorable.

—¿Puedo verla?

—Ella estará complacida de saludarla.

Grace sonrió y sin perder un segundo se dirigieron a las cuadras. Mientras caminaban sobre el pasto de un verde intenso, y se deleitaban a su paso con los arbustos y las flores que la estación había traído, continuaron conversando.

—Creo que su hijo y yo podríamos ser grandes amigos. Si requiere ayuda, puedo enseñarle a...

—¿Algunos trucos para conquistar mujeres? —Cometió el error de pensar en voz alta al imaginar a cuáles de sus talentos se iba a referir su acompañante.

—Me refería a montar caballo o practicar la esgrima —aclaró con un tono severo, como el usado por el maestro para reprender al discípulo de escasa disciplina.

—Mi cuñado ya me ha pedido ocuparse, además tendrá sus propios instructores. Agradezco su ofrecimiento, pero ya tenemos ese aspecto cubierto.

—No demerito a su excelencia, su cuñado; pero igual necesita la influencia de un lord. Vivirá en Inglaterra y tendrá que codearse con nobles de esta región.

—El conde de Huntington velará por hacer de mi hijo un aristócrata apegado a sus raíces y sus costumbres.

—Sería descortés continuar insistiendo, usted ha pensado en todo. Me queda claro que bajo la tutela de su cuñado y del conde de Huntington su encantador hijo será un caballero en toda la extensión de la palabra.

Se detuvieron frente a las caballerizas y uno de los mozos trajo a su pedido a la yegua blanca, que caminó con elegancia hasta la marquesa, mirándola de reojo y moviendo con dulzura la cabeza, en evidencia de que recordaba sus peripecias. Grace se le acercó y le recorrió el cuello con la palma de su mano y el animal se mostró encantado.

—Luna y yo seremos felices si la marquesa tiene la cortesía de mostrarnos la propiedad. ¿Acepta mi invitación a un paseo? Le puedo ceder a Luna y yo tomar a otro de los corceles.

—Tengo trabajo, de hecho, por eso usted tiene tiempo libre.

—Vamos, Grace —agregó con dulzura. La yegua hizo un sonido curioso, parecía que se había complotado con su dueño—. Luna se lo implora.

—¿Ahora resulta que entiende el lenguaje de los caballos?

—Tal vez no el de todos, pero el de Luna le aseguro que sí. Adorable marquesa, no le creo que prefiera quedarse todo el día encerrada y perderse de la luz, las vistas.

—La oferta es tentadora, pero tendré que negarme, no olvide el asunto que lo ha traído aquí.

—Ni siquiera un minuto —admitió con sinceridad.

—Tenga un paseo agradable —manifestó, y antes de retirarse volvió a acariciar a la yegua sobre la crin.

Él no pudo creerlo, su rechazo lo dejó pasmado. Había creído que ya había ganado el corazón de la marquesa, pero notó que Grace había endurecido con los años y que la brecha que los separaba era más grande de lo sospechado. Comenzó a desesperanzarse, necesitaba menos que las atenciones que había tenido con ella para hacer que una dama sucumbiera a sus encantos. La

cabalgata habría sido la excusa perfecta para enamorarla y lograr que se rindiera entre sus brazos: lejos de la supervisión de la abuela, de la influencia de Dorita y de las miradas de los sirvientes que disimulaban su escrutinio.

Grace aún deseaba ponerlo en su lugar. William había sido demasiado atrevido y se había instalado en el castillo con subterfugios, convencido de que triunfaría en el arte de seducirla. Jamás sucumbiría ante un varón, ni siquiera en asuntos del corazón. Altagracia había sido diferente desde la niñez, no estaba destinada para la vida a la que aspiraban otras damas nacidas en noble cuna. Ella quería más: ser dueña de sus decisiones, no permitir que ningún caballero dictara el camino a seguir y menos de encontrar el amor. El hombre al que le entregara su corazón debía ser uno que la hiciera sentirse digna, plena y que no la subyugara, sino que liberara por completo su esencia y su potencial.

Estaba decidida a demostrarle a William que la había subestimado. Otra joven viuda, en su lugar, con el alma comprometida por afectos que venían de años atrás, hubiera picado el anzuelo y accedido gustosa a perderse galopando. Se habría dejado desmontar en una arboleda que sirviera de refugio y le habría suplicado que la cubriera de besos hasta que le arrancara en un juramento cuánto lo quería. Pero eso lo haría otra mujer. En su lugar tomó sus textos inocentes y románticos y los dotó de sus fantasías: escenas eróticas que al mismo libidinoso le daría a traducir. Y aguardó llena de expectativas.

Cuando lord William Lovelace acudió la siguiente mañana al estudio se quedó pasmado con el recibimiento de la marquesa. Lo acogió con su habitual frialdad desde que sus caminos se habían torcido gracias a los rumores y al desafortunado incidente con la dama misteriosa, pero su aspecto no seguía el patrón de los días anteriores. Había abandonado los vestidos suaves de muselina, recatados a pesar de que en ocasiones no usaba corsé, también dejó sus peinados relajados como una larga trenza o recogidos sencillos que le daban una apariencia pacífica y campirana. Lo que se había vuelto habitual en ella, tras su regreso luego del duelo, siempre que se encontraba en Emerald Haven.

Esa mañana había renunciado a los colores claros por un tono ciruela, entre morado y negro, que hacía resaltar la blancura de su piel y la oscuridad de sus ojos. Se había colocado joyas más finas y más vistosas. Llevaba un apretado corsé que no solo le estrechaba la cintura, sino que conseguía levantarle el escote de una forma sugerente. Ni en su época de señorita casamentera, ni

como la esposa de Emerald, ni como la viuda más deseada de Londres, Grace se había atrevido a lucir así.

Sin darle tiempo a William a cerrar la boca que se le había quedado abierta ante la sorpresa, Grace le acercó unos papeles. Hasta su forma de caminar se le antojó diferente. Él, sin tomarlos, se le quedó mirando sin nada de recato. No estaba soñando, varias veces se le había colado en sus sueños, pero sabía distinguir la realidad. No le quedaba duda, la marquesa le estaba tendiendo una trampa, su propósito sería librarse de él. Aún no podía entender por qué su plan incluía desestabilizarlo justo con la última estrategia que creyó posible.

—Sabe lo que hace y no tiene vergüenza —le soltó negándose a caer en su juego. Si algo le gustaba era llevar las riendas, no estaba dispuesto a ser el ratón y que Grace fuera el gato.

—¿Perdón?

—Me empuja a seducirla —reclamó aún sorprendido por su reproche. «¿Por qué diablos no solo me aprovecho de la situación? Eso quiero, ¿o no?»», pensó caprichosamente confundido.

—¿Está seguro? —preguntó entornando los ojos sin ningún pudor y él ya no supo qué tramaba.

—¿Sus travesuras le producen placer?

—¿Quién dice que juego?

William cerró los párpados, aquel escote lo estaba matando, pero no podía cruzar la línea. Grace era despiadadamente irresistible, pero doña Prudencia tenía ojos hasta en la espalda cuando se trataba de preservar el honor de su nieta. Es más, la comida española, que tan amablemente la abuela había organizado para satisfacer la curiosidad de William, había cumplido un doble propósito: la señora le explicó a detalle cómo le haría pagar si ponía en entredicho el buen nombre de Altagracia. Doña Prudencia se tomó a pecho la tarea de mantener intacto el decoro de la joven viuda de los más encarnecidos deseos del supuesto traductor. El hombre tragó en seco, había irrumpido en Emerald Haven guiado por un impulso, Grace era apetecible y no representaba un problema, o eso fue lo que creyó hasta que su abuela se levantó como defensora de su reputación. Ninguna mujer le había parecido tan irresistible y habría aprovechado el momento; de no existir esa abuela vigilante y al acecho, capaz de correr ante su familia para exigirles que reparara cualquier falta o mancha que ocasionara a la respetable dama.

Grace se llevó el abanico cerrado al escote y de ahí lo deslizó, permitiendo que le recorriera desde la base de los senos, camino al norte, hasta la barbilla, y después lo dejó reposando sobre los urgidos labios; los entreabrió y acarició el encaje de la punta, de manera inconsciente.

—¿Grace! Despierte, está en una nube. ¿En qué piensa? —preguntó perplejo.

Ella repitió el gesto que, por supuesto, había hecho a propósito, aunque deseaba aparentar lo contrario, sabía que a los hombres les atraía la inocencia.

—¿Qué pretende? ¿Acceder a mis pensamientos? ¿No le han enseñado que es privado? —se defendió.

William tuvo de inmediato el siguiente capítulo en sus manos, que ella le depositó luego del preámbulo. Él recordó —e incluso sacó cuentas— de su período de abstinencia sexual y los

motivos. Su hombría dio un respingo dentro de sus pantalones para recordarle que estaba presente y que el estímulo que aquella mujer representaba aceleraba su necesidad. Odiaba ser dominado por sus instintos, era un hombre apasionado cuando tenía que serlo, cuando su lado más racional aprobaba dicho comportamiento. Se esforzó en ignorar, no lo apetitosa que se veía la marquesa, y sí el intento de Grace de someterlo con cualquier estratagema que estuviera tejiendo su mente ingeniosa. Se replegó en su diván con una copa de vino en la mano y se empeñó en ofrecer una fachada desinteresada.

—La felicito por la prontitud. Ahora revisaré la calidad de su trabajo.

—Muero de ansias por ver los textos traducidos. —Continuó poniéndolo a prueba, y él ni siquiera volvió a girar en su dirección.

—Primero lo leo completo, recuerde, antes de poner la primera palabra sobre el papel —habló sin mirarla, no quería darle ese poder.

—Espero que disfrute su lectura, W. Lovelace. —Usó un tono sarcástico y regresó a la silla de su secreter.

—¿No le preocupa que sus libros pasen a la historia bajo el nombre de otro autor? —preguntó. Decidió que también podía contraatacar y restarle importancia a su inesperada apariencia seductora, desviando el tema central de la conversación hacia los libros.

—Soy feliz con nuestro trato, hago lo que me gusta y usted se lleva los créditos.

—Tampoco es que lo admita públicamente. Mi padre me reclamaría por los costosos estudios que pagó para mí en Cambridge. Aceptaría incluso un Tratado de Ciencias, por más progresista que sea, pero no novelitas de romance para señoritas o damas que terminan por ocultar en qué invierten su tiempo de ocio.

—¿Por qué lo ocultarían?

—Es vergonzoso —se mofó para sacarla de su eje.

—¿Cómo?

—Dígame que su trabajo contribuye a la cultura de quienes se sumergen en sus páginas. Es más educado cultivarse en otros textos más ricos.

—Pareciera que tengo al enemigo en casa —dijo entre dientes—, y por supuesto que contribuyen. Aportan más de lo que su confundido intelecto puede entender.

—Perdóneme usted. ¿En qué se desgasta supuestamente mi mente?

—Hasta donde sé: caballos, mujeres de dudosa moral y pérdida de tiempo.

—¿Pérdida de tiempo?

—No me sorprende que asuma sin chistar pensar en fémimas indecentes. Pierde el tiempo en Emerald Haven, sea lo que sea que espera obtener, en vez de ayudar a su padre en sus menesteres. Jamás será suya, no importa lo que se esfuerce, no interesa si solo quiere un *affaire* o tiene intensiones respetables.

—No espere que le agradezca por su sinceridad. Estoy aquí porque... —Se sorprendió al comprender que ni siquiera lo sabía, lo que tenía claro al principio se había esfumado—. No le

daré explicaciones; ni me las ha pedido, ni las necesita.

—Ahora entiendo por qué a Ares no termina de parecerle simpático.

—¿Ares? ¿Usted comparte ese juicio sobre mi persona?

Le contestó solo con una mirada orgullosa, tomó la pluma y la hoja y continuó plasmando sus letras. William dio un sorbo largo a su vino y dejó la copa sobre la mesa lateral, junto al diván. Observó la elegante caligrafía de Grace y comenzó a leer. Su ego se sentía satisfecho, no había caído en la red de la marquesa y había salido indemne de sus intentos de ponerlo a sus pies. Eso duró hasta que sus ojos se tropezaron con la escena del capítulo modificada a propósito. Tuvo que incorporarse y volver a revisarlo para cerciorarse de no haber entendido mal. Volvió a llenarse la copa.

—¿Desea que mande a llamar a un sirviente para que lo atienda? —indagó la marquesa con falso desgano, la burla flotaba en el brillo de su mirada.

—¡No! En estos momentos es mejor que nadie ose irrumpir la intimidad de este recinto.

—Como prefiera. Siga leyendo —dijo con una astuta sonrisa.

Anegado por la desfachatez de la dama, William leyó el encuentro candente entre los protagonistas de la novela de Grace. Las dudas y los celos hicieron implosión en su cabeza. Sin poder aguantar su sofoco lanzó la primera pregunta:

—Me pregunto en qué se inspira para crear sus historias —manifestó en voz alta, pero en verdad quería saber si con el difunto marqués ella había sostenido tan acalorados momentos de pasión. Una cosa era tenerlo en la ignorancia y otra suponerlo. Los celos lo obnubilaron al punto de ponerse de pie y aporrear el manuscrito sobre la mesa de centro. Pero volviéndolo a tomar y empuñándolo como un arma, caminó por la estancia con las ideas desubicadas.

Grace se asustó, aquel juego pretendía escandalizar al supuesto traductor, sacarle los colores del rostro, excitarlo, provocarlo y demostrarle que podía darle un escarmiento. Supuso que William iba a entrar en crisis al imaginar esos escritos divulgándose con su «nombre» en la cubierta. Más allá de que salieran tal cual estaban escritos o no a la luz, su propósito era sacudir al arrogante y estirado noble inglés que se creía erudito en cuestiones de cortejo, seducción y afectos clandestinos. Respiró hondo y se apegó a su plan, lo atraería, reproduciendo las artes que había leído en el diario de la marquesa, y cuando él admitiera que no podía más de deseo, le arrancaría su verdadero propósito: el matrimonio o la cama. Necesitaba comprobar quién tenía razón, si su abuela, quien aseguraba que deseaba casarse con ella por su fortuna o Dorita, quien apostaba porque él pretendía hacerla suya para satisfacer el antojo.

Grace, envalentonándose, tomó una copa y la reboseó de vino, la llevó a los sugerentes labios y los humedeció mientras el hombre no podía más que devorarlos con la mirada, obnubilado por el brillo que la bebida púrpura les confería.

Jamás imaginó que el sofisticado lord William Lovelace perdiera los estribos y la arrancara de su silla conduciéndola con prisas hasta el amplio ventanal para observar con todo detalle su rostro cuando la interrogara. Si Grace pretendía llevarlo al límite lo había logrado.

—¿Es un juego? Dígame que solo pretendo vengarse de mi petulancia —imploró, pero su voz era autoritaria.

—¿Le ofusca lo que opine su padre, el duque de Whitestone, cuando le llegue el rumor sobre un libro escandaloso firmado por idéntico nombre al de su segundo hijo?

—¿Dónde aprendió esa forma de intercambiar afectos entre un hombre y una mujer? ¿Acaso su difunto esposo...? —Ni siquiera se atrevió a terminar, su cinismo se había visto opacado por el atrevimiento de la marquesa, quien aún sostenía la tambaleante copa en su mano. No lo escandalizaba el contenido del capítulo revisado, sus amantes habían sido todavía más osadas, lo enfermaba de celos el pensar que ella hubiera vivido una pasión semejante.

—Su pregunta es totalmente impúdica, retráctese.

—Mi negativa a terminar la frase demuestra que me he retractado, aunque la incertidumbre sigue dando vueltas en mi mente.

—Son asuntos privados, jamás le daré razones.

—Y no las quiero, ahora me doy cuenta de que no podría vivir con ello. Prefiero estar desinformado al respecto; pero ese libro... ¡Aggggghh! Ese libro es demasiado explícito, y no dejo de pensar que una dama como usted para acceder a semejante información debe haberla experimentado.

—¡Haga silencio de una vez! ¿Y usted quién se cree para reprobar mi conducta?

—¿No sintió vergüenza al escribirlo? Otros lo leerán y pensarán que usted...

Le lanzó una mirada potente y él no se atrevió a terminar la frase, tan solo siguió avanzando en dirección a sus labios hasta arrinconarla.

—Atrévase a juzgarme —lo desafió.

—Aléjese, no quiero besarla.

—Pues no lo haga.

—Es tan irresistible —titubeó con ganas de apoderarse de esa boca.

—Decídase. —Lo miró sorprendida. Solo bastó provocarlo un poco con aquella lectura para que reaccionara como un adolescente que no podía contener los impulsos.

—No puedo, lo deseo como a lo más imperante.

—Ustedes los hombres son increíbles, actuó como el más detestable de los libidinosos cuando lo conocí y ahora que me pongo a su altura se achica y se esconde bajo mis faldas. Endeble, débil, fante —dijo dejando caer unas gotas de licor sobre sus rebosantes senos ante los ojos embotados de William. La miró una y otra vez, casi se pellizca para cerciorarse de que no estaba soñando y que la fiera marquesa que le había puesto tantas barreras era la misma mujer irreverente que con picardía lo seducía.

—No siga o no respondo de mí —advirtió.

—Estoy pensando sustituirlo, no es lo suficientemente eficiente para los servicios que lo he contratado.

—Definitivamente sus libros la han trastocado.

—¿Qué pasa si deseo contratar sus otros servicios, los de los rumores?

—Me dejaría totalmente escandalizado, pero eso no disminuiría mi deseo de apoderarme de sus encantos.

—Los hombres tienen muchas libertades. Poseo mucho dinero, ¿por qué no las puedo tener también?

—Usted es mujer.

—Retrógrado.

—Solo mencioné el hecho. Yo no hago las leyes ni soy responsable de las costumbres, igual me gustaría darles rienda suelta a mis pasiones, sin la presión de una pistola en mi nuca obligándome a fijar un compromiso.

—¿Qué insinúa?

—Usted es una fruta muy apetecible y si he resistido a morderla es porque doña Prude, en serio, me atemoriza.

—¿Teme que le obligue a desposarme?

—Eso no ha salido de mis labios. Tengo fobia al matrimonio, es un concepto que no fue creado para mí; pero mis ideas no son claras cuando la tengo cerca. Por usted estaría dispuesto a ofrecer lo que me pida con tal de no privarme de su presencia. —Su respuesta no le aclaraba el asunto, era lógico que la deseaba como refería Dorita, pero estaba dispuesto a considerarlo; sin embargo, no le había pedido la mano como suponía su abuela que haría si lo moviera el interés por su dinero.

—¿Y usted cree que desperdiciaré mis mejores años a su lado? Está demente. Soy libre y bajo ninguna circunstancia pretendo renunciar a mi libertad.

—Ese pensamiento es peligroso para una marquesa.

—No me diga que no le tienta la idea de comprobar si lo que está relatado en este escrito...

—Cuyos nombres están celosamente guardados.

—... puede hacerse realidad. ¡Cómo le gusta interrumpir!

—¿Quiere llevarlo a la práctica?

—¿Por qué no?

—¿Y no quiere desposar a un varón jamás?

—Absolutamente no. Sería una tonta si lo hago —dijo, y con aquella respuesta le servía en bandeja de plata el motivo por el cual supuestamente había acudido a aquellas tierras. Quería observar su reacción.

—Usted me da más miedo que su abuela.

—Lamentablemente nos habríamos divertido, pero usted es un cobarde.

—¿Me asegura que lo que pase entre estas cuatro paredes quedará oculto para el resto del mundo?

—Soy la más interesada en enterrarlo.

—Si nos decidiéramos, tendríamos que tomar todas las providencias para que usted no quedara

encinta, puedo ocuparme de eso.

—No vaya tan rápido, aún no le he asegurado que vaya a entregarle mi honor incorrupto. Salvo mi matrimonio con Emerald, jamás he caído en tentaciones ni cometido pecado alguno.

—¡Madre mía! —dijo a punto de arrepentirse, jamás había estado con una mujer a la que tuviera que corromper. Con las que había intercambiado experiencias ya habían mordido el fruto prohibido.

—Podríamos empezar por un beso, si la sensación me complace podría probar usted mis senos y si cada sensación es satisfactoria podríamos seguir al siguiente paso.

—Como una caja con muchas cerraduras, donde cada una cae si se encuentra la llave adecuada.

—La llave es el placer —murmuró entrecerrando los ojos y sorprendiéndose de caer en las redes de aquel embeleso que había comenzado como un juego inocente y que ya le comenzaba a gustar.

—Creo que ha dado con la persona experta en ese tipo de desafíos, no hay nada en lo que tenga mayor habilidad.

—¿Accederá usted a convertirse en mi amante? —aceleró el ofrecimiento. El plan era desenmascararlo y humillarlo, pero notaba que a una parte de ella le habría gustado que el papel que desempeñaba se hubiera convertido en realidad.

—Accedo —dijo a punto de besarla, cada palabra proferida por ella hacía que su hombría se irguiera un poco más.

—¿Cuánto cobrará por sus servicios? —La marquesa lanzó una estocada.

—Me ofende usted, ¿cobrar?

—No me sentiría bien si no contribuyo a que engrose su patrimonio.

—No aceptaré pago alguno si usted accede a también a darme placer, es la única retribución que acepto.

—Estaba segura de que lo podía la lujuria, por eso terminará pobre, no sabe sacar partido de las oportunidades que se le presentan. Casi he tenido que arrastrarlo a mi cama.

—Tal vez su osadía me ha tomado desprevenido, pero no olvide que el hombre en estos encuentros seré yo, querida amante. Ahora estoy dispuesto a demostrarlo.

Y antes de que los labios de William rozaran peligrosamente los suyos y fuera demasiado tarde para dar marcha atrás, le soltó sobre la humedad de su boca.

—¡Salga! ¡Váyase! —Perpleja de hasta dónde había llegado su supuesta lección, lo empujó y se liberó de su agarre.

—¿A qué juega? —bramó exasperado con el deseo latiendo en sus entrañas y reclamándola como suya.

—¿Pretende tomarme sin dar por servido mi honor?

—Me dejé llevar por el giro que tomó nuestro encuentro. Ni sé cómo llegamos tan lejos, no era mi intención. Aunque sí, reconozco que me tiene perturbado el raciocinio y que ardo en deseos de besarla. Ahora mismo debería estar en Londres ayudando a resolver las tantas dificultades

familiares que nos atañen, y estoy aquí, buscando la manera de hacerme oír. No puedo sacarla de adentro. No la olvido y no es así como se me antojaba enamorarla, pero usted me dio esos escritos subidos de tono y se puso insinuante de la noche a la mañana. Yo me muero por usted.

—Jamás debió venir a Emerald Haven y fue una irresponsabilidad imperdonable de mi parte dejar mis textos en sus manos. Su falsa moral me irrita.

—¿Mi falsa moral? ¿Y qué de sus cambios de humor?

—Solo estaba probando que tan libidinoso puede llegar a ser. ¿Niega que vino a mis dominios a satisfacer sus apetitos carnales porque no pudo hacerlo en el pasado?

—Primero me acusa de procurarla por su fortuna, ahora me deja en evidencia como un lujurioso que solo pretende meterse en su lecho con oscuros fines. Y en lo segundo, en parte, tiene razón. Su libro se quedaría corto ante el despliegue de mis fantasías y de las muchas formas que podría poseerla; pero en algo se equivoca, no huiría a la mañana siguiente, me quedaría abrazado a su cuerpo y no la soltaría jamás. ¿Qué tiene que decir a eso?

Ella se quedó en silencio total, como si la voz se le hubiese apagado para siempre, mientras él, desbordado por el ímpetu de sus sentimientos, le develaba su más profundo anhelo.

Un ruido en el pasillo los sustrajo de las revelaciones, no sabían quién era, pero ambos concordaron, sin siquiera compartirlo, que el recién llegado era muy inoportuno y que no le permitirían interrumpir en el justo momento en que la respuesta de la marquesa sería crucial.

Dos toques sobre la puerta precedieron la entrada arremolinada de doña Prudencia, que tras introducirse pasó el cerrojo ante la mirada atónita de William, que recordaba con exactitud la anterior prohibición. Grace y William se quedaron sorprendidos al escuchar su aviso, más el segundo que aún tenía el manuscrito lujurioso en la mano; hizo un gesto de pesar al imaginar que la abuela sospechaba en las que estaban. Su desconfianza cambió cuando reveló lo que la tenía alarmada.

—Lady Black acaba de llegar a la propiedad. El mayordomo la está tratando de detener, pero se ve iracunda y aterrada.

—¿Qué hace aquí? ¿Alguien le habrá comentado la presencia de lord William Lovelace? —preguntó Grace reticente.

—Si es su motivo oculto será nuestra perdición. La vizcondesa no ve la hora de comprometernos y torcer la opinión de quienes nos han apoyado.

—¿Motivo oculto?

—Dice que supo por un descuido de lady Arlene Haddon que has tomado el estudio que antiguamente le perteneció a su madre.

—¿Y... no está de acuerdo? ¿Con qué derecho?

—Eso alega, que con qué derecho. No son temas para hablar delante de extraños, pero resulta que este «extraño» es el mayor problema. Tenemos que deshacernos de lord William Lovelace cuanto antes o tu cuñada terminará por enredarnos en su apreciación del asunto.

—Les agradecería que dejaran de hablar de mi persona como si no estuviera presente —indicó el caballero.

—¡Usted no es inocente! —lo regañó doña Prudencia a la par que lo señalaba con el dedo. Él solo consiguió apretar el manuscrito, si la señora descubría el giro que había tomado la narrativa de lady Emerald, entonces sí que lo pondría en el banquillo de los acusados—. Si la vizcondesa descubre la presencia de lord William Lovelace en Emerald Haven complicará tu reputación, Grace.

—¡Por todos los santos!

—Nieta, ando intercediendo por un milagro para mis adentros, ya sabes que la señora se cree dueña del castillo. ¿Y si cierta información ha llegado hasta ella?

Grace se preguntó si lady Black conocía de las aventuras de su madre, tal vez temía que al posesionarse del estudio iba obtener evidencias —lo que en realidad había sucedido—. Buscó una forma rápida de salir del atolladero. La llamada ante la puerta herméticamente cerrada por parte de un sirviente, anunciando a la señora que sin respetar las reglas de etiqueta se había colado sin intenciones de esperar, las puso sobre aviso.

—Lord William Lovelace, nuestro trato ha sido inmaduro e irresponsable. Esa señora está decidida a perjudicarme si encuentra motivo y su presencia lo complica todo —susurró Grace asustada.

—Lo siento —masculló el aludido con seriedad.

—Tendrá que escabullirse de la forma menos tradicional e incluso humillante.

—¿Pretende que salga por la terraza con el cuidado de no ser detectado por lady Black? —continuaba susurrando, pero su tono y sus gestos eran de reproche.

—La terraza es zona vulnerable. —Grace negó con la cabeza.

—¿Quiere que salte por la ventana hacia la arboleda y me escurra como un gato vagabundo? Si su cuñada me encuentra por error entonces sí tendrá evidencia de un comportamiento indecoroso. ¿Por qué huir si no hemos hecho nada impropio?

—¡No se dé golpes de moral! Su sola presencia en Emerald Haven corrompe a toda mujer decente en esta propiedad —replicó la abuela que se sumó a la mar de susurros.

—¡Doña Prude! —murmuró quedamente William tratando de suavizarla.

—¡No sea atrevido! Ya le he dicho cómo debe tratarme, señora de García de Lisón o doña Prudencia, y ya es mucha libertad. Conmigo no valen sus truquitos para ablandar y torcer el buen juicio.

—Hay un pasaje secreto —musitó Grace—. Aún no he podido explorarlo, pedí que comenzaran las labores de mantenimiento, pero no me han reportado los avances. Hemos estado en varios asuntos de remodelación.

—¡Válgame Dios! ¿No será peligroso? —indagó doña Prudencia bajando cada vez más la voz, si era posible—. Mira, hija, que si al heredero de repuesto del duque se le lesiona un cabello en nuestra propiedad sería un problema mayor.

—¿Le preocupa la opinión de mi padre más que mi bienestar? —reprochó William.

La llamada del sirviente los apremió aún más, daba a entender con palabras refinadas que, si no abrían, lady Black, quien poseía una copia de la llave, se saltaría por completo cualquier protocolo e irrumpiría. Todos abrieron los ojos alarmados. Grace se enfureció al conocer del atrevimiento de la vizcondesa.

—Si usted no hubiese venido a importunar a mi nieta no estaríamos ahora implorando por un milagro.

—¡De acuerdo! Me sacrificaré por el buen nombre de Emerald, espero que no me estén ofreciendo como cordero en sacrificio.

—El pasadizo da a un jardín secreto y de ahí hay otro pasaje al bosque. Por favor, intente llegar

a la cabaña y enciérrese hasta nuevo aviso —indicó la marquesa—. ¿Está armado?

—¡Jesús! Ya me está preocupando. Claro que no, ¿por qué lo estaría para encerrarme con una encantadora marquesa en su estudio? —protestó de forma altanera el varón y la abuela carraspeó para corregirle el lenguaje—. ¿Tiene una espada o pistola que me pueda servir?

—No en el estudio y me temo que no hay tiempo, no podemos arriesgarnos a salir. Tenga. —Le extendió un filoso abrecartas.

—Es ridículo.

—No hay nada más.

Accionó el mecanismo para abrir el pasaje y lo empujó con urgencia al interior de este. En una mano el abrecartas, en la otra el manuscrito apretujado contra su pecho, la mirada perpleja; sería su escape más humillante de toda su historia de aventuras. Doña Prudencia, al notar el manuscrito, todavía tuvo el poco tino de preguntar:

—Nieta mía, no sabía que habías escrito nuevos capítulos.

La señora mayor trató de arrebatarse las hojas a William que se aferró a ellas como si en su esfuerzo su vida estuviera en juego.

—Esto se va conmigo.

—No sea majadero, milord.

—Soy precavido, si la vizcondesa se la tiene jurada créame que este material es una bomba en sus manos.

Y sin perder tiempo, ante los rostros azorados de las dos damas, se aproximó al secreter, se apoderó de todas las hojas y se coló con ellas en el interior oscuro. Doña Prudencia alcanzó a entregarle una palmatoria para que iluminara su camino.

Cuando lady Black abrió la puerta, encontró a Grace sentada al secreter y a doña Prudencia recostada en el diván. Miró con desdén las copas y la botella e hizo un gesto de reproche al imaginar que las damas estuvieran bebiendo a esa hora de la mañana.

—¿Lady Black? —preguntaron doña Prudencia y Grace simulando estar sorprendidas.

—¿Por qué se negaba a abrir la puerta? —Fueron las primeras palabras de la invasora.

—No acostumbro a ser subyugada bajo mi techo. No pretendía recibirla hasta que entrara en razón y se condujera como una dama. Lo siento, pero su comportamiento desfachatado delante de la servidumbre no tenemos por qué tolerarlo.

—El techo de mi sobrino.

—Mi hijo menor de edad.

—¿Cómo se atreve a apoderarse del antiguo estudio de mi querida madre? Emerald ni siquiera le permitió a su primera esposa tomarlo, y usted se siente con el derecho no solo de irrumpir en él, sino de creerse dueña y señora.

—¿Por qué su resquemor? ¿Qué teme que encuentre? Le pediré que se retire a una de nuestras habitaciones para que se reponga del viaje y mañana a primera hora vuelva a Londres.

—¿Se atreve a echarme del hogar donde pasé mi infancia, mi juventud? Es la casa de mis padres.

—Lo lamento, no hago las reglas. Si usted no se empeñara en aplastarme cada vez que tiene la oportunidad podríamos tratarnos como hermanas y por supuesto que la recibiría con honores. Pero a esta altura ya conocemos nuestras intenciones. Por respeto a la memoria de su hermano, compórtese —le dijo en total dominio de sí misma, con un tono educado, con voz suave, aunque firme.

A Grace le dolió en el alma tratarla así, pero no lo demostró. En el fondo la vizcondesa tenía razón, había crecido en Emerald Haven, era la herencia de su progenitor. Sucedió que su cuñada ya le había hecho suficientes desplantes y bajo ningún concepto podía volver a confiar en aquella mujer. Lady Black no perdonaba el embarazo de Evan, que hubiera nacido con salud y que fuera varón, justo cuando ya veía el marquesado para su primogénito. La dama se retiró sin decir nada más sobre el asunto, con su mirada de hielo, tan solo despegó los labios para añadir:

—Pasaré a ver a mi sobrino, no me lo puede negar.

—Hágalo, pero más tarde, cuando se haya logrado sosegar. Por nada del mundo permitiré que usted ni nadie perturbe su paz. Ahora entrégueme la llave y espero que sea la única que tenga en su poder perteneciente a Emerald Haven y Haddon House.

Se la dio de mala gana. Grace la vio salir. La bella y altiva lady Black sabía más de lo que mostraba. De lo contrario, ¿por qué habría ido como poseída a intentar evitar lo que ya era un hecho? Por supuesto que no le diría absolutamente nada sobre el diario de la marquesa, pero su arranque solo había avivado la flama, nada la detendría, estaba decidida a desenmascarar la identidad del seductor amante que se escondía bajo el apodo de Zorro.

Un estruendo proveniente de las entrañas del castillo cimbró las paredes del estudio. Grace y su abuela se miraron asustadas. La primera, con el corazón en la boca, corrió hasta el librero y lo accionó y una nata de polvo se esparció ante sus narices. Tosieron y a la par intentaron disiparla con un movimiento de manos.

—¡Jesucristo! Dejaremos al duque sin heredero de reemplazo. Dios nos está castigando porque no hemos actuado conforme a la recta moral.

—Sosiéguese, ahora lo importante es ver que lord William Lovelace esté bien y que lady Black no sospeche. Entraré a comprobar que se encuentre a salvo.

—¡Niña irresponsable! Sobre mi cadáver te dejo colar la cabeza en ese agujero de los infiernos.

—William puede necesitar ayuda.

—Busquemos a alguien de inmediato. Tal vez ya logró salir, es tiempo suficiente para que haya llegado mínimo al jardín secreto.

—Dios la escuche.

Abandonaron el estudio, Grace quiso cerciorarse de que la vizcondesa estuviera controlada y no causando más problemas. Su sorpresa fue mayúscula cuando el mayordomo le comunicó que lady Black se negó a tomar los aposentos y que partió en su carruaje sin siquiera descansar un rato o permitirles a los caballos reponerse.

—Esa mujer terminará por crispas mis nervios. Tal vez se quede en otro sitio a descansar.

—Nieta, ¿mandarás un sirviente a ver si lord William Lovelace está bien?

—Lo haré en persona.

—¿Estás demente?

—No quiero involucrar a más nadie.

—¿Y saldrás como poseída al bosque? ¿O te aventurarás por el pasadizo? Es peligroso, no sabes a lo que te enfrentarás.

—Abuela, por favor. Llamaré al ama de llaves e indagaré sobre su limpieza y mantenimiento, y pediré a unos hombres para que lo exploren.

—Manda a Dorita a la cabaña primero, tal vez ya está descansando y nosotras preocupadas en vano.

Cuando la señora Hoffman le informó que aún no se habían podido concretar las labores de

mantenimiento del pasadizo, Grace palideció; sin dar explicaciones le ordenó que enviara a dos sirvientes a recorrerlo con urgencia en búsqueda de lord William Lovelace.

—Necesito a dos hombres de esos que sepan mantener la boca cerrada, que tengan agilidad de pensamiento para resolver problemas y que sean hábiles con las manos.

—También escuché el estruendo —musitó temiéndose lo peor.

—Requeriré que recorran el pasaje en busca de lord William Lovelace, pero de inmediato.

—¿El hijo del duque entró al pasaje? Ni siquiera se supervisó su idoneidad, lleva años sin ser utilizado.

—Fue una emergencia.

—Discúlpeme, milady, por entrometerme. No requiero explicaciones. Hablé sin pensar, tan solo me preocupé por la seguridad del caballero.

—No pide explicaciones, pero quiero dejar las cosas claras, bien sabe que solo nos atañe asuntos de negocios. Lady Black decidió entrometerse y no quise darle gusto.

—Pierda cuidado, me ocuparé de buscar a las personas apropiadas y que todo se haga con suma discreción.

Grace suspiró en cuanto el ama de llaves partió a su cometido. Sin perder tiempo, hizo llamar a Dorita y le pidió que se acercara a la cabaña del bosque a revisar si el caballero ya había vuelto.

Divagó en su estudio mientras esperaba por Dorita y por las personas que el ama de llaves traería para explorar el pasadizo. Tomó asiento junto a su secreter y, mientras su mirada vagaba nerviosa sobre la superficie lisa de la madera, notó que el diario que por descuido había dejado sobre el escritorio no estaba. Solo encontró una explicación, que había sido tomado por William.

Tras un lapso de incertidumbre, los hombres arribaron y se colaron por la abertura a la par que Grace deambulaba de un lado a otro del perímetro de la habitación, con doña Prudencia sentada en un rincón rezando su rosario en su idioma natal.

Dorita apareció con la cara pálida como un papel. Grace le abrió los ojos para que desembuchara lo que había encontrado.

—¡Jesús, María y José! —exclamó la muchacha—. Milady, no me va a creer lo que han visto mis ojos.

—Habla de una vez.

—Que llego hasta la cabaña y me encuentro a lady Black con su cara estirada y su séquito de acompañantes detenidos. Y eso que el camino está tupido y lleno de árboles y es de difícil acceso para un carruaje.

—¡Dios misericordioso! ¿Y qué sucedió?

—Los escuché comentando que tal vez pernoctarían allí, antes de emprender regreso a Londres. Y que pensé rápidamente cómo espantar a la bruja, y se me ocurrió salir de mi escondite y plantarme delante. Lady Black quedó más blanca todavía, si eso es posible, e inquirió por mi presencia. Le dije que me adelantaba para ir ventilando el lugar porque no tardaban en llegar usted con unos trabajadores a quienes les daría indicaciones de ciertas remodelaciones para el

lugar. El caso es que estiró más la nariz y partió rumbo al pueblo.

—¡Será atrevida! Pretendía pasar la noche en mis dominios sin pedir autorización. Dios nos libre de tener a esa mujer husmeando en las inmediaciones. ¿Y lord William Lovelace?

—Revisé la cabaña y no hay señales de que haya pasado por allí.

—Es un alivio que lady Black no lo haya encontrado, pero a la vez no. No puedo de la angustia.

—Llegué como me indicó hasta el jardín secreto y no hay huellas de que alguien lo haya visitado recientemente. Estuve esculcando y bajo unas enredaderas encontré una puerta, cerrada herméticamente con llave. No creo que el caballero haya podido salir por esa vía.

Miró en dirección a la entrada al pasadizo y se puso de pie, sin dudarlo caminó hasta asomar la cabeza en la negrura.

—¿Qué hace? —preguntó Dorita asustada.

—Tal vez está en problemas, debo cerciorarme de que no necesite ayuda.

—¿Se pondrá en riesgo por esa alma turbia? Sus hombres ya están dentro, si aún no han salido lo encontrarán. No puede ser tan extenso.

—Trae velas, necesitamos buena iluminación.

—¡Altagracia Haddon, marquesa viuda de Emerald, te prohíbo ponerte en riesgo! ¡Bastante pesar tenemos ya por ese muchacho como para que sumes otra preocupación! ¡Mi corazón no está tan fuerte para soportar otra agonía! —la previno en castellano, pero nada evitó que su nieta tomara una de las antorchas que habían traído para la incursión en el pasaje y se colara rumbo a lo desconocido.

Grace casi fue arrasada por la urgencia con que los dos hombres se precipitaban hacia la salida que daba al estudio. Ella se hizo a un lado para casi mimetizarse con la pared y no bloquear su avance al descubrir que con esfuerzo traían el enorme cuerpo lánguido de William. Corrió tras ellos y ordenó que lo depositaran en el diván. Al unísono doña Prudencia le ordenó al ama de llaves que trajera al médico del pueblo, ya sin poder recuperarse de lo que podría suscitarse si alguno de los involucrados abría la boca y se esparcía el rumor del joven en el castillo en circunstancias comprometedoras. Más por la actitud poco conservadora de su nieta, que no podía disimular su pesar ante el desenlace.

—Creo que llegamos a tiempo, un poco más que nos hubiéramos tardado y el caballero no la hubiera contado. Se quedó atrapado en una cápsula y se le fue agotando el aire.

—¡Jesús, María y José! —dijo doña Prudencia en castellano, se persignó y besó la cruz de su rosario—. Solo faltaba dejar al duque sin el heredero de reemplazo. No puede ser que ocasionáramos semejante catástrofe. Pero ¿qué sucedió?

—Había mucha humedad y hubo un derrumbe, lord William Lovelace quedó incomunicado, tuvimos que mover las piedras para rescatarlo. Gracias a Dios no tardamos en sacarlo.

—Abran las ventanas a toda prisa y déjenlo ventilarse. —Procuró la marquesa con los nervios sensibles. Tomó un cojín y se lo colocó bajo la nuca a la par que revisaba las partes visibles en busca de contusiones. La chaqueta tenía varias roturas a lo largo de los brazos y en su frente había

una herida, no tan profunda, que no había dejado de sangrar. La presionó con cuidado con pañuelo de finísimo algodón con ribetes de encaje—. Espero que el médico no tarde. Les agradezco sus servicios. Ocúpense con sumo cuidado de restaurar el pasadizo, pónganse de acuerdo con la señora Hoffman de lo que se requiera para ese menester.

Cuando solo su abuela y ella quedaron a la espera del médico, Grace se sentó en el borde del diván y puso uno de los dedos debajo de la nariz de William, le reconfortó sentir el aire cálido que se escapaba de sus fosas nasales. Tenía amplias ojeras azuladas y su respiración era dificultosa y lenta. Unas lágrimas le resbalaron por las mejillas, de pronto su ardid para darle una lección se le hizo sumamente frívolo e inmaduro. No podía ocultar que por cada minuto que estuvo perdido, su corazón había latido a un ritmo inusual. Le acarició el hermoso y varonil perfil mientras temblaba por verlo inconsciente aún.

—Nieta mía, será mejor que te retires. Yo me haré cargo de recibir al doctor.

—Me rehúso —inrepó con el rostro compungido.

—Te verás comprometida. ¿Qué explicación daremos sobre la presencia del caballero dentro del pasadizo?

—Estoy harta de esconderme, de seguir patrones que no me conducen a nada. Al doctor no le quedará más remedio que atenderlo y quedarse con la boca cerrada o se buscará una enemiga de cuidado.

—Pero, hija...

—Lo remuneraré con creces. Compraré su silencio de ser necesario, pero si me desafía se arrepentirá. Ahora solo quiero que William abra los ojos y comprobar que no habrá secuelas.

Los párpados del caballero se movieron y los despegó despacio mientras se acostumbraba a la luz, se llevó una mano a la cabeza y se quejó de dolor. Parecía aletargado y costó que entendiera dónde se encontraba y que asimilara lo ocurrido. Cuando pudo coordinar sus ideas, la buscó con vehemencia. Las pupilas de ambos se toparon y el rumbo de sus vidas cambió para siempre. Él le tomó las manos entre las suyas e intentó decir algo, pero la potencia de la voz le falló, aún estaba muy débil. Ella le rogó guardar silencio.

El mayordomo llegó para avisar de la llegada del doctor.

—Por Dios, nieta, déjame hacerme cargo. Retírate, lo más apropiado es que yo lo atienda y me haga cargo de la situación. Puedo arreglármelas para no involucrarte.

—He dicho que quiero estar presente.

—Por favor, Grace, obedezca a doña Prude —murmuró quedamente William con sobrado esfuerzo, tanto que a la marquesa le dolió el corazón. Un hombre de sus dimensiones y su fortaleza, reducido—. Es imperioso para mí mantener su reputación a salvo.

Cuando el médico llegó, ordenó moverlo a una habitación más confortable. Doña Prudencia dio la indicación de conducirlo a los pisos nobles de inmediato. Dejó entrever que el joven había acudido a visitarla para ver asuntos de negocios y que por curiosidad había entrado en el pasadizo. Se omitió toda relación de lord William Lovelace con la marquesa y el médico fue discreto.

La señora se retiró cuando el galeno procedió a examinarlo, desabotonó la camisa de su paciente con ayuda de un sirviente y descubrió que traía resguardados documentos debajo de la camisa, un libro con cubierta de piel y un manajo de hojas. Fue circunspecto con el hallazgo y no hizo preguntas. William mandó poner los textos lejos de la vista de todos.

—¿Cómo se siente? —indagó mientras examinaba sus lesiones.

—Magullado como una fruta con la que se pretende hacer jalea. —Tosió por el esfuerzo de hablar.

—Parece que aspiró algo de polvo. Tendrá usted que guardar reposo. Afortunadamente no hay huesos rotos ni órganos comprometidos.

—Me cubrí con los brazos. El desplome no cayó encima de mí, gracias a Dios fue a unos pasos. —Su volumen era bajo y su voz estaba ronca.

—Dé gracias al Cielo. Igual pudo morir asfixiado, tiene síntomas de una falta de oxígeno importante. Sea más prudente a la hora de explorar construcciones antiguas. ¿Siente dolor en la cabeza?

—Sí, y escozor en la herida de la frente.

—La pomada de árnica le ayudará con los golpes y los dolores. Descanse, duerma. Tendrá que guardar reposo unos días aquí en Emerald Haven, al menos veinticuatro horas en cama. Después podrá dar algunos pasos, le convendrá salir a respirar aire puro, sin abusar, en un par de días cuando se sienta con fuerzas para hacerlo. Indicaré una dieta especial que ayudará a su pronto restablecimiento. Lo visitaré mañana para evaluar sus progresos.

Se le remuneró por sus servicios y más todavía, con la especial indicación de ser hermético con respecto a lo sucedido. William pudo respirar cuando quedó a solas, se recorrió de nuevo con un dedo la herida de la cabeza e intentó incorporarse. El doctor le había garantizado que los golpes dolerían aún más al día siguiente.

Mientras se esforzaba por sentarse, la vio entrar a la habitación. Ella lo ayudó colocándole una almohada detrás la espalda. Se miraron sin atreverse a hablar. El discurso previo al fatal desenlace se interponía entre ambos, la ligereza de ella y sus artimañas para seducirlo, el volátil deseo de él al descubierto.

—Lamento lo ocurrido —musitó recobrando la compostura, aún llevaba el vestido con el que lo había hecho sucumbir.

—Volvería a arriesgarme si con ello tengo otra vez sus cuidados. ¿Por qué lloraba? No creo que me tenga en tan alta estima.

—Entonces no me conoce.

—¿Aún sigue en pie nuestro pacto? —indagó arduamente.

—Me veré obligada a cerrarle la boca y los párpados. Debe descansar.

—No quiero que se vaya.

Estiró la mano y volvió a tomar la de ella, en esta ocasión Grace tampoco la retiró. William acarició con sus dedos los suyos y suspiró al pensar en las nefastas consecuencias del incidente, si los hombres no lo hubieran hallado antes de que se quedara sin nada de aire.

—Me quedaré un rato a velarle el sueño, por favor, duerma.

Su melodiosa voz, la temperatura cálida de su mano, el efecto relajante de los medicamentos y la mirada con que lo arropaba lo fueron conduciendo a un suave sopor hasta que se perdió en los brazos de Morfeo sin dejar de sujetarla.

Volvió a reaccionar cuando los rayos del sol que se colaban por la ventana iluminaron la habitación. Un sirviente displicente se incorporó de una silla, lo habían dejado vigilándole el sueño. Otro apareció para relevarlo. Traía una charola con té con leche y miel, suaves hogazas de pan, mantequilla, mermelada de frutos rojos y una ensalada de frutas con manzana, pera e higos.

—La marquesa insiste en que pruebe bocado antes de que llegue el doctor. Hemos traído algo de ropa de la cabaña, por si desea tomar un baño tibio para que pueda descansar con más comodidad.

—Hágale saber a lady Emerald que agradezco sus atenciones. Tomaré primero el alimento y después el baño.

Devoró la comida. Había dormido sin cenar y se sentía famélico. Después trajeron una tina de madera con agua templada, vertieron unas gotas de aceites perfumados traídos de Asia, indicados por el doctor para aliviar la inflamación de sus músculos, donde destacaba el de olor mentolado. Se introdujo en la bañera y disfrutó ser invadido por tan reconfortante aroma. Aún su cuerpo estaba maltrecho por el accidente y algunos trozos de su piel permanecían resecos y castigados por el polvo adherido a su superficie, debido al sudor y la sangre, que el médico no había podido terminar de lavar a conciencia. Talló suavemente sus brazos, limpiando con cuidado los raspones y las magulladuras; continuó enjabonando sus pectorales, los que frotó hasta quedar perfumados por el efluvio que desprendía el agua con su vaivén. Masajeó sus piernas y constató que el olor lo relajaba. Terminó con el resto de su cuerpo hasta sentirse aliviado. Su piel blanca volvió a relucir

límpida, reluciente y tersa.

Se colocó una bata y con ayuda procedió a lavarse la boca con los polvos dentífricos para después hacer gárgaras de agua con sal, siguiendo al pie de la letra las recomendaciones del médico.

Tras volver a acomodarse en la cama, solicitó ver a la marquesa, pero antes de que partieran en su búsqueda, fue anunciada por Dorita. Por orden de lady Emerald los dejaron a solas. Ella se sobresaltó de encontrarlo en bata, pero siguió adelante. Él se regodeó en la vista, vestía un sencillo vestido blanco de muselina, la falda estaba salpicada de mariposas en pleno vuelo. El cabello lo traía peinado en una larga trenza que se enredaba en su cabeza, coronándola como la reina de las ninfas, en una apariencia tan campirana y tan desenfadada como el día que llegó a Emerald Haven a invitarla a Whitestone Palace. La prefería así, provocaba que su corazón se apretara y que su alma revoloteara desesperada dentro de su pecho, con intenciones de abandonarlo y seguirla para siempre. Un par de ojeras opacaba su semblante y se sintió responsable de sus pocas horas de sueño.

—¿Cómo se siente? —indagó Grace recuperando el brillo en sus ojos al verlo muy recuperado. Se veía lozano y, salvo por sus ojeras amarillentas y la herida sobre la frente, su apariencia no distaba mucho de lo habitual.

—Angustiado.

—¡Oh, por Dios! —se preocupó.

—Aún no me contesta si continúa en pie nuestro trato. Ese en que seríamos amantes —murmuró y se precipitó a acariciarle la mano, ella la retiró de pronto.

—Solo debería preocuparle su salud. ¿Desea que avisemos a su familia?

—No. Detesto darles preocupaciones. —Fue interrumpido por un ataque de tos.

—Trate de expulsar todo lo que pueda. Aconsejó el médico que le ayudará a sentirse aliviado. —Grace intentó socorrerlo. Tomó una jarra de la mesa cercana, le sirvió agua en un vaso y le dio de beber.

—Mi madre movería cielo y tierra por regresarme a Londres, no quiero separarme de usted. Menos cuando finalmente ha aceptado compartir una aventura conmigo —explicó cuando cesó el cosquilleo de su garganta.

—¿Acaso el golpe en la cabeza no le hizo olvidar ese funesto acuerdo?

—Solo quedé inconsciente por falta de oxígeno, no tuve pérdida de memoria.

—Pero pudo haber consecuencias más graves y no debemos pasarlas por alto. ¿Qué habría pasado si...? Usted debe descansar y yo sincerarme, solo jugaba...

—Un juego muy peligroso.

—Me sacó de quicio.

—Tan difícil de lograr. —Rio por lo bajo—. ¿Entonces ya no requiere de mis otros servicios? Le diré algo que tal vez mejore su opinión sobre mí. No soy un prostituto, jamás he cobrado por darle placer a una dama.

—Ya había intentado alegar en su defensa. ¿Por qué le creería? Ya eso no importa, solo quiero verlo sano, recuperado, que pueda abandonar esa cama y que sea tan testarudo como de costumbre.

—Para mí es importante, basta de silencios incómodos, de orgullo. Usted debe ver que, aunque no soy un dechado de virtudes, tampoco soy un tarambana como le han hecho creer; tal vez un poco, pero estoy dispuesto a enmendarme.

—¿Defenderá que es un santo varón y que tiene una reputación intachable?

—No negaré que he tenido amantes. ¿Qué hombre sano a mi edad no las tendría?

—He tenido el infortunio de escuchar, sin proponérmelo, la efusión con que una dama hablaba de sus peripecias. Una que al parecer lo conocía bien.

—¿Quién?

—La señora Perkins. —Carraspeó—. ¿Es su amante? ¿La ama?

—Por supuesto que no, solo tuvimos un encuentro. Es agua pasada —argumentó quejándose de dolor lumbar, ella le acomodó las almohadas y sus labios quedaron muy próximos. William los miró anhelante con deseos de aproximarse y robarle ese beso que ya se había hecho de rogar. Emitió un sonido gutural tras verla regresar a su asiento sin darle la menor satisfacción a su aguda sed.

—No puedo entender cómo osa arriesgarse tan solo por obtener placer —le reclamó enojada, recordando el incidente de casi tres años atrás, cuando aún vivía Emerald—. Su esposo es bastante peligroso, es impulsivo y se hace acompañar por esos matones que no son nada de fiar. ¿Lo ha notado?

—Por eso preferí poner distancia.

—Ella no se mide, no fue cuidadosa al contar su admiración por usted a las señoras que frecuentan su círculo. ¿Es la dama misteriosa?

—No.

—¿Me dirá algún día de quién se trata?

—¿Por qué el interés particular en ella? Ya sabe que ha habido otras.

—Cambió nuestro rumbo.

—¿Habría aceptado casarse conmigo de no habernos sorprendido juntos?

—Tal vez. Usted tampoco me lo había pedido.

—Lo deseaba, incluso a pesar de mi aversión al matrimonio.

—Es incorregible.

—Fui uno antes y otro después de conocerla. Usted me hizo tener ideas distintas, quise tener su compañía para siempre.

—¿Me dirá quién es?

—Algún día. —Grace lo miró sin disimular su curiosidad—. Solo he considerado casarme dos veces en la vida, la primera tenía diecisiete años, era un soñador. Por supuesto que mi padre no consintió mis aspiraciones. Ella era mayor que yo por tres años. Yo tenía aún mucho que estudiar.

—¿Le correspondía? —preguntó llevándose la mano al corazón, con el semblante sombrío. Estaba segura de que hablaba de la misma mujer que se había interpuesto entre los dos. «¿Diecisiete años?», pensó. No creía que pudiera luchar contra un sentimiento que había perdurado en el tiempo.

—También me quería, pero menos de lo que me hubiese gustado. —Tosió una vez más. Grace le aproximó un vaso con agua y él bebió a pequeños sorbos.

—Usted debería guardar silencio.

—¿Cómo podría si se ha empeñado en exprimirme hasta sacarme la última gota de información?

—Se lo ahorraría si cuando le pedí explicaciones me hubiera aclarado de quién se trataba.

—Entienda que soy un caballero, no puedo revelarle la identidad de la dama.

—Me habló de la señora Perkins.

—Ella fue la que cometió la indiscreción. «La dama misteriosa» —dijo utilizando el sobrenombre referido por Grace—, fue mi amor de juventud.

—Cuesta creer que tuvo un amor —musitó sorprendida por la ferocidad de sus celos, él lo notó y sintió alivio, esperanza—. ¿Qué sucedió?

—Mi padre me envió a estudiar y ella me olvidó. Se casó con un primogénito. Cuando lo supe la noticia me devastó, juré que la olvidaría; pero la vida nos hizo converger una y otra vez hasta que me convencí de que no teníamos futuro. Ella ya no era la persona de la que me enamoré, no sé si cambió demasiado o si en verdad siempre fue igual y la venda en mis ojos no me dejaba ver más allá de su belleza, de lo superficial.

William se guardó por caballerosidad lo siguiente, que, en verdad, su sentimiento enardecido murió tras su rechazo. Después, conquistarla se volvió un deporte, a ella y a otras, una solución temporal para satisfacer las necesidades de su hombría, su sed de compañía femenina.

—¿Es la condesa de Bridgewater? —se atrevió a preguntar.

—¿Cómo se le ocurre pensar algo tan desfachatado?

—En cada ocasión que nuestras miradas se cruzaron en Whitestone Palace, fue muy despectiva, como si tuviera qué reprocharme.

—Descártela, no lo es. —Volvió a toser y a quejarse de su espalda.

—Lo dejaré descansar.

—Quédese un poco más.

—Preocuparé a mi abuela si sigo encerrada con usted a solas. Me lo ha permitido porque sabe que está más muerto que vivo y porque también se siente culpable de haberlo instado a escaparse por el pasaje.

—Entonces tendré que sacar partido de su sentimiento de culpa, por favor, Grace, permanezca un rato a mi lado. No hablábamos así sin rencores ni máscaras desde hace años, cuando nos conocimos. Le suplico que me dé una oportunidad. Permítame empezar de cero.

—¿Qué ha venido a buscar? ¿Aún anhela convertirme en su amante?

—No, jamás ha sido mi interés primordial. Mis intenciones son honestas y las más serias.

—Jamás volveré a casarme.

—¿Por qué?

—El matrimonio no es una opción para mí.

—Y no se lo pediría de hallarme en desventaja. Buscaría la forma de redimirme y entonces sí la haría mi esposa —soltó lo que le quemaba por dentro, aún sin tomar conciencia de las palabras atropelladas que se le escapaban; pero bajo ninguna circunstancia permitiría que su necesidad lo llevara a perderla de nuevo.

—Milord, no existen posibilidades para nosotros. Jamás accederé a volverme a casar, he dado mi palabra.

—¿A quién?

—A mi hijo, juré que nada me distraería de su crianza.

—Es absurdo, pero no la juzgaré, sé que ha pasado momentos difíciles. Grace, estuve a punto de morir y lo único que me mantuvo con fuerza fue la esperanza de lograr conquistarla y de volver a ver en sus ojos la dicha que sentía cuando éramos Grace y Will y nos sonreía la fortuna. Júreme que sus lágrimas eran por la culpa de conducirme por ese pasadizo del infierno y no porque también se siente desbordada por el sentimiento que nos une.

—Will...

—La quiero y no me moveré de Emerald Haven hasta que no reconozca que nuestro amor es recíproco. Estoy dispuesto a aceptar lo que sea que me ofrezca, solo le aclaro que, de mi parte, le doy todo. Seré su amigo, su esposo o su amante en las sombras, pero quédese conmigo.

Se le acercó lentamente, y ella lo escuchaba con tanta atención que, cuando se percató, sus labios habían recorrido un arduo camino hasta quedar a escasos milímetros de los suyos. La tomó por el talle dejando escapar por su garganta una queja ante el fulminante dolor que lo fustigaba con cada movimiento.

—No se esfuerce —le susurró y lo acarició con su aliento.

—Me duele más permanecer otro segundo separado de su cuerpo.

Ella se dejó vencer y sus bocas, después de tanto esperar, se fundieron primero despacio y después de forma ardiente. La abrazó con tantas ansias que se sintió lleno de bríos, como si horas atrás no hubiera estado a las puertas de la muerte. Ni siquiera el aire viciado que se agolpaba en sus pulmones hizo que se quedara sin aliento; había penado, lo que le había parecido un siglo, por probar la dulzura de sus labios y se adhirió a ellos como si de su savia dependiera su capacidad de subsistir.

—Sabe exquisito. Jamás me niegue sus besos —le susurró asaltando una y otra vez su boca, deleitándose en su tersura, en la sedosidad de su piel.

Sus manos ávidas de reconocer cada recoveco de su cuerpo se lanzaron a explorarla, estrecharla, recorrerla; mientras ella, vencida por un deseo que la llenaba de palpitantes sacudidas y la hacía sentir un calor sofocante en sus partes pudendas, se rindió a sus avances. No

podía y no quería frenarlo. William se veía encantador en aquella bata de seda, con la camisa blanca asomándose por debajo, con las mejillas sonrosadas por el febril deseo y con aquella voz jadeante con que intentaba convencerla de la veracidad de su afecto entre caricia y caricia. Pero cuando el caballero, supuestamente inmovilizado por prescripción médica, la colocó suavemente de bruces sobre la cama y hizo más atrevida su incursión sobre su cuerpo, el que con avidez pretendía desnudar, Grace volvió a sentir pudor.

—Aguarde.

—¿Qué sucede, mi bien?

—Me esperan para el desayuno y está por llegar el doctor. Sería engorroso que nos descubrieran así.

La besó con furor hasta dejarle los labios incendiados y luchó contra su deseo feroz con tal de calmarse.

—¡Maldición! —blasfemó—. Definitivamente quiere matarme. Júreme que regresará en la noche cuando todos duerman.

—Eso que me pide es incorrecto, menos en el techo de esta casa.

—La amo tanto que esta espera terminará por hacerme más daño que el derrumbe del pasadizo.

El corazón del caballero parecía que iba a estallar dentro de su pecho, pero dando muestra de su aplomo intentó sosegarlo.

—Vendré al mediodía a verlo, después de que pase el doctor.

—Y yo intentaré esperarla, si antes no abandono esta cama y voy a su encuentro.

—Debemos ser cautos y usted debe recuperarse, milord.

—Usted ha aceptado de cierta forma sus sentimientos y muero de angustia de pensar que reaccione y cambie de parecer.

La abrazó hasta que ambos torsos quedaron completamente fundidos. El calor sofocante volvió a hacerse presente. Aspiró su aroma y se llenó de ella y le recitó un mar de juramentos de amor. Ella le acarició el cabello, le salpicó de besos el rostro amado y le dijo:

—Will, me has robado la cordura —le confesó ya sin tratarlo de usted, y él le tomó la palabra, ardía en deseos de hacerlo y solo esperaba carta blanca.

—No reflexiones, solo déjate llevar, que si sacas conclusiones terminarás por titubear y yo me moriría. Te necesito mía, solo mía.

—Y lo soy de cierta forma, desde que te conocí no he podido sacarte de mi corazón; pero debes aceptarme tal y como soy.

—Eso debería pedirlo yo. Eres perfecta, Grace, ¿qué tendría que reprocharte?

—Quiero conservar mi libertad, estaremos juntos, mi amor, pero será nuestro secreto.

—¿Te avergüenzas de mí? ¿No me consideras con los méritos suficientes para portarme con orgullo como prometido?

—No es eso. —Le besó los labios para alejar el recelo que se apoderó de su rostro—. Dijiste que aceptarías lo que te pudiera dar. Es difícil para mí, tengo responsabilidades, soy madre. No

quiero que tomemos decisiones apresuradas, ni que tus padres o mi familia interfieran.

—Al menos los míos, que han notado mi ferviente interés por ti, no desean otra cosa. No sé doña Prude cómo se lo tome, me ha amenazado con el duque de San Sebastián en repetidas ocasiones.

—Odio los rituales, apegarme a las costumbres. Solo quiero conocerte más, sin un ejército de señoras ordenando qué se debe hacer en este caso. Terminarían por arruinarnos y yo no podría soportar otro fracaso.

—Yo acepto tus condiciones.

—No lo son, de hecho, es lo que quiero evitar. Quiero que seamos libres en todo momento.

—Cuidaré de ti —murmuró y la estrechó con todas sus fuerzas—. Serás mía en secreto.

—No tienes remedio —le dijo y se perdieron el uno en la fuerza de la mirada del otro.

Se despidieron con beso sonoro en los labios. Tras una risa tonta y cómplice, se volvieron a jurar cuánto se amaban.

Grace aún se acariciaba los labios cuando abandonó la habitación para huéspedes donde intentaba descansar el fervoroso enamorado. La presencia de doña Prudencia con cara recriminatoria le hizo dar un brinco del susto.

—¿A quién crees engañar, niña ingenua?

—A nadie, abuela. Usted sabe que soy consciente de cada paso que doy.

—Debes frenar las pretensiones de lord William Lovelace, pensé que era lo que querías. Sabes que no puedes unirte a él de ninguna forma, prometiste proteger a mi bisnieto y dejar tu vida personal a un lado. Un hombre entre nosotros cambia las cosas, podría perjudicar el futuro del pequeño. Hay tantos peligros al acecho.

—Lo amo, ya no puedo acallar el sentimiento que me desborda.

—¿Entonces es lo que quieres? ¿Te ha pedido matrimonio?

—De cierta forma.

—¿De cierta forma?

—Lo hará cuando su fortuna mejore, ahora no se siente en condiciones de proponérmelo. Es orgulloso y pretende forjarse un destino mejor.

—No lo repruebo, es propio de un caballero. Eres demasiado joven para quedarte sola el resto de tus días y sé que sienten una inclinación el uno por el otro que no pasa desapercibida. Si no pueden luchar contra sus sentimientos, concuerdo en que deben estar juntos, pero hay un detalle que estás pasando por alto. ¿Confías lo suficientemente en él para garantizar que pase lo que pase estará de nuestro lado? —Abrió los ojos desmesuradamente para darle a entender en qué basaba sus temores—. Sabes que nuestras circunstancias son especiales.

—Confío y usted también lo hace o de lo contrario hubiese sido la primera en no permitirle la entrada a Emerald Haven.

—Él me agrada. Tengo cierta afinidad por los caballeros de alma turbia, terminan por robarme el corazón. Pero es peligroso después de las decisiones que hemos tomado.

—Lo amo. —Volvió a sincerarse para que entendiera el motivo que la arrojaba a sus brazos.

—¡Jesús Misericordioso! ¡Ampáranos!

—Me quiere.

—Lo más sensato es que regreses a Londres, puedes ir con Dorita y Evan. Lord William

Lovelace puede quedarse a restablecerse. Si en verdad desea mejorar su estatus para ofrecerte matrimonio, será el más interesado en mantener tu honor a salvo. De lo contrario, corres el riesgo de tropezar y la caída no será dulce. Dorita dice que solo lo mueve la lujuria.

—¿Y ahora por qué les da crédito a sus conjeturas?

—Porque las mías han quedado por tierra en vistas de que asegura que prefiere esperar para pedirte matrimonio.

—¿No le cree?

—En verdad quiero hacerlo.

—No viajaré a Londres. Soy viuda, puedo tomarme ciertas libertades que una señorita no podría.

—Te equivocas, eres mujer, y para nosotras la vida es complicada.

—William y yo tenemos mucho de qué hablar, la distancia volverá a erigir barreras entre los dos.

—No existen barreras para el amor.

—¿Ahora es defensora del amor? Si bien recuerdo para usted, el amor no es la base del matrimonio.

—Lo creía hasta que tu madre y María Teresa me demostraron lo contrario. Nieta querida, aún eres muy joven, toma las cosas con calma.

—Usted sabe que cuando llegamos a Londres, con la fortuna sonriéndome, estuve tentada a no casarme jamás. Luego conocí a William y me llené de esperanzas. Después me rompió el corazón.

—¿Por qué ahora sería diferente?

—Hay algo que nunca le dije. Él fue a verme antes de casarme, me suplicó que me retractara, me imploró, me reveló que me amaba. Y aunque sonaba sincero, estaba tan herida por mi descubrimiento y por los rumores que lady Huntington se encargó de compartirme que dudé. No quería ser desdichada si decidía darle una oportunidad. Me casé con Emerald huyendo de William, pero nunca fui tan infeliz en mi vida como al descubrir que con mi elección lo había perdido para siempre. La vida se encargó de ponernos de nuevo en el mismo lugar, frente a frente, y hoy vuelve a asegurarme que me quiere. Ha sido honesto conmigo y yo ya no puedo seguir escapando.

—Tampoco te lo exijo. Espera a que esté listo para comprometerse.

—Su familia está pasando por una situación delicada, pasará tiempo para que William pueda salir a flote, meses, años. No deseo esperar. Ultimadamente, tal vez estamos mejor así, nuestro acuerdo nos permite amarnos y ser libres.

—¿De qué hablas?

—Evan es pequeño, mi prioridad es velar por sus intereses y hay personas que están pendientes de que cumpla mi cometido. Si conocen de mi acercamiento a un hombre no estarán contentos, buscarán la forma de perjudicarnos.

—¿Qué dices?

—Mientras nuestro amor sea solo nuestro, estaremos a salvo.

—Nieta, ¿has pedido la decencia?

—Lo que he perdido es el miedo a explorar la inmensa gama de posibilidades que tengo frente a mí.

—¿Sí sabes que debes respeto a tus mayores? ¿A tu madre, a mí, incluso a Hugo?

—Sé que usted secretamente lo aprueba.

—¿Cómo te atreves?

—¿Ser libre, plena y feliz?

—Si lo quieres podemos buscar un acercamiento con su familia, si él también te pretende podrían casarse.

—¿No me ha escuchado? William es terco, orgulloso y con un contradictorio sentido del honor. No me ofrecerá matrimonio de manera sólida hasta que su fortuna personal supere la mía.

—Es absurdo, en este momento lo que menos me importa es la riqueza del caballero ante la amenaza de ver tu honorabilidad corrompida. Se casarán, así tenga que traer a Hugo a arrastrarlos al altar.

—Eso nunca, prefiero aferrarme a la promesa de matrimonio en el tiempo, cuando él se sienta lo suficientemente preparado. Antes no, se rompería la magia.

—Entonces pondrán distancia de por medio hasta que las circunstancias que el caballero desea sean una realidad.

—Me niego. Viviré mi vida bajo mis propias convicciones.

—¡Altagracia! ¡Debes mantener una conducta decorosa, eres la hija del difunto marqués de Morell de Santa Ana!

—Altagracia ya no existe, abuela, usted sabe que ahora me llamo Grace.

Con el ultimátum de traer al duque de San Sebastián, su cuñado, partió doña Prudencia esa misma mañana, negada a quedarse en aquella morada donde las bajas pasiones pululaban sin límites. Grace no le rogó que se quedara, pero no temía que cumpliera sus amenazas, sabía que jamás daría su brazo a torcer ante Hugo y no admitiría que una de sus nietas se había salido de su propio redil, una vez más. Al menos, ella había ido de frente, y no había burlado su férrea vigilancia, como hicieron los duques en el pasado. ¿Con qué moral Hugo le iba a recriminar? Aunque sabía que, ante esas circunstancias, su cuñado tenía fallas de memoria.

No acudió al mediodía tras la visita del doctor al encuentro con William, los sirvientes habían demostrado su lealtad, hasta la fecha, pero no quería dar motivos para que hablaran a sus espaldas, más de lo que tal vez lo hacían. Le envió una carta con Dorita explicando lo sucedido, la que la muchacha llevó a regañadientes, porque ya había tomado partido por doña Prudencia.

—¿Entonces no vendrá? —preguntó William en castellano.

—Lo dice la carta, hasta que usted tenga la fuerza para ponerse de pie y regresar a la cabaña, podrán volver a encontrarse —respondió Dorita en la misma lengua.

—¿Conoces el contenido de estas letras?

—La señora la escribió delante de mí y me la leyó para dejarme claro que lo convenciera de apegarse a ella.

—¿La marquesa ha perdido la cordura? ¿Qué hizo para provocar que doña Prude huyera despavorida sin siquiera despedirse?

—Se lo explicará cuando puedan hablar. Pero si quiere le adelanto algo, milord. La señora fue a buscar a su excelencia, el duque de San Sebastián, para que le diera un escarmiento —lo amenazó, blandió su lengua como una espada y batió sus brazos para dejar en claro su inconformidad—. No sé si ya lo conoce, pero su genio es tan fuerte como el rugir de un león furibundo. Yo que usted, dejaría de importunar a la marquesa y saldría corriendo mientras las piernas aún no le sean inútiles para subirse a un caballo.

—No me atemoriza el duque y te perdono porque sé que la quieres.

William abandonó la cama de inmediato. La muchacha tuvo que girarse de espaldas ante el varón que se quitó la bata y quedó en camisa y paños menores de la cintura hacia abajo. Comenzó a vestirse delante de ella, sin asomo de pudor. La instó para que le diera su chaqueta, su corbata y

demás artículos de su atuendo. Le pidió que enviara a la cabaña el resto de sus pertenencias ante una Dorita boquiabierta.

—¿Qué hace, milord? El doctor dijo un día completo en cama, de reposo, y aún no se cumple el plazo.

—Muero de deseos de ver a Grace, no me visitará hasta que esté en la cabaña, así que no perderé ni un minuto —comunicó tomando un envoltorio de hojas en una mano, dispuesto a irse—. Allá la espero.

—Aquí estará mejor atendido.

Dorita tuvo que socorrerlo y dejarlo apoyarse sobre sus hombros al comprobar su resolución de marcharse con tal de acelerar su encuentro.

—No es necesario que me sostengas, puedo valerme por mí mismo.

—Usted es más terco que una mula.

—Si vas a compararme con un animal, te sugiero que elijas un purasangre inglés, de lo contrario te buscarás un enemigo jurado.

—Usted no llegará a la cabaña ni con mi ayuda —dijo soltándolo y él estuvo a punto de caer al suelo, ella lo auxilió de inmediato, apuntándolo como un castillo de naipes a punto de desmoronarse—. No sea testarudo y déjeme regresarlo a la cama.

—¡No me sostengas! —indicó y Dorita lo hizo. Respiró hondo y dio unos pasos, hasta recobrar la seguridad en sus piernas después de tantas horas acostado—. Sé medir mis fuerzas y sé hasta dónde puedo llegar.

La dejó estupefacta mientras lo veía erguirse a la totalidad de su altura, tomar una fuerte inspiración y continuar avanzando completamente decidido.

Grace llegó a la cabaña sola, cabalgando a horcajadas sobre la yegua andaluza; se desmontó de un salto, la amarró a un poste y sin más preámbulos se introdujo en aquel sitio confortable de madera noble. Arribó con el entrecejo fruncido, ya había sufrido en varias ocasiones por el ímpetu y la rebeldía del caballero, su desobediencia al doctor, luego de tenerla con el Jesús en la boca fue la gota que derramó el vaso. Lo encontró sentado muy apacible y con una amplia sonrisa en los labios, en un sillón enorme, bebiendo una copa de brandy y emitiendo carcajadas a momentos por la reacción que le provocaba la lectura. Estaba sumamente interesado en un libro que ella reconoció de inmediato. Intercambiaron miradas y él se puso de pie para recibirla.

—¡Siéntate! ¡Ni siquiera te atrevas a levantarte! —ordenó Grace y se acercó a socorrerlo. Él tuvo que inclinarse desde su altura para ser examinado. No la había obedecido, un caballero debía esperar a que la dama recién llegada se acomodara en una silla. La marquesa le revisó la frente, la pureza del rostro y el ritmo de la respiración—. ¿Cómo se te ocurre venirte andando? ¡Eres irresponsable! William, ¿acaso no eres consciente del riesgo al que estuviste expuesto?

—¡Ninguna mujer se había atrevido a hablarme con tanta fiereza! Te lo perdono por el placer de recrearme la vista con semejante amazona. —Volvió a sonreír.

—Vine a toda prisa en Luna para intentar alcanzarte y que al menos vinieras a trote lento. —Él observó que aún vestía el primoroso vestido de la mañana. Ni siquiera le había dado tiempo a ponerse el traje de montar. Y así la prefería, ligera, sin apretados corsés, con la tela cayendo por su cuerpo y dibujando su figura, la que le había asegurado que sería suya y ese juramento le ponía el corazón frenético solo de imaginárselo.

—Me duele tanto la espalda que no creo que pueda subirme a un caballo. La caminata fue reconfortante, ya no soportaba el encierro; si al menos te hubiera tenido de enfermera me habría arriesgado. Cuando Dorita me aseguró que no vendrías tuve que salir de allí a toda prisa, necesitaba verte. ¡Y funcionó! Has venido a todo galope a mi encuentro.

—Traje tus medicinas, las dejaste olvidadas.

—Adoro tu ira, da cuenta de tus bríos a la hora de amar. Ardo en deseos de ser devorado por esa pasión.

William no tomó asiento hasta que ella se sentó en una poltrona próxima a él.

—Estás de reposo y ya has desobedecido con creces las órdenes del doctor, la única pasión que

verás es la que usaré para meterte en cintura.

—¿Por qué se fue doña Prude?

—No te preocupes por su partida. Nos entenderemos, al final termina por ceder.

—Me inquieta lo que te concierne.

—No aprueba nuestro proceder, considera que debemos casarnos de inmediato antes de que nos volvamos el nuevo rumor de temporada.

—Tal vez tiene razón. ¿Lo deseas?

—No permitiré que interfieran. —Ella volvió a reparar en el diario de la marquesa fallecida. Estiró la mano para solicitarlo.

—Lamento haberlo tomado.

—¿Qué tanto has leído?

—Lo suficiente para pensar que a ese diario le debes tu osadía en las letras, ¿o me equivoco? Muero de celos de imaginar que Emerald sea el responsable de tu vasto conocimiento en el arte de seducir.

—¡No me adentraré en los detalles! Sería poco decoroso.

Él arrugó el entrecejo y le devolvió el diario de una vez.

—¡La marquesa! ¡Tan estirada que parecía!

—¿Cuento con tu discreción?

—Faltaba menos —dijo tomándola desprevenida, la arrebató de su lugar y para arrastrarla con él al cómodo sillón—. Ahora quiero mi encuentro romántico.

—¿De qué hablas? —Su tono era sobresaltado.

—Mencionaste en la carta que no acudirías a mí hasta que estuviera de vuelta en la cabaña, por aquello de la privacidad y de mantener a los sirvientes lejos.

—Eres incorregible, no me refería a...

La miró con lujuria y volvió a robarse sus labios, ella sucumbió a su contacto húmedo y a ese olor mentolado que lo envolvía.

—El médico me ordenó estar en la cama y es lo que pretendo hacer —gimió contra su boca alzándose con ella en brazos.

—Te lastimarás —intentó amonestarlo, pero entendió que era lo que menos le importaba. Aquel hombre era devorado por el apetito voraz de tenerla.

Se dejó conducir hasta el blando lecho, el que se hundió por el peso de ambos. Su pecho junto al suyo le confirió seguridad, se sentía como si hubiera llegado a su verdadero hogar, no pudo rechazarlo.

—No imaginas cuántas veces te soñé así conmigo, mi bella Grace. Déjame colmar de besos tus mejillas.

—Te amararé a la cama de ser necesario —dijo intentando escaparse de su agarre, pero era imposible, ya había sido subyugada por su atractivo.

—Solo necesitas meterte conmigo dentro de las mantas y me quedaré en ella para siempre —

bramó hundiéndola nuevamente en el mullido colchón y aprisionándola bajo su cuerpo. La observó como a la más encantadora de las mujeres y le recorrió el rostro con caricias y besos salpicados a intervalos. Sin podersele creer preguntó—: ¿En verdad serás mía?

—Para detestar el matrimonio tienes muy exacerbado el sentido de posesión —gimió con el aire fluctuando en sus pulmones por el peso del portento. Él lo notó y se apoyó sobre un codo para permitirle inspirar con más soltura.

—A ti, te quiero a ti. Me obsesiona todo lo que tenga que ver contigo, tu dulce olor a vainilla y violetas, tu sedosa piel, tu irreverencia, tu rechazo. Jamás había tenido que penar tanto para obtener los favores de una mujer.

—¿Mis favores? —A ella le resultaban tan graciosas las maneras inglesas de referirse a las situaciones humanas, más si eran entre un caballero y una dama.

—Tu cuerpo, tus besos, lo que desde hoy tendrá un solo dueño. Borraré con mi brío toda huella del pasado. Sentirás que hasta hoy no sabías lo que era amar.

—Vas muy rápido —titubeó.

Su pretensión era la de seguir hablando, conociéndose. Incluso la idea de su abuela comenzó a parecerle prudente: procurar un entendimiento de las familias hasta que quedaran unidos por las leyes de la Iglesia. Su resolución de amar libremente la sobrepasó de golpe, no se sentía tan valiente con aquel varón encañonándola con la artillería completa.

—¿Rápido? —gimió—. Te he esperado por años; pero si prefieres aguardar a que estemos casados solo tienes que decirlo y parto de inmediato a Londres a esforzarme para conseguirlo.

—¡No! No te vayas —se le escapó en un susurro ahogado.

Se abrazó a su firme cuerpo y se rehusó a dejar que sus propios prejuicios se interpusieran entre sus anatomías. Había desarrollado una convicción a lo largo del tiempo, quería ser como la antigua marquesa, como su hermana menor y como las heroínas de las historias que leía y escribía. La ley de los hombres no le dictaría nuevamente el siguiente paso a seguir, sería dueña de su destino y elegiría cómo y a quién entregarle su amor.

William no necesitó más para lanzarse a desatarle las cintas, hasta que con manos expertas la despojó de aquel delicado y sensual vestido. Ella tiritaba a pesar de que la estancia permanecía cálida.

—No tengas miedo, seré delicado y pararé en el momento en que lo pidas.

William recordó que había estado casada por poco tiempo, y aunque era osada para llevar a sus libros acalorados encuentros entre un hombre y una mujer, en sus brazos parecía un ave asustadiza. Su corazón sintió un vuelco y su hombría ardió en deseos de liberarla de sus miedos, para descubrir la mujer poderosa que se asomaba a través de su mirada. Para darle tiempo a acostumbrarse, se quitó botón a botón la camisa, hizo lo mismo con sus pantalones y continuó desembarazándose de cada una de sus prendas sin una gota de vergüenza. Quedó solo cubierto por sus calzones que se elevaban como una tienda por la pronunciada erección. Grace admiró su figura. William sabía que era un hombre hermoso, en plena flor de sus años mozos, con músculos

duros y bien plantados que le daban la apariencia de una escultura romana. El deseo de la marquesa se dejó entrever en sus ojos, pero bajó los párpados presa del pudor.

—Mía, mía, mía —le susurró entre beso y beso por su adorado perfil, y siguió por su esbelto cuello hasta que hizo una parada en el nacimiento de sus senos, mientras sus manos se lanzaron a desatar los lazos de su camisola—. ¿Tienes ideas del ritmo de mis latidos mientras me diste a leer esos textos repletos de escenas copadas de lujuria?

—Fue el efecto que quise provocar, pero me arrepiento. Mira a dónde nos ha llevado.

—Nada de remordimientos. Entrégate a tus deseos. Si te apetece —sugirió circunspecto liberándola por completo de la camisola que ya había desatado y admirándose de la turgencia de sus dos empinadas colinas—, podemos reproducir el momento más álgido de los amantes de tu libro.

—¡No! —manifestó llena de vergüenza, aunque en realidad se moría porque la tomara justo de esa forma y le arrancara un quejido placentero de sus labios.

—Te diría que sí, pero no, haremos algo mejor que eso —bramó girándola de espaldas y recorriendo sus omóplatos con su lengua húmeda y tibia. Luego le inclinó para que las rodillas quedaran sobre el colchón y Grace se sintió frágil, a punto de ser sometida, intentó recular—. ¿Qué tienes, alma mía?

Ella se cubrió con las sábanas, suspiró y se tragó su tormento, se conformó son murmurar:

—Prefiero verte a los ojos y que nuestra primera vez sea menos atrevida.

—Mi dulce marquesa enamorada, hay algo que me intriga. ¿Cómo fue tu experiencia con Emerald? ¿Fue placentera? ¿Fuiste feliz a su lado en la cama? Hay mujeres cuyos maridos no han sabido llenarlas de gozo y guardan cierto deseo natural, pero a la vez se muestran reticentes a entregarse a la hora de amar, debido a infortunadas prácticas.

—No metas a Emerald en esto.

—Y no quiero indagar en aguas pasadas, pero es importante que hablemos.

—Él fue todo un caballero.

—De acuerdo, no te presionaré a contarme detalles que no fueron en mi tiempo, pero no me temas, que solo te daré placer hasta que vengas suplicando por más. Te cuidaré y te adoraré como a la flor más delicada.

Grace se dejó tumbar en la cama, de espaldas, ya sin sus vestiduras; cerró los ojos para que la timidez no hiciera mella en ella y se dejó llevar por el ritmo de los latidos de su corazón. Él le separó las piernas fuertes y a la vez cubiertas por una piel sedosa y ocupó el hueco entre ambas, bramando de placer al leve roce entre sus sexos. Se sumergió en sus senos y los sujetó con ambas manos mientras los dotaba de besos, arrullos y caricias que la obligaron a destensar sus muslos y relajarse un poco más. El experto amante surcó de besos el camino de descenso hacia su ombligo, mientras ella se retorció de deleite ante las maravillosas sensaciones que la iban invadiendo, porque jamás había sentido algo semejante, y pudo entender la renuencia de la antigua marquesa a prescindir de Zorro y sus muestras de afecto.

Pero cuando William colocó sus manos en sus caderas y la inclinó ligeramente para incursionar en su intimidad, la calidez y la precisión de sus caricias la hicieron aflojarse por completo. Sabía lo que hacía y lo sospechó desde que comenzó a descender por la línea de su cuerpo. Lo había leído. Sus mejillas ya habían dejado el sonrojo por el pudor y en cambio ardían enrojecidas por la elevada presión arterial, ocasionada por la excitación de su cuerpo. Gimió ante cada avanzada de los labios y la lengua de su amado sobre su intimidad. Hasta que necesitó besarlo y que cubriera su desnudez. Sus sexos volvieron a emparejarse, a rozarse por el movimiento que los acompañaba. Él ya no podía más, le urgía estar dentro del ardiente refugio que palpitaba cercano a su virilidad. Presionó suavemente la entrada rogando porque cediera ante su empuje y se topó con un canal que de tan estrecho parecía inexplorado. A pesar de estar obnubilado por las ganas, notó el hecho particular y volvió embestir con un poco más de fuerza. Ella gimió de dolor y se alejó un poco.

William se quedó inmóvil y volvió a besarla para recobrar su confianza. Recordó que hacía más de dos años desde que Grace había yacido con su anterior pareja, atribuyó a la falta de un hombre en su vida que estuviera tan cerrada. Pero era experto en reconocer cuando una mujer estaba lista y ella daba todas las señales: la humedad era abundante, la hinchazón de sus zonas erógenas irrigadas firmes y expectantes, la laxitud de su cuerpo, sus gemidos, la respiración agitada; pero cuando volvió a intentar introducirse, Grace se escurrió de sus brazos unos centímetros; a pesar de su evidente deseo, el dolor la hacía retroceder. Se sintió desconcertado.

—¿Te lastimo, mi amor? Debe ser por el tiempo sin yacer en la intimidad. Puedo retirarme si sientes que es mejor esperar.

—No te detengas —suplicó casi avergonzada de su propia urgencia, también era devorada por el hambre voraz de poseerlo.

—¿Sabes que te amo? —le preguntó empujando más duro y ganando un tercio del terreno. Grace soltó un gritito, pero ya no huyó, se aferró a su tórax; llegó a un punto en el que dolor y el placer se conseguían viajando por el mismo sendero y ella necesitaba más. Se quedaron quietos unos segundos, ella para acostumbrarse al grosor, él para permitirle adaptarse—. Te amo y aprecio cada muestra de cariño que me das.

—También te adoro —le reveló conmovida mientras él terminaba de enterrarse en sus entrañas con la siguiente estocada.

Gimieron a la par, rebozados por el maremoto de emociones que los invadían. William jamás se había sentido tan desbordado de ganas de poseer a una mujer. Tanto que dejó de lado sus reflexiones acerca de la mejor forma de complacerla y se dejó corromper por el ritmo que le demandaba su miembro viril, como si sumirse una y otra vez en su cuerpo dominado por las pulsaciones, que en ese momento eran el eje de su vida, fuera lo más importante.

Grace soltó unas silenciosas lágrimas, como si se reprochara estar ausente toda su existencia, como si su materia hubiese permanecido dormida y en ese momento despertara de un letargo demasiado largo. Dejó en segundo plano el dolor y un placer intenso le hizo enterrar los dedos en el cabello de William, aferrarse a él, sacudirse contra su vientre como poseída a la par que

buscaba su boca para saciar una sed infinita que amenazaba con aniquilarla. Y de pronto sintió algo desconocido, una sensación que jamás había experimentado, que al principio la desconcertó, pero luego la hizo moverse a un ritmo frenético con tal de mantenerla lo suficiente hasta que le hiciera perder el sentido. La intensidad del primer orgasmo que había disfrutado se escapó por su boca, en un grito. Él, empapado de sudor por el esfuerzo y sonriendo contra sus labios, se sintió complacido por hacerle tocar las estrellas en pleno día y se aferró a sus caderas con más fuerza, sin dejar de embestirla, hasta que rugió de felicidad al poder liberarse dentro de su amada y alcanzar su propio orgasmo.

Terminaron exhaustos, tanto que sus pechos agitados parecían que iban a colapsar, no se soltaron ni un segundo; continuaron abrazándose, húmedos y temblorosos, después de una entrega larga, agitada y pasional. William hubiese querido haberlo tomado con más calma al final y haber mantenido el ritmo del principio, pero la necesidad de amarla lo había superado.

Sus pupilas volvieron a hacer contacto, la besó hasta robarle el poco aliento que le quedaba y le susurró:

—No entiendo nada. —Ella lo miró seria y en silencio—. Por momentos me sentí estafado, pero era tanto mi deseo que no pude frenar para pedirte explicaciones. Me sentí en el papel del marido que espera una virgen y termina con una esposa mancillada.

—¿Tanto valor le das a la virginidad? Pensé que eras más abierto de mente.

—Podría afirmar que jamás habías sido penetrada por un hombre.

—Podría parecer, pero sabes que estuve casada.

—Hay mujeres que se cierran tras largos periodos sin hacer el amor, otras que les cuesta lubricar y sienten dolor al principio; pero en ambos casos llega un momento en que se relajan por completo y su orificio se adapta al grosor del miembro del hombre. —Casi sonó elocuente su explicación y a ella se le hizo fastidioso.

—¿Harás un tratado sobre los comportamientos esperados para las partes pudendas de las damas? Pareces doctor. —Torció los ojos llena de celos al pensar de dónde había obtenido su amplia experiencia.

—Sin ironías —la desafió con severidad y ella selló sus labios—. ¿Consumaste tu matrimonio con Emerald?

—Dije que no hablaría sobre Henry, fue un caballero y debo respeto a su memoria.

—Hace dos años y medio un niño salió por tu canal femenino, ¿cómo es posible que estés tan estrecha? ¡No, estrecha no te hace justicia! La palabra correcta es cerrada, hermética, incorrupta.

—¡No permito que me hables así!

—Entonces explícate, porque a estas alturas no me importa si fuiste suya o no, pero no soporto el engaño. Dijimos que dejaríamos atrás las máscaras, las omisiones y el desdén.

Se puso de pie y caminó desnudo por la habitación para servirse un brandy, lo bebió como si de agua se tratara y bramó al final para manifestar su enojo. Ella, con el semblante pálido por el esfuerzo y por el desenlace, también abandonó el lecho y tomó avergonzada sus vestiduras con la

intención de cubrirse. Pequeñas manchas rosadas quedaron expuestas sobre las sábanas, lo suficientemente nítidas para ser divisadas por los dos y no ser negadas por ninguno.

—Es mejor que me marche —musitó a punto de llorar, pero respirando fuerte para no romper en llanto y mantenerse firme.

—¿Cómo respondes a eso? —Le señaló la sangre.

—Si en verdad me quieres, me amarás sin preguntas.

—¿Quién es el padre de Evan?

—Henry Haddon, el difunto marqués de Emerald.

—¡Tú no puedes ser su madre!

—Por supuesto que lo soy.

—Es una situación muy grave, hacer pasar un bastardo como hijo legítimo traerá graves consecuencias a los involucrados, más por el peso de la cuestión sucesoria. ¿De dónde sacaste a ese niño?

—¡No te atrevas a llamarlo bastardo! ¿Y todavía te jactas de decir que me amas?

—Te amo, pero no puedes esconder que me has engañado. Te has burlado de mí en mi propia cara.

—Si me amaras lo harías sin condiciones. A mí no me importó que te llamaran «prostituto de la nobleza», que otras damas fanfarronearan sobre tus dotes y tus habilidades en su cama, que derrocharas la fortuna que te legó tu abuelo, ni que tuvieras un hijo no reconocido... ¡Tú sí que sabes sobre hijos fuera del matrimonio!

—¿Por qué te han venido con calumnias hacia mi persona vas a creerles? Jamás he tenido un hijo.

—¡Odio a los hombres que desconocen a su descendencia!

—Es que no soy padre.

—¿Entonces explica de dónde viene el rumor? Cuando el río suena es porque piedras lleva y la condesa no suele andarse con chismorreos sin una base sólida. Cuando se entromete en un asunto lo hace con convicción. Incluso dicen que tu padre le pasa una pensión, ¿por qué lo haría de no ser ese pequeño su nieto?

—Reconozco que hay un asunto que ha dado bases para ese rumor, pero no puedo abrir la boca, no soy el padre y no puedo dar detalles por cuestión de honor.

—Desestimé los rumores que se ciernen en torno a tu persona, sean verdad o mentira no me interesan, lo único que quiero eres tú. No te daré detalles, pero podría escribir un tomo muy grueso de tus resbalones. ¿Dónde está tu fe en mí si ante el primer motivo me reclamas como si fueras mi dueño? ¿Necesitas motivos para quererme? ¿Requieres esculcar en mi pasado para juzgar mi idoneidad?

Grace caminó hasta la puerta con una mezcla de decepción, miedo e ira. La abrió decidida a marcharse, y antes de desaparecer ya lo tenía al lado, cerrando la puerta de un manotazo. Rompió finalmente a llorar sin poder contenerlo por más tiempo. Él terminó sucumbiendo por piedad y

amor. La abrigó en su pecho desnudo. La tomó en brazos y la condujo hasta el lecho donde se sentaron frente a frente, ella con su vestido de mariposas, su trenza a medio hacer; y él, completamente desnudo. Le depositó un tierno beso en la frente. Se paró y desfiló con su escultural anatomía hasta la mesita y le sirvió un brandy, se lo llevó y la instó a beberlo. Luego se colocó una bata y regresó a su lado.

—Tranquila —le susurró intentando levantarle el mentón y que lo viera a los ojos, Grace le devolvió una mirada cargada de resolución.

—Es mejor que me vaya —decidió mientras intentó hacer algo con el desastre de su cabello, trenzó los mechones y colocó una cinta en la punta.

—No así. —Le acarició los dedos—. ¿Tan difícil es explicar?

—¿Por qué lo necesitas? ¿Influye en la calidad de tu cariño?

—No, por supuesto que no. Solo que odio los secretos y las omisiones. Quedamos en que no habría barreras.

—William, para el verdadero amor no existen barreras.

Grace se puso de pie decidida a marcharse, tomó el libro de la marquesa y su manuscrito. Atravesó la puerta y se dirigió hasta la yegua que resoplaba. Él la siguió hasta la puerta, la abrazó con todas sus fuerzas y ella se dejó envolver en sus atenciones, pero sin corresponderle.

—Entrégate a mis brazos. No soporto que te vayas con ese semblante.

—No pasa nada.

—Pasa, has abierto un abismo entre los dos con tu silencio. Estoy aquí para decirte que te acepto como sea, sin condiciones, pero no me dejes así —le susurró sin soltarla.

—Will, te amo, tanto que he hecho sacrificios en tu nombre y no me arrepiento; pero tus reproches me han roto el corazón —indicó separándose. Él intentó recuperarla y apoderarse de sus labios—. Aquí no, cualquiera podría pasar y vernos. Tengo un apellido que mantener en alto, le debo respeto al título y a mi hijo.

—La tarde cae, quédate esta noche.

—No puedo dejar a Evan. Además, Emerald Haven me necesita.

William le acarició la crin a Luna, que cerró los ojos complacida y luego lo miró con afecto. La ayudó a montarse y le dio una palmadita a la yegua que salió a trote ligero por entre los árboles. Grace respiró hondo y se fue sin mirar atrás.

La vida tenía que continuar en Emerald Haven, nada paraba. Los sirvientes invadían los espacios con su habitual sincronía, ocupándose de mantener el castillo con su habitual encanto entre oscuro y romántico. Grace ya había acudido a desayunar y pasado por su estudio para supervisar que los trabajos del pasadizo hubieran concluido de su lado. Continuarían trabajando para utilizar la entrada del jardín secreto. Puso a resguardo, en su compartimento secreto, el diario de la antigua marquesa e insertó la llave en la cadena dorada que llevaba puesta, para alejar a los curiosos de sus páginas. Colocó sus capítulos sobre el secreter, necesitaba hacer algo con su libro, pero antes pretendía pasar un rato con su hijo. La noche anterior, a diferencia de lo habitual, lo había sacado de su camita y lo había acostado en la suya. Había dormido abrazada a él, y de tanto en tanto se había desvelado para cerciorarse de que aún estaba a su lado.

Salió al jardín donde Dorita cuidaba a Evan que jugaba con Ares, lanzándole una vara de madera que el perro iba a recuperar emocionado, mientras ladraba y movía la cola al traerla a sus manos.

Se acomodó sobre una manta extendida sobre el pasto, al lado de aquella muchacha que más que su sirvienta se había convertido en su amiga. Habían estado juntas desde niñas. Dorita era apenas tres años más joven, pero la había acompañado en todas sus travesuras en el pasar de los años, había conocido todos los tormentos que habían lastimado a su corazón. Tanto que se conocían con una mirada.

—¿Qué tiene, milady?

—No tienes que hablarme así cuando estamos solas, ahora no representamos un papel, solo somos tú y yo.

Grace dejó caer la cabeza sobre el hombro de su amiga y la morena le acarició los cabellos.

—¿Qué le aflige, mi niña?

—Dorita, ¿por qué el corazón no entiende razones, ni consejos? William no me conviene, lo sé, solo me traerá bruma. Evan y yo estaríamos mejor solos.

—Lo ama y él está poseído por la lujuria. No se calmará hasta que la posea...

—Ya ha sucedido.

—¡Jesús! Esperemos que con eso se sosiegue y abandone la propiedad, así tendremos de vuelta la paz.

—Si se va me muero, Dorita, mi corazón ya no me pertenece.

—Es solo un alma turbia. No entiendo cómo no pudo amar al marqués, tan correcto, con tan noble corazón, tan caballero. ¿Qué le ofrece este señor? Debería proponerse olvidarlo.

—Jamás podré volver amar así.

La conversación melancólica llegó a su fin cuando el niño corrió hasta las dos y se precipitó sobre ambas con sus risas, Ares llegó después a sumarse al cuarteto con el palo en las fauces y sacudiendo las orejas. A las mujeres no les quedó más remedio que reír a carcajadas, víctimas de tan minuciosa emboscada. Grace atrapó al rubicundo pequeño entre sus brazos y lo dotó de besos por las mejillas, luego lo cobijó en su regazo y le susurró cuánto lo amaba.

—Este hermoso sí que es digno de su amor —le dijo Dorita.

—Tienes razón, ¿qué no haría por él? —admitió perdida en la fuerza de sus dos esmeraldas refulgentes, llenas de picardía. Grace inspiró hondo y se dejó atrapar una vez más por el influjo que su hijo le causaba. Sucumbía ante él, solo bastaba su presencia y la sensación que le desbordaba el pecho al abrazarlo la llenaba de bríos para no permitir que nada amenazara su futuro.

La felicidad fue opacada por la figura de un hombre alto que los observaba a contraluz, Grace se hizo sombra con una mano para poder apreciarlo, pero no lo necesitaba, sabía quién era. Evan corrió hasta frenar cerca de sus piernas, ella siguió al niño con la mirada, pero no se puso de pie. William alzó al pequeño y Grace se erizó al verlo avanzar hasta ellas con su hijo en brazos, lo depositó sobre la manta al llegar.

—Es un día precioso —manifestó el recién llegado.

—¿Qué hace aquí, milord? —preguntó—. Lo hacía guardando reposo en cama.

—Me siento mejor, la espalda aún me está matando, pero no es algo que me deje amarrado a la cama. Vine a continuar con las traducciones, pero me indicaron que se encontraba aquí.

—No sé si sigue siendo buena idea.

—¿De qué habla?

Ella se dispuso a ponerse de pie, y él acudió a ayudarla con gentileza. Grace le tomó la mano para levantarse y aquel contacto los puso a temblar a los dos.

—Deseo volver a reescribir el libro, no estoy conforme.

—Es precioso.

—Ya tiene lo que quería, ¿seguirá jugando a ser traductor?

Grace se despidió de Dorita con un gesto y le indicó hacerse cargo del niño. Caminó hacia su estudio con William detrás, y antes de llegar se refugiaron debajo de uno de los fresnos.

—Perdóname, ha sido maravilloso descubrir que soy el primer hombre que ha explorado tu cuerpo —le susurró e intentó estirar los dedos para entrelazarlos con los suyos, disimuladamente.

—Me dijiste que te sentías estafado.

—La omisión me descolocó al principio, pero ya no me importa. Lo único válido para mí es que eres Grace y que me amas, y que estaré a tu lado y al de tu hijo pase lo que pase.

—¡Oh, William! —Le apretó los dedos con ternura.

—Muero de deseos por besarte —musitó mirándole la boca como si estuviera a punto de devorarla.

—Aquí no.

—Nos vemos en tu estudio en unos minutos, es mejor que no lleguemos juntos. Tus sirvientes sospechan, casi tienen la seguridad, pero debemos ser cautos y mantener nuestras muestras de afecto lejos de sus ojos. Así será más fácil sobornarlos para que permanezcan callados.

Las puntas de sus dedos rehusaron a soltarse, pero lo hicieron con la promesa del cercano encuentro. Grace caminó con paso lento, intentando disimular su agitada respiración hasta encerrarse en su estudio y permanecer expectante. Minutos después, William apareció con su mirada taciturna, se coló por la puerta y se cercioró de pasar el cerrojo para no ser interrumpidos. Llevaba un manojo de violetas en sus manos y se las obsequió ante la mirada enamorada de Grace. Quería alejarlo, pero no podía.

—Son preciosas —le susurró agradeciéndole—. Llamaré a una doncella para que las ponga en agua.

—Ahora no. —La atrapó en sus brazos con fiereza y la alzó para que quedara a la altura de sus ojos. Luego de mirarla con ansias locas, se lanzó por sus labios y los degustó como a un manjar prohibido—. Te necesito.

Ella se dejó envolver por sus besos y sus caricias. William le cruzó las piernas sobre su cintura y se dejó caer con ella sobre el diván. Se besaron con vehemente pasión, y las manos del caballero comenzaron a volar sobre las vestiduras de la marquesa con la intención de liberarla de cada prenda mientras se movían acompañados en la búsqueda del placer.

—¿Qué haces?

—Te quiero desnuda, padecí toda la noche con tu desprecio.

—No puedo, no aquí.

—La puerta está cerrada, nadie osará interrumpirnos.

—Si llaman tendría que atender, no podría vestirme con tanta celeridad y quedaríamos en evidencia. Mejor al rato en la cabaña, es más seguro.

—No podemos quedarnos así toda la vida. Tarde o temprano necesitareé regresar a mis obligaciones, debemos buscar una forma de permanecer juntos. No podré sobrevivir un día si no tengo tu calor en las noches. No te quiero por ratos, quiero amanecer contigo.

—Ya habíamos llegado a un acuerdo.

—Tengo que volver a Londres cuanto antes —musitó sobre sus labios.

—¿Te quieres ir? —indagó asustada.

—Quiero buscar los medios para superar mis dificultades, ser digno de ti y desposarte para que nadie ose separarnos. Tú y yo unidos para siempre. Cuidaré a Evan como a mi propio hijo.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto, mi bien. Ese pequeño bribón también me ha robado el corazón, los protegeré

con mi vida.

—Es honorable lo que pretendes, pero necesito mi espacio para ocuparme de mis obligaciones.

—Tu abuela volverá con el duque y necesito tener qué ofrecerte.

—¡No, por Dios! ¡No te enterques! Si hay algo que no soporto es encontrarme en medio de la lucha de poder entre dos hombres. Mi cuñado no tiene el temple de un caballero inglés, creció en La Habana, su sangre es caliente, suele ser muy impetuoso.

—Por eso debo volver a Londres para arreglar mis asuntos, y que el duque encuentre un pretendiente a tu altura.

—Si quisiera que un caballero me rescatara, ya lo habría resuelto.

—¿Me presumes a tus distinguidos aspirantes? Sé que no solo los truhanes hacen fila, también los señores honorables se sentirían honrados de que aceptaras sus galanteos.

—Mi abuela solo lanzó su amenaza, de seguro fue a refugiarse en Haddon House o en Grey Terrace. No irá hasta España y hará venir a mi cuñado. Ella tampoco quiere revolver su genio y menos aceptar que no tiene el talento para hacerme entrar por el que considera el buen camino.

—No me encontrarán desprevenido, tal vez quede algo de la herencia de mi abuelo. Debo hacer cuentas y...

—¿Ni siquiera conoces el estado de tus arcas?

—Un caballero nunca habla de sus medios para obtener ingresos, es algo privado con lo que no quiero afligirte. Estaremos bien.

—¿Ves? También tienes secretos.

—Es diferente y has admitido que hay información que me ocultas.

—Hay cosas que es mejor dejar en el pasado, a veces el silencio es nuestro mejor aliado.

—No debería serlo entre tú y yo. Pero tienes razón, es mejor dejar el pasado atrás. —Con esa expresión ella entendió que él también tenía mucho qué callar.

Olvidaron todos los temas que les atañían y dedicaron la mañana a besarse encerrados en el estudio. Hacia la hora del almuerzo, se separaron. Grace lo tomó a solas ante la mirada atónita del mayordomo que no perdía de vista lo que se le intentaba ocultar, pero era evidente a todas luces, y William comió en la quietud de la cabaña. Aunque se esforzaran en guardar las apariencias, a los sirvientes no le pasaba desapercibido que el lord merodeaba y que la actitud de la marquesa levantaba sospechas en contra de su honorabilidad.

Acabado el momento de la comida, tras pasar un par de horas llenando de mimos a su hijo, se dispuso a dirigirse a las caballerizas. Dorita intentó detenerla.

—Los sirvientes cuchichean a sus espaldas.

—Dime quién osa hablar de mí y lo echaré —profirió indignada.

—Pues tendrá que despedirlos a todos. Mejor pregúntese, ¿quién no habla de usted?

—Mientras los rumores no salgan del castillo y no sean frente a mi cara, no les daré importancia.

—¿Ha perdido el juicio? No debería permitir que ese caballero siga pernoctando en la cabaña,

tarde o temprano llegará a oídos poco prudentes. ¿Qué pasa si lord Huntington llega de pronto para ayudarla, como siempre, hace con sus asuntos?

—Suele enviar una carta unos días antes.

—Su abuela debe haber puesto sobre aviso a los condes.

—No lo haría, por mucho que los Huntington han estado de nuestro lado, hay libertades que no podríamos tomarnos ni siquiera en presencia de ellos.

—No vaya. Su presencia a caballo por el bosque la expone demasiado. La pueden observar entrar a la cabaña y tardar en salir.

—Si no voy a verlo, William terminará por asaltar el castillo. Tomaré mis providencias. Me aseguraste que solo quería mi cuerpo, ya lo ha tenido y aquí sigue. Jura que me ama.

—¡Niña! ¡Si la oyera su madre! Por supuesto que no se ha ido ni se irá, ese hombre es insaciable. Se le nota en la mirada, estará aquí hasta que se hastíe y busque placer en otra parte.

—Te prohíbo hablar así de él.

—Tantos tutores que le puso su merced para enseñarle las reglas de la moral y usted atraviesa el Atlántico y sucumbe ante esa alma turbia.

—¡Basta! Sé que no es un santo, pero tampoco soy un dechado de virtudes.

—En eso se equivoca, usted tiene un corazón gigante.

—Cuida a mi Evan.

—Con mi vida.

—No tardaré demasiado.

Y desoyendo consejos, caminó hasta el establo y tomó a Luna, con la imagen de la mirada azul taciturna de su amado. Había varios caballos, pero la yegua andaluza de William era su preferida y creía justo sacarla un rato a cabalgar a falta de los paseos que le daba su dueño. Y sin poderlo evitar, con una sonrisa en los labios, cabalgó a más prisa que la aconsejada para andar por esos parajes hasta llegar a la cabaña que se había convertido en su paraíso personal.

Nada la haría renunciar, ni el decoro, ni la mirada severa de las buenas costumbres. Mientras pudiera se ocultaría del entrecejo fruncido de la aristocracia londinense para burlarla y salirse con la suya. Encerrarse dentro de aquellas paredes de madera noble con aroma a bosque siempre le recordaría entregarse al único hombre que había amado.

Él la esperaba con ansias, la tomó de la mano, nada más atravesó la puerta, y la cubrió de besos a la par que comenzaba a desnudarla; lo había planeado desde que había amanecido. Solo quería llevarla hasta el cielo y borrar cualquier duda sobre el pasado que los estuviera acechando. Ella había negado la evidencia, pero él estaba seguro de que era inexperta en las prácticas amorosas. Tal vez jamás lo reconocería, pero la iba a tratar con suma delicadeza, aunque tuviera que amordazar su propio deseo para que la urgencia no le hiciera correr. Cuando la hubo despojado hasta de la última prenda, la cargó y la condujo hasta el lecho y la depositó con suavidad. La recorrió a besos dejando un camino de humedad desde sus labios hasta la punta de sus pies. Sin

prisas.

Grace aún no se había liberado de su última gota de pudor, pero desde el primer encuentro se había decidido a sentir lo que jamás había podido disfrutar. Cerró los ojos y se dejó consentir, algo en lo que a él le sobraba habilidad.

—Quiero que me digas dónde sientes más placer.

—No puedo, muero de vergüenza —musitó casi sin aliento ante sus atenciones.

—No con tu hombre, conmigo puedes permitirte no ser recatada —indicó y después le dio una dulce succión sobre la cadera. Ella se erizó a lo largo de su piel—. ¿Qué tanto te gusta?

—Se siente bien.

—No me convences. —William pasó la lengua desde ombligo hasta el nacimiento del monte de Venus, y ella se estremeció—. ¿Y por esta zona es agradable?

—Es muy tentador —murmuró sonrojada.

—Aún no siento que me esté esforzando si no escucho efusividad en tu voz. —William posó cada una de sus manos en sus rodillas, las apartó con sutileza y dio pequeños mordisquitos y lametones hasta que se sumergió por completo en su entrepierna con una succión profunda, concatenada y extendida en el tiempo—. Como estás muy callada, lo intentaré con otra parte, creo que no te gusta nada.

—No, por favor —murmuró y lo atrapó entre sus piernas decidida a no dejarlo escapar. Y con palabras tímidas lo guio de nuevo hasta su centro de placer ante la mirada pícara de él.

El toque de aquel hombre al ras de su silueta, sus fuertes dedos sobre su carne, su lengua húmeda y tibia introduciéndose en cada recoveco, borrando sus temores y enseñándole el camino hacia su propio goce marcaron la intensidad. El deleite de Grace fue subiendo de nivel hasta que abrió los ojos de golpe y sintió que había renacido, nunca sería la misma. Se retorció bajo su emboscada, lanzó un profundo gemido que cimbró las paredes y le robó una sonrisa al varón al sentir que había logrado arrancarle el entusiasmo que necesitaba para retroalimentar su vanidad. Ella, vencida, relajó por completo los muslos. Él incrementó la efusividad de sus besos a la par del ritmo acelerado de la respiración de la dama. William la acompañó en una carrera frenética hasta la cúspide. Grace ya sabía qué esperar de su cuerpo, esta vez no la tomó desprevenida y ayudó a su amante a conducirla a la luna.

—¡Oh, por Dios! —gritó a la par que se liberaba en un eufórico orgasmo que aceleró su corazón hasta amenazar con escaparse de su pecho.

Él volvió a sonreír completamente excitado, le tomó las manos a la par que la veía recobrar de su frenesí y la guió hasta su camisa.

—Ahora es tu turno.

—¿Mi turno?

—Quiero que seas mi propia marquesa atrevida, como ese libro que escribiste. Muero porque me conviertas en el esclavo de tus fantasías.

—¡Oh, Will! ¿Has perdido el juicio? Puedo ser osada en mis libros, pero en la vida real solo

soy una moji-gata con deseos de dejar de serlo.

—Entonces es tu oportunidad, demuéstreme que puedes, que eres la mujer apasionada que se esconde en tu interior.

Grace lo miró desafiante, jamás se empequeñecía ante un reto. Comenzó por tomar los bordes de su camisa y desabotonarla con movimientos diestros. Él no dejaba de admirarla. Lo liberó con prisas y prosiguió con sus pantalones. William continuó devorándola con una mirada seductora; pretendía provocarla, explotar sus límites y potenciar su sensualidad.

—Desde el primer día que te vi imaginé que este sería nuestro desenlace, tú desvistiéndome con ansias.

—Presumido. —Lo miró con desdén.

—Puedes lanzarme la mirada más cruel o asesina, pero al final también te derrites por mí, no puedes negarlo. Yo no seré tan comedido, te diré exactamente lo que me enloquece. Ahora eres mi mujer y sería negligente que no conocieras los puntos adecuados de mi cuerpo, los que debes castigar hasta hacerme explotar.

La tomó por el cuello y deslizó sus labios por los de ella hasta hacerla bajar hacia sus pectorales, para mostrarle por dónde debía comenzar. Grace lo besó con ahínco, por ambos montículos duros como rocas. Continuó hacia el sur, por el surco de la línea central de su cuerpo, cubierta por una suave y escasa sombra de vello dorado que se interrumpió cerca de su ombligo. Él bramó ante la profundidad de cada caricia y exigió más atenciones. Ella se deleitó mientras recorría su cuerpo con todo permiso para cumplir en él sus más audaces anhelos. William era un hombre muy seductor, y sin ropa lo era todavía más. Cubrió de besos su firme abdomen, llena del atrevimiento que le confería el deseo, pero palideció cuando descubrió la rigidez de la erección del hombre muy cercana a su rostro. La vez anterior no tuvo la posibilidad de examinarlo a detalle. Se ruborizó de inmediato cuando William le tomó una mano y la obligó a rodear con firmeza el arma con que la encañonaba.

—Me excita la facilidad que tiene tu linda cara para cambiar de colores. Puedes moverlo a tu antojo. —Ella subió y bajó la mano de la base a la punta lentamente y el rugió de placer—. No es tan difícil, ¿ves? Y puedes enloquecerme si lo pruebas.

—¡No! —se negó escandalizada—. Eso se vería mal hasta en una prostituta. La boca no se ha hecho para esos menesteres. ¿Cómo podré mirarte a los ojos si sucumbo ante tan bajas pasiones?

—¡Por Dios, mi Grace, eres más moralista que los clérigos de la familia de mi madre! Hasta ellos tienen costumbres muy peculiares que jamás ventilarían a los cuatro vientos.

—Calla.

—Lo que hagamos en la intimidad de nuestros aposentos es válido si los dos lo queremos, pero no tienes que acceder si no es tu voluntad.

Mas la curiosidad se apoderó de su deseo, lo miró con malicia, se había adueñado de su ser la ambición de poner ese portento a sus pies y ya había notado que era bastante audaz; si no lo superaba no podría mantenerle las riendas cortas a ese purasangre de cascos ligeros. Mientras él

alegaba, le dio un lametón con timidez que lo hizo retorcerse bajo su acecho y, sin dilatar el momento, se sumió a la tarea de besar el sitio más secreto y poderoso de su amor. Y se adentró en su papel con tal entrega que él estuvo a punto de perderse en su boca.

Negado a culminar, antes de colarse en la tibieza de su cuerpo, la detuvo y enterró su cabeza en el hueco de su cuello para gemir con fuerza. Succionó el hueso esbelto de su clavícula y le agradeció en varios idiomas prodigarle tanto cariño. Giró con ella sobre su cuerpo y le susurró:

—Hazme el amor. Quiero que me domes como a un potro salvaje.

—Por supuesto que no. —Rio por lo bajo. A pesar de estar muy excitada, cada vez que William la invitaba a tomar el control, ella se llenaba de recato.

—Mi amor pudoroso y cauto. ¿Cómo es posible que tu ágil pluma se atreviera a crear esos textos?

—Solo quería provocarte.

—Ahora es cuando toca escandalizarme.

William cruzó las manos por debajo de su cabeza para darle a entender que, si ardía en deseos, debía esforzarse por ganarse el placer. Grace dejó de cubrirlo con su cuerpo y se sentó a horcajadas sobre sus caderas, se frotó contra su pelvis en círculos sin prisas hasta que decidió tomar la virilidad del hombre en sus manos y comenzar a acariciarse su entrada. Ella gimió cuando por descuido se introdujo apenas unos centímetros. Él bramó como poseído indicando que ya no podía más. La marquesa se dejó caer a lo largo del filoso sable y comenzó a moverse como le demandaba su instinto. Subió y bajó en repetidas ocasiones ganando más terreno cada vez. Ella descendió hasta sus labios y le robó un beso ardiente. Él rugió de perdición.

—Te amo, William —le susurró sobre la boca entreabierta.

—Eres todo lo que siempre quise, lo que soñé. La mezcla perfecta entre la inocencia y la osadía. Júrame que jamás me abandonarás.

—Quiero perderme contigo para siempre —le ratificó mientras seguía martirizándolo con el movimiento candente de sus caderas.

—Ya no puedo más, siento que quieres vengarte y matarme lentamente. Si querías demostrarme que podías volverme un demente, un esclavo de tu cuerpo, ya lo has conseguido. Ahora dame permiso para hacerte mía a mi manera. ¿Me lo concedes? —suplicó y exigió a la vez.

Ella aceptó estremecida. William la arrancó de su cuerpo, la puso de espaldas a él y le colocó las muñecas contra la cabecera de la cama, se las amarró con las finísimas medias de seda e inclinó su retaguardia hacia sí, dejándola totalmente expuesta. Grace recordó que así había querido poseerla la primera vez y que se había asustado. La recorrió un escalofrío.

—Confía en mí —le susurró contra la oreja y, tras besarla a lo largo de la espalda, se introdujo en su cuerpo—. ¡Quédate quieta! Es mi turno de amarte. Concéntrate en sentir. En este juego, si te mueves pierdes.

La ansiedad la dominó por completo, Grace odiaba los juegos en los que no podía tener el control y había notado que William era adicto a ellos. Estuvo a punto de girarse y prohibirle

realizar cualquier travesura, pero cuando él mordió ligeramente el lóbulo de su oreja, mientras la hacía suya con esmerada pasión, terminó por someterse a sus locas demandas.

—Te quiero, loco mío —le reveló sobrecogida por sus atenciones.

—Ahora te confesaré algo. —El aire sibilante que se escapó de su boca y le pasó a Grace cercano al oído la estremeció—. Jamás me había dolido tanto perder, cuando comprendí que no me perdonarías y te casarías con otro, sentí un dolor tan agudo que casi extravié el rumbo de mi vida. Pude hallarlo de nuevo el día que me atreví a venir a Emerald Haven. Cuando volví a verte supe que no me rendiría hasta convencerte de estar para siempre a mi lado. Eres la dueña de mi corazón.

Grace lo escuchó atenta y conmovida. Seguía inmóvil, mientras él la cubría por la espalda con movimientos cada vez más enérgicos que en ocasiones la hacían rebotar un poco, pero los brazos masculinos y fuertes la sujetaban con fuerza y la pegaban a su varonil pecho. Derrotada por el peso del hombre, se apoyó por completo sobre la cabecera y él la amó con tanto brío hasta que la obligó a palpar con tanta fruición que le fue ya imposible quedarse quieta.

—Por favor, déjame moverme. Estoy muy cerca de terminar y quiero mirarte a los ojos.

Si había algo a lo que William no podía resistirse era a cumplir sus deseos, le desató una de las manos, la giró contra su torso y la tomó para volver a quedar muy unidos. Él también estaba muy cerca de liberarse y las palabras de Grace lo llevaron al punto de no retorno. La besó en los labios como desesperado, y mientras veían en los ojos del otro reflejado su propio placer, alcanzaron al unísono un impetuoso orgasmo.

Ambos estaban derrotados sobre el lecho de la cabaña, sus pechos subían y bajaban después de una sesión tan acalorada. Seguían abrazados, desnudos y sudorosos.

—Tengo que irme —musitó Grace con el poco aliento que le quedaba.

—No, quédate a dormir.

—Sabes que no puedo.

—Al menos acompáñame un rato más, aún la tarde es joven.

—Solo un poco.

—¿Continuarás insistiendo en que no eras virgen? Un hombre se da cuenta de esas cosas.

—Por favor, no arruines el momento, ha sido perfecto.

—Creo que debemos empezar por ser más sinceros él uno con el otro. Daré el primer paso. Ya conoces la situación de mi familia, ha empeorado. Dependemos de que John se asocie con su futuro suegro, pero mi hermano ama a la dulce Eloise demasiado y no quiere romperle el corazón. Si ella creyera que John la pretende por el dinero de su padre, mi hermano quedaría devastado.

—John podría hablar con su prometida y exponerle la incertidumbre de su corazón.

—No conoces a mi hermano. Jamás lo hará. Mi padre tiene serios problemas, tal vez venda los bienes de nuestra propiedad que no están unidos al ducado para poder mantenerlo.

—Es terrible.

—Jamás habría salido de mi boca, pero no puedo hacerte mi esposa sin que conozcas lo mejor y lo peor de mi persona. Ya sabes que me enamoré perdidamente de una joven. Bueno, tras su abandono me sentí miserable, me dediqué a formarme y a olvidar. Cuando culminé mi formación volvimos a encontrarnos y, por la atracción que aún quedaba entre ambos, sucumbimos. Fue mi primera mujer. Ella no encontró en el matrimonio lo que imaginó en un principio. Los celos contra su marido, aunado a no verle futuro a nuestra relación, me hicieron tener aspiraciones por otras damas. Mi corazón se había endurecido, ya no me interesaba el amor, ni el cortejo, menos comprometerme. Las mujeres no terminaban de llenarme y siempre volvía a ella, la única que había logrado tocarme el corazón. Creí que jamás me curaría de ese mal. Nos lastimábamos, y hacía mucho que había dejado de ser amor. Después de esa vez que nos sorprendiste en la terraza, entendió que había llegado el final.

—¿Nunca me dirás su nombre?

—No puedo, ante todo tengo principios. La conoces y es una mujer casada. Como caballero, no puedo abrir la boca y perjudicar su honor.

—No quiero que faltes a tu palabra, solo que me siento en desventaja.

—Jamás permitiría que te hiciera daño.

—¿Sabe acerca de lo nuestro?

—Supo que te pretendía antes de tu boda con Emerald.

Grace reflexionó, su secreto, en realidad, ya había sido descubierto. Aunque quería a William y confiaba en él, también temía.

—Nunca volveré a admitirlo, menos ante otra persona, pero sí, era virgen, eres el primer hombre con quien he consumado el acto carnal.

—Lo sé. No necesitas confirmarlo. Y me preocupa. Mi amor, estamos en graves problemas. Tú por mentir, y yo porque no te abandonaré en esta travesía. Dime, ¿de dónde sacaste al pequeño Evan?

—Es el hijo de Emerald. Me casé despechada, siempre he tenido un defecto de carácter y es que a veces no mido mis impulsos. Mi madre me lo reprochó muchas veces, pero no pude corregirme. Te quería, no me importaba que Emerald fuera marqués, y aunque lady Huntington presionaba para que aceptara su cortejo, estaba decidida a elegirte a ti en cuanto me pidieras matrimonio. Incluso con los rumores nefastos que la condesa me transmitió sobre tu proceder en el pasado. Encontrarte besándola me hizo girar en torno a Emerald, y él fue tan magnánimo y me ofreció recibirme sin pedir nada a cambio que no pude resistirme. Solo quería huir lo más lejos posible de ti.

—¡Oh, por Dios, Grace! Hasta el último momento te rogué perdón.

—Mi orgullo es mi siguiente defecto.

—¿Cómo reprocharte si también lo poseo? —Escuchó receptivo y sin el peso de ningún reclamo en la mirada.

—La noche de bodas intenté entregarme a mi esposo, pero no pude, y él decidió que teníamos todo el tiempo del mundo para esperar. Los meses transcurrieron y nuestra quietud se transformó en cólera de su parte. La espera lo estaba devorando como una hiedra venenosa. Me sentía culpable, pero no podía entregarme a otro hombre, mi corazón era tuyo. Emerald era un caballero, incapaz de forzarme u obligarme a cumplir con mis deberes de esposa. Terminó por entregar sus afectos a otra dama antes de que perdiera los estribos y eso suavizó su carácter.

—¿Cómo falleció Emerald? Jamás me creí que practicando el salto de obstáculos en su propiedad se cayera y tuviera un desenlace fatal. Era un excelente jinete.

—¿Por qué insistes en escarbar en el pasado?

—Porque, seamos amantes o esposos, por encima de todo nos amamos. Hemos desafiado al tiempo y no será la única barrera que tendremos que enfrentar. Debemos conocer nuestros peores pecados para estar preparados en el momento en que salten a la cara.

—El esposo de esa mujer los descubrió, lo retó a duelo, Emerald resultó herido de gravedad y

todo se complicó. Sobrevivió muy pocos días después de recibir el disparo. Organizó todo, dejó por escrito su última voluntad y aseguró el futuro de sus hijos. Yo desconocía de su solución, hasta que próximo a su fallecimiento me hizo saber su última voluntad y esta incluía a ese niño, producto de esa relación. Me suplicó que lo tomara como mío, me dio tantas razones y estaba en el lecho de muerte, no pude negarle nada.

—Evan es un bastardo, no debiste aceptar. Ahora has quedado implicada.

—¿Qué fácil es decirlo? ¿Cómo le niegas el último deseo a un moribundo?

—Fue un marido infiel.

—¿Tú dando lecciones de moral? Henry fue una bella persona, yo estaba aterrada cuando tras mi obcecación me di cuenta de que había quedado supeditada a un hombre que no amaba. No me tomó por la fuerza y yo era suya a toda ley, eso supone una integridad que va más allá de la falsa moralidad con la que se dan golpes en el pecho muchos de los aristócratas ingleses. ¿Crees que es el único ilegítimo que pasa como legítimo?

—No me consta.

—Nadie va ventilando sus asuntos a los cuatro vientos, no es la primera vez que se da esta situación y hasta en esferas más altas. Incluso en la realeza. ¿Cuántas mujeres engañan a sus maridos con sus amantes y viceversa? Tú has sido partícipe de dichas peripecias. Los nobles ingleses suelen parecer recatados y en extremo conservadores de las buenas costumbres, pero en las sombras tienen una doble vida que es digna de escandalizar. ¿Cuántos niños pasan como hijo de uno cuando en realidad lo son del amante en turno?

—Por lo general, las mujeres casadas que se lanzan a sus andadas lo hacen después de engendrar al presunto heredero y uno más.

—Es detestable. Evan es hijo de Henry y él decidió dejarle el título.

—Pero es que Emerald no tenía la potestad para decidir, solo le corresponde a la realeza.

—Lo sé. Soy culpable y no me arrepiento.

—¡Grace! ¡Grace!

—¿Vas a echarnos de cabeza?

—¡No, no, por supuesto que no! Es un asunto muy delicado, temo que terminen perjudicados. Grace, ¿cómo te dejaste convencer? Incluso tu matrimonio pudo verse anulado por falta de consumación. ¿Sabes qué significaría?

—Que no sería la marquesa y Evan y yo tendríamos problemas más graves que irnos de Emerald Haven.

—Están usurpando los derechos de los Black sobre el marquesado.

—Es terrible, lo sé y me siento miserable por ello; pero cuando veo a Evan, me lleno de valor y termino supeditada a los deseos de Henry.

—¿Por qué amarrarte a sus designios? Tienes tu propia fortuna, eres rica y joven. Podías haberte vuelto a casar, demostrado incluso que no habías sido mancillada.

—Las reglas de los hombres, las disposiciones y las costumbres, también me dejaron en

desventaja frente a mi primo Hugo Buenaventura. Por ser mujer tuve que ver cómo el testamento de mi bisabuelo beneficiaba por encima de mi linaje al heredero, creí que si ayudaba a Evan reivindicaría un orden establecido lleno de incongruencias y atropellos.

—No te corresponde juzgar, menos en otro país tan distinto del tuyo. Pensarán que lo defendiste por motivos personales.

—Y lo hice, Evan es mi hijo desde que lo recibí en mi seno y le negué la humillación de crecer como bastardo, repudiado solo por el origen del acto por el cual fue procreado, porque sus padres son de ascendencia noble de la más alta cuna.

—¡Pero no están casados! ¿Quién es su madre?

—Eso jamás saldrá de mis labios, lo siento. No importa cuánto te ame, pero no me corresponde revelarlo.

La madera de la puerta crujió ante unos golpes acuciados. Grace se asustó por la ferocidad de estos. William la cubrió con una manta y le pidió que hiciera silencio. Se puso de pie y se colocó una bata, se acercó a una ventana y, abriendo solo un resquicio, indagó la procedencia del ruido.

—¿Quién llama?

—Soy yo, milord, Dorita.

—¿Vienes sola?

—Sí.

—Dame un par de minutos. No tardo.

Grace se puso de pie con prisas y comenzó a colocarse sus vestiduras. William se acercó para ayudarla y, cuando ella estuvo lista, tomó sus prendas e hizo lo propio. Aunque no engañaban a nadie, abrieron la puerta e hicieron pasar a la muchacha.

—¿Qué sucede? ¿Por qué la urgencia? ¿Está bien Evan?

—Sí, milady. No es el niño. Tenemos un visitante.

Grace palideció, sabía que el tiempo era escaso para que su cuñado hubiese arribado a la propiedad. En cambio, el conde de Huntington sí podía haber llegado impulsado por su abuela. Palideció.

—¿De quién se trata?

—Lord Arthur Johnson.

—Hubieras empezado por ahí —dijo aliviado William exhalando su inquietud en un suspiro. Volviéndose a Grace, añadió—: Es el único que sabía de mi paradero.

—Creo que debemos ir cuanto antes.

—Adelántate, ve en Luna. Yo iré caminando, no es conveniente que lleguemos a la par. Indica que nos preparen una sala para hablar a solas —pidió él.

Grace salió de la cabaña precedida de Dorita, William las ayudó a ambas a trepar sobre la yegua. Le dio una palmada a su montura para impulsarla a marchar y se las quedó viendo con el semblante muy serio.

William cerró la cabaña y tomó el camino más corto. Aunque había sentido alivio inicial al escuchar nombrarlo, su siguiente reacción fue la zozobra, sabía que su amigo no lo molestaría de no ser algo importante. Rogó porque no fuera lo que se temía, que los problemas de la fortuna Lovelace habían alcanzado límites insostenibles.

Cuando apareció por la puerta principal de la residencia de los Haddon, el mayordomo lo condujo con solemnidad hasta el estudio de Grace, se sorprendió porque fuera ese el sitio elegido, pero más lo hizo al notar que su amada formaba parte de la reunión. Pensó que antes de recibir al visitante iría a cambiarse, la cena estaba próxima y era lo más apropiado. Por la palidez de su rostro y el surco de gravedad que atravesaba su frente, supuso que por una extraña razón sabía, al menos, más que él. No se equivocaba, Dorita la había puesto al tanto por el camino del asunto que atañía al recién llegado.

William lo saludó con afecto, pero sin perder la seriedad.

—Amigo, te eché de menos todo este tiempo —saludó lord Arthur Johnson—. Imagino los motivos que has tenido para abandonarme, tras tu ausencia prolongada comprendí que me quedé sin compañero de juergas.

—¿A qué has venido? —Fue directo al grano, como prefería a diferencia de Arthur que le costaba ser directo y solía andarse por las ramas.

—Tu familia está pasando por terribles momentos.

—¿Qué sucede?

—Tu hermano sufrió un accidente.

William sintió que el cielo y la tierra se juntaban ante sus ojos. El pecho se le apretó, pero aclarándose la voz, preguntó:

—¿Cómo está John? —Arthur negó con la cabeza, no podía pronunciarlo, se le cerró la garganta—. Habla.

—No sobrevivió.

¿Cómo no lo vio antes? Arthur vestía de luto, John había sido como un hermano para él. Grace estaba más pálida que de costumbre. Sintió un dolor profundo y agudo. Odió escucharlo, era algo tan irreversible que lo destrozaba por dentro. No había esperanzas, ni posibilidades de recuperarlo. Su mirada azul se volvió más taciturna, tanto que parecía un abismo inmenso. Recordó su accidente en el pasadizo, pensó cómo se sentiría su familia si él también hubiera muerto. Entendió la seriedad de los riesgos que había tomado de golpe. No quería que nadie sufriera así por él, con esa agonía que terminaba por embotar los sentidos.

—John —murmuró quedamente—. No, no puede ser. El médico que lo ha certificado debe estar equivocado. Debe poder hacerse algo, es muy joven.

—Amigo, debes aceptarlo.

—¿Qué sucedió? ¿Qué tipo de accidente sufrió?

—No abrumemos a la marquesa con detalles tristes. Ya habrá tiempo para ello. Debemos partir de inmediato. Tus padres te esperan.

Ni una lágrima resbaló por su rostro, sus ojos permanecieran húmedos, pero no desbordaron en llanto.

—Puedes tomar uno de nuestros carruajes —sugirió Grace recordando el dolor de su espalda, aunque no se había quejado tras su último acalorado encuentro.

—Iremos a caballo, será más rápido.

—Viajaré a Londres a presentar mis respetos a los duques.

—Te lo agradeceré mucho, será bueno entre tantos rostros encontrarte.

—Iré mañana a primera hora. No puedo antes, debo preparar las condiciones para llevar a mi hijo, en estos momentos no puedo dejarlo.

—Marcha sin prisas, no queremos más calamidades.

Una mirada tuvo que ser suficiente como despedida.

Grace arribó a Londres con el corazón devastado y, para su sorpresa, lo primero que encontró al entrar a Haddon House fue a su abuela. Suspiró y corrió a refugiarse en su pecho. La señora tampoco pudo continuar con el distanciamiento que se había producido entre las dos, incluso, aunque la ofensa de su nieta atentaba contra los principios que más arraigados tenía.

Mientras los sirvientes se ocupaban de guardar el equipaje, Grace le relató la situación tan terrible que estaba viviendo lord William Lovelace.

—Lo supe, mi niña, es devastador. —Ella por toda respuesta se dejó vencer por las lágrimas—. ¿Por qué lloras, Altagracia?

—Me duele su dolor y le echo en falta. Imagino que no podrá regresar a Emerald Haven, el luto y sus nuevas responsabilidades lo absorberán por completo.

—Tus lágrimas tras su partida son exageradas. No me salgas ahora con que el hijo del duque te perjudicó, porque de ser así le exigiré casarse contigo. Nuestra familia no será humillada por ningún hijo de noble inglés.

—No le exija nada.

—¡Ave María Purísima! ¿Te entregaste al hijo del duque? ¿Y nuestro secreto? ¿Pensaste en Evan?

—Confío en él.

—No lo sé, mi niña. No sé si estemos a salvo.

—Me duele demasiado el pecho, demasiado, solo de pensar que tenga que renunciar a lord William Lovelace. No puedo soportar tanto dolor.

—Eso es amor. ¿Qué vamos a hacer?

—Pensé que traería a Hugo para corregirme como amenazó.

—Quise, pero no pude. Me sentí culpable, fue mi error. Yo te convencí de venir a Londres.

—Usted no debe nada, yo hice mis elecciones.

—Me preocupé mucho por ti. Hiciste bien en traer a Evan y a Dorita. Estaremos mejor aquí, aunque sea una corta temporada.

—Deberíamos traer a lady Arlene Haddon con nosotros. Ya no tiene necesidad de permanecer con los condes si nosotras estamos en Londres.

—Déjala por lo pronto.

—Querrá venir en cuanto sepa que su hermano ha venido.

—Esperemos un poco. Inventaré algo que la deje tranquila e igualmente a mi prima. Descansa.

—Tendremos que prepararnos para mostrarle nuestros respetos a los duques.

Cuando Grace, precedida por su abuela, se presentó junto a otros conocidos cercanos para brindar el pésame a sus excelencias, solo encontró a William y a su madre con los rostros desolados y vestidos de luto. Se sorprendió de que a pesar de estar destrozados, se mostraran enteros y no derramaran ni una lágrima. Les ofreció sus condolencias. William y ella solo compartieron un escueto saludo, pero por la forma en que le clavó la mirada y le sujetó con ternura, y a escondidas, la mano, comprendió cuánto la necesitaba. Los condes de Bridgewater se mantuvieron cercanos a los dolidos y los auxiliaron en cada uno de los ritos funerarios.

Grace tuvo que contentarse con permanecer en las sombras, hasta que decidió retirarse. La presencia de aquella dama cercana a su amado y mostrándose indispensable la llenó de celos, pero no era el momento. El dolor en el precioso rostro de William le rompía el corazón en mil pedazos.

Los condes de Huntington no tardaron en hacer acto de presencia y en acercarse hasta ellas.

—Milady, no sabía de su arribo a Londres —le dijo la condesa sorprendida por encontrarla allí.

—Me sentí sola, quise visitarlos, me topé con la triste noticia y no tuve tiempo para mandar los avisos.

—No se inquiete, ahora debemos dar soporte a la familia Lovelace, son muy cercanos a nosotros. Qué tan desafortunado suceso. Aún no entiendo cómo se accidentó el joven. ¿Han escuchado los detalles de tan funesto siniestro?

—No —manifestó la marquesa—. Tal vez prefieran callar los detalles dolorosos.

—¿Cómo han cambiado las aguas! Ahora lord William Lovelace será el heredero.

Grace la miró con tristeza, no había reparado en ese hecho. Miró en dirección a William, estaba de pie con el semblante muy serio, más taciturno que de costumbre, pero solícito con su madre.

—Me sorprende que nadie se lamente o llore —le susurró a su abuela.

—Son las costumbres.

—¿Dónde estará el duque?

—¿No lo saben? —se adelantó la condesa con cara de martirio.

—¿Qué tendríamos que saber?

—Lord William Lovelace está a cargo de los ritos funerarios de su hermano, dicen que la duquesa no se mueve de su lado y mantiene una actitud estoica.

—Eso lo he notado.

—Su excelencia, el duque de Whitestone, sufrió un síncope ante la funesta noticia. Le pegó demasiado fuerte el fallecimiento del primogénito. Estuvo a punto de pasar a mejor vida.

—¡Oh, por Dios! —se lamentó doña Prudencia—. Gracias a Dios está mejor, ¿se imaginan qué golpe para la familia dos entierros simultáneos!

—No está nada bien, quedó muy abatido. El médico ha dicho que está muy mal. Lo ha visto tan débil que le ha prohibido abandonar la cama, ni siquiera en tan lamentable pérdida. Dios le dé salud para salir ileso de este mal paso.

La despedida de John, lord Godwine, de tan noble estirpe, fue tan emotiva como lo ameritaba su estatus. Una comitiva extensa de hombres a pie acompañó el cortejo fúnebre hasta el cementerio. El cuerpo del fallecido iba en una caja de madera y ribetes de oro de finísimos ornamentos, que marchaba en un carruaje conducido por caballos de tiro negros y adornados con plumas de avestruces de idéntico color. Los relojes de los Lovelace se habían detenido a la hora exacta de su último aliento para demostrar su congoja.

Días después, Grace recibió como agradecimiento por su apoyo a la familia un retrato *post mortem* de John, le dolió en el alma verlo con los ojos cerrados y el semblante sin huellas de sufrimiento, como si solo estuviera dormido. Lo único que delataba su estado era el tono ligeramente azulado de sus labios, y sus ojeras. Un penoso episodio en la vida de su amado que le dolía como propio. Moriría de agonía si un día recibiera la noticia del deceso de una de sus hermanas. Se persignó y pidió por ellas.

Retrasó su retorno a Emerald Haven, quería permanecer en Londres hasta que William buscara la forma de encontrarse con ella. Se conformó con esperar.

El saloncito del té de la condesa de Huntington se vistió de gala para recibir a lady Emerald y a su abuela. Incluso Agnes, lady Wilson, que estaba visitando a sus padres, se unió a ellas.

—Pensé que habías traído al pequeño lord a Londres —mencionó Agnes.

—Así es, pero se quedó en Haddon House con Dorita, estaba dormido y me dio pesar despertarlo —refirió Grace.

—También muero por ver a mi hermanito —agregó Arlene—. ¿Se quedarán mucho tiempo? De ser así me gustaría estar con ustedes.

—No sé cuánto nos tardaremos esta vez, creo que no será demasiado y no haremos mucha vida social. Mi deseo es regresar cuanto antes a Emerald Haven, pero puedes estar con nosotras en Haddon House mientras estemos en Londres, nada me haría más feliz —admitió Grace.

—Lo más adecuado es que nos visites para que pases tiempo con tu hermano, pero que sigas disfrutando de la hospitalidad de lady Huntington, así podrás continuar participando en las actividades de la temporada que está por terminar —sugirió doña Prudencia temiendo que el hijo del duque visitara a su sobrina y que la tensión que se produjera en el ambiente cuando los dos estuvieran cerca fuera percibida por la señorita.

—Concuerdo con mi prima —intervino lady Huntington.

—¿Cómo la has pasado en Londres? Cuéntame acerca de tu participación en los últimos bailes —pidió Grace a su hijastra.

—Increíble, lady Huntington es una excelente madrina.

—De seguro mejor que yo —añadió Grace con modestia—. Me alegra que te haya recibido y te encamine como lo hizo conmigo.

—Después de todo conseguí un buen matrimonio para lady Emerald —se jactó lady Huntington.

—No existía un mejor partido en Londres que mi padre, ¿verdad?

—Por supuesto —la complació Grace.

—Quien me entristece en demasía es la señorita Foster —musitó Arlene y todas ensombrecieron el rostro al recordar la tragedia que embargaba a los duques de Whitestone—. Ni siquiera llegó a casarse y tener un hijo, debe estar desolada.

—Es una pena. ¿Qué tipo de accidente habrá tenido el joven difunto? ¿Alguna ha escuchado algo al respecto? —indagó la condesa.

—Madre, si los duques no desean ventilarlo, debemos respetarlo —la aplacó Agnes.

—Definitivamente —carraspeó la condesa y no se mencionó más el tema.

Grace se puso de pie y caminó hasta la ventana, se perdió en la imagen de un fresno que estaba plantado cerca, le recordó la vista desde su estudio y los momentos que vivió con William. Aquellos días maravillosos se escurrieron entre sus dedos. Inspiró fuerte, dio gracias porque los momentos que compartieron fueron tan intensos que la llenaron por dentro y esa fuerza no le permitió decaer.

Agnes, que la vio pensativa, se le acercó disimuladamente y le susurró:

—¿Estás afligida por él?

—¡Agnes!

—Es fuerte, saldrá adelante, aunque le costará. Era muy apegado a su hermano mayor, era su referente. Lo admiraba demasiado. Apuesto lo que sea a que mi ilustre madre moverá cielo y tierra para procurar un acercamiento entre ustedes, ahora le parecerá un pretendiente a tu altura.

—¿De qué hablas?

—Mi madre adora los títulos y él es el nuevo heredero.

—Espero que no lo haga, menos en este momento.

—Si hay algo en lo que mi madre es maestra es en conocer la etiqueta, aunque a veces se la salta cuando le conviene, pero en este caso de seguro pondrá el ojo donde pone la bala. Tal vez con un hombre tan fuerte a tu lado, lady Black deje de ser un estorbo en tu vida.

—No necesito desposarme nuevamente para hacer frente a esa arpía.

—Me alegra que pienses así, lo que crea mi madre dista de lo que comparto. Pienso que un secreto compartido es más riesgoso, estarás mejor sola.

El corazón inquieto de Grace no pudo soportar más la impaciencia, necesitaba regresar al lado de Evan y continuar esperando por noticias de William. Se despidieron concluyendo con éxito el compromiso con sus parientes y se regresaron al hogar.

Al introducirse por la entrada principal de Haddon House respiró hondo, solo quería relajarse y disfrutar de observar a su hijo mientras jugaba. Su risa, su olor y sus pocas palabras eran su mayor aliciente. Ni una hora había pasado cuando su sosiego se vio interrumpido por una visita que llegó sin anunciarse.

—¿Qué haces aquí? ¿Sucedio algo? —preguntó asustada al ver arribar a lady Wilson con la hija del difunto marqués de Emerald.

—¿Por qué te sorprende nuestra visita? —indagó Agnes—. Lady Arlene Haddon se quedó con el rostro alargado y con ganas de ver a su hermano, no pude negarme. La he acompañado.

—Sean bienvenidas. Arlene, Dorita te llevará con tu hermano, mi prima y yo tenemos un asunto que resolver.

—No hasta que le dé un beso al pequeño.

—Agnes, por favor, sígueme. No te quitaré mucho tiempo.

Mientras la muchacha caminó sonriente para ver al niño, las señoras se quedaron a solas en el

salón de recibir. Tras cerrar la puerta y cerciorarse de que los sirvientes no estuvieran al acecho tomó asiento frente a la recién llegada.

—¿Por Dios, Agnes, debes ser más cauta! ¿Piensas que lady Arlene Haddon no notará tu afán?

—Necesitaba verlo, sé que extremas en precauciones y que lo considerarías poco apropiado. No me quedó más remedio que tomarme el atrevimiento de venir sin ser invitada.

—Las puertas de mi hogar siempre estarán abiertas para ti, pero no es apropiado.

—Aunque lo niegues, noto que estás entusiasmada con lord William Lovelace, ahora lord Godwine, y temo que afecte la seguridad de Evan. La situación ha cambiado y ustedes podrían tener más posibilidades de concretar un compromiso.

—Jamás vería un evento desafortunado como la muerte de su hermano como algo que me acerque a él. ¿Qué te hace pensar que el hecho de convertirse en heredero al ducado exacerbe mi interés?

—Si no lo digo por la primogenitura, eso tal vez le brinde otro panorama a mi madre, no a ti, ni a mí. Lo digo porque eres viuda y has cumplido tu luto y él sigue soltero y, por lo que tu abuela le ha compartido a mi madre, imagino que continúa enamorado de ti.

—¿De qué han hablado?

—De su visita a Emerald Haven.

—¿Jesús! Pensé que se lo había reservado.

—Son amigas, de esas que necesitan buscar apoyo la una en la otra. Mi madre se inclina por el matrimonio, solo le preocupaba su fortuna. Tu abuela, piensa como yo, que estarías mejor sola.

—Al menos no lo sabe el conde, ¿verdad?

—¿Mi padre?, no, se escandalizaría y metería las manos al fuego con tal de mantener a flote el honor de la familia. Si hubieras sabido que amar a Evan traería tantos problemas a tu vida, ¿habrías tomado una decisión diferente?

—Cuando lo dejaste en mis brazos supe que jamás podría traicionarlo, tiene la mirada más honesta que jamás conocí; pero algún día, cuando pueda comprenderlo sin odiarme, tal vez le diga la verdad.

—¿No! No quiero que me desprecie.

—Es el riesgo que tendremos que correr por desafiar las leyes de los hombres.

—Para finalmente dejar a un hombre en posesión del título de su padre.

—No habríamos podido orquestar algo semejante para ayudar a Arlene. Me siento, a veces, culpable por despojar al regordete honorable de los Black. Cuando veo los ojos esmeraldas de nuestro Evan me doy cuenta de que no había otra solución, se lo debo a Henry, fue maravilloso conmigo. Si yo no hubiera aceptado su propuesta de matrimonio tal vez hubiera encontrado otra buena mujer, una que lo habría amarlo y lo hubiera llenado de hijos.

—Tú no tienes la culpa de nada. Yo lo seduje, él era un hombre decente —admitió una vez más con lágrimas en los ojos, culpándose de la desgracia.

—Y tú una buena mujer que se merecía su corazón —le dijo con afecto—. Estaban demasiado

cerca y ambos carecían de afecto, el destino se atrevió a juntarlos. ¿Quién soy yo para juzgarlos? Fueron circunstancias penosas, pero al menos conociste el amor que tanto anhelas.

—Fue un pecado muy grande, ahora sufro las consecuencias.

—Nunca te arrepientas de haberlo amado.

—¿Eso quiere decir que me perdonas? Pensé que jamás lo harías.

—Aunque nadie pueda entenderlo, le diste bellos momentos a Henry, los que hubiese querido darle yo de no haber tenido mi alma comprometida.

—Abducida por el diablo...

—Tenías derecho a enamorarte, como también lo tengo yo.

—Y no soy quién para negártelo, pero Evan...

—Tranquila, Evan es mi hijo, tanto como tuyo. No haría nada que comprometa su posición y, aunque odie mentir, por ese pequeño estoy dispuesta a cometer todos los pecados.

—Siento que Henry y yo estaremos por siempre en deuda contigo, terminamos por corromper tu alma. Entiende mi temor. Si esto saliera a la luz, Evan, mis padres, tú y mi familia sufriríamos las consecuencias.

Un sirviente llamó a la puerta para indicar la presencia de otra persona. Alguien que también llegaba sin avisar. Grace se esperanzó en que fuera William, él debía saber que lo aguardaba desesperada; pero cuando el hombre mencionó a lady Black, Grace creyó que no podía ser más inoportuna.

—Es mejor que no te vea aquí, esa mujer es demasiado astuta y suele atar cabos.

—¿Qué tiene de malo que te visite? Somos primas. Además, he acompañado a lady Arlene Haddon.

—Ve con Arlene y disfruta del pequeño. Mientras, me encargo de la visita.

Lady Black aguardaba con cara de pocos amigos, así que cuando la hicieron pasar, se quejó de los modales de su cuñada. Grace creyó que ya se había tardado en hacer acto de presencia. La invitó a tomar asiento.

—¿En qué puedo ayudarla, querida cuñada?

—Mis conjeturas eran las siguientes: que viéndose viuda y sin heredero, usted se había entregado a un hombre con la intención de embarazarse a toda prisa para robar los derechos de mi primogénito.

—Sería muy sórdida, jamás me quedaría con lo que no me pertenece.

—Palabras vacías. Ya sé que Evan es un bastardo, como siempre lo temí.

—No sucumbiré ante sus calumnias.

—¿Creyó que jamás me enteraría de que había cobijado al ilegítimo de mi hermano?

—No sé de qué habla.

—Me cercioraré de que se haga justicia y que el marquesado vaya a las manos de a quien en realidad pertenece, el heredero varón legítimo de mi padre.

—Lo que afirma no es cierto, ¿acaso es consciente de que al enlodar el título y el apellido,

ustedes también saldrán perjudicados?

—No me enredará con sus palabrerías. Usted quedará expuesta cuando se revele el funesto hecho que ha perpetrado. Tendrá que recibir un escarmiento.

—¿En verdad cree que, si levanta una polvareda contra nosotros, usted y sus hijos quedarán indemnes?

—¿Aún no me cree capaz?

—No es que no la crea capaz de usar la maldad para salirse con la suya, simplemente es que no hay evidencia en nuestra contra.

—Tengo una confesión, creo que con eso bastará.

Grace palideció, su único desliz había sido entregarse a William y que por ende descubriera que era virgen. ¿Habría abierto él la boca? Lo había visto bastante turbado ante el hallazgo y, si en un golpe de moral había considerado lo acontecido demasiado sórdido para pasarlo por alto, ¿habría decidido alertar a quien consideraba perjudicado en su derecho? Si él la había traicionado solo podría significar que no la amaba lo suficiente. Si esa era la carta que la vizcondesa tenía bajo la manga, sería su palabra contra la suya. Pensó en los sirvientes; aunque a ninguno le constaba que había cedido a sus pretensiones, podrían testificar de la permanencia del caballero en la propiedad y de sus largos encierros en el estudio. Respiró hondo y le devolvió una mirada decidida y desafiante a lady Black. No permitiría que la duda la hiciera flaquear, lo negaría por siempre, se lo había prometido a Emerald.

—Usted debe irse de inmediato de esta casa, antes de que su osadía me haga sacarla de una forma poco elegante. Jamás regrese con sus insinuaciones —la desafió.

—Usted es quien se irá.

—¿Perdón?

—Le daré un plazo corto para que haga su equipaje tanto de Haddon House como de Emerald Haven, desgraciadamente no soy tan malvada como siempre ha creído. Tendré que tragarme mi rabia y dejar que este acto reprobable quede impune. No puedo enlodar el buen nombre de mi padre, y aunque mi hermano tampoco me favoreció ni a mis hijos ni a mí con su última voluntad, todavía lo quiero.

Lady Black sacó de su bolso de mano un documento que Grace no reconoció. No sabía cómo había llegado a sus manos, jamás lo había visto. Leyó algunas frases de lejos, lady Black ni siquiera se lo dejó tocar, era un salvoconducto que Emerald había elaborado con su último aliento para eximirla de toda culpa si algún día salía a la luz el verdadero origen de Evan. Por lo que pudo alcanzar a leer, no hacía alusión al hecho de que su matrimonio jamás se había consumado. Dolorosamente, la marquesa vio cómo un papel que buscaba el objeto de protegerla la condenaba para siempre.

—¿Y pretende que salga de sus vidas como si nada? ¿Qué explicación dará por mi ausencia?

—Usted no es nada de Evan ni de Arlene, no tiene por qué responsabilizarse de ellos, así que quedarán bajo mi cuidado. Como ante la sociedad es su madre y la viuda de mi hermano, diremos

que su salud está debilitada y necesitó marchar con su familia.

—No puede exiliarme.

—Su dote y su fortuna personal es cuantiosa, podrá arreglárselas.

—Y es lo que menos me preocupa, soy la madre de Evan.

—Dejará un documento firmado donde me autoriza para velar por sus responsabilidades con el marquesado y con mi sobrino.

—Nunca, cada vez que requiera mi firma tendrá que hacerme buscar.

—¿Y pretende que la haga llamar a ese confín del mundo de donde procede?

—Usted podrá sacarme bajo amenaza de las propiedades de mi difunto esposo, pero no me marcharé de Inglaterra, jamás abandonaré a Evan. Él se va conmigo.

—¡No! Se hará la voluntad de Henry, ese niño es su heredero.

—Entonces estaré lo suficientemente cerca para tenderle la mano cuando lo necesite, cuando requiera de mi autorización para algún trámite.

—Se marcha hoy de Haddon House y le doy el tiempo suficiente para que emprenda el viaje a Dorset, pernoctar una o dos noches, tomar sus pertenencias y dejar establecido que, de ahora en lo adelante, yo velaré por los intereses de mi sobrino. —Grace la miró indignada, pero sabía que no tenía otra salida—. Una cosa más, ¿quién es la madre del niño? ¿Acaso sabe con quién pecó mi hermano?

—Pregúntele a quien tan amablemente le entregó el documento que hoy utiliza para chantajearme.

—¿Por qué la protege? Se burló de su matrimonio.

—De usted protegería hasta a mi peor enemigo.

Una lágrima le resbaló por la mejilla, se sentía víctima de su propia telaraña.

Grace pidió que prepararan el equipaje de inmediato de su abuela, ella y Dorita. Y mientras las doncellas se afanaban, les comunicó a ambas, incluida Agnes, que todavía estaba en Haddon House, la difícil conversación sostenida con la fría lady Black. Lady Wilson se llevó las manos al corazón a punto del colapso. Su vida entera pendía de un hilo, amaba a Evan, pero el escarnio público podría dejar sin futuro a sus hijos y al resto de la familia. Grace intentó tranquilizarla.

—Tu secreto está a salvo, ninguna dirá una sola palabra.

La vieron llorar, amenazada por el afilado sable de la adversidad, entre amores de igual magnitud que no podía contraponer. Doña Prudencia intentó calmarla, le dolía su temor y hacía tiempo que había decidido no juzgarla, bastante tenía con su pena y con los reproches provenientes de su propia madre.

—Lo siento mucho. Me voy, pasaré a darle un abrazo al pequeño, de hoy en adelante será difícil que pueda volver a acercarme —murmuró lady Wilson, sonrojada por la vergüenza y el dolor.

—Anda —le dijo Grace.

—No podemos dejar a Evan con esa bruja —parloteó Dorita—. Mi niña, puedo quedarme como su nana.

—No lo permitiría. Nos quiere fuera y lo mejor es no desafiarla. Ha decidido mantener a Evan en su lugar, también teme al escándalo y no quiere manchar ni el título ni el apellido con semejante descubrimiento.

—¿Se dará por vencida?

—Ahora lo único que me importa es que Evan esté bien, que no sea perjudicado y que se cumpla la última voluntad de su padre.

—¿Qué le diremos a lady Arlene?

—Por favor, abuela, ¿podría usted decirle que no puede regresarse con lady Wilson? Su tía también la ha reclamado. Es parte de lo que me arrebató. Si le pide explicaciones, tendremos que apegarnos a lo estipulado por la vizcondesa, que, por problemas de salud de mi parte, ellos estarán una temporada con su tía.

—¿A dónde se supone que iremos?

—Por lo pronto, a Emerald Haven por lo que es nuestro, y a despedirnos de ese hermoso lugar

al que no sé si podremos volver a llamar hogar. Después, le pediremos asilo a su prima por un breve tiempo.

—Regresemos a España o si lo prefieres a La Habana.

—No, no le daré ese gusto a lady Black. Buscaremos una casa digna de nuestro nombre y fortuna para las dos, de preferencia en las afueras de Londres. Mientras no vuelva a casarme seguiré siendo la marquesa viuda de Emerald, la vizcondesa no puede librarse de mí, soy la tutora legal del pequeño, el testamento de Henry me favorece para esos fines.

—Pero estarás supeditada a sus deseos, intentará manipularte a su antojo con amenazas, con chantajes.

—Y me defenderé, no me estoy dando por vencida. Debe existir una forma de recuperar a la luz de mis ojos.

—Tal vez deberías dejar ese pasaje de tu vida atrás, es lamentable por Evan, por Agnes, pero eres joven. Todavía puedes casarte, tener tus propios hijos.

—Evan es mi hijo, lo cuidé desde el primer día de nacido. Jamás renunciaré a él.

Cuando el equipaje estuvo en el carruaje, Grace aún abrazaba al niño que se le había dormido en los brazos. Permanecía aferrada a él, con los ojos secos y los sentidos embotados. Lo salpicó de silenciosos besos, inspiró su aroma para llevárselo consigo. El dolor de separarse de Evan la devastó por completo, como una tierra fértil que se ve arrasada primero por un huracán y después por un largo invierno. Quedó completamente vacía. Todo su mundo se deshizo entre sus manos al tener que dejarlo atrás.

Cuando llegó a Emerald Haven, las lágrimas que había vertido durante todo el camino ya se habían secado sobre su rostro. Recordó la paz que sintió el día que regresó y se instaló en el castillo. Lo sentía su hogar. No dio explicaciones a los sirvientes, solo dispuso que prepararan todas sus pertenencias para ser trasladadas. El mayordomo estuvo solícito, más que de costumbre, y con su habitual cuello estirado, sin ninguna expresión, cumplió lo solicitado. El ama de llaves se mostró intrigada por los movimientos y lo estuvo más aún cuando llegó una carta a sus manos con orden tajante de lady Black.

Grace tomó la hoja que la señora Hoffman le entregaba y la desdobló para revisar qué la tenía tan consternada. Era su despido y la notificación de que sería remunerada por los servicios prestados, pero que ya no la requerían en Emerald Haven.

—¿Tiene lady Black poder para quitarme el trabajo? —indagó preocupada la mujer.

—Lo siento, señora Hoffman, usted fue muy leal, pero la vizcondesa nos ha tendido una trampa. Ayudada por alguno aquí dentro, que de seguro también ha dado cuenta de su lealtad hacia mí.

—Pero solo la he servido con eficiencia, es mi función. No entiendo nada.

—Le ruego que me perdone por no poder hacer más por usted, pronto dispondré de otra vivienda, para ese entonces necesitaré de una buena ama de llaves. Si lo desea podría usted tomar el puesto.

—¿Entonces también se va para siempre? —Grace asintió—. Acepto.

—¿Tiene dónde quedarse hasta que logre resolver mi situación?

—Puedo permanecer en Dorset e instalarme con mi hermano y su familia. Trabajaré mientras tanto en lo que aparezca.

—Déjeme sus datos, enviaré por usted en cuanto me sea posible. Ahora tomaré un largo baño e intentaré descansar. Mañana temprano, ambas tendremos que salir de Emerald Haven.

Sentía el cuerpo pesado y lánguido a la vez. Solo pensaba en secarse, colocarse una bata y colarse debajo de unas cálidas mantas, pero sus músculos estaban tan tensos y el agua tibia le hacía tanto bien que no pudo salirse de la enorme bañera de madera. Cerró los ojos, no podría descansar, pero quería intentarlo. Su cuerpo lo imploraba, a pesar de que su mente seguía intranquila. En medio del estado de duermevela, la sobresaltaron dos toques en la puerta. Apareció Dorita.

—Las doncellas no tardarán en venir para sacar la bañera —dijo colocando una bandeja con fruta y vino sobre una mesa, así como una bata de algodón muy suave cerca de la bañera—. ¿La ayudo a secarse?

—Solo trae más agua caliente, me ayuda a relajarme.

La muchacha obedeció y Grace sintió que el calor de aquel líquido vital y el aroma de los aceites y los jabones la relajaban.

—¿Aguardo hasta que desee salir?

—No es necesario, puedes ir a descansar.

—¿Y la bañera?

—La pueden retirar mañana.

—Por favor, coma algo antes de dormir, hay fruta, pan.

—Descuida.

Volvió a recostarse y cerrar los párpados, mientras dos lágrimas volvían a escaparse de sus ojos. Dos toques más sobre la puerta, Dorita otra vez.

—¿Y ahora qué ocurre? En verdad estaré bien.

—El ama de llaves estaba cerrando la puerta de servicio cuando apareció esa alma turbia, pidió hablar con usted y ella, con suma discreción, lo ha hecho pasar a un saloncito y me lo ha comunicado. ¿Le parece si lo alojo en la cabaña y mañana temprano acude a verlo?

—No tenemos tanto tiempo —dijo sobresaltada y con el corazón disparándole sangre a borbotones—. Debo verlo ahora.

—¿Bajará?

—Hazlo subir de inmediato.

—Pero usted no está presentable.

—Me adecentaré mientras sube.

—Es un riesgo enorme.

—Tú sabes ser muy discreta.

La puerta se abrió como impulsada por el viento y Dorita se quedó espantada. William, lord

Godwine, vestido de negro, con capa y sombrero, estaba de pie frente a esta. La mujer supo que estaba de más y se escurrió fuera de la habitación. El caballero entró, pasó el cerrojo y corrió hasta sus brazos, ella se puso de pie completamente empapada y lo abrazó largamente, suspiró y contuvo sus lágrimas, no quería agobiarlo con su pena.

—He partido en cuanto supe que te habías marchado. Perdóname, no pude propiciar un encuentro antes. Mi familia...

—Tranquilo, no me he marchado porque no hayas logrado un acercamiento, tuve asuntos urgentes, entiendo tu situación.

—Por un momento pensé que me reprochabas el distanciamiento. No dudes ni por un segundo mi amor —murmuró atormentado por sus propios conflictos y sintiendo su trémula carne como su personal remanso de paz.

Lo estrechó con más fuerza y se perdió en sus brazos.

—Ven —le susurró Grace—. Desnúdate, hay lugar para ti, el agua está caliente.

Presto se quitó el sombrero, la capa, la chaqueta, las botas y continuó con su demás indumentaria con el deseo flotando en el brillo del azul de su mirada, que se veía más oscuro durante la noche.

—Te extrañé demasiado —dijo quedando portentoso como Dios lo había traído al mundo. Coló un pie primero y luego el otro, se acomodó detrás de Grace y se sumergió hasta el pecho. Recostó su espalda contra el canto norte de la bañera y la atrajo contra su cuerpo, empapándose de la tibieza de su sensualidad.

—Te esperé cada minuto, aguardando el momento en que volvieras a mis brazos.

—Es maravilloso que nos encontremos en Emerald Haven, este sitio se ha vuelto un refugio también para mí. Aquí tengo verdadera paz. La necesitaba.

William le acarició los mechones cobrizos empapados, le parecía una ninfa, sublime y apasionada, se apoderó de sus labios sin dilatar más la espera. La tomó de las caderas y se la sentó encima, frente a su pecho. Ella era la luz que se abría paso en su atormentada existencia, un rayo de sol que avisaba que algún día acabaría la tormenta. La miró con una mezcla de amor, dolor y vida. Solo quería perderse en su voluptuosidad, su calor.

Grace no ofreció resistencia, no se sintió presa de sus temores, como otras veces, su cuerpo respondió ante la urgencia de la hombría de su amante. William la tomó casi al primer contacto de sus pieles, sin previo aviso. Su virilidad se abrió paso entre sus piernas hasta acabar aprisionada en lo más profundo de su ser; después se retiró lo suficiente para volver a introducirse desbocado en su vientre con un arremeter descontrolado y salvaje que convirtió sus cuerpos en uno solo. Ella lo afianzó por los cabellos y se apoderó de sus firmes labios, dejándose conquistar tramo a tramo, estremecida de tanto amor y placer. Mientras, él la poseía como si no fuera dueño de sus propios actos, como si el vínculo que los hacía converger hablara por los dos. Grace supo que si un día lo perdía jamás se recobraría de su ausencia; con ningún otro podría sentir así, la había marcado para siempre desde la primera vez que sus ojos habían hecho contacto: le pertenecía.

William aceleró la frecuencia de sus arremetidas, mientras le susurraba cuánto la necesitaba y la amaba. Eran devorados por idéntico sentimiento y por la misma intensidad. Ella se perdió en el mar de caricias y en las sensaciones que su ardor le provocaba. Él la aprisionó por las caderas y la obligó a danzar a su propio ritmo, uno contra el otro, enloquecidos, hasta que fueron desbordados por un poderoso temblor, a las puertas del clímax, que los hizo gritar, mirarse a los ojos y jurarse que estarían juntos hasta el fin de sus días.

—¿Eres mía, siempre serás mía? —demandó con la voz ronca. Requería escucharla para poder liberarse. Ella seguía sumida en el elixir previo al éxtasis, él presionó las yemas de sus dedos contra la piel de su torso. Gritó—: ¡Respóndeme!

—Tuya, tuya, solo tuya.

Y al fin William pudo derramar hasta la última gota de su simiente en su interior, mientras ella palpitaba al unísono, entregándole todo su placer. Él quiso creerle; aunque le hubiera arrancado las palabras durante ese instante en que estaba embriagada por el goce intenso de las convulsiones que sacudían su cuerpo dominado por el orgasmo, sabía que cuando su marquesa pensara con claridad defendería sus ideas acerca de su libertad, pero no le importaba, por eso la amaba hasta la locura. Altagracia había llegado a su vida para sacudirla, para hacer temblar su mundo, y ya no quería prescindir de la fuerza que irradiaba su espíritu.

Se elevó con ella encima, tomándola con fuerza en sus brazos mientras el agua caía desparramada. Caminó hasta la cama y la colocó sobre las mantas, ignorando que ambos estaban empapados. Se subió encima, negado a prescindir del contacto con su piel. La continuó besando, bebiendo los restos del agua que había quedado como rocío salpicando sus senos, hasta que ella lo convenció de apoyar la cabeza sobre su pecho para que descansara del largo viaje. Si no lo hubiera frenado, William no habría parado hasta tomarla de todas las formas posibles, y se veía extenuado por el viaje y por la pérdida.

Intentó establecer una conversación, le acarició los cabellos rebeldes e indagó por su salud.

—¿Estás mejor de tu espalda? —William se alzó de hombros y Grace intentó masajearlo. Él gimió aliviado. Ella esperó que su encuentro ardiente no fuera a lastimarlo más. Su amante apasionada parecía olvidar la prescripción médica de continuo, más cuando se trataba de poseerla. Indagó por la situación en Primrose Hall—. ¿Cómo sigue su excelencia?

—Muy delicado, ese es otro asunto que me tiene preocupado —afirmó jugando con sus dos blancas colinas—. El médico primero nos dijo a mi madre y a mí que nos preparáramos para lo peor. Después nos dio esperanzas y ahora nos ha dejado a la deriva. Mi padre está muy agobiado por la pérdida y lo entiendo, la culpa es devastadora.

—¿Culpa?

—Mi hermano no murió en un accidente de caza, como hicimos creer. —Abandonó su cuerpo y se arrodilló sobre el lecho llevándose la con él, haciéndola sentarse. La miró al centro de los ojos y abrió su alma—: John se quitó la vida.

Grace se quedó boquiabierta, recordó al difunto lord Godwine, su gallardía, su fortaleza y su

juventud. Tragó en seco. Ni siquiera preguntó por qué, lo consideraba imprudente, más recordando la conversación que tiempo atrás había espiado entre su excelencia el duque de Whitestone y su primogénito.

—Lo lamento tanto. —Le besó los ojos adoloridos. Se le encogía el alma al notar su tristeza. Se veía débil, extenuado, como si requiriera dormir por años para recuperarse. Se puso de pie y le trajo fruta y vino, él negó el alimento y tomó la bebida.

—Me siento culpable. Sé que mi padre lo empujó a un callejón sin salida cuyo peso lo está matando, pero yo lo dejé solo.

Grace le sostuvo la cabeza entre sus manos, le besó los pómulos altivos. Quería quitar la sombra de su semblante, su pesar, su rabia.

—Tú no podías saber que atentaría contra su vida.

—Corrí tras de ti, dando rienda suelta a mis deseos, me quedé aquí en Emerald Haven, feliz a tu lado y abandoné a John. Sabía que la situación estaba peor que otras veces, pero creí ingenuamente que se las arreglarían para salir a flote, como de costumbre. ¡Qué equivocado estaba!

Grace vio lo que pensó que nunca presenciaria, dos lágrimas bajaron por las mejillas de William, mientras su mirada se perdía en el hubiera.

—Solemos culparnos por la pérdida de un familiar cercano, más en las circunstancias de tu hermano. Tal vez no era una persona feliz.

—No, John no estaba feliz con su vida y no hice nada. Mi padre nos educó y nos dio estudios, luego nos soltó las riendas. Sabía lo que hacía, nos permitió probar todos los placeres, perdersen en ellos. Cuando tuvimos la primera crisis de dinero, tiró de la cuerda, no de la mía. John era el primogénito, a él le tocó sacar el cuello por el ducado. Mi padre intentó arreglar un matrimonio ventajoso para él, pero mi hermano se negó rotundamente y su excelencia renegó de él.

—Toma. —Grace le sirvió otra copa de vino, era lo más fuerte que tenía en la habitación. Él bebió hasta la mitad de la copa y se secó las solitarias lágrimas de un manotazo.

—John quedó devastado y perdido, terminó por entregarse por completo a una dama con quien había compartido un *affaire*. Se volvió su amante, y ella comenzó a solventar sus gastos y ayudar al duque con sus problemas, se volvió indispensable a cambio de ciertos favores que mi padre hizo para ella gracias a sus conexiones.

—¿De ahí los rumores del joven Lovelace «prostituto de la nobleza» que recayeron sobre tu persona?

—Posiblemente, aún intento desentrañar de dónde surgieron. Ambos quedamos manchados, pero en un círculo muy reducido.

—No quiero que te sientas humillado.

—Ni lo menciones, es vergonzoso.

—¿Tuviste acuerdos similares a esos?

—¡No! Mi padre solo presionó a John. Yo era más difícil de convencer. Esa dama de cierta

forma fue de ayuda, lo hizo centrarse y hubo afecto de por medio. Con su empuje y sus consejos, mi hermano comenzó a encaminarse, enderezó el rumbo, dejó las noches de juerga e intentó sacar los negocios de la familia a flote. Pero mi padre no estaba dispuesto a ceder el timón del barco, sus excesos en la construcción interminable de Whitestone Palace, unido a su mala administración de los ingresos, nos hizo caer una y otra vez.

—¿Es la condesa de Bridgewater?

—¿Cómo lo dedujiste?

—Sus actitudes: sus aires de posesión, su desprecio a la señorita Foster, su cercanía a tu familia. Creí que era la dama misteriosa, pero como me aseguraste que no era ella, até cabos.

—¡La pobre y dulce Eloise está devastada! Si supiera que indirectamente fue la gota que derramó el vaso. En medio de su batallar, John conoce a la señorita Foster, ya era más maduro y, aunque era plebeya, decidió que nadie se inmiscuiría en su relación. Mi padre se opuso al principio, pero al darse cuenta de que era una riquísima heredera terminó por aceptar.

—Y comenzó a presionar a John para sacar provecho económico de la situación, lo recuerdo.

—La encantadora Eloise de un lado, la vergüenza por las intenciones de mi padre de otro, las deudas y los compromisos financieros que no podría saldar, entre otros atolladeros sentimentales, llevaron a su atormentada cabeza a creer que la única salida era quitarse la vida.

—No te lastimes más, amor. Quizás es cierto y todo lo que refieres influyó en la decisión fatal que tomó tu hermano, pero desgraciadamente ya no podemos revertirlo.

—Y ahora me ha dejado en el sitio que él no quería, yo tendré que responder, que hacerme cargo. Soy el heredero, el heredero de deudas, conflictos y dolor. Mi padre está en una cama, los acreedores nos están presionando. No puedo exponer a mi madre a la vergüenza. Debo hacerle frente al conflicto familiar.

—Debe existir un modo de resolverlo.

—Mi padre se rehúsa a perder su tabla de salvación, ha arreglado mi matrimonio con Eloise con el padre de esta para cuando pasen los tiempos estipulados para el luto. Es desfachatado, lo sé, pero extrañamente el señor Foster, que no quiere renunciar a tener una hija duquesa, ha aceptado ayudarnos a mantener el ducado —le dijo mirándola a los ojos.

—Eso, la salida fácil, muy de tu estilo. No me sorprende. De cierta forma lo veía venir. — Sintió como un nudo cerrado se apretaba en su garganta, todo su cuerpo se debilitó.

—No he aceptado. —Grace sintió que el nudo comenzó a deshacerse, exhaló fuerte comenzando a sentir alivio—. Aprecio a Eloise y mi hermano realmente la amaba. Ella está devastada. No podría hacerle daño y casarme con ella sin amor, menos sabiendo los verdaderos motivos: el dinero de su progenitor. El señor Foster, aún más interesado que mi padre en conservar el lazo, si eso es posible, ofreció a su segunda hija, Josephine. Es aún más joven que Eloise y apenas fue presentada esta temporada en sociedad.

La imagen de la chica pasó de pronto por la mente de Grace, jamás le había dado importancia. Recordó que era tan bonita y dulce como su hermana, pero más joven. Se sintió amenazada.

—¿La otra señorita Foster?

—No te pediré que te cases conmigo, no para salvarme de la ruina. Sé que en el futuro me lo reprocharás y conozco tu aversión a quedar supeditada al poder de un caballero, incluso si ese hombre fuera yo.

—Es verdad —le dijo. Pero también era cierto que ya había reconocido para sus adentros que lo amaba, que no quería vivir sin él. Un dolor a la altura del estómago la alertó de su urgencia, tal vez sería capaz de renunciar a su libertad con tal de no perder a William. La agonía se escapaba por sus ojos, la de imaginar que otra mujer tuviera derechos sobre el hombre que amaba y lazos legales poderosos como los del matrimonio.

—Di algo —imploró notando su pesar.

¿Sería capaz de doblegar su orgullo y casarse con Grace si ella se lo pedía? ¿Podría Grace cambiar su modo de pensar y aceptarlo como esposo para que nada los separase?

—¿Estás pensando en aceptar? —preguntó apenas sin voz, el nudo se cerró en su garganta y tuvo que inspirar fuerte para que se le escuchara.

—Nuestra situación es delicada. De la fortuna que me legó mi abuelo materno no queda nada, de la dote de mi madre tampoco. —Negó—. Hay unas tierras que no están ligadas al ducado, que cedimos en prenda, si no pagamos lo que debemos a uno de los acreedores se quedará con ellas.

—Tienes que rescatarlas y venderlas. Debe haber algo más que puedan empeñar.

—Tengo que revisar los libros. Reconozco que mi padre, en su afán de poseer uno de los ducados más prominentes de Inglaterra, ha hecho pasar como parte de la fortuna bienes que en realidad no forman parte de la herencia Whitestone.

—Hazlo.

—No he hecho otra cosa desde que arribé a Londres que investigar, pero todo está enmarañado. Mi padre se niega a dar razones y en su estado no puedo atormentarlo más, mi madre también debe saber, pero está tan afligida que no quiero añadir otra preocupación a su pena. Ese era uno de los motivos de conflicto entre John y mi padre. La deuda cada vez se hace mayor porque su excelencia, el duque, no quiere deshacerse de nada.

—No puedes rendirte.

—Cada vez que abro un libro de cuentas lo que me encuentro es desalentador. Mi madre me ha rogado con lágrimas en los ojos que no la haga pasar por la humillación de enfrentar la mirada de Londres sobre su desgracia, tampoco quiere deshacerse de bienes que solo son como naipes en el castillo de la opulencia Whitestone.

—¿Te casarás? ¿Cómo quedamos nosotros?

—¡Oh, cariño! Te seguiré amando y continuaré viniendo a verte con la misma frecuencia.

—Ella será tu dueña, no sé si pueda soportarlo.

—Mi corazón es tuyo, ella solo figurará en un acta.

—¿Hablas en serio? Tendrás que yacer a su lado, darle hijos por el ducado.

La miró inexorablemente, comprendió que ante cada frase que brotara de sus labios para

calmarla, ella arremetería. La abrazó con fuerzas mientras Grace se quedaba impávida, renuente a seguir sintiendo aquel tormento que amenazaba con despedazarla. William resbaló a lo largo de su cuerpo hasta quedar postrado de rodillas para implorarle que lo desposara, pero los sonidos no emergieron de su garganta por orgullo. La apretó más fuerte mientras suplicaba para sus adentros: «Pídemelo, Grace, dime que me case contigo y en contra de los designios de mi padre y de mi propio orgullo te desposaré a ti y estaremos unidos para siempre».

—Levántate y sal. Necesito organizar mis ideas y lo hago mejor cuando no estás presente saboteando mi cordura.

Su dureza lo hirió profundamente, como una daga envenenada.

—¿He venido con el alma rota y lo único que se te ocurre es echarme?

—¿Es que no sé qué pretendes, William? Vienes y me insultas en todas las formas posibles y pretendes que también caiga a tus pies.

William se elevó cuan largo era y sacudió la cabeza, no se sorprendió, era la Grace que conocía, altanera, soberbia.

—Dime, amor, ¿en qué forma te he ofendido?

—No respetaste nuestro trato. Íbamos a renunciar a los convencionalismos, a los matrimonios arreglados, íbamos a amarnos libremente.

—Entiende que tenemos una dificultad económica que será nuestra ruina, soy el último as bajo la manga de mi padre.

—Te usará como moneda de cambio, Dios le ha dado un hijo fuerte, saludable y con una cara de ángel, y la mejor forma de utilizarlo es vendiéndolo como ganado para salvarse de dejar sus arcas vacías.

—No solo lo hace por salvar su pellejo, también el mío, yo lo heredaré a su totalidad.

—Entonces ya no eres su moneda de cambio, eres su cómplice.

—¡Oh, Grace! ¡Logras exasperar mi paciencia! ¡Jamás me había abierto tanto con una mujer y no dudas en pisotear mi hombría! ¡No sigas presionando tu pie contra mi cabeza o terminaremos escupiendo veneno! ¡Sabes que te amo! Concéntrate en lo que siento por ti y aleja la ira que te está cegando.

—Hay muchas salidas para ti, solo tienes que dejar tu modo de vida y lanzarte. Mi padre recibió un marquesado en ruinas también, vendió sus tierras y se fue a América a conquistar su destino. Hizo tanto dinero que incluso le hizo favores a su majestad, se ganó la grandeza de España.

—Ya sé que tu progenitor era ávido para los negocios y sé de su arrojo, pero el mío no accederá a deshacerse de sus tierras, para él sería sinónimo de perder su honor.

—Mi madre estuvo a su lado en todo el proceso apoyándolo. No te abandonaré.

—Y no lo dudo, Grace, pero aún son sus tierras, su título, sus bienes; no puedo empeñarlos.

—Un hombre decente buscaría la forma de salir adelante sin vender su alma al diablo. Baja de las alturas y haz algo de provecho, pide un préstamo y has un negocio sustancioso. Recuerdo que

Hugo, el duque de San Sebastián, en el peor momento de su vida, cuando mi padre le quitó todo, con un préstamo de su mejor amigo, don Carlos Enrique del Alba, hizo negocios que le permitieron salir a flote.

—No me compares con tu cuñado, ya sé que lo admiras, pero no somos iguales.

—Yo podría ayudarte y prestarte lo que necesites.

—¡No! Sería deshonroso aceptar tu dinero, las deudas son elevadas.

—Pero sí puedes aceptar el de tu futura esposa.

—¡A ella no la amo!

—Pero lo harás cuando convivan cada vez, en el desayuno, el almuerzo, la cena, cuando cohabiten en la alcoba, cuando robes su virginidad, cuando te dé hijos. —Sus lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas hasta estrellarse sobre el piso de madera lustrada.

—¡Grace! ¡Basta!

—Es que no lo entiendes, será tu dueña.

—Mi dueña eres tú. Mi corazón es tuyo. ¿Acaso no escuchas todas las locuras que me haces decir? Vendré a verte cada una de las noches que me lo pidas —indicó con las mejillas coloreadas de rojo por el acaloramiento que sentía.

—¡Me convertirás en tu amante de manera oficial! —gritó furibunda.

—¡Eso nunca! Estamos en igualdad de condiciones, ¿recuerdas? Somos dos personas libres que se aman.

—Ya no seremos dos libertinos que eligen su destino, el día que te cases serás un marido infiel y yo tu querida. Esa no es la idea de amar con libertad que tenía en mi mente. Creo que es mejor que nos demos un tiempo. Necesito pensar si aún te quiero en mi vida.

—No lo hagas. No puedo vivir sin ti —murmuró apretando los dientes. Lamentaba haberse enamorado de una mujer tan complicada, habría sido más fácil someterla a sus designios de macho como solía hacer con su último amorío, con la que bastaba una orden de sus labios para que aquella accediera a sus demandas con mirada de cordero suplicante. «¡Maldición, pero si fuera diferente no se me habría metido tan adentro! Tengo que hacer algo para no perderla, algo más inteligente que someterla o imponerme. ¡Necesito que me escuche con el corazón!», pensó él.

—Déjame libre, William, por favor.

—¡No! —objetó mirándola a los ojos muy profundamente y se esforzó para no perderla—. Tú seguirás siendo una gran mujer, mi bella marquesa enamorada, libre, decidida. Tu único pecado será amarme, pero no sentencias a muerte lo que nos une. Jamás te ha importado lo que piense la gente. Lo nuestro seguirá siendo un secreto, solo tuyo y mío. Mantendré tu honor a salvo con mi propia vida, pero no rompas el trato.

—Lo sabré yo, me bastará para odiarte y detestarme. No es lo que tenía en mente. ¡Vete!

—¿Estás segura, Grace? Si me despides por tu arranque irracional no volveré. Hablemos como adultos civilizados, podemos llegar a un arreglo.

—Si no vuelves como un hombre decente a mi puerta, no lo hagas.

—¿Qué pretendes? Mi padre se está muriendo, no importa lo que haga va a morir, solo quiero que se vaya en paz. ¿Quieres que me niegue a sus deseos, que lo deje fallecer deshonorado y en la ruina para que, una vez que herede, venda las tierras e incluso el título para demostrarte que tu extraña manera de entender el honor es lo único válido?

—No te he pedido que hagas eso.

—¿Estás segura? Siento mucho no ser el hombre que deseas para ser tu compañero de vida. Eres valiente, tienes ideas valiosas que te ponen por encima de la forma de pensar de otras féminas, has salido adelante en los negocios, eres admirable, pero pasas por alto un detalle, tampoco empezaste de cero. Te respalda la herencia de tu abuela y la suma cuantiosa que te dio tu cuñado. Es más fácil tener ideas liberales cuando cuentas con un colchón para tomar impulso.

—Eres un cretino. Es verdad que he tenido la suerte de heredar, que no he empezado de cero, pero cuando tuve la oportunidad no la desaproveché y le saqué el mejor partido. Tú tuviste la herencia de tu abuelo. ¿Qué destino le diste? Dicen que la desperdiciaste en tus viajes por el mundo, en mujeres y en juergas. ¿Qué han hecho su excelencia y tú con la oportunidad que tuvieron de nacimiento? Ustedes también pudieron hacerlo diferente, pero prefirieron vivir como si fueran intocables, como si la providencia jamás tuviera intenciones de darles la espalda. Tú derrochaste tu suerte y, en vez de convencer a tu padre de llevar sus negocios de modo más eficiente, te dedicaste a ir de amante en amante, no me reclames por ser más centrada que tú, por tener los pies en la tierra.

—¿Eso piensas de mí? Tú tampoco has sido muy honorable, tu padre se retorcería en su tumba de saber a su primogénita en arreglos con un caballero para satisfacerla en la cama.

La mano de Grace se estampó sobre el rostro de William que ni siquiera se movió.

—¿Me estás diciendo mujerzuela?

—¡Maldición! ¡No! Está sucediendo justo lo que quería evitar, hemos terminado injuriándonos, sabes que no lo pienso. El odio habló por mí.

—Un hombre puede tener no una, varias amantes, y eso no es criticable. Una mujer solvente sucumbe ante las redes de la pasión y eso la convierte en un ser deplorable. Yo no te necesito, puedo seguir adelante y sustituirte por un amante menos problemático cuando me apetezca. ¡Lárgate con tu prometida virgen! ¡Sálvate como tú y tu padre han orquestado hacerlo y deja a esta mujerzuela en paz!

—¡Grace, te amo y te respeto más que a mí mismo! ¡No me condenes por lo que he dicho en un minuto de ira! ¡Perdóname!

—No te condeno, simplemente me he dado cuenta de que no sé qué diablos hacemos juntos. Tú y yo somos muy diferentes, vemos la vida desde dos puntos contradictorios. Tú eres todo lo que para mí está en decadencia y yo soy para ti...

—Tú eres mi vida, no sigas torturándote con tus propias palabras. Yo estoy perdidamente enamorado, Grace. Soy capaz de doblegar mi enorme orgullo por ti, solo dime qué hago para contentarte y lo haré, pero no me dejes.

—¡Vete!

—¡Grace!

—Nunca más para usted, lord Godwine. Lo quiero fuera de mi vida. Nada nos une, lo libero para que despose a esa señorita sin una pizca de remordimiento en su conciencia. Jamás debimos acceder a estas bajas pasiones, yo tenía un propósito en la vida y caer en sus garras dista mucho de mis convicciones.

—Si llamas bajas pasiones a nuestro amor entonces sí estoy en problemas, estoy perdido y solo me resta sacarte de mis entrañas, aunque sea a golpes. Estoy a punto de salir de tu vida; si piensas que nuestras bocas se han convertido en nuestros peores verdugos por miedo, por rabia, detenme. Solo tienes que decir «no te vayas» y yo morderé mi vanidad y me quedaré a buscar una solución juntos.

—Me has herido demasiado y no podré recuperarme de eso, por favor, déjame sola.

—¿Grace?

—Estoy segura de que algún posadero en el pueblo puede darte cobijo, de lo contrario la cabaña estará disponible para ti.

—Eres irremediable.

—Sal con cuidado. No quiero quedar comprometida ahora que vas a casarte con otra. Debo cuidar mi reputación.

Lo vio vestirse en silencio, tomar su capa y su sombrero y desaparecer con el rostro iracundo, lleno de orgullo y soberbia. Ella se arrepintió en cuanto la puerta se hubo cerrado, quiso correr tras él y decirle que también lo amaba, que solo esperaba que le pidiera acompañarlo como su esposa por el resto de sus días, aunque la fortuna de ambos se extinguiera. Solo deseaba amarlo.

Lloró desconsolada, hasta que, en un golpe de cordura, tomó la bata para cubrir su desnudez y salió corriendo rumbo el establo, solo alcanzó ver a Luna galopar a lo lejos, con el desconsolado Lovelace cubierto por su capa negra.

Con el alma rota llegó a Grey Terrace, su inmenso equipaje fue bajado sin preguntas. La condesa de Huntington recibió a Grace y a doña Prudencia con el semblante atormentado. Mientras les ofrecía sus habitaciones les susurró:

—Me siento culpable, de cierta forma contribuí a su desgracia.

—Cálmese, lady Huntington. Nadie le debe a nadie. No me pesan los bienes, y las tierras nunca fueron mías. Extraño a Evan, él es lo único que me interesa. —El rostro de la mujer se entristeció.

—Podemos buscar un acercamiento con la familia del joven Lovelace, siempre ha sentido una inclinación por usted que no ha mermado con el tiempo. Ahora resulta un partido interesante.

—¡No!

—¿Por qué? ¿No le parece agradable?

«Agradable», ese hombre la estaba matando por dentro, le había dejado el alma desgarrada. ¿Por qué no le había pedido matrimonio? Habría aceptado sin pensarlo. ¿Por qué el orgullo la había impulsado a proferir aquellas frases hirientes? Se arrepentía. Estaba muy asustada. No podía permitir que se acabara.

—Prima, mi nieta necesita descansar —intervino doña Prudencia.

—Lo sé, pero la situación es delicada. Habrá rumores acerca de por qué la marquesa no está en los dominios de Emerald. Si se casara con otro caballero, podría entenderse.

—Lady Black decidió que mi nieta está enferma y que por eso se ha retirado.

—Pero sigue aquí en Londres y su aspecto, aunque acongojado, es muy saludable.

—Ya urdiremos un plan.

—No se me ocurre qué será pertinente. Debemos pensar, ¿qué harán?

—Primero necesito refugio —le comunicó Grace—. Descansar para organizar mis ideas. Buscar la manera de hacerle frente a la situación. Quiero rescatar a Evan de las garras de lady Black.

—Eso será nuestra ruina. No podemos empezar una guerra con lady Black. Ya no le mueva a ese asunto, esa mujer nos tiene en sus manos y una palabra suya bastaría para acabar con la familia de mi hija, con la mía y con ustedes.

Ni siquiera la pudo tranquilizar, en eso tenía razón.

—Dicen que lord Godwine ha asumido las responsabilidades con una seriedad admirable.

¿Quién lo diría? Dejó sus correrías y se ha avocado a los negocios familiares. Ahora que su padre sigue delicado y su hermano pasó a mejor vida ha tenido que quedar al frente. Para los hombres el luto es diferente al de las mujeres, deben sacar adelante el patrimonio de la familia, en este caso el del ducado.

¿Sabría lady Huntington los problemas de la fortuna Whitestone o los ignoraba por completo? Se inclinaba por la segunda opción, los ingleses eran muy reservados en cuanto a la forma en que obtenían sus ingresos. A estas alturas, a la condesa lo único que le interesaba era el honor y acallar rumores antes de que se iniciaran.

Cuando por fin se quedó a solas, se dejó caer en una silla y en su mente comenzaron a rondar sus rostros, el de sus dos amores: William y Evan. Los echaba de menos. Fue una noche tormentosa, extrañando a Evan, sufriendo por perder a William. Entre lágrimas y recuerdos. ¿Cómo habría sido su vida si se hubieran casado, si hubieran formado una familia los tres?

Una semana pasó de largo, y entre los consejos de la condesa, solo escuchó a su abuela quien le exigió que siguiera a su corazón, concedora de sus sentimientos.

Altagracia estaba encerrada en sus aposentos, con Ares abrazado a su cuerpo y con la mirada perdida en la hermosa vista que la ventana le ofrecía, como si esperara que los dos hombres de su vida aparecieran de pronto a detener su sufrimiento. Dorita no conseguía animarla. Sus libros tampoco le interesaban, no podía concentrarse, menos escribir. Se paró delante del espejo, observó sus lágrimas desparramadas, enormes surcos de desilusión daban fe de su tristeza: era la agonía por la pérdida del amor de su vida, el único que había conocido y el dolor desgarrador de saber a su hijo arrancado de sus brazos. Su abuela se le acercó por detrás con el rostro compungido:

—¡Oh, mi bella, Grace! Mi guerrera, mi orgullo. ¡Qué te aflige?

—¡Sé que he llevado al límite su paciencia!

—No, mi bien, me has abierto los ojos de una forma brutal, pero solo puedo saltar de júbilo al pensar en la mujer que hoy eres. Plena. Años atrás me atormentaba pensando que tu padre te robaba tu derecho de nacimiento, cuando nombró a Hugo su heredero. Hoy creo que fue lo mejor que hizo. Tú pudiste emerger como una flor y las oportunidades llegaron a ti. Has disfrutado el amor, pero sin necesidad de amarrarte a un hombre.

—He corrompido su alma, abuela.

—Me has hecho liberarme de las cadenas. Tú y tus libros. Debes seguir escribiendo, las mujeres, solteras o casadas, deben leerte. Encontrar que hay otras formas de amar, liberarse de las cadenas que las han atado por años. También hubiese querido enamorarme como lo has hecho, los prejuicios y el miedo me hicieron exigirle menos a la vida. Claro que quise a tu abuelo, era un hombre apuesto y de buenos sentimientos, pero siempre estuvimos de cierto modo distanciados, nuestra educación no nos permitió ser efusivos. Ahora siento que se me escaparon los mejores años y no los viví en realidad.

—¡Abuela! ¡Lo siento! —dijo abrazándola conmovida.

Eran el dúo perfecto, desde que tuvieron que emigrar sus lazos se habían estrechado tanto, y le dio miles de dolores de cabeza hasta que doña Prudencia entendió que no la podía meter dentro del molde con que habían sido forjadas las damas de su época, su nieta era un espíritu libre, abnegado, aún más impetuosa que sus hermanas. ¡Qué tan acertado había estado el destino al alejarla de la suerte de convertirse en la esposa de alguien!

—Tienes todo: solvencia en tus arcas, un hombre encantador a tus pies dispuesto a cumplir todos tus caprichos, incluso amarte sin poseerte, no tienes que ser prisionera del poder masculino. Compraremos una casa a las afueras de Londres, nos estableceremos por nuestra cuenta y lucharemos juntas por recobrar a Evan. Legalmente es tu hijo.

—William va a casarse —soltó entre dientes.

—¡Mi cielo! Eso algún día iba a ocurrir. A lo mejor ya quiere sentar cabeza y no lo veo mal, es señal de que ha madurado.

—Él me ama.

—Eso no tienes que aseverarlo.

—Se casará porque su padre se lo ha implorado, es la solución que ha encontrado para salvarse de la ruina.

—Entiendo.

—¡Oh, Dios mío! Tengo que verlo ahora mismo. Tengo que salvarlo, ¿cómo no pude verlo antes? Él está en apuros y yo soy la única que puede rescatarlo de su infortunio. Los caballeros nos han rescatado durante siglos; seré feliz con nuestra situación porque no será predecible, y yo haré un sacrificio por amor, uno que no se siente como tal.

—Explícate.

—Le daré todo lo que tengo, todo.

Altagracia tomó una pluma y una hoja y escribió una nota apurada, los palos de las eles parecía que saldrían volando de lo elevados que estaban, corrió a Dorita y le ordenó llevarlo con urgencia al hijo del duque.

Podía sentir su alma titubear. «¿Y si no viene? ¿Y si mis palabras han sido tan hirientes que decide renunciar a mí? ¡Oh, por Dios! ¡Yo lo perdono, lo perdono!», su mundo se paralizó durante la espera y volvió a girar cuando lo vio arribar. William había dejado sus ocupaciones de inmediato para correr ante su llamado.

Lo recibió en la biblioteca de los Huntington, su antiguo lugar de cortejo. La condesa y doña Prudencia no pusieron objeciones y los dejaron encontrarse a solas, suplicando por un milagro, ambas deseaban que llegaran a un entendimiento.

—Pensé que no vendrías.

—¡Grace! Mi dulce amada, sabía que recapacitarías. Perdóname.

Se levantó de golpe y lo envolvió con sus brazos, se le apretó con fuerza y un suspiro ahogado pudo liberarse de su garganta. ¡Cuánto lo adoraba! Dejó fuera del corazón la arrogancia con la que había manejado el posible compromiso con la otra señorita Foster.

—No puedo renunciar a ti, igual quiero que me perdones.

—¡Loca mía! —dijo envolviéndole el rostro con sus fuertes manos y mirándola al centro de los ojos—. ¡Estaba a punto de llegar a la demencia! Tú no puedes vivir sin mí y yo me moriría sin ti.

Se besaron desesperadamente e hicieron silencio antes que las palabras que los habían llevado al distanciamiento se atrevieran a volver a asomarse. Se perdieron en un abrazo infinito, hasta que sus alientos lograron estabilizarse.

—Cásate conmigo, William —pidió.

—Mi bien, no sabes lo que dices. Me odiarás cuando pasen los años y te sientas amarrada a mí de por vida.

—¿Lo crees posible?

—¿Estás segura?

—Quiero amanecer contigo todos los días de mi vida, no quiero que otra mujer tenga ese privilegio solo por mi testarudez.

—No quiero otra cosa para mi vida.

—¿Eso es un sí?

—Eres capaz de poner todos los estatutos de cabeza y rescatarme de mi desgracia como si yo fuera una damisela en apuros. No podría ser diferente, eres mi valiente Grace, pero no puedo. — Su revelación le destrozó el corazón—. Lo siento, no sería merecedor de tu amor si reconozco que no soy lo suficiente capaz de saldar mis propias deudas.

—Eso no es justo, estás poniendo tu orgullo por encima de nuestro amor.

—Puedo ser un patán, pero aún me queda honor.

—Los hombres y el honor, sabes que no es mi combinación favorita.

—No te pido que cambies, y sabes que te adoro, pero no puedo dejar de ser yo, no puedo convertirme en otro hombre para estar contigo. He cambiado, tienes que reconocerlo. Tu presencia en mi vida y tus ideas han sacado a relucir lo mejor de mí, aunque en el fondo sigo siendo William y tengo principios arraigados ante los cuales no me puedo revelar. No puedo desposarte y aceptar que salves a mi familia de la ruina.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que tú has luchado toda tu vida por defender tus principios, mi conciencia me lo reclamaría. No es tu deuda, no son tus compromisos morales.

—Will, no seas ahora tú el testarudo.

—Si solo tuviera tiempo para resolver mis conflictos...

—Acepta mi dinero, arregla tu vida, puedes devolverlo o no, me da igual, solo no te cases con ella.

—Jamás aceptaré tu dinero, no vuelvas a ofrecerlo, me ofendes y me haces sentirme avergonzado a un grado muy difícil de asimilar.

—Por favor, no la desposes —murmuró conociendo los límites más dolorosos de la humillación.

—El compromiso ya ha sido concretado. Mi padre ha dado su palabra, está muy débil, al borde de la muerte y no puedo romperle el corazón.

—¿Prefieres rompérmelo a mí?

—Mi amor, nada cambiará entre nosotros, ese matrimonio es solo una formalidad. Seguiré siendo tuyo y poniendo tus intereses por encima de todo.

—¡Oh, diablos! —se lamentó asumiendo su derrota.

—No blasfemes, sabes que detesto que lo hagas.

—Es bonita. —Recordó las veces que la había visto fugazmente, era una joven de buena figura, hermosos rasgos, grácil y en verdad, encantadora—. ¿Es eso?

—No es el punto.

—¡Demonios, lo es! ¿Por qué conformarte con una mujer a quien ya has deshonrado si puedes tener a dos por el precio de una? Te quedas con tu marquesa perdidamente enamorada, por quien no tienes que ocuparte, solo escurrirte en sus aposentos y tomarla como te apetezca y ganas una virgen que además salvará a tu padre de la quiebra.

—¡No! No es así, sabes que te adoro, tú eres mi vida, ella es una diligencia. Te juro que no la miraré, no la tocaré.

—Tu familia te exigirá un heredero, tú mismo querrás uno que continúe tu legado, es una maldición que persigue a los hombres y ella será una tentación en tu cama.

—Los únicos hijos que quiero son los que tú quieras darme.

—¿Bastardos?

—¡Por supuesto que no!

—¿Y cómo sería diferente si me estás dejando en una posición deshonrosa? Ahora mismo podría estar embarazada. ¿O acaso no sabes cómo se hacen los niños?

—¡Grace!

—¿Yo qué haría si un niño creciera en mi vientre? ¿Pretendes que me lo arranquen como tuvo que hacer la madre de Evan y entregarme a una vida miserable entre el dolor y el amor?

—Tienes razón, debimos cuidarnos para evitar que quedaras encinta.

—¿Debimos cuidarnos? —Lloró y rio a la vez casi agónica y desesperada—. ¿Te arrepientes? ¡Oh, por Dios!

—Por supuesto que no me arrepiento, eres mi vida.

—¡Mientes!

—Sabes que te amo, mírame a los ojos y desconoce el amor que te profeso.

—Tal vez ha sido un error hacerte venir, quizás es hora de aceptar que nuestros destinos no están entrelazados.

—No vayas por esa vía.

—Adiós, William —dijo borrando sus lágrimas de un manotazo—, sé feliz.

La abrazó y ella intentó liberarse llorando. Él se aferró a ella hasta que la fuerza de luchar para escapar de su agarre fue mermando y se dejó refugiar en su pecho. Pegó sus labios ardorosos a su

frente, luego con una mano le inclinó el rostro para que lo mirara a los ojos y, sin atreverse a besarla en la boca, le susurró muy cerquita.

—El señor Foster nos ha prestado el dinero para pagar a los acreedores más insistentes, nos hizo firmar acuerdos aún más escalofriantes, pero los que desaparecerán una vez despose a su hija. Existe un periodo riguroso de seis meses que debo cumplir antes de contraer nupcias, por el luto de mi hermano, y que la señorita Foster podría utilizar para preparar la boda. Mi padre, debido a su deplorable estado, está intentando pedir las dispensas necesarias para que tengamos una boda privada antes. Me he rehusado e incluso estoy abogando por extenderlo hasta un año, para intentar que mis padres cumplan su luto. Me estoy aferrando a ese plazo para encontrar la forma de quitármelos de encima.

—¿Pretendes engañarme? Solo quieres calmarme, pero un año sigue siendo poco tiempo para resolver los asuntos que por años los han atormentado.

—Te juro que mis intenciones son honorables. —Lo miró a los hermosos ojos azules y se perdió en ellos, él volvió a besarla sobre la frente—. Por favor, no me eches como la última vez. Sufrí una agonía cada día que no pude tenerte.

—¿Cómo pretendes solventar las deudas? Necesitas un plan.

—Son mis asuntos, me ocuparé.

—Puedo hacer traer a mi cuñado, el duque de San Sebastián, él es muy ávido para los negocios, podría ayudarnos.

—¡No! ¡Por favor, Grace, no me humilles más! —dijo repeliendo otra situación que lo terminara por insultar.

—Necesitas ayuda.

—Pero no de ti o de tu familia. Júrame que estaremos juntos durante este intervalo —demandó y su aliento agradable terminó por rozarle los labios, suplicando con un gesto permitirle rozarlos, besarlos, adorarlos.

—Mientras la señorita Foster sea tu prometida, mis brazos estarán cerrados para ti —sostuvo con firmeza—. Si en verdad tus intenciones son honorables, regresa cuando estés libre de compromisos que te aten a otra mujer.

Él bajó el rostro y exhaló, Grace titubeó, pero continuó mirándolo con firmeza.

Lord Godwine se despidió con una mirada de complacencia de las damas, lady Huntington y la señora García de Lisón habían permanecido con el Jesús en la boca rogando al cielo por un entendimiento. La abuela indagó con el gesto una respuesta, Grace negó y siguió a sus habitaciones. La condesa hizo un gesto de pesar y la abuela siguió a la nieta.

—¿Qué ha pasado?

—William es muy testarudo.

—Pero ¿se casarán?

—Piensa que no tiene nada que ofrecerme, me ha pedido un plazo para intentar resolver sus dificultades.

—¿Un tiempo? ¿Le informaste lo sucedido con lady Black? ¿Que no puedes regresar a las propiedades de Emerald?

—No.

—¿Por qué?

—Ya se veía bastante agobiado, no quería sumarle una pena.

—¡Por Dios! ¿Y si estás de esperando un hijo? ¿Desistió del compromiso que le impuso su padre?

—Está comprometido, abuela.

—¡Jesús misericordioso! —Doña Prudencia entendió por qué se hicieron todos los reglamentos con los que había crecido y bajo los cuales había contraído matrimonio. Grace los había desafiado y su castigo había llegado. Se persignó y fue en busca de su rosario, quería rezar para expiar las culpas de su nieta y pedir clemencia para ella.

Dorita las interrumpió, se veía atormentada. Les comunicó en un santiamén lo que la afligía, lady Arlene Haddon había arribado sola, en un carruaje, y pedía por lady Emerald.

Grace bajó de inmediato. La encontró en el saloncito del té con lady Huntington que trataba de consolarla. La jovencita estaba abatida, con lágrimas en los ojos y el semblante muy pálido. La condesa puso cara de funeral, los problemas venían uno tras otro a su puerta. Doña Prudencia concluyó que lo mejor sería dejarlas hablar.

—¿Has venido sola?

—Aproveché que mi tía salió y robé un carruaje para venir a verle.

—¿Robaste un carruaje?

—Estoy desesperada, Evan no deja de llorar y echarlas de menos. Mi tía ya no sabe qué hacer para contentarlo.

—¡Por Dios! Debería pedir que me deje verlo.

—¿Pedir? Usted es su madre, vaya y rescátelo y de paso a mí. Juró que me protegería. —Sus lágrimas torrenciales se hicieron más amargas.

—Arlene, perdóname, por favor, perdóname.

—Mi tía suele estar aplacada cuando el resabioso vizconde está en casa, pero cuando está de viaje, como es su costumbre, se enardece y suele salirse con su voluntad. Ahora mismo no tengo idea de cuándo regrese lord Black y es insoportable complacerla. Sus demandas son excesivas. Ha dispuesto casarme con un sobrino de su marido, es espantoso, pero posee un título de barón. ¡Por favor, Grace, ayúdeme!

—¡Mi niña!

—Mi padre jamás lo hubiera permitido, siempre me dijo que me dejaría escoger.

—¡Pobre Emerald! Me dejó de guardiana de sus dos más grandes tesoros y le he fallado.

—Mi tía dice que debo hacer un buen matrimonio antes de que la vergüenza de mi familia me alcance. Me ha amenazado, dice cosas horribles de mi padre, de Evan, de usted. Júreme que no es verdad.

—¿Qué te ha dicho? —Palideció.

—Que Evan es un bastardo de mi padre que usted recogió por compasión.

—¡Por Dios! ¡Qué delicado! ¿Cómo se ha atrevido?

—Está enferma de ira, me trata como si fuera responsable de todos los pecados de la familia, me ha humillado. Por eso, desesperada, he tenido que escapar. Al principio me sentí muy decepcionada, creí que nos había abandonado, pero luego las injurias de mi tía contra su persona y la memoria de mi padre dejaron de parecerme incoherentes. ¿Es cierto lo que refiere?

—Mi niña, no puedo responderte, perdóname, se lo debo a Henry, a su memoria que para mí es sagrada.

—¿Lo seguirá protegiendo incluso si la engañó?

—¡No lo repitas! Tú padre fue una bella persona, un caballero honorable y así debe ser recordado. Tu tía está enferma de celos porque quería el marquesado para su hijo.

—¿Pero es bastardo o no? ¿Estamos haciendo algo incorrecto?

—Tu padre dejó estipulado que el marquesado sería para el producto de ese embarazo, de ser varón. Y para ti dejó el resto de su fortuna, te legó todo el dinero y las tierras que no están ligados al marquesado. También te legó las tierras que eran parte de la dote de tu madre. Los bienes de tu abuela, la antigua marquesa de Emerald, se los dejó a lady Black. Lo hizo para contentarlas a ambas, en vistas de que Evan tendría el grosor de la fortuna del marquesado, la que es indivisible.

—Pero eso no satisfizo a mi tía. ¿Te dejó algo a ti?

—Quería, pero no lo permití. Me devolvió mi dote y me dejó lo más valioso, el poder legal

para velar por ti y por Evan, de cuidarlos hasta que él fuera adulto y tú te desposaras.

—¿Y si Evan no hubiese sido varón? —Grace se alzó de hombros.

—Solo habría tenido una pensión, y supongo que me habría tenido a mí.

—No puedo seguir viendo a mi hermano sufrir. Es su madre. La llama, la nombra. Y yo la necesito también. No permitan que me casen con ese vejestorio. No permita que mi tía cobre venganza contra mi padre y me sacrifique.

Dos lágrimas gruesas rodaron por las mejillas de la marquesa, terminó abriendo su pecho deshecho para refugiar a la atormentada muchacha.

—Te llevaré personalmente de regreso, buscaré una cita con lady Black y hablaré con tu tía. Sobre mi cadáver te casarás contra tu voluntad.

—Por favor, Grace, no me abandone a mi suerte.

—¡Jamás, mi niña! Solo déjame buscar una salida.

Grace nunca se había sentido tan desolada, menos cuando dejó a lady Arlene Haddon a las puertas de la residencia de los Black con un futuro incierto. Un pensamiento voló por su mente de manera fugaz, entrar, arrancar a los dos hijos de Henry y afrontar las consecuencias. Ya no le importaba la vergüenza, solo quería tomar a Evan y sacarlo de allí, no le interesaba que fuera despojado del marquesado. Respiró hondo e irrumpió en la morada detrás de Arlene, sin darles la oportunidad a los sirvientes de anunciarla.

Su corazón dio un vuelco tras la escena que se encontró: su lord Godwine permanecía sentado en un amplio sofá mientras conversaba con el rostro adusto con lady Black, la que se veía extrañamente relajada y sin su habitual aura gélida. El corazón le dio un vuelco, volvió a inspirar y se quedó firme sobre sus dos piernas.

William se paró al divisarla, un caballero jamás permanecía sentado cuando una dama estaba de pie, menos cuando entraba a un salón. Le hizo una pequeña reverencia y se esforzó en no mostrar ninguna emoción, lo que no consiguió del todo. Grace casi escuchó el crispas de la sangre de lady Black congelarse en su rostro.

—¿Lady Emerald? ¿Sobrina?

—He decidido acompañar a lady Arlene Haddon de vuelta, espero no haber sido inoportuna. —Intentó sonar natural, no quería sumar otro as bajo la manga de su cuñada para que continuara amenazándola.

—¿Acompañar a lady Arlene? —La tranquilidad con que lo dijo hizo inferir que no había de qué preocuparse, pero en verdad hasta ver a su sobrina arribar tuvo conocimiento de su fugaz huida. Grace se arrepentía de haberla dejado volver, en realidad debía tomarla por el brazo, igual a Evan y salir de allí—. Por supuesto. Ya que está aquí, tome asiento, por favor.

—Me encantaría, pero no deseo interrumpir y me embarga la prisa.

—¿Interrumpir? Para nada. Además, el caballero ya se iba.

—Es cierto, justo ya estaba por marcharme —intervino William—. Solo vine buscando razones de lord Black y la vizcondesa me ha informado que se encuentra de viaje, así que tendré que

regresar en otra ocasión.

Era extraño para Grace encontrarlos a solas, no importaba que se esforzaran en aparentar lo contrario. «¿Será que William supo del chantaje del que soy presa y ha intentado librarme del asedio de esta mujer?», pensó por un minuto. Luego recordó el impulso que le hizo entrar sin previa invitación, pensó en Evan y el corazón le dolió. Renegó de los consejos de lady Huntington y su abuela, que se inclinaban porque dejara las cosas como estaban. Para ellas lo más importante era que lady Black no le había arrebatado los derechos al menor y, mientras mantuviera su palabra, Grace debía pensarlo dos veces, pero no podía. Menos sabiendo cuánto la necesitaba.

—Aprovecharé mi visita no planeada. Resulta, lady Black, que ya no requeriré de su magnánimo corazón. Mi salud está restablecida y he decidido que ya no es necesario que cuide por mí a sus sobrinos. Mi agradecimiento por su apoyo invaluable es inmenso, pero ya tengo ánimos para llevarlos conmigo.

—¡Gracias a Dios, milady! —manifestó exultante lady Arlene Haddon.

—¡Cuánto me alegro! ¿No le parece, querida, que abrumamos al caballero con este tema? Esperemos a que se marche para que lo hablemos —musitó con los labios casi sellados la anfitriona.

—Disculpe que me inmiscuya, no suelo hacerlo, pero ¿problemas de salud, estimada marquesa? Si hay algo que mi familia, en el alto aprecio que le tiene, puede hacer por usted, cuente con nuestro apoyo —intervino lord Godwine.

—Fueron problemas menores de salud, ya me siento como nueva. Y mientras se despide del caballero, ¿podría darles la orden a los sirvientes de traer a mi hijo?, estoy con algo de prisa.

—Yo misma traeré a mi hermano —dijo con voz cantarina, llena de júbilo, la señorita.

Las damas miraron a William que no parecía tener intenciones de retirarse, lady Black fue más atrevida y, pese a no ser la ocasión propicia, continuó presionando.

—El niño duerme, tome asiento, lady Emerald, tocará esperar a que despierte si desea verlo. Y lady Arlene Haddon también debe permanecer a mi lado. Llevárselos no creo que se la mejor opción, aún no veo la usual lozanía en su rostro. Conociéndola imagino que su noble corazón la empuja a retomar sus responsabilidades con mis sobrinos. El doctor le ha ordenado reposar y no pienso contradecirlo, ¿por qué no sigue las recomendaciones médicas y aprovecha para descansar? Podrá venir por ellos cuando esté en verdad restablecida. Solo me preocupo por usted.

—Lady Emerald, debería seguir el amable ofrecimiento de su cuñada. ¿Me permite acompañarla a su carruaje? —ofreció el caballero al notar la tensión disfrazada en el ambiente.

El rostro de William era impertérrito, de todos modos, en sus ojos ella podía leer la sutil sugerencia de seguirlo.

—Con mucho gusto. —Sonrió forzada—. Lady Black es una tía amorosa por la que doy gracias al cielo. Me retiro para continuar mi reposo, pero volveré muy pronto.

—Por favor, lady Emerald —rogó lady Arlene Haddon con la esperanza rota en pedazos.

—Volveré, mi dulce niña, antes de lo que imaginas.

—Mis respetos para usted y su esposo, lady Black. Volveré en cuanto el vizconde arribe a Londres —agregó William.

Grace salió escoltada por el rostro consternado del hombre, y mientras la conducía a su carruaje, compartieron apenas susurros con los rostros privados de la expresión.

—¿No me digas que has venido a pedirle ayuda a los Black? ¿Cómo puedes recurrir a ellos antes que a mí?

—¿De qué problema de salud habla? ¿Por qué tiene a tu hijo? Grace, sé que por nada de la vida te separarías de ese pequeño. ¿Me dices qué está sucediendo? Por favor.

—No has respondido mis preguntas.

—Tampoco las mías. De acuerdo. Lord Black es uno de mis acreedores, vine por más tiempo.

—¿A quién engañas? No hablabas con el vizconde y sí con su esposa. ¿Desde cuándo la dama está al frente de los negocios?

—No sabía que estaba de viaje.

—¿Por qué me cuesta creerte? ¿Acaso le pedías para que intercediera por ti ante su marido? ¿Fue una de tus amantes? —Le lanzó una escurridiza mirada.

—¿Podríamos tener esta conversación en otro sitio? —Ella sintió que se le caía el corazón a pedazos ante sus suposiciones. Ralentizaron el paso, aquel corto tramo se les hizo largo—. Júrame que estás bien de salud.

—Por supuesto que lo estoy.

—¿Entonces por qué tiene al pequeño Evan?

—Descubrió mi secreto y ahora está cobrando venganza. Creo que está pensando si le conviene callar o delatarme, o urde un plan para ello.

—¿Por Dios! ¿Desde cuándo? ¿Por qué no supe nada? Debiste notificarme de inmediato. — Llegaron al carruaje y él intentó detenerla un poco más antes de ayudarla a subir.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Estamos juntos, todo lo que te importa me concierne. Dije que ese niño y tú eran mi vida.

—Hasta que decidiste casarte con otra para salvar a tu padre de la ruina.

—¿Grace!

—Busca tu caballo, yo debo partir. Hay apariencias que debemos cuidar.

—Nos veremos en Grey Terrace, ahora —masculló entre dientes.

—¡No! Los condes han sido muy abiertos solo con la intención de que me pidieras matrimonio; en vistas de que tienes otros planes, ya no debemos abusar de su confianza.

—Lady Black odia los escándalos, haría lo que fuera por evitar uno. Necesitamos amenazarla de vuelta, algo de peso que la haga reconsiderar su ultraje.

—Podrías asustarla con hacer público tu romance —sugirió y su mirada sacaba chispas por los celos y el rencor.

—¡No!

—¿La proteges? ¿La quieres?

—¿Deseas hundirme con ella? Un caballero jamás debe dar cuenta de sus conquistas. Además, sería como si me llevaras al cadalso. Lord Black me retaría a duelo y tendríamos que enfrentarnos.

—¡Por todos los santos! Lo estás admitiendo. Solo faltaría que me digas que es la dama misteriosa, porque de esa forma entendería por qué la proteges y por qué desde el principio jamás me quiso. Todos supieron de tu interés para conmigo y que estuviste cerca de hacerme una propuesta antes que Emerald —habló sin siquiera creer en sus suposiciones, pero el rostro de él la dejó impávida. Exhaló con fuerzas. Entendió que a lady Black le sobran los motivos para odiarla—. Entonces es ella.

—¿Aún tienes el diario de su madre? Es tu mejor arma, solo tienes que amenazarla con que saldrá a la luz. Los textos de la antigua marquesa son bastante escandalosos, es tu boleto de salvación.

—¡No! Sería como traicionar a la madre de Emerald, incluso a Henry y al propio Evan, era su abuela. La antigua marquesa me simpatiza, aunque no se encuentre entre los vivos. Me siento de cierta forma ligada a ella, aunque jamás tuve el gusto de conocerla.

—Debes hacerlo por Evan.

—No lo haría, buscaré otra forma. De todos modos, no tengo el libro, lo dejé en un compartimento secreto del secreter. Uno del que solo conoce el ama de llaves que fue despedida y yo, la llave la tengo bien guardada —dijo recordando que la tenía en sus aposentos dentro de un pequeño cofre de caoba donde guardaba efectos de sumo valor—. Así que si nadie tiene intenciones de indagar, el secreto permanecerá oculto para siempre.

—Exijo que me des la llave. Puedo poner a lady Black en su lugar si logro rescatar ese diario.

—¿Pretendes irrumpir en la propiedad y exponerte? ¿Qué argumentos usarás para que te permitan pasar?

—Le prometiste a lady Arlene Haddon que regresarías por ellos. ¿Qué estás tramando? No quiero que actúes por tu cuenta, estamos juntos.

—Solo una persona puede ayudarme.

—¿Estás pensando en el duque, tu cuñado? ¿No te cansarás de restregarme en el rostro de sus aptitudes para salir victorioso de cada afrenta?

—Hugo sería valioso, sí, pero no me refiero a él. Hablo de Zorro.

—¿El amante de la otrora lady Emerald? ¿Por qué se pondría de tu parte?

Ya se habían dilatado demasiado y no pudieron extenderse más sin levantar miradas en su dirección, ella tuvo que partir dejándolo lleno de incertidumbre.

Grace no tenía un plan, dijo lo que fuera con tal de librarse de William. Su enojo con él era mayúsculo por su relación pasada con lady Black —algo que no podía cambiar—, y lo que era peor, por no haberle revelado antes su identidad. Le había permitido tener ventajas. Y aunque él manifestaba que la había protegido por honor, en el pecho de la marquesa comenzó a crecer la maldición de los celos como una planta enredadera que amenazaba con asfixiarla.

Dio instrucciones al cochero de que retornara a la propiedad londinense de los Black tras haber llegado a la mitad del camino, a lo que el hombre obedeció de inmediato. Volvió a recorrer la escalinata que la separaba de la puerta principal, y esta vez sí se hizo anunciar.

—¿Lady Emerald? ¿Acaso tuvo tiempo de llegar a Grey Terrace y volver?

La miró largamente, quiso detallarla, no como la pesadilla que había tenido que tolerar intentando inmischuirse en su vida, primero como la esposa de Henry y después como su viuda, cuando sus aspiraciones al marquesado para su hijo primogénito la volvieron una verdadera arpía. La contempló, como a la mujer que también le había tocado el corazón al hombre que amaba. Entendió que su enorme belleza lo hubiera enamorado, esa que la comparaba con la reina de las nieves, con una tez blanquísima, ojos muy verdes y labios y mejillas pálidos, con un toque escandinavo que la alejaba del estilo clásico inglés.

—Olvidé algo muy valioso y he venido a recuperarlo.

—Me temo que sus deseos son un tanto presuntuosos. Lo ha perdido para siempre.

—Hace casi tres años, acudí a un baile a Primrose Hall, había sido pretendida por un caballero, uno que deseaba proponerme matrimonio, pero tuve el infortunio de encontrarlo en una terraza besándose con otra. —Lady Black abrió los ojos de forma desmesurada—. Una dama casada. ¡Tremendo escándalo! En ese instante no reaccioné, me quedé petrificada por el desengaño y por supuesto que corté las pretensiones del admirador; pero ahora me arrepiento de mi proceder. Debí desenmascarar a la adúltera para que tuviera la oportunidad de arrepentirse de su pecado. —Por supuesto que jamás habría sido su proceder, pero le divirtió ver la cara de su cuñada, aquella palideció más, si se podía, hasta que se recuperó de la conmoción y la miró desafiante.

—Pues debió tomar cartas en el asunto tres años atrás, ya es historia pasada.

—¿Qué diría el esposo de la dama si supiera que encontré a ese mismo caballero a solas con su

esposa en su propio salón?

—Con semejantes pecados sobre sus espaldas, no debería atreverse a amenazar a esa dama, menos cuando usted y el bastardo que protege tienen más que perder.

—¡Son increíbles las lealtades! Usted reniega de su sangre, de la voluntad de su único hermano, y yo trato de protegerlo.

—Henry no tenía derecho alguno a imponer su voluntad, hay leyes que deben cumplirse.

—Es cierto, pero en este momento no estoy dispuesta a seguirlas. Solo me guío por mi corazón. Puede tomar el marquesado y hacer lo que estime conveniente. Ahora, exigiré que me traigan a mi hijo y a Arlene...

—¿O qué?

—Lord Godwine está dispuesto a respaldar mi acusación.

Lady Black estalló en carcajadas. La miró al centro de los ojos y externó:

—Estoy segura de que lord Godwine jamás moverá un dedo en mi dirección. Intente convencerlo si quiere perder el tiempo. Mi esposo tardará un par de meses en regresar, pero cuando vuelva no le creerá una palabra. Usted es solo una mujer despechada porque ha perdido, mis sobrinos se quedarán conmigo.

—Si no los trae de inmediato, entraré a sus pisos nobles y me los llevaré conmigo —coaccionó.

—¡Adelante! Pero pierde el tiempo. Me vi en la necesidad apremiante de mover a los chicos Haddon de residencia y están rumbo a un sitio que usted desconoce. Así Evan podrá crecer sin su sombra y Arlene podrá prepararse para el matrimonio. Noté su ánimo exacerbado y supe que no se quedaría de brazos cruzados.

Grace pensó que era una treta, sin darle crédito y convencida de que mentía se introdujo en la mansión y esculcó en cada rincón para luego convencerse de que se había quedado con las manos vacías. Fuera de la residencia tampoco los vio, llevaban minutos de ventaja. El coraje hizo que la sangre de su rostro le hirviera, mientras lady Black le devolvía una gélida mirada.

Maldijo para sus adentros y principalmente contra William que había aparecido en el momento menos oportuno. De no haberse entrometido para hacer las cosas a su modo, Arlene y Evan estarían junto a ella en el carruaje.

Al llegar a Terrace Grey, la condesa de Huntington la hizo pasar al saloncito del té, donde se encontraba con su abuela y la interrogó con la mirada.

—Discúlpeme, ¿necesita algo de mí?, estoy cansada de mi salida y deseo cambiarme de ropas.

—¿Qué sucede con usted, lady Emerald? En verdad me tiene preocupada —atacó lady Huntington.

—Acompañé a mi hijastra donde su tía, temía que la chica sufriera una reprimenda. Intenté suavizar la situación.

—¿Y lo logró? —La interpelada negó con la cabeza—. Pobre niña, pero por el bien del menor usted debe mantenerse alejada. ¡Por favor, se lo imploro! Lady Black ha decidido mantener la boca cerrada y no quitarle los derechos al infante. Es más de lo que podría aspirar por las

circunstancias de su nacimiento. Ya no le mueva a ese asunto o terminará por perjudicar su futuro.

—¿Con tal de que mantenga título y posición es capaz de dejarlo en manos de esa arpía?

—Sí, porque sé que cuando sea un hombre agradecerá nuestro sacrificio, aunque jamás conozca cuántos trabajamos porque tuviera un porvenir.

—Lo siento, pero no pensamos igual.

—Por favor, prima, deje descansar a mi nieta. ¿No ve lo angustiada que se encuentra? Después hablaremos con más calma —intervino la abuela Prudencia al notar la angustia en el semblante de Grace.

—Usted es muy indulgente con sus nietas. Solo intentamos protegerla. Londres no es La Habana y es mi deber moral prevenirla antes que cometa un error irreversible —le explicó la condesa—. Agnes está de acuerdo conmigo. Ya no le corresponde decidir sobre el pequeño, déjelo en paz.

—Se equivoca, desde que lo depositaron en mis brazos, con tal de salvarse las dos del escándalo, perdieron todos sus derechos sobre él. Legalmente es mi hijo y le corresponde estar en mis brazos, ahora solo necesita amor.

—Es muy terca. ¿Cree que si le arrebatara la posibilidad de convertirse en un caballero respetado se lo agradecerá cuando tenga edad para entender? —Grace se puso de pie, hizo una reverencia, se disculpó por sus ideas discordantes y se dispuso a retirarse—. Lord Godwine vino a buscarla hace pocos minutos. Debería enfocar todas sus energías en conquistarlo, un matrimonio con el futuro duque de Whitestone podría devolverle una posición que está a punto de perder.

—No le parecía tan buen partido cuando lo llamé «prostituto de la nobleza».

—Rumores a puertas muy cerradas que ya nadie recuerda.

«¿Continuaría considerándolo idóneo de saber el estado exacto de sus arcas?», pensó, pero no le dio el gusto de informarle. «Tal vez sí», concluyó para sus adentros, a lady Huntington lo único que le interesaba era el matrimonio, aunque a «puertas cerradas» hubiera que esforzarse para salvar la situación.

—¿Algo más que desee informarme acerca de la visita de lord Godwine?

—Le dejó razones con su doncella.

—¿Con mi doncella?

—Dorita. Lo permití porque en verdad deseo que busquen la forma de arreglar un matrimonio. Es su mejor opción.

Grace se despidió y marchó en busca de Dorita, a la que interrogó con respecto al intercambio de palabras que tuvo con William, pero solo le informó que el caballero le dejó un mensaje privado.

—Trasmítelo entonces.

—«Le devolveré a su pequeño lord».

—¿Algo más?

—Eso fue todo lo que dijo.

Mientras Grace reflexionaba acerca de sus palabras, un sirviente anunció una visita para ella.

Ni siquiera había descansado de sus incursiones de la tarde. Inspiró profundo y decidió recibir al recién llegado. Lo encontró en compañía de la condesa y su abuela en el salón de recibir, quien la miró intrigada por la visita del caballero.

—Pues diga, lord Arthur Johnson. ¿A qué debemos su visita?

—Necesito conversar a solas con lady Emerald; con todo respeto, condesa, nos atañe un asunto de vida o muerte.

—¡Válgame Dios! Me deja usted angustiada.

Doña Prudencia se le acercó con discreción a su prima, y mientras utilizaba el abanico para cubrir parcialmente su rostro, le susurró:

—Sígueme, tengo algo urgente que decirte.

Las señoras les pidieron que las disculparan un minuto, todo lo que necesitaba doña Prudencia para poner de su lado a su prima.

—Altagracia es una mujer viuda, no puede limitarla como si fuera una señorita atolondrada.

—La mente de su nieta está muy atormentada, no piensa con claridad. Solo evito que cometa otro error. ¿Con qué intenciones la visita el caballero?

—Es el mejor amigo de lord Godwine.

—Un tarambana de costumbres disipadas.

—Tal vez le trae un mensaje que sea imprescindible para que esos dos testarudos terminen unidos en santo matrimonio.

—¿Lo cree? —Doña Prudencia asintió.

—Que todo sea en pos de esa unión. Sería un mérito loable para mí, primero la convertí en lady Emerald y ahora en lady Godwine, futura duquesa de Whitestone. Terminaré logrando mejor matrimonio para tu nieta que para las mías.

—Debe confiar en Grace, es muy sensata.

—Es lo que ha demostrado hasta la fecha, pero la ha turbado la pérdida del retoño de Emerald.

Lord Arthur Johnson y Grace pudieron refugiarse en la privacidad de la biblioteca. Su rostro era angustiado, lo interrogó con la mirada, con urgencia.

—No es correcto que traicione a mi amigo y venga ante la puerta de los Huntington a pedirle, lady Emerald, que me ayude a hacerlo entrar en razón. En su momento, con John, el difunto lord Godwine, no lo hice y aún mi alma no se recupera de esa pérdida. Necesito ayudar a William porque, si fracasa, sentiré que lo dejé de lado sin devolverle todo su afecto.

—También he querido ayudarlo, pero suele ser un orgulloso sin remedio.

—Como ha de saber, lord Godwine está al frente de la situación de su familia. La duquesa está compungida por la salud de su esposo y la pérdida de su primer hijo, así que sus consejos para mi amigo tampoco tienen mucha claridad. El duque está perdido, lucha por recuperarse, pero lo veo muy desgastado. Con la salud debilitada y tocando las puertas precisas, ha conseguido dispensas para el luto y solo quedan días para que en la totalidad intimidad de las dos familias se celebre una ceremonia que una a la menor Foster con mi hermano del alma. He venido a implorarle que le

abra los ojos y lo rescate de su testarudez.

El corazón de Grace se deshizo en pequeños pedazos que comenzaron a desprenderse. Otro golpe. Las últimas promesas de William le dolieron en lo más hondo.

—Le rogué que no se casara, que ponía en sus manos todo mi patrimonio.

—William jamás aceptaría, no se atrevería a arriesgar su fortuna. Sabe lo que es quedarse sin nada en carne propia. ¿Cómo cree que sorteó el duque su primera debacle? Cuando comenzó a tener problemas de dinero, recurrió a la fortuna de William, quien supeditado a la autoridad parental le entregó hasta el último penique de la herencia de su abuelo materno, su padre hizo un uso nefasto y despilfarró todo. Las deudas continuaron acumulándose. Mi amigo, deshecho y preocupado por su futuro, al ver que ya no tenía nada y sin creer en las promesas del duque, imposibles de cumplir, de resarcirlo, huyó, viajó por el mundo empleándose aquí y allí en busca de respuestas para su desasosiego. Pensé que nunca regresaría, hasta que encontró el camino de vuelta.

—¡Por Dios! —musitó Grace ante su revelación, y todavía se atrevían a murmurar que William había gastado su fortuna en viajes y mala vida.

—La riqueza perdida le hubiera alcanzado para vivir toda su existencia y la de sus hijos con grandes lujos.

—Pobre William.

—Aprecio a su excelencia, pero sus decisiones no han sido las más acertadas. Veo venir la desgracia. Si William se casa con la pequeña Foster, los dos serán infelices para siempre. Él está irrevocablemente enamorado de usted. Lo mismo pasó con John, su padre le negó merecer el amor de quien adoraba dos veces, tanta agonía terminó por llevarlo a quitarse la vida. Por favor, no se dé por vencida.

—¿Qué puedo hacer para salvarlo?

—Pida a la duquesa de Whitestone que la reciba. William adora a su madre, y el no tenerla de su lado ha hecho que no tenga valor para desafiar al duque.

—¿Desafiarlo? Está moribundo.

—Quise decir que, si la duquesa lo libera de la culpa de no cumplir la última voluntad de su padre, con su apoyo, William no se casará.

—Lo que significaría su ruina. ¿Por qué la duquesa accedería?

—Porque va a perder al esposo, ya perdió un hijo de la peor manera y no querrá hacer infeliz al otro solo por mantener el ducado en su mayor apogeo.

—Mandaré una nota a Primrose Hall, espero que la duquesa me reciba.

—Estoy seguro de que lo hará, usted siempre le ha agradado.

—Pues espero que su estima hacia mi persona no cambie cuando escuche mi petición.

Un día después, a media mañana, lady Emerald, luciendo un magnífico vestido color malva y con

un recogido que le confería más belleza y candidez a su rostro, arribó a Primrose Hall. El esplendor del palacio no había decaído, a pesar del luto.

La duquesa decidió recibirla en una terraza reservada de uno de los jardines interiores, vestía un traje negro impecable de seda a dos piezas, con blusa y falda, con bonete y velo de crepé hasta la cintura, de tonalidad opaca, y sin adornos ni joyas más que unos delicados pendientes de azabache. Aguardaba sentada en el centro de un enorme banco de piedra, con la cara demacrada a pesar de intentar parecer sobria. Aprovechó la visita para salir a tomar un poco de aire, el médico le había recomendado hacerlo porque el aire viciado, a puertas cerradas de la residencia, había terminado por enfermarla de tos.

—¿Lady Emerald? Me inquietó su misiva, ¿en qué puedo ayudarla?

—Perdóneme usted, excelencia, por solicitar esta entrevista en un momento en que no es correcto recibir visitas.

—Imagino que le atañe un asunto de gran importancia.

—Permítame antes presentarle mis respetos para su excelencia el duque y para usted. He venido a hablarle de su hijo.

—¿William?

—Sí —musitó buscando cómo ordenar sus ideas para lanzar su solicitud. Justo en ese instante, la petición de lord Arthur Johnson se le hizo descabellada. ¿Cómo iba a mirar de frente a la duquesa y venir a intentar entrometerse en asuntos privados? El demente no era lord Arthur Johnson, era ella por seguir sus recomendaciones.

—La escucho, me sorprende verla. Justo hoy partió William muy temprano a Emerald Haven, pensé que se verían.

—¿A Emerald Haven?

—Mi hijo está muy abatido, no me pasa desapercibido que su corazón está atormentado. Sé que la admira y que usted se le ha escapado de las manos una y otra vez. Primero con Emerald, y ahora que tienen el camino libre, es él quien desposará a otra persona. ¿Sobre eso viene a hablarme?

—Si me lo permite. —Era su mayor preocupación hasta saber que había partido.

—¿Sabía él que usted estaba en Londres?

—Sí.

—No entiendo nada.

—Su hijo está desesperado y yo también —admitió de golpe dejando a la duquesa pasmada por su sinceridad—. El cerco se está cerrando alrededor de nosotros y tememos que volveremos a perdernos para siempre.

—¿Lo ama?

—Con mi vida.

—Mis hijos son muy orgullosos. Le pregunté por qué no concertaba un matrimonio con usted. Me dio las mismas razones que John, no podría ensuciar su amor.

—Estoy dispuesta a ayudarlo.

—Ya le fallé a John, no quiero hacer lo mismo con William. Ya no tengo cómo ayudarlo, mi fortuna personal ya no existe y ya no puedo recurrir a mi familia. He agotado mis posibilidades. Mi esposo cree que lo mejor para Will es desposar a la señorita Foster.

—Entiendo, pero no debe darse por vencida —dijo sin poderse sacar de la cabeza qué hacía él de camino a Emerald Haven. Tuvo que dejar su duda de lado al notar las lágrimas de la duquesa resbalar por sus ojos.

—Mi pobre William. La primera vez que John se enamoró tenía dieciocho años y se ilusionó con una plebeya. Una linda muchacha, de una familia decente y con cierta holgura económica, pero sin ascendencia noble. Su padre se opuso tajantemente, incluso yo. John podía hacer el matrimonio que quisiera, podía escoger entre las más ricas y hermosas hijas de familia de nuestro círculo. ¿Pero quién manda en el corazón? Huyeron y, desafortunadamente, la chica quedó en estado de gravidez.

—Lo siento —balbuceó al recordar los rumores acerca del hijo fuera de matrimonio de un Lovelace, el que erróneamente lady Huntington, o los responsables de los rumores, habían adjudicado a William.

—Al descubrir el embarazo quiso hacerse responsable, pero su padre se negó, también yo. Habría sido un escándalo. De ese matrimonio nació una criatura bastarda, una niña. Mi esposo se ocupó de sus cuentas, pero la joven no pudo con el dolor, creyó que se casaría con John, y se quitó la vida.

—¡Dios mío! ¡Qué lamentable!

—La familia de la muchacha se hizo cargo de la criatura, aunque John jamás nos perdonó. Lo perdimos por completo e inició una etapa de rebeldía que duró años. Se entregó a los vicios y a las mujeres, y lo peor fue que arrastró con él a su hermano menor. Estábamos devastados. Dos hijos, dos preciosas gemas, y ambos por el mal camino. Gracias a Dios fue solo una etapa, hasta que terminó de madurar y volvió a centrarse en sus responsabilidades. Entonces, solo nos quedaba por encaminar a William y eso ocurrió cuando la conoció a usted. Cambió por completo, quería desposarla y decidimos apoyarlo.

—Pero yo elegí a Emerald.

—No se culpe, sabemos el motivo de su elección. Hay pecados que nos persiguen y se muestran en el momento menos oportuno. William me dijo por qué huyó del baile aquella vez, fue lamentable.

—Supe que faltan pocos días para la boda.

—¿Y ha venido para intentar impedirlo?

—Más bien a rogarle que le diga que lo apoya. Su hijo se siente presionado, si usted está de su lado, él recapacitará y disolverá el compromiso antes de que sea tarde. Yo le prometo que lo ayudaré a sortear la situación con mi fortuna y pediré soporte al resto de mi familia.

—Es noble lo que intenta hacer, pero no estoy de acuerdo. ¿Me pide que interfiera entre un caballero y su honor? Jamás aceptará.

—Tan solo dígame que no importa lo que elija, que usted lo respalda moralmente.

—No puedo, eso sería sentenciar a mi esposo y al ducado. Lo siento, porque en verdad sé que se merecen el uno al otro, pero ambos tienen responsabilidades que deben poner por encima de los deseos de sus corazones.

La doncella de su excelencia llegó a interrumpirlas con el rostro compungido, pidió hablar a solas con la duquesa, pero se veía bastante afectada y temblorosa. La dama palideció, pensó lo peor.

—¿Mi esposo? —preguntó.

Grace pudo apreciar el vehemente amor que sentía. Su alma palideció a la par que el semblante de la madre de William. La muchacha bajó los párpados en señal de resignación y la duquesa se llevó las manos al rostro, totalmente afligida; sus ojos se llenaron de lágrimas reacias a caer, lo haría cuando estuviera en la intimidad. Con solemnidad, Grace profirió unas palabras de aliento y se despidieron. Su gracia, el duque de Whitestone acababa de morir.

Salió con el alma rota y el semblante desconsolado por la respuesta de la duquesa y por el fallecimiento del padre de William. Entendía la posición de la dama, se debía al ducado. Pero ella era diferente, rendirse nunca había sido una salida. Pasó por alto el interrogatorio de lady Huntington y doña Prudencia al arribar a Grey Terrace acerca de los motivos que la llevaron a Primrose Hall y fue directo a sus habitaciones. Ni siquiera dio información sobre el deceso de su excelencia, no le correspondía. Iba a esperar que la familia se ocupara de ello según su propio ritmo. Tenía un mal presentimiento y solo se podía abocar a él. Esculó en un baúl hasta tener entre sus manos el cofrecito de caoba y lo abrió en busca de la llave del compartimento oculto del secreter. Terminó por vaciar el contenido sobre su cama para darse cuenta de que había sido robada impunemente antes sus narices. Hizo traer de inmediato a Dorita hasta que la hizo confesar su falta.

—Esa alma turbia me aseguró que con esa llave nos devolvería a nuestro niño, dispéñeme, por piedad.

—¿Entiendes la gravedad del asunto? William irrumpirá en Emerald Haven. La propiedad está fuertemente resguardada, los guardias pueden confundirlo con un ladrón y matarlo antes de que revele su identidad. Su padre ha muerto, es el siguiente en la línea sucesoria, el nuevo duque de Whitestone, y puede estar en peligro.

—Él me prometió que será sigiloso, se colará por el pasadizo que da al bosque.

—¡Jesús, María y José! El pasadizo es inestable, ¿olvidas cómo terminó la última vez?

—Pero fue remodelado.

—Parcialmente, antes de cerciorarnos de su idoneidad tuvimos que irnos. Manda a un sirviente por lord Arthur Johnson con urgencia y prepara un escueto equipaje para las dos. Debemos viajar de inmediato, si queda atrapado en ese pasaje del infierno podría morir. Nadie más que nosotras sabemos dónde encontrarlo.

—Lady Black no la quiere en Emerald Haven.

—¿Y cuándo eso me ha frenado? Veamos quién se atreve a cerrarme el paso.

Tomó una de sus hojas para cartas y redactó una especie de salvoconducto para lord Arthur Johnson para que, llegando a Emerald Haven, le permitieran la entrada y que realizara todas las gestiones que considerara pertinente. En cuanto el joven señor estuvo en Grey Terrace, lo puso al

tanto de la gravedad del asunto, le entregó la carta y le suplicó que partiera de una vez, a caballo podría llegar antes que ellas.

Un rato después, Dorita y ella se dispusieron a marcharse en un carruaje.

—Nieta mía, ¿por qué las prisas? —la detuvo doña Prudencia.

—Lord Godwine ha viajado a Emerald Haven con la intención de recuperar un escrito que habla de un romance de la madre de Henry. Quiere usarlo para amenazar a lady Black con hacerlo público y obligarla a que deje de chantajearme.

—Eso parece una solución poco decente, pero podría devolvernos a Evan.

—El diario de la antigua marquesa está escondido en un compartimento del secreter, pretende acceder al estudio por el pasadizo.

—¡No, por la virgen María! ¿No le ha bastado con que casi pierde la vida en el primer intento? Aunque salgas a toda prisa no podrás detenerlo.

—Lord Arthur Johnson ha partido a caballo, si queda atrapado dentro nadie lo sabrá y podría morir enterrado.

—Trata de sosegar te para que pienses con claridad, el derrumbe se reconstruyó.

—Sigue siendo inestable, las labores de remodelación no fueron importantes.

—Lord Godwine es grande y musculoso, además tiene una inteligencia prominente. Él sabrá cuidarse. Dios lo protegerá.

—Gracias, abuela.

—Vayan con Dios y que las acompañe durante su viaje.

Jamás el recorrido a Emerald Haven se le había hecho tan largo y tan angustiante. Llegó con el Jesús en la boca y lo peor fue que se encontró a las puertas de la inmensa propiedad a lord Arthur Johnson, su carta no había no había cumplido los efectos esperados.

—¿Cómo que no lo dejaron pasar?

—El mayordomo dio órdenes de negarme el paso.

—¿El señor Thomas? —asintió—. ¿Cómo dejó a la duquesa?

—Desesperada, su esposo ha fallecido y William no aparece. Nadie sabe dónde encontrarlo, salvo usted y yo.

—¿Le dio razones de su paradero a su excelencia?

—Le prometí que lo traería de vuelta a la brevedad.

—Siga el carruaje, por favor.

El guardia de la entrada intentó detenerla, pero ante la fiereza en los ojos de la marquesa ni siquiera hizo falta que abriera la boca para proferir sus palabras. Llegó ante la escalinata que llevaba a la puerta principal y desmontó con ayuda de su lacayo. En comitiva, Dorita, lady Emerald y lord Arthur Johnson atravesaron la inmensa puerta a dos hojas ante los ojos fuera de sus órbitas del señor Thomas, interrogaron a todos a su paso, preguntando si habían visto a lord Godwine, nadie pudo darle razones.

—¿Por qué hizo caso omiso de mi carta? —le preguntó Grace al mayordomo.

Una señora, a quien no conocía, también se sumó en su contra, supuso que era la nueva ama de llaves.

—Lady Black dejó órdenes precisas: que usted ya no tenía derechos sobre la propiedad y que por eso no debía permitírsele la entrada —contestó el señor Thomas.

—Lady Black podrá disponerlo el día que su hijo sea el nuevo marqués, mientras todo le pertenezca a mi hijo, solo él tendrá la potestad de prohibirme el paso. ¡Déjeme pasar!

—¡Sobre mi cadáver! Debo mi lealtad a los Haddon y usted con sus conductas indecorosas no tiene derecho a formar parte de tan respetable familia.

—¿Cree que tiene la autoridad moral para juzgarme? ¡Qué insolente! ¿Fue usted quién le entregó la carta del difunto Emerald a lady Black?

—Por supuesto, como correspondía mi deber. De conocer que era tan importante lo habría hecho antes.

—¿La leyó?

—Por supuesto que no, me ofende; pero de haber sabido que serviría para frenar sus arrebatos y mantener intacta la moral de esta casa, la habría entregado antes.

—Es usted un santurrón engréido y pusilánime. Su señor le dejó ese documento para protegerme si alguna vez me encontraba en problemas, no para que lo usara para cavar mi tumba. Le ha fallado al difunto marqués de Emerald.

—Solo protejo su legado y su nombre. Lord Emerald no habría aprobado su comportamiento.

—¡Ya ajustaremos cuentas! ¡Quítense de mi camino!

Lord Arthur Johnson le lanzó una mirada asesina al estirado mayordomo que terminó por tragarse la lengua, la nueva ama de llaves ni siquiera se armó de valor para decir nada. La comitiva irrumpió en el estudio y se encerraron allí para trabajar sin que el resto de los sirvientes fueran a meter sus narices en sus asuntos.

—¿Dónde está la puerta del pasadizo? —preguntó lord Arthur Johnson.

—¿Pretende entrar? —inquirió la marquesa.

—Por supuesto que sí, mi amigo puede estar entre la vida y la muerte.

—Aguarde, están los hombres que se encargaron de limpiar el desastre cuando William quedó atrapado. Dorita, hazlos venir. Será mejor que lo acompañen. Tomemos todas las precauciones, no queremos más heridos.

La muchacha salió corriendo. Grace fue directo al secreter, lo recorrió con las manos buscando el compartimento.

—Debemos averiguar si tiene el diario, así sabremos si va de salida o sigue dentro.

Cuando dio con la pequeña puerta escondida, Grace se sorprendió de poder abrirla tan solo con un dedo y de descubrir la llave aún pegada a la cerradura. Suspiró ampliamente.

—Eso quiere decir que llegó con vida a este estudio, ahora requerimos saber si pudo escapar airoso del recorrido hasta el bosque.

Los hombres llegaron, y lord Arthur Johnson, con el semblante grave y una antorcha en la mano,

se introdujo dentro del pasadizo. Grace se quedó con el corazón acelerado, aguardando por una respuesta, hasta que los rescatistas, una hora más tarde, se colaron por la puerta del estudio. Despidió a los hombres e interrogó a lord Arthur Johnson con la mirada.

—El pasadizo está vacío. Hay huellas de que alguien estuvo hace poco, pero no puedo aseverar si fue durante la entrada o la salida. Recorrimos el área del bosque aledaño hasta el camino que conduce a Londres, no hay señales de él.

—¿Insinúa que tal vez fue sorprendido dentro del estudio y que pudo haber sido detenido?

—¿Por el señor Thomas? Ese mequetrefe no tiene agallas para enfrentarlo.

—Tal vez utilizó a los guardias.

—Es lo que temo. Hemos preguntado y nadie lo ha visto, pero si fue en la madrugada... Puede que el bribón de lord Godwine se haya salido con la suya, partiré a Londres en cuanto descanse un poco. Usted debería pernoctar y regresar mañana a primera hora. Yo me adelantaré para cerciorarme si pudo llegar con bien.

—Me quedaré. Si encuentra a lord Godwine, hágamelo saber a través de la correspondencia y regreso a Londres; de lo contrario, moveré cielo y tierra hasta que aparezca. Si lo tiene cautivo en contra de su voluntad, tendrá que entregármelo.

—¿Lord Godwine? ¿O ya deberíamos llamarle su excelencia?

—Ahora solo importa encontrarlo y que esté a salvo.

—En ese caso, si William no aparece, pediré refuerzos a la duquesa y yo mismo vendré a ayudarla en la búsqueda. ¿Estará bien? Todos, excepto el ama de llaves y el mayordomo, parecen leales a usted.

—Dorita y yo sabremos cuidarnos, parta de prisa.

Lady Black no imaginó la visita de quien llegó ante su puerta esa mañana. Él siempre era bien recibido por la vizcondesa.

—¡Oh, William, sabes que es osado que nos veamos en mi residencia! —le murmuró melosa, dejando su frialdad de lado; entornó los ojos como gacela enamorada—. Pudiste mandarme una nota y yo hubiera acudido. Imagino lo que te trae, tras el dolor de la pérdida de tu padre has venido a buscarme, solo yo puedo dar alivio a tu corazón.

—¿De qué está hablando? Acabo de regresar de viaje, ¿quiere decir que mi padre ha fallecido? —La mujer asintió, sintiéndose terrible de ser transmisora de tan triste noticia.

William se dejó caer en un asiento completamente afectado, su dolor se veía a través de sus azules ojos, los que se llenaron de melancolía.

—Lo siento, pensé que ya sabías.

—Creo que podemos dejar el asunto que me trajo para después, tengo que ir a apoyar a mi madre. Dispéñeme, en otro momento volveré.

—Aguarda, ya estás aquí. ¿A qué has venido?

—No es el mejor momento, estoy algo ofuscado y la noticia de la irremediable pérdida de mi padre me toma desprevenido. Sé que estaba mal y que su fin era próximo, pero pensé que tendríamos más tiempo.

—Déjame apoyarte. —Intentó abrazarlo y él dio dos pasos hacia atrás. Ni siquiera el dolor le nubló la mente.

—No. Lo agradezco, pero no es necesario.

—Esa mujer se ha cruzado entre los dos. Siempre fui el regazo donde llorabas tus penas. ¿Por qué ahora me esquivas?

—Lo nuestro quedó concluido hace tres años. ¿Qué le hace pensar que tengo intenciones de retomarlo? —Él, era más frío que de costumbre, aunque ella se esforzara en brindarle un trato cálido. Ni siquiera la devastadora noticia hizo que la tratara con la familiaridad de antaño.

—Claro, ahora pretendes casarte y tienes de amante a mi arribista cuñada —soltó dolida al notar su lejanía—. ¿Por qué recordarías a tu primer amor?

La miró con una dureza que parecía que iba a atravesarle el alma.

—No hable de mi vida como si tuviera derechos.

—¿Pretendes borrar de un plumazo nuestra historia? ¿Después de todo el amor que te he dado?

—¿Qué amor? Usted me llamaba y me dejaba a su antojo. Claro que cuando la salud de su esposo se debilitó más se le hizo indispensable mi compañía, pero esa clase de afecto jamás será amor.

—Basta de injuriarme. Sabes que te quiero, te necesito.

—Lamento que sea una mujer joven con un esposo tan débil del corazón que no pueda montar o practicar actividades intensas; pero nuestro trato está terminado. Usted solo me utilizaba, en cambio yo si la adoraba; ya no.

—Te comportas distante y frío, como si no hubiera sacrificado tanto por ti. Por favor, reacciona, esa mujer solo quiere separarnos.

—No la mencione. Yo llegue a sus brazos, lady Black, lleno de ilusiones, era un buen muchacho, inocente y perdidamente enamorado, usted me enseñó a mentir.

—¿Cómo puedes tratarme con tanta indiferencia? Te enseñé a amar.

—¿A amar?

—¿Ahora te haces la víctima? Mientras solo te amaba a ti y aguardaba porque pudiéramos encontrarnos a solas, tú jugabas con cuanta falda se cruzaba en tu camino.

—Usted me quitó la fe en el amor y me hizo buscar la lujuria en cada cama que se interpuso ante mi deseo. No podía confiar, temía que si entregaba mi corazón me lo devolverían hecho añicos. Como usted hizo, soltándome las riendas y recogiénolas a su antojo, hasta que la cuerda se reventó. ¿Pensó que me mantendría esclavizado para siempre?

—No entiendo qué haces aquí, si has venido a reclamarme es mejor que te marches.

—No vine a reclamarle, vine a exigirle que deje a lady Emerald en paz, que no se ensañe con ella porque nada me hará volver a sus brazos.

—Es una pecadora.

—¿Se atreve a juzgarla?

—Si supieras de lo que ha sido capaz, ya no la tendrías en un pedestal.

William sacó de su chaqueta el diario de la madre de los Haddon, lo sacudió en el aire y lady Black abrió los ojos verdes desmesuradamente.

—¿Sabe qué es? Por su reacción supongo que lo conoce.

—¿Qué pretende?

—Le devolveré a lady Emerald todos sus derechos o el contenido de este diario saldrá a la luz.

—No te creo, no te gustan los escándalos, menos lo rumores, y jamás me harías un ultraje semejante. Sé que en el fondo todavía queda un poco de tu amor por mí.

—Se equivoca, no puedo amar lo que nunca ha sido mío.

—Te quiero.

—No lo suficiente; cuando tuvo la oportunidad de elegir, lo hizo por su esposo. Se casó con su título, ahora disfrútelo. Viva con su decisión.

—Eras muy joven, pensé que dejarías de quererme con el paso de los años, solo vi por mi

estabilidad a largo plazo.

—Entonces, ahora disfrútela y colabore para mantenerla. Desde que conocí la existencia de este diario y me sumergí entre sus páginas tuve un presentimiento. Aumentó cuando conocí que Emerald, bajo ningún concepto, quiso que el marquesado quedara en manos del mayor de los Black; se aferró al embarazo, como si supiera que la vida le mandaría un varón para evitar que el engaño mejor guardado de la aristocracia londinense volviera a robar la fortuna de los Haddon.

—¿Piensas que soy hija de ese caballero?

—Más que eso, sé que es hija de ese caballero —le dijo mirándola sin clemencia—. Y estoy seguro de que ya lo sabía, como también lo sabe la condesa de Bridgewater, su odio por usted fue otro elemento que me hizo sospechar.

—Tu suposición no es válida, ella odia a cada criatura humana que osa cruzarse en su camino.

—No tanto como a usted. Estoy seguro de la identidad de Zorro, y por qué su madre una vez viuda no pudo unir su vida a él para siempre. Era un hombre casado y prominente, conocido en su círculo como Zorro, porque era astuto y muy inteligente.

—Figuraciones, no es el único que puede ser llamado por ese apodo.

William abrió la palma de su mano y un anillo dorado con una esmeralda enorme y reluciente se mostró refulgente.

—La condesa de Bridgewater en verdad la odia y lo lamento, porque el lazo que las une es muy cercano, aunque para ella usted es solo una bastarda. No tardó en darme detalles sobre su origen, alguien que abre la boca con tanta desidia y ligereza en contra de usted es un verdadero peligro. Me dijo que se encontró esa joya entre las pertenencias de su padre cuando falleció. ¡Qué interesante! Que la marquesa entregara una joya a su amante como prueba de su amor y fuera nada más y nada menos que el emblema del título de su marido; pero como explica el diario al final, la esmeralda es del tono exacto de los ojos de la difunta y cumplía el fin de ser un recordatorio de su persona para su amado.

Lady Black bajó los ojos apenada, intentó estirar la mano para tomar la sortija y William la retiró.

—Es para su único dueño.

—Has venido como un lobo hambriento a hacerme trizas. ¿Ya estás contento?

—Tal vez ahora comprenda cómo me sentí cuando me rompió el corazón, y no feliz con eso me mantuvo a sus pies tirándome sus sobras.

—Entonces el lobo ya tiene su venganza.

—Se equivoca, jamás he buscado venganza, solo pretendo defender a la mujer que amo. Dígame de inmediato dónde está el pequeño y aléjese de nosotros para siempre.

—¿Te casarás con esa arribista?

—¿Por qué tendría que darle cuentas de mis actos? Si me amara, no estaría reteniéndome en este instante, donde lo único que deseo es correr con los míos a llorar a mi padre. Olvide que me ha conocido, como lo ha hecho, no volveré a ser William nunca más para usted. Respete mi luto y,

por favor, no vuelva a buscarme jamás.

Lady Emerald aguardó llena de esperanzas por la carta de lord Arthur Johnson diciéndole que William estaba bien, solo quería volver, tomarlo de las solapas y exigirle que dejara de escapar. No podían negar el sentimiento que los dominaba. Le exigiría que buscaran una solución a sus problemas juntos, lo mismo que él le había pedido cuando ella intentó luchar contra lady Black por su cuenta.

Cinco días después la espera era agonizante. A punto de ordenar que prepararan sus cosas para emprender el viaje de regreso a Londres, las ruedas de un carruaje y los cascos de los caballos se escucharon sobre la entrada. Dejó su estado contemplativo y corrió con Dorita detrás, o era la carta que venía a aliviar su corazón atormentado o era lord Arthur Johnson que venía a acrecentar sus penas. Si alguien lo tenía apresado, ella pelearía con uñas y dientes para recuperarlo.

El mayordomo, que había renegado cada minuto de su presencia en Emerald Haven, también se esperanzó por los recién llegados.

—Ha de ser lady Black que viene a componer el desorden —bufó.

—No se atreva a seguir con sus petulancias, señor Thomas. Estoy esperando noticias, han venido por mí.

—No solo se ha quedado aquí impunemente, también se digna a recibir visita. Lady Black ordenó que...

—Aléjese. —Lo apartó dejándolo con cara de tonto arriba de la escalinata y bajó llena de emoción.

Cuando doña Prudencia descendió del carruaje con ayuda de un lacayo, el corazón de lady Emerald le dio un vuelco. ¿Por qué su abuela había realizado el viaje? No le quedaba más que acercarse a preguntarle, podría ser que venía a acompañarla en su agobiante espera o que traía noticias de lord Arthur Johnson, pero no entendía, ¿por qué venir en persona?

Lo entendió cuando seguida de su abuela descendió lady Arlene Haddon con el niño rubicundo de casi tres años de su mano, a quien tomó en brazos para que bajara el peldaño del carruaje. Lo depositó en el suelo, y mientras Evan corría en dirección de su madre, Grace veía en retrospectiva cada uno de los momentos dolorosos de su cruel ausencia. Lo alzó hasta su pecho y se estrecharon en un largo y apretado abrazo, mientras él le repetía la palabra más dulce de todas: «Madre». Las tres lloraron de emoción por el reencuentro.

—¿Cómo es posible? —preguntó Grace agitada.

—Su excelencia, el duque de Whitestone, llegó en su corcel blanco y nos rescató de las garras de la bruja malvada —dijo la jovencita aliviada porque al lado de la marquesa ya no tendría que desposar al pretendiente elegido por lady Black.

—¿William? ¿Y dónde está él? ¿Por qué no ha venido en persona?

—Por favor, lady Arlene Haddon, adelántese y lleve a su hermano. Tengo que hablar con mi nieta.

La señorita obedeció y doña Prudencia miró con ternura a Grace. Abrió la palma de su mano y le entregó el anillo de esmeralda.

—Es para Evan.

—¿Por qué lo tenía William?

—Parece que este diario guarda más secretos de los que alcanzaste a leer. Me pidió que lo guardes muy bien, dice que es tu arma más poderosa para defender a Evan de lady Black. Esa mujer ha jurado mantener la boca cerrada y no interferir en tus derechos, los de Arlene y los de Evan, a cambio de que guardemos silencio acerca de cada una de las revelaciones que hay escritas en estas páginas. Resultó que la dama —susurró apenas perceptible—, no era hija del difunto marqués padre de tu esposo.

—¿Jesús, María y José! ¿En serio? ¿William se atrevió a decirle a usted?

—No.

—¿Cómo obtuvo esa información? ¿Leyó el diario?

—¡Ave María Purísima sin pecado concebida! Pasaré años tratando de quitarme las imágenes que tengo en la mente por sumergirme en esas páginas pecaminosas.

—No debió leerlo, era privado.

—¡Lo sé! Necesitaba cerciorarme en primera persona de que los secretos son tan oscuros como para que lady Black mantenga la boca cerrada.

—¿La vizcondesa está dispuesta a vivir entre zozobras, sabiéndose en mis manos?

—Su excelencia no le ha dado otra salida, si Evan cae, ella también lo hará. Tendremos que esforzarnos por guardar el secreto: lady Black, Arlene, Agnes y mi prima. Nadie más lo puede saber.

—Ya me he sincerado con Arlene, entendió las razones de su padre. La muchacha asegura que de su boca jamás saldrá una palabra; está decidida a velar por los intereses de su hermano por amor a él, por mantener el nombre de la familia y por cumplir la voluntad de su padre.

—También me lo ha refrendado. Agnes y lady Huntington darían su vida por él, como nosotras. Y tu admirable defensor ha demostrado que merece ser guardián de nuestro pecado más oculto.

—¿Cómo no lo vi antes? —Pensó Grace en voz alta—. Creí que eran hijos del mismo padre porque tenían el sello Emerald, los ojos verdes. Error imperdonable. No presté atención a los detalles, los ojos verdes eran el distintivo de la madre y los hijos Haddon, no del esposo.

—Con semejantes escenas en el libro es lógico que otros detalles pasaran desapercibidos.

—¿Por qué no vino William con ustedes?

—Sabes que va a casarse en cuanto termine el luto por su padre, no tiene sentido que sigan alimentando una relación que no tiene futuro.

—No me importa, lo amo.

—¿Estás dispuesta a convertirte en su amante?

—¡Abuela, por Dios! —dijo bajando los ojos llena de vergüenza.

—Le he exigido que si no se va a morder su orgullo, desposarse contigo y aceptar nuestra ayuda en su situación penosa, que respete tu honorabilidad. Esposa o nada, perdóname por entrometerme, pero la vida no es como la quieres vivir. Hay reglas que cumplir y costumbres que salvaguardar, ya has sufrido demasiado por no apegarte a ellas.

—Abuela, no la culpo por mantener sus creencias, pero nada podrá apartarme de William, lo único que me hará dejarlo es que me deje de amar.

—Whitestone sería más apropiado. Lo tratas con demasiada intimidad y ahora es un duque.

—Lo es, pero antes era solo el hombre que amaba, que amo.

—¿Estás decidida? —Grace asintió—. Nos escoltó todo el camino, pero le exigí que se mantuviera distante. Está en la cabaña, pernoctará ahí y volverá mañana al alba a Londres. Ahora lo abruman las responsabilidades.

—Debió empezar por ahí.

Grace sintió su corazón henchido de emoción, y antes de que sus pies se movieran para ponerse en marcha, la tomó por el brazo.

—Lord Arthur Johnson me dio esta carta para ti, me dijo que era importante.

—Es la carta que estaba esperando, en la que me decía que William estaba bien, supongo que ya no importa, más teniéndolo aquí —murmuró apretando el sobre para hacerlo chiquito y poderlo meter en un recoveco de su vestido—. Voy a buscarlo, pero antes me quitaré a una alimaña de encima.

Subió oronda con su abuela de escolta hasta donde, con el ceño fruncido, la observaba el engreído mayordomo. Lo miró de frente.

—Le advertí que cada persona que nos sirviera en el castillo debía guardarnos absoluta fidelidad, empezando por usted. No solo traicionó la memoria de mi difunto esposo, faltó a la promesa que le hizo. Está despedido, señor Thomas.

—Usted no puede. Lady Black..

—¿Acaso ve a lady Black en estos dominios? ¿Ha venido a exigir algún derecho que no tiene?

—Mi fidelidad es con los Haddon.

—No quiero verlo más, márchese de inmediato. —El señor Thomas se retiró con el cuello estirado y el rostro pálido.

—Tuvo su merecido, casi te hace perder al niño. Bendito Dios ya está con nosotros.

—Por favor, abuela, mande un jinete al pueblo por la señora Hoffman, está en casa de su hermano. Fue retirada de su puesto injustamente. Voy a encontrarme con William antes de que se

marchen.

—Whitestone, querida —sugirió doña Prudencia—. Es más propio que...

Dejó a su abuela con la palabra en la boca y corrió hasta el establo, tomó un potro y cabalgó a horcajadas con su vestido lleno de encajes batiéndose al viento, por entre los árboles, hasta llegar ante la cabaña de madera que permanecía oculta por el follaje, como salida de un cuento de hadas. Desmontó con una sonrisa en los labios al ver a Luna resollando en las afueras de la vivienda.

Irrumpió en la morada y solo encontró al ayuda de cámara. Carraspeó para disimular su ímpetu y moduló la voz para preguntar:

—¿Y su excelencia?

—Salió a cabalgar.

—¿Sin Luna?

—Tomó otro caballo, me pidió que preparara la yegua para obsequiársela, estaba por conducirla con usted.

—¿Regalármela?

—¿Se la llevo ahora, milady?

—Mejor este caballo, montaré en Luna.

—Como desee.

—¿Qué dirección tomó?

Él hombre se alzó de hombros. Grace dejó su montura y le pidió ayuda para subirse a Luna. Salió a trote ligero, explorando la zona cercana. Al no tener noticias, pensó si sería mejor regresar a la cabaña y aguardar por él. Tendría que regresar a dormir. Con miles de ideas atormentándola, cabalgó desenfrenada lo suficiente para acercarse a la costa, comenzó a invadirla el olor a sal que se colaba ufano por sus fosas nasales, no paró hasta el risco que tantas veces había visitado para pensar, cuando ni siquiera imaginaba, que existía una segunda oportunidad para ellos. El alma estaba a punto de abandonarla, el azul profundo del océano y la espuma blanca que se formaba en la superficie por las olas cerraron el cuadro de tormento. Unas pisadas de caballo sobre la hierba fresca alejaron sus ojos de la franja índigo y la devolvió a sus ojos color zafiro.

El duque de Whitestone desmontó de un salto y se aproximó hasta ella, tomó las riendas de Luna y la ayudó a bajarse. La abrazó fuertemente con el rugir de las olas despiadadas a sus espaldas.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó con el aliento agitado por la cabalgata.

—Tu abuela me prohibió acercarme al castillo, pero necesitaba despedirme. Fui a buscarte y doña Prude me confirmó que habías ido a la cabaña. Mi ayuda de cámara me dijo de tu visita y que habías salido minutos antes, seguí tu rastro y te vi a lo lejos. Ibas tan a prisa que me costó seguirte el paso.

—Pensé que te buscaba y resultó que me alejaba de ti.

—Ya estamos juntos.

—Siento mucho la pérdida de tu padre y más no haberte brindado apoyo en un momento tan crucial.

—Me hiciste mucha falta.

—¿Cómo está su excelencia, la duquesa?

—Al principio, abatida, ahora la veo más resignada. Sabíamos que no habría mejora para él. Su salud no soportó la pérdida de mi hermano.

—Lo lamento —expresó con el rostro afligido.

—Te extrañé tanto.

—Gracias por traerme a mi pequeño marqués.

—Necesitaba resarcirte y devolverte a tu hijo.

—Temí tanto pensando que el pasadizo volviera a desplomarse sobre tu espalda...

—Lo volvería a hacer si con eso consigo que tengas a tu familia contigo y a resguardo.

—No puedes casarte con otra. Debes buscar otra salida.

—No me lo hagas más difícil. No me pongas a elegir entre el ducado y el amor de mi vida.

—Puedes tener los dos, te pertenecen los dos.

—Lo único que quiero eres tú, tú —murmuró estrechándola con ansias—. Y la vida se ha empeñado en alejarnos una y otra vez.

—Tu orgullo es quien ahora nos separa. Déjame ayudarte.

—Si ya he tomado una decisión, no entiendo qué hago aquí —pensó en voz alta. Entonces la miró y se perdió en sus rizos rebeldes, en sus ojos exuberantes y lo entendió todo. Le reveló aferrándose a su cuerpo, a sus vestiduras, a su piel—: Eres tú, me tienes hechizado. Te amo como sé que jamás podré amar a nadie, pero no puedo fallarle a mi padre.

—Siempre hay formas de lograr el mismo resultado sin sacrificar lo importante por el camino. No seas cobarde, Will. También te amo.

—Perdóname por no ser suficiente, por no merecerte.

—Puedes cambiar tu destino, podemos. Si renuncias a mí me matarás en vida.

—Sé que tu hijo te dará la fuerza para seguir.

—Rendirnos no es la salida.

—¡Lo siento!

William se subió de un salto a su corcel y galopó con todas sus fuerzas, mientras ella dejó pasar el momento de perseguirlo y sacarlo de su error. Se quedó con Luna y sus desgarradoras lágrimas. Las fuerzas la abandonaron y se abatió de rodillas contra el borde del precipicio. Sollozó sobre el pasto aún húmedo, con el rugido del mar ordenándole levantarse y seguir luchando.

La incomodidad de aquel envoltorio dentro de su vestido ya no le pasó desapercibida, por inercia lo sacó y comenzó a abrirlo. Se sorprendió al encontrar que la correspondencia no era de lord Arthur Johnson, a pesar de que sus datos venían en la parte exterior de la carta. La titular era la duquesa viuda de Whitestone. Interesada en qué tendría que decirle su excelencia, Grace pasó los ojos a lo largo del documento. La primera hoja era breve.

Mi estimada lady Emerald:

A pesar de mi negativa a colaborar en su causa, que también es la de mi hijo, sus palabras me calaron

hondo. Me dejó pensando y concuerdo con usted, no estoy dispuesta a sacrificar a otro de mis hijos. Desafortunadamente, mi esposo ya no está con nosotros, lo que constituía el principal motivo para que William accediera al matrimonio arreglado con la señorita Foster. Ahora solo queda el peso de su mandato, su memoria y sus deseos de que se mantenga el ducado de Whitestone como él lo vislumbró. Es cuestión de tiempo para que William descubra lo que ha estado buscando con desespero, he decidido facilitarle la labor y estar a su lado en esta contienda contra la memoria de su padre. Estoy a tiempo de no permitir que su vida sea miserable, le daré la ayuda que le negué a John, el difunto lord Godwine. En hoja anexa está el listado de bienes que no forman parte de la herencia del ducado, totalmente desligados, pero que mi esposo se empeñó en hacer pasar como tales ante su deseo desmedido de darle gloria al título y poseer uno de los más poderosos.

Solo le pido una cosa: que interceda por mí para que mi amado hijo me perdone no haber tomado esta decisión antes, cuando me lo imploró con vehemente angustia.

Jane Lovelace, duquesa de Whitestone

Grace pasó la primera hoja al final y dio lectura en silencio a la segunda, descubrió que la mitad de las tierras del ducado estaban desligadas de este, así como los purasangre y diversas propiedades a lo largo del país. Suspiró de alivio y sintió el impulso de levantarse del pasto, subirse de un salto en la yegua y buscarlo para decirle que había una solución; pero su orgullo volvió a recorrerla, como un visitante no deseado que llega para instalarse. No sería feliz si William la aceptaba tras conocer el contenido de esa carta, quería que la eligiera libremente, a pesar de la adversidad, y no cuando el camino estuviera despejado. ¿Qué pasaría cuando a sus vidas juntos llegaran las dificultades?

Secó sus lágrimas y se puso de pie, con intenciones de no hacer nada. La duquesa lo había dicho, William terminaría por descubrirlo por sí solo, quería saber qué decisión tomaría, pero no volvería a presionarlo, cada quien era responsable de su destino.

Y mientras batallaba con Luna para subirse a la silla de montar, los cascos de otro caballo le avisaron de la llegada de alguien más al solitario paraje. Se le erizó la sangre al comprender que había quedado sola, inspiró hondo y se volvió al intruso, solía ser valiente y dar la cara, no acostumbraba a empequeñecerse ante el peligro.

Entonces lo vio aproximarse con su elegante postura al andar montado en el ágil caballo.

—Lo siento, pero no puedo casarme con otra. No soportaría mi vida. Trabajaré duro para saldar deudas o perderé lo que tenga que perder y comenzaré de cero.

—William, yo...

—No aceptaré tu dinero, ni el de tu familia. Lo haré por mí mismo, solo te pido que sigamos juntos en un compromiso largo hasta que estemos en igualdad de condiciones y pueda proponerte matrimonio.

—¿Ya no te casarás?

—Eso he venido a decirte.

—¿Por qué ahora?

—Porque tienes razón, rendirnos no es una salida —soltó bajando de un salto del corcel y

corrió hasta a ella para fundirse con su cuerpo—. Te amo, Grace y solo puedo estar contigo. Acepto todas las condiciones.

—Sin condiciones.

—¿Ya no anhelas casarte conmigo? No es posesión, pero estoy harto de esconderme, mi amor por ti es bueno y quiero que nadie se atreva a señalarlo. Deseo amanecer todos los días a tu lado sin preocuparnos de escondernos de los sirvientes, que podamos tener hijos y que lleven mi apellido, que estemos juntos a la luz del sol sin temor a que alguien nos descubra y tu reputación quede comprometida.

—Tienes formas poco convencionales de pedir matrimonio.

—Tendremos que esperar el periodo del luto, más lo necesario para sacar adelante el ducado. Tal vez pasemos por momentos difíciles, pero me esforzaré porque nada te afecte. ¿Serías mi esposa?

—Nunca he tenido tantos deseos de cumplir con una formalidad. Por supuesto que acepto, William, te amo.

Grace suspiró, quiso sacar el listado que le había hecho llegar la duquesa, para hacerle más liviano el camino a William, pero eso demeritaría su esfuerzo y su sacrificio, al menos de momento. Como había mencionado la duquesa, era cuestión de días para que él lo descubriera, sin la presión ejercida por el difunto duque.

Al final la fuerza de la pasión los hizo converger.

Epílogo

Era sabido que un hombre del rango del duque de Whitestone debía contraer nupcias y tener descendencia. Esperar el período de luto se volvió una tortura, William se apegó al período más breve, y tras las dispensas correspondientes para acortarlo, volvió a proponerle a su amada unirse en sagrado matrimonio. Cada día se le hacía más difícil respetar las despiadadas reglas que marcaban la buena costumbre para mantener el honor de ambos a salvo. Torear a doña Prudencia para colarse de madrugada en las habitaciones de la marquesa se había convertido en un deporte de alto riesgo, a la señora solo le faltaba poner un sillón a la entrada de los aposentos de su nieta y traer a dos mastines para vigilar, cual guardiana de una doncellez que hacía rato había dejado de existir. Pero la abuela de Grace temía que, si su nieta se relajaba, el interés del duque podría mermar y desistir de la santa unión.

La renuencia de la señora a dejarlos encontrarse a sus anchas, el tener que sortear e inventar momentos para quedarse a solas, así como las nuevas obligaciones de William, lo habían hecho mantener una distancia obligada con Grace, que solo hizo acrecentar su deseo. Sus obligaciones se habían triplicado de la noche a la mañana, pero estuvo a la altura de la situación. Estaba decidido a demostrar que tenía los méritos para recuperar la fortuna Lovelace. Tras vender los bienes desligados del ducado y deshacerse del lujo insano con el que su padre había abarrotado sus propiedades —innumerables objetos de ornato de alto valor, obras de artes excelsas, propiedades de ocio en diversos parajes recreativos y demás caprichos—, había vuelto a levantar cabeza.

Con un patrimonio digno, intentó asociarse con el señor Foster. Había estudiado los esbozos de los planes que John había dejado por escrito, de haberse dado la unión entre ambas familias. Pero ante el rechazo del señor Foster debido a su negativa a casarse con la menor Foster, se quedó sin socio. El americano tomó a sus hijas y se regresó a su tierra, dejando un hueco en su pecho por la partida de la señorita Eloise a quien consideraba una hermana. De todos modos, creyó que sería un nuevo comienzo para tan encantadora joven.

La negativa no le bajó el impulso, contactó a su futuro conuñado, el duque de San Sebastián, quien también poseía una naviera, y le mostró su idea. Hugo, ávido emprendedor, estudió la propuesta y decidió entrar de lleno en ella. Comenzó por presentarle a un renombrado empresario dedicado a la construcción de barcos e iniciaron una nueva aventura que dotaría a sus arcas de grandes ganancias.

Doña Prudencia no descansó hasta que vio a su nieta y a William salir desposados de la iglesia, entonces volvió a respirar con tranquilidad.

—Gracias a Dios —murmuró cuando los recién casados pasaron por su lado.

—Le hice una promesa, doña Prude, y le he cumplido.

—Ya le he dicho que me llame doña Prudencia o señora de García de Lisón, es más apropiado.

—Ahora somos familia, ¿podría ser más tolerante con mis muestras de afecto? —La señora le sonrió.

Todos se dieron cita en la boda del duque de Whitestone, la nueva duquesa aún repasaba los nombres de los invitados.

La duquesa viuda de Whitestone tenía una sombra de dolor en sus ojos, la que tal vez nunca la abandonaría, pero ver a William feliz le daba mucha tranquilidad. Pidió al cielo bendecir la unión para que le dieran muchos nietos y llenar así el vacío que habían dejado en su vida John y su esposo.

Los hijos del difunto marqués de Emerald permanecieron juntos y tomados de la mano la mayor parte del tiempo, lady Arlene Haddon sentía un cariño inmenso por el bello niño de ojos esmeraldas como los suyos, que había llegado al mundo para hacerle compañía y convertirse en su familiar más querido, por quien daría incluso su vida de ser necesario. Dorita tampoco se separaba de su niño amado y se sentía honrada de que Grace la hubiera elegido para cuidarlo en su ausencia, cuando partiera a su viaje de nuevos esposos.

Los condes de Huntington habían tenido un lugar destacado, parecían dos pavos reales, y no dejaban de repetirle a doña Prudencia que habían logrado una proeza memorable al casar a Altagracia, primero con un marqués y luego con un duque siendo viuda. Se atribuyeron todo el mérito.

Lady Wilson acudió a la recepción, y su esposo no solo le permitió asistir, sino que tuvo que acompañarla y morderse la lengua. Agnes se sentía feliz de poder disfrutar de la familia, estar cerca de Evan y verlo crecer con todos los derechos, que el «pequeño arreglo» le había conferido.

Lady Black fue un mal necesario del que no se pudieron librar, solo por mantener las apariencias, pero sabía que tenía prohibido acercarse a su sobrino. Acudió con el vizconde y sus hijos. Tuvo su merecido cuando la condesa de Bridgewater la castigó con sus habituales desplantes. Eran tal para cual, casi dos gotas de agua, que daban cuenta de que los pecados más alejados de la luz no siempre se pueden ocultar.

La familia de la novia se dio cita también en Londres, y lograron causar un revuelo que no se aplacaría por varios años; las murmuraciones en torno a los Morell y los Villavicencio no tardaron en pulular. Se hablaba de sus haciendas, de sus numerosos negocios, de sus esclavos en las islas de Las Antillas, de su inmensa fortuna y de sus exóticos miembros, especialmente el señor Villavicencio, todo un espécimen digno de admirar con sus ojos aguamarinas y su piel canela.

Las bonitas hermanas menores de Grace dejaron boquiabiertos a más de un estirado inglés, y

sus flamantes esposos despertaron la envidia de cuanta fémica se atrevió a posar sus ojos en ellos. Su excelencia, la marquesa viuda de Morell de Santa Ana (un Grande de España), la madre de Altagracia, no había dejado de mirar con ojos de cordero durante toda la ceremonia a su primogénita, siempre supo que la vida le depararía un matrimonio ejemplar, incluso en contra de sus propios deseos de desposarse. Doña Prudencia se sentía henchida de gozo por tener a su familia reunida.

—Ya están casadas las tres, madre —le dijo la marquesa viuda—. Será que reconsidere regresar conmigo a la isla.

—Tú cuidas a Úrsula y tus negocios. Yo debo velar por los míos aquí en Inglaterra y, de paso, estoy cerca de Grace.

—Altagracia, madre. ¿Por qué permite que la llamen de ese modo? La bautizamos como Altagracia.

—Pero ella ha decidido que es Grace, ¿quién soy yo para imponerme?

—Usted consintió demasiado a María Teresa y a Altagracia, por eso le dieron tantos dolores de cabeza.

—Como si Úrsula no te hubiera dado iguales o peores sobresaltos.

—Los que estará pasando ahora doña Alma con Margarita, esperemos en Dios que pronto aparezca un pretendiente digno de pedir su mano. Observe, el amigo de mi yerno, lord Arthur Johnson, no le ha quitado la vista de encima.

—Pierde su tiempo, Hugo le ha echado el ojo a un pez más gordo para su hermana. A su socio y amigo —le dijo señalándole a un caballero de tamaño y fuerza impresionantes que conversaba animadamente con él—. Es el dueño de la constructora de barcos.

—Es muy buen mozo —carraspeó la marquesa.

—Pues no veo que Margarita le haga caso, a ninguno en particular. Se dice que ha dejado un pretendiente en España, uno que su hermano no ve con buenos ojos.

—Este socio que ha traído Hugo, ¿tiene título?

—No es de la nobleza, es un burgués muy adinerado. Sabes que Hugo le apuesta al progreso.

—Los gustos excéntricos de mi yerno.

Doña Alma, la madre del duque de San Sebastián, el flamante duque español, se pasó todo el banquete espantando a cuanto caballero inglés se interesó en la única flor de las Morell que quedaba soltera. De pronto, Margarita, la hermana de Hugo, fue consciente de que a pesar de que ya no tenía dieciocho años y de ser la única de la familia sin comprometerse, tenía un amplio abanico de posibilidades ante sus ojos, y la idea la entusiasmó demasiado.

Grace agrupó a las cuatro Morell y les entregó tres volúmenes a cada una, eran sus libros, bajo el seudónimo de W. Lovelace, que tan populares se habían vuelto. Ellas sabían el secreto y apreciaron tan tentador regalo.

—¡Quién lo diría, hermana mía, que tendrías talento para letras tan... sofocantes! —exclamó Úrsula, la señora de Villavicencio, recibiendo los suyos.

—Lo digo yo. Talento es poco decir —murmuró María Teresa, la duquesa de San Sebastián, con una mirada pícaro—. El regalo es para que lo leas, Úrsula, no para que lo dejes pudrirse escondido en un baúl. Tu estatus de señora casada te permite tomarte ciertas libertades en la intimidad.

—Entonces Margarita no debería leer... —Úrsula intentó arrebatarse el paquete de libros dulcemente enlazados con una cinta rosa y Margarita dio dos pasos hacia atrás.

—De eso nada —mencionó la aludida—, que sea la última en casarme no significa que no tenga derechos, solo debo convencer a mi celoso hermano de que también requiero conocer a un galán y comprometerme. Hasta ahora lo único que ha hecho es espantar a cuanto pretendiente osa interesarse en mi persona.

—Tal vez alejarte de Hugo sea la solución. Úrsula y yo —dijo Grace—, seguiríamos sin conocer el amor de haber seguido bajo la estricta vigilancia del señor duque.

Todas se mofaron y concluyeron que estaba en lo cierto, el dueño de los labios carmesíes era implacable cuando de cuidar a las descendientes Morell se trataba. Luego se distrajeron viendo a los dos Cavalier Spaniel jugar.

—Simón y Ares nuevamente reunidos, espero que tu perro logre endulzarle el carácter al mío —murmuró la hermana mayor a la del medio.

—¿Sigue hosco con tu nuevo esposo como me relataste en tus cartas?

—Mi encantador duque ha terminado por ablandarlo, pero es un caso muy particular.

El duque de Whitestone se acercó a su nueva esposa con sigilo y con suma cortesía se excusó ante las damas por tener que separarlas.

—Es casi pecado robarte para que cumplas con tu bendito papel de esposa —le susurró al oído, mientras le anunciaba que el momento de partir había llegado.

—¿Impaciente?

—Siempre.

—Es maravilloso tenerlas a todas de vuelta.

—Ahora entiendo a tu cuñado, debió ser medio desquiciante crecer con cuatro mujeres tan resueltas y más velar por ellas.

—Tú le has aliviado la carga, te has llevado a la más intrigante de las cuatro.

—No lo dudo, mi bella duquesa. Supongo que provocarás mis nervios hasta crisparlos en más de una ocasión.

—Tus nervios no es lo que más deseo llevar al límite.

—Acepto el desafío —le susurró atrapándola entre sus brazos y robándole un beso apasionado, lleno de erotismo, que la hizo sentir un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal hasta instalarse en el corazón, en el vientre y en el centro de sus pasiones.

—¿Sabes cuánto te amo, mi querido Will?

—Ambos somos devorados por la misma hoguera, y nuestros corazones laten a la par con idéntica intensidad, así que lo sé, mi bien, porque te amo con igual fuerza. Me siento pleno de ser

tu esposo, porque ya ningún convencionalismo nos separará a la llegada del alba y podré amanecer a tu lado cada mañana.

—¿Entonces sigues siendo un libertino y solo te has casado conmigo para amarrarme a tu cama a tu antojo? De saber que solo pretendías ser mi dueño, hubiera sido más astuta y me habría rehusado.

—Sabes que no es posesión, aunque tal vez sí, solo un poco. Tuve miedo de tu corazón voluntarioso. ¿Y si se cansaba un día de nuestros encuentros románticos y decidía reemplazarme por un amante con más bríos?

—¿Con más bríos que tú? Lo dudo. Ya te pareces a mi abuela. Ella temía que al final no respondieras a tu promesa de matrimonio porque tu alma pecaminosa te hiciera correr tras las faldas de otra dama.

—¿Cómo osa desconfiar de mí doña Prude? Hierde mis sentimientos. Jamás me saciaré de ti.

—¡Loco, desquiciado y posesivo! —Soltó unas pícaras carcajadas sobre sus labios entreabiertos y él acalló su osadía con un ferviente beso.

—Enamorado como un purasangre que corre desbocado tras una yegua coqueta y difícil de conquistar.

—Deja de compararme con animales.

—Casados, mi bien, ya no nos atormentarán los prejuicios que intentaron separarnos.

—Y no olvides tu discurso anterior de que nuestros hijos ya no serán bastardos —le dijo con una sonrisa astuta—. Justo en el mejor momento o de lo contrario mi abuela habría hecho que el duque de San Sebastián sacara su espada y te enseñara cómo un Morell defiende el honor de su familia.

—¿Me estás queriendo decir que estás embarazada?

—Y que seguramente llegará antes de los nueve meses, rumores de los que no nos podremos librar.

—Nos las arreglaremos.

—Y trabajaremos no solo por el ducado, mi amor, también por los bienes desligados a este, como mi fortuna. Quiero que todos nuestros hijos tengan un patrimonio propio que heredar.

FIN.

Agradecimientos

Infinitas gracias a mi familia, a mi madre, mi esposo, mi hijo, mi padre y mis hermanos por animarme a seguir construyendo historias. A mi prima Janette, a mis tíos Marlene y Alberto, a todos mis primos y tíos, así como a mi red de queridos amigos.

Agradezco a todo el equipo de Selecta, Penguin Random House Grupo Editorial, que colabora en labores de corrección, distribución, promoción, entre otros. En especial a mi querida editora Lola Gude por su apoyo, amabilidad y confianza; así como a Ale Samaniego en el área de Comunicación.

Gracias a Maricela Gutiérrez, China Yanly, Rotze Mardini, Kris O’Coneill por compartir sus conocimientos y habilidades sobre escritura, diseño y *marketing* que me ayudan a impulsar mi carrera; y por las risas que le dan sabor a la vida. Mi agradecimiento para mi estimada Cecilia Pérez del grupo Divinas Lectoras por impulsar mis libros y acercarlos a mis lectoras. Gracias a mis queridas Marisa Maverick, Genne L. Paris por el apoyo y la energía que me comparten.

Muchísimas gracias a blogueros y administradores de grupos dedicados a la lectura que me colaboran haciendo reseñas de mis libros: Evelyn Cuellar, Flor Morales de Book Imperial, Aura Lectora, Gaby Rodríguez Crucitta, Claudia González, Vanessa Velarde, María Arribas, Liliana Ezcurra, Diana O. Echeverri, Nanda Carmesí, con_un_vino, novela crush, Debbie Méndez. A mi queridísima Roxy González por ayudarme a administrar mi grupo de Facebook. Para mi querida Calu Amor por compartir mis novelas y regalarme bellos artes. A Románticas-Novelas con corazón, administradoras e integrantes, porque sigamos creciendo y trabajando a la par por nuestros sueños (Indhira Jacobo, Yamila Bianqueri, Isabella Abad, Lina Perozo Altamar, Cristina Brenes, Paula Guzmán, Miriam Mesa, Jor Kyle, Kasandra Finol, Jull Dawson, Lorena Di Rado y todas).

Mi más sincera gratitud para mis lectoras y amigas, para quienes escribo con toda mi pasión y mi cariño, no las menciono a todas porque mi corazón es tan grande y sus muestras de amistad tan significativas que no haría justicia en tan pocas páginas, pero ustedes saben que las aprecio con mucha sinceridad. Sigán contactándose por las redes sociales (en público o privado o mi grupo de autor) para hacerme llegar sus impresiones, es muy grato para mí. Contribuyen a impulsar mis historias al comentar, reseñar, compartir, y lo aprecio demasiado.

Próximamente

Serie *Amor Amor*, libro IV: *El deseo de una flor*

¿Existe un camino para llegar al corazón?

Jørgen Johansen es un rico burgués que jamás conoció sus orígenes. Su único punto de referencia es su tutor, quien se empeñó en hacerlo un hombre de bien. No sabe por qué el duque de San Sebastián, su mejor amigo, ha dejado en sus manos a su candorosa hermana con la insana premisa de que la haga feliz. Menos entiende por qué tan dulce señorita se volvió un incordio cuando terminó en sus manos.

Margarita Morell solo anhelaba casarse por amor. Su sueño se rompió en pedazos cuando su poderoso hermano se entrometió en su vida para intentar componerla. Ahora ha quedado supeditada a un hombre frío, hermético y oscuro, pero tan atrayente que se ha convertido en su pretensión más contradictoria.

Londres, Madrid y tierras escandinavas del siglo XIX serán los escenarios principales de este romance de época, donde el deseo reprimido luchará por liberarse.

Nota: todos los libros de esta serie son autoconclusivos y se pueden leer de manera independiente.

El deseo de una flor

Serie *Amor amor*

Mile Bluet

El amor todo lo espera.

Corintios 13

Prefacio

Amor:

Tal vez no nos conocimos como lo hacen los enamorados, no compartimos sonrisas ni discretas miradas, para luego sumergirnos en un abismo de miel producto de la alegría de nuestros corazones. No. Nuestro comienzo no fue paulatino, ni tranquilo, ni siquiera hubo cortejo. No sé de qué forma, pero encontramos el camino de encadenarnos para siempre. Fuiste la ola y yo la roca. Tú, llena de ímpetu; y yo, irrompible; pero te estrellaste tantas veces contra mi coraza que lograste resquebrajarla. No concibo mi vida lejos de ti. Toma mi alma, yo velaré por la tuya mientras me quede aliento.

Amor

Londres, Inglaterra.
Julio de 1863.

¿Existe un camino para llegar al corazón? El verdadero amor nunca deja de ser. No pasa, se transforma pero no se extingue; solo crece y se magnifica hasta desbordarse del pecho y deslumbrarnos con su inmensidad.

Jørgen Johansen se reflejó con un gesto impertérrito en los ojos negros de su gran amigo el duque de San Sebastián e intercambiaron un gesto cómplice. De no haberlo atosigado con la cantaleta y de no tener negocios con el duque de Whitestone, quien se casaba en ese momento, no habría estado allí, en Primrose Hall, de invitado en su boda.

La boca del nórdico estaba apretada en una mueca torcida, tenía una ceja ligeramente levantada y su mirada sonreía con ironía y orgullo. No se inquietaba por estar entre tanto aristócrata, por sus negocios solía codearse con ellos. Fue así como llegó al duque de San Sebastián. Tomó un sorbo de licor y pasó la vista por los invitados. Era uno de los pocos que no estaban emparentados con la nobleza, pero la falta de linaje no le hacía trastabillar la seguridad. Era lo suficientemente alto y ancho de hombros como para lucir regio y causar la admiración de hombres y mujeres por igual. Vestía impecable, había contratado al más estirado de los ayudas de cámara que habían optado por el puesto.

Estaba acostumbrado a no ser invisible, pero no pasar desapercibido tenía sus consecuencias. Las damas caían derretidas ante su presencia y se imaginaban que era un conde que no habían tenido la oportunidad de conocer. Cuando averiguaban que no había título de por medio, ya no querían retractarse y de todos modos intentaban lograr un acercamiento, lo que terminaba por convertirse en una aventura que los dejaba satisfechos a ambos con la más absoluta discreción.

Era serio, hermético y frío; pero eso jamás dejó a una dama descontenta. Los caballeros le tenían cierto recelo. Había un halo de misterio sobre qué devastaba a una mujer cuando él se cansaba de disfrutar de sus favores. Él era indolente con el tema y trataba de ignorar la curiosidad que despertaba.

Era la primera vez que pisaba la propiedad, aunque llevaba tiempo conociendo al dueño. Se dedicó a admirar el buen gusto del espacio, los mármoles blancos brillaban de tan lustrosos y combinaban con la alfombra azul con hilos dorados. Todo el mobiliario era exquisito, a pesar de que se rumoraba que su propietario había redecorado el interior, dotándolo de más sobriedad que antaño. Para él, ese sitio era en extremo lujoso y no imaginaba cómo pudo serlo todavía más en el pasado. Tan solo la escalinata que conducía a los pisos nobles se le antojaba como una obra de arte por los finos detalles en oro que la adornaban. Era una de las edificaciones que no pertenecía

a la familia real y que se reconocía como un palacio. Estaba situada en pleno corazón de Mayfair y su exterior era uno de los más admirables que había contemplado, con la piedra color mármol blanco de la fachada y la vista de las abundantes primulas amarillas y otras tantas flores que lo embellecían.

El duque de San Sebastián, elegantemente vestido de negro, a juego con sus ojos oscuros, tenía un aire enigmático mientras bebía una copa de brandy y no dejaba de conspirar cerca de su oreja. Su amigo español no era nada sutil en su intención de querer emparentar con él. El vínculo que los uniría sería su hermana. Lo atendió para no perder un detalle de su apasionado discurso, alabando las virtudes de la señorita Morell, y aunque Jørgen no tenía intenciones de amarrarse mediante el matrimonio, por respeto trató de mostrarse interesado.

—Es ella, tal y como te lo advertí, su belleza es incalculable y su alma está repleta de bondades que no pueden más que hacerte feliz —expresó su excelencia Hugo Buenaventura, duque de San Sebastián y marqués de Morell de Santa Ana, con una amplia sonrisa en el rostro para referirse a su hermana. Margarita Morell y Sequeira conversaba animadamente con la recién casada y sus demás primas, todas preciosas gemas de la estirpe Morell.

—Parece una señorita dulce —dijo para complacerlo sin siquiera reparar en la alegría del rostro femenino, su acento y los rasgos que la distinguían.

—¡Qué poco efusivo! ¿No te complace su hermosura, su gracia? ¿Exiges más? —Hugo sí que era efusivo en todo lo que hacía, hasta en buscarle un pretendiente a su hermana.

—Es preciosa —dijo poniéndole más atención—, es solo que no sé hasta qué punto yo sea conveniente para una dama que tiene expectativas diferentes a la vida que yo puedo ofrecerle. ¿Has indagado si en su lista de condiciones para un futuro esposo ha considerado a un hombre siquiera parecido a mí? De tierras lejanas, solitario y que la apartará de su familia por el tipo de vida que lleva.

—No creo que lo digas por falta de confianza en tus propios atributos. ¡Suelta de una vez las piedritas que traes atoradas en tu garganta!

—Te lo diré sin más rodeos. Es preciosa y sí complace a mis ojos, pero no creo que seamos compatibles.

—Y yo que la conozco afirmo que podrían ser el uno para el otro. ¿No has oído que las diferencias le dan sabor a una relación?

—Tampoco quiero que mi vida se convierta en una mezcla imposible del agua y el aceite. Se ve alegre, soñadora, llena de ilusiones; no quiero amargarle la existencia o aburrirla. No tengo vocación ni paciencia para tratar a una chica como ella. Las mujeres con alma sensible que han pasado por mi lado me han culpado de arruinarles la vida. ¿Cómo se te ocurre la incomprensible idea de querer emparejarme con tu única hermana? ¿En verdad la aprecias?

—¡Hombre de poca fe! Si lo veo a futuro y son el uno para el otro. Es bonita, ¿qué varón no quiere una esposa que no se canse de admirar? Es alegre, amorosa y fiel, todos necesitamos contar con una persona así que nos levante el ánimo cuando las cosas no salen bien. Si buscas una

compañera con tu misma amargura terminarás por darte un tiro cuando comprendas que tu vida es un asco, Jørg. Margarita es tu porvenir y tu presente.

—Recuerda que no estamos haciendo negocios en este momento. Usemos la lógica y no me manipules para salirte con la tuya, valiente amigo.

—Solo me preocupo por ti, ya necesitas casarte. No sabes de lo que te estás perdiendo. Necesitas una esposa e hijos.

—¿Y para eso sacrificarás a tu candorosa hermana? —Rio por lo bajo.

—Pero si el trato es favorable para ella también. Nuestro padre murió hace muchos años, me siento en la responsabilidad de concertarle un buen compromiso, ha llegado la hora y no lo puedo seguir dilatando. Solo hay dos hombres en manos de quien podría dejar mi joya más valiosa: mi hermano del alma don Carlos Enrique del Alba...

—Tu amigo de La Habana. —Hugo asintió ante la frase.

—Y el otro, por supuesto que eres tú. Carlos Enrique ya está casado.

—Eso me deja como el único prospecto. ¿Estás seguro de presentarnos?

—Tienes la última palabra —le lanzó el desafío.

—Adelante, no tardemos más. —El duque ya le había clavado la espinita hablándole maravillas de la muchacha, de pronto sintió deseos de conocerla, no perdía nada.

—Espera un poco, debemos elegir el instante perfecto. —Rio al saberse vencedor, había logrado que el pez se interesara por la carnada.

—¿Estás convencido de que le agradará la idea?

—La conozco como a la palma de mi mano.

Jørgen Johansen era un hombre de altura considerable, con los rasgos propios de su ascendencia escandinava: una piel sedosa y blanquísima, labios sonrosados y jugosos como los pétalos de una rosa, cabellera dorada y rebelde que permanecía aplacada por olorosas pomadas. Sus ojos eran muy claros y francos, podrían develar los secretos más ocultos de su alma, si se lo propusiera. En cambio, prefería entornarlos cuando amenazaban con dejar entrever lo más profundo de sus sentimientos y solía arrugar el entrecejo para dar una apariencia fría y hermética, más propia del importante hombre de negocios que era.

Hugo, el duque de San Sebastián, lo conocía bien. Mantenían negocios desde hacía más de diez años, primero en nombre de su tutor y luego en el propio cuando heredó los títulos y las fortunas. Con el tiempo, su excelencia le tomó gran aprecio a Jørgen y supo que, a pesar de su apariencia imponente y su mordacidad para cerrar un trato, era un hombre de importantes valores en el que podía confiar. Por sus cualidades, se había atrevido a considerarlo como futuro cuñado y le había hecho la propuesta de presentarle a su hermana Margarita, para que, si le resultaba apropiada, tuvieran un acercamiento con la intención de que iniciaran un cortejo que los condujera al matrimonio.

—¿Me repites su edad? —preguntó Jørgen más motivado sin quitarle la vista de encima a la señorita de piel marfil y cabello oscuro que no dejaba de reír con las jóvenes damas de su familia.

—Veinticinco años.

—¿Cómo es posible que con sus encantos continúe soltera? —desconfió.

—La única Morell que me falta por casar. No ha sido fácil tener bajo mi responsabilidad a cuatro mujeres con belleza, nombre y riqueza. Mi ardua tarea consistió en espantar como moscas a los libidinosos que venían tras su hermosura o los tunantes que solo pretendían llenarse los bolsillos con tan jugosas dotes.

—En verdad son muy lindas, con el debido respeto. No envidio tu misión. Pero ¿por qué has dejado para el final a tu propia hermana?

—No estaba listo para dejarla partir, los pretendientes han sido muchos, pero no he permitido que ninguno se le acerque. Margarita tampoco sintió especial inclinación por ninguno y le prometí que le permitiría elegir. Uno se casa una vez en la vida y deseo que Margarita haga un buen matrimonio.

—¿Y ella?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué desea tu dulce flor?

—Acabáramos —murmuró sonriendo—. Ya veo que no te es indiferente.

—Huyo de los matrimonios arreglados, se me hace algo obsoleto. Si cerramos el trato quiero que me acepte por propia voluntad.

—En ese caso te pregunto, ¿por qué sigues soltero? Tienes todo para que una dama se interese en pescarte como futuro marido: fortuna, edad y tampoco eres feo —murmuró abriendo los ojos y dejando escapar unas discretas carcajadas. Jørgen no solo no era feo, era un hombre muy atractivo que se acercaba a los treinta y siete años. Lucía una barba impecable y dorada que combinaba con sus ojos azul-celestes. Hugo no entendía por qué las dulces mieles del matrimonio no lo habían atrapado.

—No todos somos como tú, que vemos el casarse como una meta en la vida. Considero, por el contrario, que te desposaste muy joven. —Lo estudió con frialdad.

—Estoy irremediabilmente enamorado y no me arrepiento de haberlo hecho.

—Tal vez por eso se te ha ocurrido la idea de emparejarme con tu hermana. Tienes una familia de tradición tanto en América como en España, y ahora en Londres con el enlace al que hemos sido invitados: tu suegra la marquesa viuda de Morell de Santa Ana, tu esposa la duquesa de San Sebastián, tus cuñados los duques de Whitestone; tus parientes lejanos, los condes de Huntington.

—Sé que hay muchos títulos rimbombantes en la familia, pero estoy seguro de que no te amedrentan.

—Me sorprende que no quieras casarla con alguien de tu círculo —carraspeó. Jørgen se había ganado a pulso el respeto de los aristócratas con los que hacía negocios, eso le había abierto las puertas no solo de los salones más importantes en Londres, Barcelona, Estocolmo, París, Copenhague, Roma, también lo había ayudado a que su empresa ganara prestigio. Y a pesar de tener tratos con ellos, nunca había ambicionado establecer lazos con la nobleza, ni de Inglaterra ni

de España. Tampoco lo predisponía.

—Dije que quería un buen matrimonio para Margarita. —Lo invitó a caminar—. Vamos, ha llegado el momento, la florecita se ha quedado, por fin, a solas. No querrás que los presente con todo el jardín Morell delante; no te la acabarías, mis mujeres son veloces de mente y captan cualquier suspicacia en el aire.

—Estás empezando a predisponerme contra tu familia —bromeó.

A Jørgen le gustaban los retos, y la proposición de Hugo Buenaventura en eso se convirtió para él. Sonrió con los ojos, adoraba hacerlo. Por las ventanas de su alma se escapaba la malicia con la que veía el mundo, y acercarse a aquella jovencita le causó una especial diversión. Era tierna, tanto que se le antojó pensar que era una delicada avecilla, y él, un gato relamiendo sus bigotes ante el festín. Caminó orondo, henchido de su propio ego, seguro de la reacción que causaría en la señorita Morell, la misma que solía causar en las demás féminas.

Hugo, con paso formal, se acercó a su hermana y esta lo recibió con cariño, se notaba que sus lazos eran muy estrechos y que Margarita lo admiraba más allá del amor fraterno. La joven pasó su mirada sobre el portentoso varón y la regresó al duque, expectante de sus palabras.

—Quiero presentarte a alguien —introdujo el duque, mirándola con afecto—. ¿Recuerdas que te he hablado en varias ocasiones del señor Jørgen Johansen, quien tiene la constructora de barcos que nos dota de naves para la naviera que tengo con otros socios y para la más recientemente empresa que he iniciado con el duque de Whitestone?

—Sí, claro. ¿Cómo no recordarlo? Últimamente lo has mencionado con ahínco —dijo amena, pero era obvio que había notado sus intenciones cada vez que se lo había nombrado, aunque ella no se había visto particularmente interesada en sus planteamientos.

—Hoy tengo la dicha de presentártelo. Señor Johansen, la señorita Margarita Morell, sobra decir que es mi orgullo y es grato para mí que por fin se conozcan. Margarita, te presento al señor Jørgen Johansen, quien no es solo mi socio, es mi muy estimado amigo.

Los ojos de ambos se encontraron por unos segundos. Él se sobrecogió de inmediato ante la dulzura de su rostro, sus labios curvados en una sonrisa eran un tarro de miel del que se le antojaba beber. Aunque su rostro no reflejaba cuán conmovido había quedado con la señorita, se sintió agradecido con su amigo porque tenía razón. Tal vez sí existía la mujer capaz de conducirlo al matrimonio, una que «contrarrestara la amargura de su alma» —en palabras del duque. No solía obsesionarse con ninguna dama, pero esta tierna criatura le había causado una muy buena impresión, no le molestaría que lo esperara cada atardecer cuando volviera a su morada.

—Mucho gusto, señor. —El sonido melodioso de su voz clara terminó de flecharlo. No era tímida, aunque se mostraba educada. Digna hermana del duque.

—El placer es todo mío. —Él habló y ella notó su marcado acento nórdico.

—¿No es inglés? —preguntó entrecerrando los ojos y detallando sus rasgos.

—No, aunque radico en Londres hace tanto tiempo que he olvidado mis raíces.

—¿Dónde nació?

—En un lugar de Escandinavia.

—Descendiente de vikingos, ahora entiendo su afición por los barcos. ¿En qué sitio específicamente: Suecia, Dinamarca, Noruega?

—Hermanita, el señor Johansen pensará que lo estás sometiendo a un interrogatorio —intervino Hugo, sabía que para Jørgen era tabú hablar de su pasado.

—Mi infancia muy temprana la pasé en las costas de Noruega, mi adolescencia en Suecia, hasta que por mis estudios mi tutor consideró prudente que viniera a Inglaterra. Nunca más regresé —contestó con la voz firme.

—¿Y usted está a favor de la alianza de Noruega con Suecia luego de independizarse con Dinamarca? —preguntó Margarita, y los dos caballeros se quedaron sorprendidos del giro que había tomado la conversación.

—Margarita, por favor, no son temas para tratar en estos momentos —pidió Hugo.

—Llama mi atención, estoy muy al tanto de los movimientos de las monarquías —se justificó la joven.

—Mi amigo me advirtió que las Morell son de cuidado, no pensé que me interrogaran sobre política. Señorita Morell, verá, ahora radico en esta parte del mundo y mi interés está centrado en mis negocios. Los problemas de identidad y soberanía de los escandinavos son extensos y complicados, prefiero mantenerme al margen.

—Ya veo. Un hombre sin patria, imagino que por eso se ha dedicado al negocio de la mar, se evita conflicto de intereses.

—¡Margarita, por el amor de Dios! ¿Qué pensará mi amigo? Discúlpala, Jørgen. Mi prudente hermana no siempre dice lo que piensa sin antes meditar si vale la pena que salga de su boca —mencionó apretando los dientes.

—No te agites, estimado duque. Pensé que me aburriría la charla, pero veo que la señorita puede hacerla interesante. ¿Es usted una de esas polillas que se sumen en la lectura para estar al corriente de todo? ¿Así aprendió sobre nuestras disyuntivas políticas? Veo que ni en una fiesta deja sus libros de lado —apuntó señalando el envoltorio de libros anudados con una cinta rosa que Margarita traía bajo el brazo.

—¿No te disgusta su comportamiento? —le preguntó Hugo sorprendido.

—¿Por qué habría de molestarme la curiosidad de una niña? —inquirió divertido sin darle importancia, pero advirtió, con disimulo, los ojos de ella abrirse desmesuradamente ante su comentario. Y sin que Margarita se lo esperara, le dio un golpe bajo—. Me encantaría una recomendación de lectura basada en esos ejemplares que carga tan celosamente.

—¿Le gustan los libros? No tiene cara de lector —murmuró estupefacta y más al verlo estirar la mano para tomar las novelas románticas, algo picantes, que tenía en la mano. Maldijo a su prima, la duquesa de Whitestone, quien bajo seudónimo escribía y le había obsequiado esos libros precisamente minutos atrás.

—¿No sabía que podía leer los rostros? ¿Semblante de qué tengo? Si me puede iluminar con su

talento se lo agradeceré.

—¿Está seguro de que desea que le responda?

—Insisto.

—Creo que la presentación se ha extendido demasiado, hablemos de la lectura de rostros en otra ocasión. Vamos, Johansen, quiero presentarte a otros de mis familiares —insistió el duque preocupado porque su hermana espantara al pretendiente después de tan arduo esfuerzo para convencerlo.

—Enseguida, pero dame unos minutos para que la señorita me enseñe los textos. No siempre se tiene la oportunidad de que una dama comparta su forma de adquirir cultura con un caballero. — Seguía con la mano extendida—. ¿Quién es el autor?

—W. Lovelace —dijo a punto de atragantarse y despellejar vivos a Hugo y a Grace, la duquesa de Whitestone.

—En otra momento será —acotó Hugo que conocía perfectamente el seudónimo de su cuñada y los temas de los que versaban sus escritos. Su esposa, ávida lectora de su hermana, lo había ilustrado con detalles—. Mi suegra, la marquesa viuda de Morell de Santa Ana, está mirando en nuestra dirección, no me perdonará si no hago los honores y los presento de una vez.

Jørgen se quedó mirando a la flor, que parecía una palomita temblorosa cuando escapó del magnetismo de sus ojos de gato.

Si te ha gustado

Una marquesa enamorada

te recomendamos comenzar a leer

La peculiar señorita Grey

de *Kathia Iblis*



Nota de la autora

El momento en el que una joven era presentada en sociedad era el más importante de su vida porque era el primer paso que determinaba lo que sería de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal poseía, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre era así. Y aquellas que no cumplían con los requisitos se veían menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseían.

Luego estaban las floreros que, por diferentes circunstancias, se consideraba que estaban destinadas a la perpetua soltería. E incluso, en relación a estas últimas, se ha sabido de casos en los que han logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encuentran las jóvenes que estaban más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza deslumbrante, ni una cuantiosa dote lograba el principal objetivo: que un caballero respetable desposara a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurrían y todo eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas decidieron involucrarse y aceptaron el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podría detenerlas, ni siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se habían jactado de pertenecer.

Prólogo

Londres, 1867

—¿La vieron?

—No es una gran belleza... de no ser heredera, no estaría aquí.

—¿Y esos guantes?

—Escuché que le pasó algo horrible en las manos. Los usa para ocultarlas...

La señorita Calpurnia Gwendolyn Grey se frotó con disimulo las manos entre sí agradeciendo tenerlas cubiertas con los guantes de encaje. Hubiese preferido utilizar sus amados guantes marrones que le brindaban calor y le permitían ocultar las cicatrices y las quemaduras, pero su institutriz había puesto el grito en el cielo ante aquella sugerencia. Cicatrices o no, ella era una heredera y como tal debía lograr obtener una propuesta de casamiento cuanto antes fuera posible. En especial porque, en dos temporadas, su hermana menor, Effie, ya estaría lista para ser presentada en sociedad y sería muy mal visto que ella continuase soltera. Aunque quizás eso fuese preferible a continuar teniendo que escuchar los rumores sobre su persona.

Con ello en mente, se pasó con disimulo una mano sobre la falda del vestido de gasa color

borgoña, que la modista le había asegurado que era el último grito de la moda. Ella decidió que simplemente había mujeres que habían desarrollado la capacidad para no respirar porque, de no haber sido por la disimulada intervención de su hermana, ella hubiera sido una de las tantas damas que habría sufrido un desmayo que hubiese atribuido al calor en el interior del salón y no al verdadero responsable: el tieso pedazo de tela que comprimía sus costillas.

Gigi, apodado por su hermana menor cuando esta recién había aprendido a hablar, suspiró con pesar. Pensó que podría hallar alguna amiga entre el grupo de debutantes, pero sentía que no sería así. Solo su prima, Emmeline, parecía no tener problemas con ella, y esa noche se hallaba ausente debido a un fuerte resfrío.

Al no desear seguir escuchando los rumores y conjeturas que el grupo de jóvenes ya debía estar tejiendo en torno a su persona, se dirigió hacia las puertas dobles que daban a las terrazas. Mientras no abandonase la seguridad del salón, donde su tía podía observarla con atención, no había problema alguno.

Inhaló hondo el aire fresco de la noche y deseó poder sacarse los guantes para aliviar la comezón que había empezado a sentir en alguna de las cicatrices. Pero sabía que eso era imposible.

Se detuvo junto a una columna y observó la noche cubierta de nubes. La tormenta se desataría en cualquier momento, y eso sería una buena excusa para marcharse. Su tía les temía y no querría quedar atrapada dentro del carruaje bajo la misma.

Estaba por ir a mencionar la llegada de la lluvia cuando escuchó voces del otro lado de la columna. Voces masculinas. Sabía que, si la descubrían espiando, podía meterse en problemas, pero la mención de su nombre la mantuvo oculta en donde se hallaba.

—¿En serio tu padre desea que cortejes a la señorita Grey?

—No seas absurdo. Su linaje no es el correcto.

—Quizás. Pero es una heredera y todos sabemos las deudas que tienes. Si no consigues pronto una esposa adecuada, te va a desheredar y todo quedará para tu medio hermano.

—Por favor, padre solo grita mucho, pero jamás le va a dar algo. Mi madre era una De Chambord. Su madre, en cambio... era una cualquiera.

—Era una heredera. Como varias de las jóvenes que hay aquí.

—Incluida la señorita Grey...

—Si tan solo no fuese tan... rara.

—Escuché que toda su familia era así. Sin mencionar las misteriosas circunstancias de la muerte de sus padres.

—Cada vez se parecen más a las viejas cotorras que se pasan estas reuniones debatiendo cuál de nosotros es el mejor candidato para su protegida.

—¿Tú qué opinas, Alasdair?

—Que deberían cerrar la boca e informarse mejor. Lo que sea que le ocurrió a la joven fue por salvar a su hermana, y eso es algo encomiable. Muchos de ustedes no moverían un pelo por su

propia sangre —masculló con frialdad el aludido. El tono de su voz indicaba una clara molestia para con toda la conversación.

Gigi, sorprendida, se mordió el labio para no dejar escapar la gratitud que amenazaba con escapar de su interior ante la inesperada defensa. A excepción de su hermana menor, nunca nadie la había defendido y descubrió que eso le producía una sensación agradable.

En un impulso, decidió que si ese caballero le solicitaba un baile aquella noche, se mostraría lo más atenta posible. Quizás, aunque no albergaba muchas esperanzas en ese sentido, podría lograr atraerlo lo suficiente como para que pasase por alto sus defectos y deseara cortejarla.

Sin querer escuchar ni una sola palabra más de la conversación, en parte por temer descubrir que el caballero había sido convencido a cambiar de idea al ser presionado por sus pares nobles, retrocedió con lentitud de su escondite, detrás de la columna, y se aventuró de regreso a donde sabía que su tía se había acomodado para poder vigilarla con atención.

—¿Dónde estabas? —la increpó la dama tan pronto Gigi se halló lo suficientemente cerca—. Calpurnia, si me llego a enterar...

—Soy Gigi, tía —le recordó nuevamente el apodo que su hermana le había puesto. A sus padres les había parecido adorable y pronto ellos también se encontraron llamándola de aquella manera—. Solo estaba tomando un poco de aire fresco, tía. Sé lo mucho que te disgusta que atraiga la atención a mis manos de manera innecesaria. El aire frío alivió un poco la molestia.

—Ridículo. No eres uno de esos desagradables perritos falderos que tan de moda se han puesto.

—Su Majestad los adora, tía. No va a ninguna parte sin sus *Corgies*. Incluso estuvieron el día de mi presentación en sociedad —le recordó a la dama, quien, de inmediato, cerró la boca.

Gigi sabía que eso lograría callarla. A diferencia de sus propios padres, su tía se había visto forzada a casarse con su tío si no deseaba quedarse a vestir santos y, ante la inminente boda de su hermana menor, la envidiosa y rencorosa mujer no dudó en aceptar la propuesta del primer candidato aceptable que se le presentó.

Como si eso no hubiese sido suficientemente malo, ellos jamás tuvieron hijos y, cuando Effie y ella nacieron, ese odio pareció trasladarse a ellas. Sin importar nada de lo que hicieran, la mujer parecía siempre hallar una razón para criticarlas, lo que de niña siempre la había herido. De más grande, comprendió que su tía era simplemente una persona que parecía disfrutar de ser miserable y que anhelaba esparcir su malestar a todas las personas que las rodeaban.

Cuando su madre anunció que sería presentada en sociedad frente a Su Majestad, pareció ser la gota que rebalsó el vaso porque, al fallecer sus padres casi al final de su primera temporada, la mujer se hizo cargo del cuidado de ellas y todo pareció volverse una pesadilla.

Y aquello la había llevado a la situación de entonces. Su única esperanza era que, de alguna manera, su tutor, lord De Warne, lograra ver tras la fachada que su tía exhibía en su presencia, porque definitivamente ni ella ni Effie lograrían sobrevivir a otro incidente como el de hacía un mes y medio atrás.

El recordatorio de lo ocurrido le produjo un escalofrío. Aún temía que su tía fuese a tener algún nuevo ataque de histeria como el de aquella oportunidad, pero con la diferencia de que esta vez alguna de las dos podía terminar seriamente herida, o peor... muerta.

Nadie hablaba mal de Su Majestad, sin importar qué tan de acuerdo o no estuviera con su conducta. Optando evitar ser víctima de más críticas, se sentó junto a su tía y observó la pista de baile, donde las parejas se desplazaban. No pudo evitar preguntarse cuántas de ellas terminarían en cortejos con perspectivas matrimoniales. No era que ella no quisiera eso, pero no deseaba dejar a Effie sola y a merced de su tía. Aunque, si lograba un matrimonio provechoso, ella bien podría convencer a su marido de permitir que su hermana viviera con ellos.

Suspiró y su mirada se posó en sus manos enguantadas. No había mucho que pudiera hacer respecto a eso. Es más, teniendo en cuenta lo ocurrido, se consideraba afortunada de conservar la plena movilidad de sus manos. Pero jamás se arrepentiría de haber salvado a su hermana cuando vio cómo el largo cabello rubio se le incendiaba. De haber estado con vida, sus padres le hubiesen ofrecido todo su apoyo y no como hicieron sus tíos que, luego de las primeras curaciones y de no haber sido por la intervención del anciano lord De Warenne, la hubiesen dejado que se las arreglase por su cuenta. Gracias a la excelente atención médica y a los conocimientos sobre hierbas que su anciana abuela le había dado antes de fallecer, había logrado salvar sus manos y podría continuar tocando el piano. Quizás no con la completa naturalidad con la que antes lo hacía, pero aún seguía siendo una gran pianista.

Si tan solo lograra hallar a un caballero que no se dejara guiar por los rumores que circulaban respecto a lo ocurrido..., como el que la había defendido instantes atrás. Recordándolo, elevó la mirada y la focalizó en el rincón del salón donde parecía haber terminado la conversación y un grupo de hombres se acercaba a buscar unos refrescos.

Gigi se mordió el labio inferior. La realidad era que, a excepción de las fiestas, su tía la mantenía bajo estricta vigilancia. A ambas. Aunque entonces, con la excusa de su cabello corto, Effie no tenía permitido abandonar la casa, excepto para ir a la modista. Si tan solo hubiera descubierto cuál de todo ellos había sido su defensor...

Alasdair Leonidas Saint Leger, vizconde de Doneraile, sabía mejor que nadie lo que era tener que intentar esconder un secreto de importancia ante los ojos de la despiadada aristocracia. Solo que el suyo, en vez de tratarse de supuestas cicatrices, podía destruir a toda su familia y hacerlos caer en la deshonra. Por ende, no estaba dispuesto a permitir que nadie se viera sujeto a esa clase de escarnio. En especial al considerar que ninguno de los presentes estaba *libre de pecado*. De hecho, si se hubiesen confirmado los rumores que circulaban sobre la mayoría de sus acompañantes, las matronas ya habrían puesto el grito en el cielo y, luego de tildarlo de libertino, se habrían asegurado de mantener a sus protegidas lo más lejos posible de tan despreciable

individuo. Rumores eran una cosa. Hechos fehacientes eran algo muy distinto.

Asqueado con la conducta de sus pares, se alejó hacia la pista y sus ojos no tardaron en posarse en la joven sobre la que habían estado haciendo conjeturas sus acompañantes. Vestida a la última moda, a excepción de los guantes de encaje, parecía estar buscando a alguien con la mirada, pero no podía asegurar a quién. Quizás algún caballero que, para luego burlarse de su interés, le hubiese prometido un baile cuando, en todo momento, sus intenciones hubieran sido dejarla plantada.

—Si me disculpan... —Fueron sus únicas palabras antes de encaminarse a la joven.

—Lord Saint Leger, nos honra con su compañía. ¿No es así, Calpurnia? —La matrona, sentada a su lado, de inmediato lo reconoció.

—Tía, por favor, no me llames... —Pero el poco disimulado codazo de la dama, de inmediato, hizo callar a la joven que realizó una reverencia frente a él, aunque visiblemente abochornada.

—¿Me permitiría el honor de bailar conmigo esta pieza, señorita Grey?

—Ella estaría encantada. —Dicho lo cual, poco faltó para que la empujase a sus brazos. Aunque en todo momento mantuvo la compostura, a Leo se le hizo obvio que la joven estaba mortificada por toda la situación.

Ignorando a la dama, le ofreció su brazo y ambos caminaron uno al lado del otro hasta acomodarse en medio de la pista de baile.

—Gracias por la invitación.

—Por favor, señorita Grey.

—Soy Gigi. Calpurnia era una antepasada que decidió exigirles a sus descendientes que, si querían su dinero, más les valía ponerle su nombre a la primogénita mujer de cada camada —respondió con absoluta sinceridad—. Aunque debo decir que a mi hermana Effie le ha tocado peor que a mí.

—¿Eso a qué se debería? —Fue lo único que se le ocurrió preguntarle porque definitivamente no esperaba una explicación tan sincera respecto al origen de su nombre. Sin duda, la dama parecía hacerle honor a los rumores al ser un tanto peculiar.

—Euphemia... Ese es su nombre.

—Sus antepasados...

—No se preocupe, lord Saint Leger, de niñas sufrimos toda clase de burlas. Con el paso del tiempo, uno termina desarrollando indiferencia hacia las mismas. Además, no es que pueda cambiar mi nombre.

Él tenía sus propios asuntos en cuanto a nombres concernía, así que no era quien para criticar a los antepasados ajenos, aunque el suyo era bastante más manejable que el de la joven que yacía en sus brazos.

—¿Milord?

—¿Sí?

—Espero que no lo considere una impertinencia, pero yo quería agradecerle por lo que hizo

antes.

—Usted es una maravillosa bailarina, milady.

—Me refiero a lo otro, milord... Yo... escuché a sus compañeros burlándose de mí. Sé que solo estaba siendo caballeroso, pero quiero que sepa que por siempre tendrá mi gratitud.

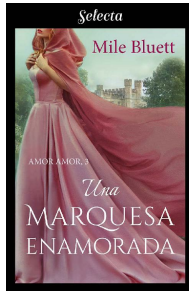
Por primera vez, desde que se inició la temporada, Leo se vio a sí mismo ofreciendo una sincera sonrisa, y fue nada más que a la joven con quien aún continuaba bailando. Sin saber muy bien qué decirle, asintió. Él solo había hecho lo correcto, al menos una vez, para variar.

—¿Me honraría bailando otra pieza conmigo? —le ofreció. Al menos por esa noche, podría pretender ser el caballero en brillante armadura de la joven y no la falsedad que él sabía que era..., pero que nadie jamás debía descubrir.

—Por supuesto, milord. Me encantaría.

Pese a no ser una gran belleza, su aspecto era más bien ordinario, su sonrisa radiante encandilaba hasta a las más bellas de las mujeres del salón. Él sabía la razón. En un mundo de falsedades, banalidades y apariencias, la joven señorita Grey definitivamente era una joya rara y preciada. Solo faltaba el caballero que la descubriese... Y ese no era él.

El amor perdura a pesar de todo



Libre de los compromisos de su ascendencia noble y del poder masculino al que odia supeditarse, la primogénita de los Morell, creyó que podría dedicarse a su pasión oculta: la literatura. Antes de salirse con la suya, giros inesperados la dejan en posesión de un título inglés de marquesa y de una herencia desconcertante escondida en los compartimentos de un antiguo y misterioso secreter.

Lord William Lovelace es el segundo hijo de un acaudalado duque, acostumbrado a dejar las responsabilidades a su hermano mayor, se ha dedicado a malgastar su fortuna y a vivir romances intrascendentes. Cuando llega a su círculo la noticia de que una bella marquesa se ha dedicado a despreciar a cuanto buen partido osa pretenderla, la curiosidad y una apuesta cambiarán todos sus planes.

Inglaterra del S. XIX será el escenario principal para esta pasión desmedida que transgrede las costumbres más arraigadas y las reglas del cortejo.

Nota: Todos los libros de esta serie son autoconclusivos y se pueden leer de manera independiente.

Mile Bluett nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió Derecho, Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora Best Seller en Amazon. Ha publicado la saga *Herederos del mundo* (2016), distopía que consta de (I) *Atrévete a sentir*, (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de los romances contemporáneos, *Buscándome te encontré I* (2017) y *No te dejaré escapar II* (2018). Su mayor éxito es la novela romántica de época *Amor Sublime* (2017). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Mile Bluett

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-83-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Una marquesa enamorada

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Agradecimientos
Próximamente

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mile Bluett
Créditos